

DANIEL DEFOE

Robinson Crusoe

Traducción de Julio Cortázar

Volumen segundo



BRUGUERA LIBRO AMIGO



BRUGUERA LIBRO AMIGO**DANIEL DEFOE**

Nació en Londres, en 1660. Hijo de un comerciante de velas, fue educado para el ministerio eclesiástico, proyecto que abandonó muy pronto para dedicarse al comercio. Se inició en este oficio como mayorista de medias y fabricante de azulejos, lo que le llevó a la quiebra. Volvió a tentar su suerte y se dedicó al seguro marítimo y al comercio de lanas, ostras y lienzos, pero fracasó y se vio obligado a trabajar de periodista. Su experiencia mercantil le condujo a escribir sobre economía, ganándose así la amistad de Guillermo III, para quien escribió varios libelos. En 1703, con motivo de la publicación de una sátira contra la tiranía de High Church, le fue impuesta una grave sentencia de la que se libró gracias a la intervención de Robert Harley. Defoe le devolvió este favor haciéndose su confidente, espía y libelista. Desde 1704 hasta 1713 colaboró en «Review», donde dio a conocer sus teorías económicas, políticas y de política exterior. Tras la muerte de la reina y la caída de Harley, escribió a favor de los ministros que ostentaban el poder y actuó como doble agente del Gobierno escribiendo en el «Wekly-Journal» jacobista. Murió en 1731.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Roxana Coronel Jack

Aventuras del capitán Carleton Las aventuras del capitán Singleton

Robinson Crusoe

El diario del año de la peste

Las aventuras de Moll Flanders

Memorias de un caballero

Historias de piratas

DANIEL DEFOE

ROBINSON CRUSOE
II

BRUGUERA

Título original:
ROBINSON CRUSOE
Traducción: Julio Cortázar

1. edición: julio, 1981

*La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A. Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España) Primera edición en lengua castellana:*

*© Ediciones Corregidor - 1973 Traducción: © Julio Cortázar - 1973 Diseño de
cubierta: Soulé-Spagnuolo*

Printed in Spain ISBN 84-02-08040-5 (v. I) / ISBN 84-02-08042-1 (obra completa)

Depósito legal: B. 17.423 - 1981

*Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Carret. Nacional 152,
km. 21,650. Parets del Valles (Barcelona) -1981*

17. ROBINSON VUELVE AL MAR

Existe un proverbio frecuentemente empleado y que encuentra en la historia de mi vida su mejor verificación: «Genio y figura, hasta la sepultura.» Cualquiera podría pensar que después de treinta y cinco años de aflicciones y toda clase de desdichados sucesos que pocos hombres, según pienso, habrán tenido que soportar, y luego de casi siete años de tranquilidad y gozo rodeado de las cosas más apetecibles, ya viejo y con experiencia suficiente para discriminar sobre las distintas posibilidades de una vida atemperada y elegir entre ellas la más propia para hacer a un hombre enteramente feliz, cualquiera hubiese pensado, repito, que mi propensión natural a las aventuras, cuya intensidad he descrito al referir mis primeras andanzas por el mundo, habría ya cedido terreno y que a los sesenta y un años de edad me sentiría más inclinado a permanecer en mi hogar que a lanzarme fuera de él arriesgando otra vez la vida y la fortuna.

A esto hay que agregar que la razón habitual de esta clase de riesgos ya no existía para mí, por cuanto era hombre rico y sin ninguna necesidad de buscar otros bienes. De ganar diez mil libras no hubiera sido más rico por ello, ya que tenía suficiente para mí y aquellos a quienes legaría mi fortuna, la que por otra parte iba en aumento; de manera que mi verdadera ocupación consistía en quedarme quieto y gozar plenamente de cuanto la suerte me otorgara, viendo a la vez cómo aumentaba día a día su caudal.

Todas estas consideraciones no producían efecto en mí, por lo menos en medida suficiente como para combatir la fuerte tentación que me acometía de navegar una vez más, la que se presentaba con la regularidad de un mal crónico. Lo que más me movía era el deseo de ver mi nueva plantación en la isla, así como la colonia que allí dejara; esto bullía constantemente en mi cerebro. Soñaba noche a noche con la isla, y de día me la imaginaba, y la tenía a cada instante en mis pensamientos; tanto y tan ardientemente incubó mi fantasía esa idea que hasta en sueños hablaba yo de ella.

Con frecuencia he oído decir a personas de buen sentido que toda la algaraza que hacen las gentes a propósito de fantasmas y apariciones obedece simplemente a la fuerza de su imaginación y los excesos a que la fantasía puede llegar en sus mentes; agregan que no hay tales espíritus que se aparezcan, ni fantasmas, ni cosas parecidas.

Por mi parte, hasta ahora no sé lo que existe de cierto en materia de apariciones, espectros, muertos que retornan, ni si cuanto se narra en relatos de esa clase es simplemente producto de alucinaciones, mentes enfermas o caprichos imaginarios. Pero sí puedo asegurar que mi imaginación obraba con tal fuerza, sumiéndome en arrobadores éxtasis —si puedo llamarles así—, que frecuentemente me parecía estar en la isla, en mi castillo detrás de los árboles, y ver a mi viejo español, al padre de Viernes y a los marineros rebeldes que quedaran allá; incluso creía hablar con ellos, y aunque estaba bien despierto los veía tan claramente como

si los tuviera delante de mí. Esto llegó a un extremo que terminó por asustarme a mí mismo.

En una oportunidad, mientras dormía, oí al español y al padre de Viernes relatarme con tal claridad la villanía de los marineros amotinados, que me dejaron pasmado. Dijeron que los ingleses habían tratado de asesinar a los españoles llegando a incendiar las provisiones que éstos habían acumulado con el propósito de matarlos por hambre. Jamás había sabido yo nada de tales cosas, y por cierto que en la realidad ninguna de ellas resultó cierta, pero mi imaginación me las mostraba con tanta claridad que en la misma hora en que las vi en sueños tuve la certeza de que eran exactas. En mi fantasía el español me presentaba sus quejas, las cuales me ocasionaron gran inquietud, por lo cual ordené se hiciera justicia, formando tribunal a los tres picaros y condenándolos allí mismo a ser ahorcados. Lo que hubiera de cierto en todo esto se verá más adelante, porque aunque estas imágenes vinieron a mí en sueños, traídas quién sabe por qué secreta comunicación de espíritus, mucho de verdadero había en ellas.

Volvamos, sin embargo, a mi historia. En tal estado de ánimo viví algunos años sin poder gozar de la vida, sin horas gratas ni diversión placentera salvo cuando de algún modo se relacionaban con el objeto de mi preocupación. Mi esposa, que había observado la forma en que yo vivía, absorbido por esa idea fija, me dijo una noche que había llegado a convencerse de que tal vez un secreto y poderoso impulso de la Providencia pesaba sobre mí incitándome a navegar otra vez, y que pensándolo bien sólo encontraba un obstáculo para mi partida: las obligaciones que le debía a ella y a mis hijos. Agregó que, naturalmente, no podía pensar en partir conmigo, pero estaba segura de que a su muerte lo primero que haría yo sería marcharme, por lo cual viéndome a tal punto determinado en mi empresa no quería ser mi única obstrucción, de modo que si lo creía conveniente y me resolvía a partir... Al llegar aquí observó que yo consideraba muy atentamente sus palabras, mirándola a la vez con ansiedad, de manera que se turbó algo y no dijo nada más de lo que sin duda había proyectado decir. Observé, sin embargo, que estaba emocionada y que las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Habla, pues, querida mía —dije—. ¿En verdad quieres que me vaya?—No —repuso ella vivamente—. Estoy lejos de querer eso, pero puesto que estás decidido a viajar, y antes de constituir el único obstáculo que te detiene aquí, prefiero ir contigo. Aunque me parece una idea descabellada para un hombre de tu edad y tu situación, si estás decidido a hacerlo —continuó mientras sollozaba— yo no te dejaré un instante. Si es una orden del Cielo hay que cumplirla; de ningún modo debes oponerte a ella; y si el Cielo dispone que tu deber sea marchar, no me impedirá que el mío sea acompañarte, o de lo contrario proveerá para que no sea yo un obstáculo.

Tan afectuoso comportamiento de mi esposa disipó un poco los vapores de mi mente, y me puse a considerar mi proceder. Hice lo que estaba a mi alcance por dominar mi fantasía y con toda la calma posible empecé a discutir conmigo mismo qué razón podía guiarme, después de una vida de sesenta años llena de desastres y sufrimientos, llegada, no obstante, a un final tan feliz y próspero, para lanzarme otra vez a nuevos azares y verme envuelto en aventuras solamente apropiadas para la juventud y la pobreza.

Junto con esos pensamientos consideré mi situación: tenía una esposa y tres niños; poseía cuanto el mundo podía darme sin necesidad de correr riesgos para

conseguirlo; empezaba a declinar en mi vejez, edad más apropiada para pensar en disponer de mis bienes que en acrecentarlos. En cuanto a lo que mi esposa dijera acerca de un impulso proveniente del Cielo y mi deber de obedecerlo, no tenía ninguna noción clara acerca del mismo. De manera que luego de muchas meditaciones parecidas empecé a luchar contra los poderes de mi imaginación teniendo a la cordura por arma contra ella, como pienso que debe hacer todo individuo en análogas circunstancias. Buscando el método más efectivo y seguro me decidí a ocuparme en otras cosas, dedicarme a negocios y tareas que me alejaran definitivamente de tales fantasías, habiendo advertido que cuando estaba sin hacer nada aquellas ideas volvían con más fuerza aprovechando mi inacción.

A tal propósito adquirí una pequeña granja en el condado de Bedford, donde decidí afincarme. Tenía una casa no muy grande pero cómoda, y las tierras que la rodeaban me parecieron aptas para hacer en ellas grandes mejoras; todo esto se adaptaba mucho a mis inclinaciones, ya que me agradaba cultivar las restantes faenas rurales. Finalmente, como se trataba de una zona interior del país, me hallaba a salvo de encontrar marineros y barcos que me recordaran de inmediato los lugares más remotos de la tierra.

En suma, que nos instalamos en la granja; compré arados, rastrillos, una carreta, un carro, caballos, vacas y ovejas, y poniéndome al trabajo con toda dedicación llegué a convertirme seis meses más tarde en un simple hacendado rural. Mis pensamientos estaban absorbidos por la tarea de dirigir a mi servidumbre, cultivar los terrenos, cercar, plantar y demás; llegué a gozar de la más agradable vida que la naturaleza haya podido darnos, y que parecía señalada para un hombre acostumbrado a toda clase de infortunios.

Cultivaba mi propia tierra, no tenía arrendamiento que pagar y ninguna obligación me afligía. Lo que sembraba era para mí, y las mejoras serían para mi familia; abandonado ya todo pensamiento de aventuras, no sentía pesar sobre mí la menor preocupación. Llegué a decirme que por fin estaba gozando de esa medianía que tan encarecidamente me recomendara mi padre, y que llevaba una existencia casi celestial, algo como lo que describe el poeta a propósito de la vida de campo:

*A salvo de los vicios, a salvo de los daños.
Ancianidad sin males, juventud sin engaños.*

Pero en medio de toda esta dicha un imprevisto y duro golpe de la Providencia volvió a desquiciar mi vida bruscamente, no sólo reabriendo en mí una llaga incurable, sino arrastrándome por sus consecuencias a una profunda recaída en mi temperamento errante, tan arraigada estaba en mi sangre esta tendencia que no tardó en dominarme con una fuerza tan irresistible que nada hubiera podido oponerse a ella. Ese golpe fue la pérdida de mi esposa.

Era ella el apoyo, el puntal de todas mis actividades, el centro de mis empresas, la fuerza que, por su prudencia, había podido reducirme a las felices dimensiones de mi actual vida, alejándome de extravagantes o insensatos proyectos que bullían en mi mente como ya he contado, y haciendo más por guiar mi errante disposición que todas las lágrimas de una madre, los avisos de un padre, los consejos de un amigo o mi propia capacidad de reflexión. Yo me sentía feliz al ceder

ante sus lágrimas y sentirme conmovido por sus instancias, de manera que su muerte me dejó desolado y confundido en lo más hondo del ser.

Apenas hubo ella partido de este mundo, todo me pareció incongruente en torno mío. No sabía qué hacer ni qué dejar de hacer. Mis pensamientos volvían en torbellino a la vieja idea; mi mente se trastornaba con los caprichos de remotas aventuras; todos los gratos, inocentes placeres de mi granja y mi jardín, el ganado y la familia, que me absorbían antes por entero, dejaron de tener significado a mis ojos y perdieron su sabor; eran como música para un sordo o alimento para quien carece de paladar. Me resolví finalmente a abandonar la granja, volver a Londres, y pocos meses más tarde había hecho ambas cosas.

Cuando estuve en Londres no me sentí más tranquilo. No hallaba gusto en la ciudad, ni nada interesante que hacer en ella, salvo vagar como un desocupado del cual pudiera decirse que resultaba perfectamente inútil en la Creación y de cuya vida o muerte nada importaba a la sociedad. De todas las maneras de vivir, para mí, que había estado siempre en actividad incesante, ésta era la más odiosa, y con frecuencia me repetía: «La holgazanería es la escoria de la vida.» ¡Cuánto más aprovechado me parecía mi tiempo en la época en que necesitaba veintiséis días para construir una mesa de pino!

Principiaba el año 1693 cuando mi sobrino, del que ya he dicho que se había educado en la marina y hecho capitán de un barco, volvió a casa después de un corto viaje a Bilbao, el primero que hacía. Apenas llegado me comunicó que algunos comerciantes de su relación le habían propuesto un viaje por cuenta suya a las Indias Orientales y a la China, en carácter de comercio privado.

—Ahora bien, tío —agregó—, si queréis haceros a la mar conmigo, me comprometo a llevaros a vuestra antigua morada en la isla, ya que tenemos que hacer escala en Brasil.

Ninguna demostración de que existe una vida futura y un mundo invisible puede ser más profunda que la concurrencia de causas secundarias con las ideas que nos formamos y mantenemos en el secreto de nuestra mente, sin hacerlas saber a nadie en el mundo.

Mi sobrino ignoraba por completo hasta qué punto la enfermedad de las aventuras había vuelto a apoderarse de mí, y a la vez yo ignoraba lo que él proyectaba proponerme; esa misma mañana, rato antes de que viniese a verme, acababa de debatir una vez más la cuestión y de resolver, luego de pesar todas las circunstancias, que me iría a Lisboa para consultar al viejo capitán portugués. Si de esta consulta surgía algo razonable y posible, embarcaría rumbo a mi isla para averiguar qué había sido de las gentes que en ella dejara. Mucho me había complacido la idea de poblar aquellas tierras llevando colonos, obteniendo un derecho de posesión, y muchas otras cosas, cuando a mitad de mis proyectos apareció mi sobrino, como he contado, con la intención de llevarme en su travesía a las Indias Orientales.

Apenas hubo hablado lo miré fijamente por un momento.

— ¿Qué poder diabólico —le pregunté— te ha enviado con tan maligno mensaje? Se sobresaltó mucho, pero dándose cuenta de inmediato que yo no estaba disgustado con su propuesta, recobróse al punto.

—Confío en que no sea un maligno proyecto, tío —respondió—. Me atrevo a decir que os complacerá volver a visitar vuestra colonia, donde una vez reinasteis con más acierto que muchos de vuestros colegas, los monarcas de este mundo.

En suma, la proposición coincidía tan exactamente con mis deseos y los impulsos a los cuales vivía sometido, que pocos momentos después le dije que si concertaba el viaje con sus amigos comerciantes yo lo acompañaría, pero que no podía prometer ir más allá de la isla.

— ¡Cómo, tío! —exclamó—. ¿Es que acaso queréis quedaros otra vez allá?

— ¿Por qué? —repuse—. ¿Acaso no puedes recogerme a tu vuelta?

Me explicó que sin duda los comerciantes que fletaban el buque no le permitirían que volviese por aquella ruta con un navío cargado con ricas mercancías, ya que el viaje demoraría por lo menos un mes más, y tal vez tres o cuatro.

—Aparte de eso, tío —concluyó—, suponiendo que yo naufragara y no pudiese llegar en vuestra busca, quedaríais reducido a la condición de antaño.

Todo esto era razonable, pero pronto encontramos un remedio que consistía en llevar a bordo un balandro desarmado cuyas piezas, una vez desembarcadas en la isla y con ayuda de carpinteros que contrataríamos ex profeso, permitirían armarlo y disponerlo para navegar en pocos días.

No tardé mucho en decidirme porque la insistencia de mi sobrino se sumaba irresistiblemente a mi propia inclinación, de manera que nada podría haberme detenido ya. Fallecida mi esposa, no tenía a nadie tan próximo a mí que tuviera autoridad para aconsejarme esto o aquello, salvo mi anciana amiga la viuda, que hizo cuanto pudo para convencerme de que mi edad y mi situación debían apartarme de los innecesarios riesgos de un largo viaje; pero en especial, trató de mostrarme mis obligaciones para con mis pequeños hijos. Pero de nada sirvió todo esto, ya que le dije francamente que había algo tan extraño en los impulsos que sentía de viajar otra vez, que resistirme a ellos y quedarme en mi hogar sería casi atentar contra la Providencia. Después de esto cesó en sus tentativas y se puso de mi parte, no solamente en la tarea de preparar el viaje, sino prometiéndome ocuparse de los asuntos de mi familia durante mi ausencia, así como de la educación de mis hijos.

Hice entonces testamento, disponiendo de tal manera la entrega de mis bienes a mis hijos y confiando su administración en tales manos que me sentí absolutamente seguro de que nada malo podría ocurrirles sucediera lo que sucediese en mi viaje. En cuanto a su educación la confié a la viuda, con una renta suficiente para atender a sus necesidades, lo cual ella merecía sobradamente, pues nunca madre alguna se preocupó más de la crianza de sus hijos o supo encaminarlos mejor; y como alcanzó a vivir hasta mi vuelta al hogar, tuve también vida suficiente para darle las gracias por todo.

Mi sobrino estaba listo para iniciar el viaje a principios de enero de 1695. Viernes y yo embarcamos en los Downs el día ocho, llevando con nosotros —aparte del balandro mencionado— un considerable cargamento de cosas necesarias en mi colonia, que pensaba desembarcar allí en caso de encontrarla en condiciones desventajosas.

Ante todo llevé conmigo varios sirvientes que me proponía establecer como colonos o, por lo menos, hacer trabajar por cuenta mía mientras durara mi

permanencia en la isla, dejándolos luego en tierra o no, según su voluntad. En especial contraté dos carpinteros, un herrero y un diestro e ingenioso muchacho que era tonelero de profesión, pero que entendía mucho de mecánica, que era capaz de hacer ruedas, molinos de mano para el trigo, y muy hábil en alfarería, así como buen tornero. Era hombre diestro para fabricar cualquier cosa con barro o con madera, de manera que le llamábamos Juan Sabelotodo.

Junto con ellos llevé a un sastre, que al comienzo proyectaba ir como pasajero hasta las Indias Orientales, pero más tarde consintió en quedarse en nuestra nueva plantación y fue un hombre excelente y utilísimo en toda clase de cosas aparte de su profesión. En fin, como ya he dicho antes, necesitábanse hombres diestros en todas las tareas.

Mi cargamento, hasta donde lo recuerdo con exactitud, ya que no he conservado detalle en particular, consistía en suficiente cantidad de géneros y algunas piezas de telas inglesas livianas, para que los españoles que yo esperaba hallar allá pudieran hacerse ropas. Embarqué cantidad aproximada para que les durase unos siete años, y aparte de eso creo recordar que llevaba prendas de vestir tales como guantes, sombreros, zapatos, medias y otras cosas, que en total sumaban un valor de doscientas libras, incluyendo algunas camas con sus colchones y menaje doméstico, en especial vajilla de cocina, cacharros, ollas, peltre, calderos de cobre y cerca de cien libras más en ferretería, clavos, toda clase de herramientas, goznes, anzuelos, cerrojos y cuanto pensé que pudiera ser necesario.

Embarqué asimismo un centenar de armas como mosquetes y fusiles, aparte de pistolas, considerable cantidad de balas de todos los tamaños y dos cañones de bronce; por lo mismo que ignoraba cuánto tiempo tendría que pasar allá y a qué extremos podía verme reducido, llevé conmigo cien barriles de pólvora, espadas, machetes y hierros de picas y alabardas, de modo que en resumen teníamos a bordo un gran depósito conteniendo toda clase de cosas. Hice que mi sobrino instalara, aparte de los necesarios al buque, dos pequeños cañones de alcázar a fin de dejarlos en la isla si se presentara motivo; con todo ello estábamos en condiciones de montar un fuerte y defendernos contra toda clase de enemigos. Desde un principio pensé que necesitaríamos aquello y aún más si esperábamos mantenernos en posesión de la isla, como se verá a lo largo de este relato.

Vientos contrarios nos llevaron primero hacia el norte, y nos vimos precisados a refugiarnos en Galway, Irlanda, donde nos quedamos veintidós días. Como compensación por esta contrariedad encontramos que las provisiones eran allí extremadamente baratas y que abundaban muchísimo, de modo que mientras permanecemos en la rada no tocamos para nada las vituallas de a bordo y hasta las acrecentamos; compré allí varios cerdos, así como dos vacas y terneros, lo que confiaba en llevar vivos a mi isla si teníamos buen viaje; sin embargo, las circunstancias nos obligaron a disponer de ellos en otra forma.

El 5 de febrero salimos de Irlanda y durante varios días tuvimos buen viento. En la noche del 20 de febrero, según creo recordar, el segundo que estaba de guardia entró en la toldilla y nos dijo que acababa de ver un resplandor como de fuego, oyendo también el disparo de un cañón. Mientras nos narraba esto un grumete entró a decirnos que el contramaestre había oído otro disparo. Salimos corriendo al alcázar donde por un rato no oímos nada, pero minutos más tarde vimos una gran luz y comprendimos que había un terrible incendio a la distancia. A la media hora de navegar en aquella dirección, y como el viento nos impulsaba con

fuerza aunque no excesivamente, descubrimos claramente que un gran navío se había incendiado en medio del mar.

La vista de este desastre me conmovió profundamente, pese a que desconocía a los tripulantes de aquel barco. Recordé sin embargo mis antiguas aventuras, en qué triste condición fuera recogido del mar por el capitán portugués, y cuan peores podrían ser aún las desdichas de aquellas pobres gentes del navío a no encontrarse tan cerca el nuestro para auxiliarlas. Ordené de inmediato que se dispararan cinco cañonazos, uno después de otro, para tratar de avisarles que acudíamos en su auxilio y a fin de que se decidieran a embarcarse en la chalupa del navío; es preciso advertir que, en la oscuridad de la noche, aunque veíamos muy bien el navío incendiado, nosotros permanecíamos invisibles a su vista.

Estuvimos un tiempo a la espera, manteniéndonos a igual distancia del barco y esperando la luz del día, cuando de improviso y para nuestro espanto —pese a que era de imaginarse que ello ocurriría— el buque voló en pedazos y pocos minutos más tarde el fuego se había extinguido. Triste espectáculo fue aquél, y en especial afligente por la suerte de los desdichados tripulantes que, según imaginamos, debían haber perecido todos o encontrarse en la peor de las situaciones, en medio del océano y a bordo de la chalupa; tan oscuro estaba que no alcanzábamos a ver nada. Traté sin embargo, de encaminarlos hacia nosotros si era posible, mandando encender luces en distintas partes del buque, y permanecimos toda la noche con linternas y disparando cañonazos a fin de que supieran que había socorro cercano para ellos.

Con ayuda de los anteojos descubrimos a eso de las ocho de la mañana las chalupas del buque hundido; había dos de ellas, repletas de gente y casi zozobrando por el excesivo peso. El viento estaba en contra, pero remaban incesantemente en nuestra dirección, haciendo todo lo posible para que los viéramos.

De inmediato enarbolamos el pabellón para tranquilizarlos, y pusimos una bandera a modo de señal para que se acercaran a nuestro barco, a la vez que desplegábamos más velas a fin de ir a su encuentro. Media hora más tarde estábamos a su lado y pronto tuvimos a todos a bordo, no menos de sesenta y cuatro hombres, mujeres y niños, pues entre ellos se contaba buen número de pasajeros.

A través de su relato supimos que se trataba de un navío mercante francés de trescientas toneladas, que volvía a su patria procedente de Quebec, en el río del Canadá ⁽¹⁾. El capitán nos hizo un detallado relato de la catástrofe de su navío, explicando cómo el incendio se inició en la antecámara por una negligencia del piloto; al comienzo habían creído dominar el fuego, después de los primeros gritos de socorro, cuando descubrieron que algunas chispas habían pegado fuego a otras partes del navío donde no era fácil llegar para sofocar los incendios; desde allí, deslizándose por entre el maderamen y tomando incremento en la parte inferior del puente y luego en la bodega, terminó por imponerse a todos los desesperados esfuerzos que se intentaron para dominarlo.

Sólo les quedaba refugiarse en los botes, los que afortunadamente eran bastante grandes; tenían una lancha, una chalupa y un pequeño esquife que les sirvió solamente para embarcar en él algo de agua dulce y provisiones, una vez que se hubieron puesto a salvo del fuego. Pocas esperanzas tenían sin embargo de salvar la vida, abandonados en aquellos botes a tan enorme distancia de tierra; se consolaban pensando que por lo menos habían escapado de las llamas y que acaso algún navío anduviera por esas aguas y alcanzara a verlos. Tenían velas, remos y una brújula, y se disponían a poner rumbo nuevamente a Terranova, ya que el viento soplaba favorablemente.

En medio de sus deliberaciones, cuando todos se sentían desesperados y prontos a la peor angustia, el capitán nos refirió con lágrimas en los ojos su maravillosa sorpresa al escuchar el sonido de un cañonazo, y luego otros cuatro, tal como yo había ordenado tirar durante la noche. Esto animó sus corazones, llevándoles la seguridad que justamente había deseado yo que recibieran, es decir, que un navío estaba en las inmediaciones listo para acudir en su socorro.

(1) *Es decir, el San Lorenzo. (N. del T.)*

Me sería imposible pintar aquí la diversidad de ademanes y gestos, los raptos de júbilo y la variedad de expresiones por las cuales aquellas pobres gentes así salvadas trataban de demostrarnos su alegría. Es fácil describir la pena y el miedo: suspiros, lágrimas, quejidos y unos pocos movimientos de las manos y la cabeza constituyen toda su variedad; pero un exceso de alegría, un arrebató de júbilo contiene en sí la posibilidad de mil extravagancias distintas. Algunos lloraban, otros se retorcián y desgarraban a sí mismos como si se encontraran en la peor agonía o aflicción; unos parecían enfurecidos o abiertamente lunáticos mientras otros corrían por el barco pisando con todas sus fuerzas o se retorcián las manos; los había que bailaban o cantaban, algunos riendo y muchos más llorando; no faltaban los que parecían alelados, incapaces de articular una palabra; vi a varios enfermos, vomitando o desmayándose; y por fin, unos pocos hacían el signo de la cruz y daban gracias al Señor.

No quisiera ser injusto con ninguno de ellos. Sin duda hubo muchos otros que poco más tarde se sintieron también reconocidos por su salvación, pero en ese primer momento sus pasiones eran demasiado fuertes y no podían dominarlas suficientemente; parecían más bien lanzados al éxtasis o a una especie de delirio, y muy pocos mostraban una alegría más serena y compuesta.

Tal vez contribuía a tan excesivas manifestaciones la nacionalidad de aquellos pasajeros; ya se sabe que los franceses poseen un carácter más voluble, apasionado y vivo, y que su ánimo es más ligero que el de otros pueblos. No sé bastante filosofía para determinar la causa de esta diferencia, pero nada de cuanto había visto hasta ahora podía compararse a aquello. Recordaba los arrebatos del pobre Viernes, mi fiel salvaje, cuando al llegar a la canoa halló en su interior a su padre, así como los transportes del capitán y sus dos compañeros cuando los libré de los villanos que iban a abandonarlos en la isla; sin duda sus arrebatos se habían asemejado a éstos, pero no resistían comparación posible, y nunca más vi transportes semejantes, ni en Viernes ni en nadie bajo ninguna circunstancia.

Reparé asimismo que todas aquellas extravagancias no se mostraban del modo ya descrito en distintas personas, sino que la variedad entera se manifestaba sucesivamente y en pocos minutos en cualquiera de ellos. Un hombre que veíamos de improviso como atontado, dando una impresión de absoluta inconsciencia y atonía, se lanzaba al minuto siguiente a bailar y gritar como un bufón, para pasar momentos más tarde a desgarrar sus ropas o arrancarse los cabellos, pisoteando los jirones como un endemoniado; luego de eso rompía a llorar, luego palidecía de improviso y se desmayaba; por cierto que de no haberlo ayudado en tal trance pocos minutos más tarde hubiera muerto. Y esto no sucedía solamente con uno o dos, ni siquiera diez o veinte, sino con la gran mayoría de ellos, y si no estoy muy equivocado nuestro cirujano tuvo que sangrar a más de treinta.

Entre los rescatados se contaban dos sacerdotes, uno de ellos ya anciano y el otro muy joven; lo extraordinario es que de los dos fue el anciano el que se condujo peor. El más joven demostró un gran dominio de sus pasiones, dando ejemplo de una mente controlada con firmeza. Apenas subido a bordo se dejó caer de rodillas, prosternándose en señal de gratitud por su liberación, y fue entonces que cometí la imprudencia desdichada de turbarlo en su éxtasis creyendo que estaba a punto de desvanecerse. Al verme acudir a él me habló serenamente, dándome las gracias y diciéndome que iba a agradecer al Señor por haberlos librado; me pidió que lo

dejase solo por un momento, agregando que una vez que hubiera cumplido con su Hacedor acudiría a mí para darme también las gracias.

Lamenté profundamente haberlo interrumpido de ese modo, y no sólo lo dejé aparte sino que mandé a los demás que no se acercaran. Durante tres minutos o más continuó en la misma postura, y luego se levantó y vino a mí tal como lo había prometido. Con la misma calma de antes, pero profundamente conmovido y llenos los ojos de lágrimas, me agradeció que hubiera sido el instrumento divino que salvara de la muerte a él y a esas desdichadas criaturas.

Tras eso, el joven sacerdote se dedicó a calmar a sus compatriotas, esforzándose por volverlos a la realidad; trató de persuadirlos, de convencerlos por medio de razonamientos y súplicas, haciendo todo cuanto estaba a su alcance para que recobraran el uso de la razón; logró buen éxito con muchos, aunque otros estuvieron durante bastante tiempo más allá de todo dominio de sí mismos.

No he podido menos de hacer estas descripciones que acaso sean útiles a aquellos a cuyas manos vayan, enseñándoles a dominarse en todos los excesos de sus pasiones; pues si un exceso de júbilo puede arrastrar a los hombres hasta tal punto más allá de la razón, ¿cuáles no serán las extravagancias del odio, la cólera y la irritación? En aquella oportunidad vi motivo suficiente para mantener una constante vigilancia sobre todos nuestros impulsos, tanto los derivados de la alegría y la satisfacción como los causados por la angustia o el resentimiento.

Durante el primer día nos desconcertaron un poco los arrebatos de nuestros nuevos huéspedes, pero cuando se hubieran retirado a los alojamientos que les preparamos con toda la comodidad que el buque permitía, y hubieran dormido profundamente, encontramos al otro día que eran ya personas muy distintas.

Ninguna de las amabilidades y finezas por las cuales pudieran expresarnos su reconocimiento faltó entonces. Ya es sabido que los franceses son naturalmente aptos para destacarse en materia de cortesía. El capitán y uno de los sacerdotes vinieron a hablar conmigo y mi sobrino el capitán, queriendo consultarnos sobre lo que decidiríamos acerca de ellos. Principiaron por manifestarnos que les habíamos salvado la vida y que todo cuanto tenían era insignificante para retribuir nuestras bondades. El capitán manifestó que habían conseguido salvar algún dinero y objetos de valor en las chalupas, arrebatándolos a último momento de las llamas, y que si aceptábamos esos bienes estaban autorizados a ofrecérnoslos en nombre de todos. Su único deseo era ser llevados a tierra en algún punto de nuestro itinerario desde donde, a ser posible, pudieran lograr medios para retornar a Francia.

Mi sobrino fue de opinión de aceptar en primera instancia el dinero y decidir luego el destino de aquellas gentes, pero yo lo disuadí en esta parte, pues sabía bien lo que significaba ser dejado en tierra y en país extraño. Si el capitán portugués que me recogió en el mar hubiera hecho eso conmigo, aceptando todo cuanto yo tenía por pago de mi salvación hubiese muerto más tarde de hambre o vivido en el Brasil como un esclavo, al igual que antes en Berbería, con la única diferencia de no pertenecer a un mahometano; por cierto que un portugués no es mejor amo que un turco, y a veces mucho peor.

Dije por lo tanto al capitán francés que si los habíamos librado de su afligente situación, habíamos cumplido solamente con nuestro deber de semejantes, haciendo lo que hubiésemos esperado a nuestro turno de encontrarnos en una situación como la suya; no dudábamos por otra parte que de haberse cambiado los

papeles ellos hubiesen obrado del mismo modo con nosotros, y que nuestra intención había sido la de salvarlos y no someterlos a un saqueo; por lo tanto no estaba dispuesto a permitir que la menor cosa les fuera quitada a bordo. En cuanto a dejarlos en tierra, admití que para nosotros constituía una gran dificultad ya que nuestro navío estaba destinado a las Indias Orientales; mi sobrino el capitán no podía obrar de modo distinto del dispuesto por los que fletaban el navío, con los cuales estaba comprometido por contrato a seguir viaje a Brasil. Todo cuanto podíamos hacer era mantenernos en el rumbo de aquellos navíos que retornaran a la patria viniendo de las Indias Occidentales y obtener para ellos pasaje con destino a Inglaterra o Francia.

La primera parte de esta propuesta era tan amable y generosa que mis interlocutores se manifestaron profundamente agradecidos, pero cuando oyeron el resto cayeron en una gran consternación, en especial los pasajeros que advertían que los llevaríamos a las Indias Orientales; me suplicaron entonces que, en vista de que ya habíamos sido llevados hacia el oeste antes de nuestro encuentro, por lo menos mantuviéramos el rumbo hasta llegar a los bancos de Terranova, donde era posible dar con algún navío o balandro que se prestara a embarcarlos de regreso a Canadá, de donde procedían. Pensé que la súplica era harto razonable, y por lo tanto accedí a ella con toda buena voluntad, reparando en que llevar semejante número de personas a las Indias Orientales sería no sólo intolerable desgracia para los desdichados, sino que además nuestro viaje resultaría una ruina por el consumo obligado de todas las provisiones. Preferí entonces considerar lo ocurrido no como una violación del contrato sino un accidente imprevisto que nos ponía en situación de proceder como se ha dicho, de lo cual nadie era en lo más mínimo culpable. Las leyes de Dios y de la Naturaleza hubieran prohibido que negásemos acceso a bordo a chalupas llenas de gente en tan horrible situación, y la naturaleza de lo sucedido, tanto desde el punto de vista de los naufragos como de nuestra conveniencia, nos obligaba a desembarcarlos en un sitio u otro para su total liberación. Consentí, pues, que hiciéramos rumbo a Terranova, si el tiempo y el viento lo permitían; de lo contrario los llevaría a la Martinica, en las Indias Occidentales.

Una semana más tarde alcanzamos los bancos de Terranova; para abreviar mi relato diré que transbordamos a todos nuestros franceses a un navío que ellos contrataron a fin de que los llevase primero a tierra y más tarde a Francia, si conseguían suficientes provisiones para avituallarse en el viaje. Cuando digo que todos los franceses desembarcaron debo señalar que el joven sacerdote de quien ya he hablado, sabedor de que íbamos rumbo a las Indias Orientales, sintió deseos de hacer con nosotros el viaje y desembarcar en la costa de Coromandel, cosa a la que accedí de inmediato porque aquel hombre me parecía admirable; y no me equivocaba, según pude comprobarlo más adelante. Otros cuatro franceses, marineros, entraron al servicio de nuestro navío y fueron excelentes y muy útiles.

Desde allí hicimos rumbo directamente hacia las Indias Occidentales, siguiendo una dirección S. y S.E. durante veinte días, en los que encontramos con frecuencia calma chicha, hasta que al fin dimos con otra ocasión para que nuestro sentido humanitario pudiera ejercitarse, en circunstancias casi tan deplorables como las que termino de narrar.

Se trataba de un barco de Bristol que debía volver a la patria desde las Barbadas, pero que había sido arrebatado por un furioso huracán de la rada de las islas cuando le faltaban todavía unos días para estar en condiciones de hacerse a la

mar; al producirse la catástrofe, el capitán y el segundo se encontraban en tierra, de manera que los tripulantes, además de estar atemorizados, carecían de hombres capaces de dirigir la maniobra de retorno al puerto. Llevaban ya nueve semanas en alta mar, y apenas concluido el primer huracán fueron arrebatados por una nueva y furiosa borrasca que los arrastró hacia el oeste sin que pudieran tener idea alguna del rumbo que llevaban, y en el transcurso de la cual perdieron sus mástiles. Lo peor de todo era que estaban ya medio muertos de hambre por falta de vituallas, aparte de las constantes fatigas sufridas. No tenían galleta ni carne y llevaban once días sin probar ni una onza de esos alimentos. Su único alivio era que todavía les quedaba agua, así como medio barril de harina; también tenían azúcar, pero las frutas en jarabe y los dulces se les habían terminado hacía mucho; disponían aún de siete barriles de ron.

Viajaban a bordo un jovencito, con su madre y una criada, que habían tomado pasaje en el navío y creyendo infortunadamente que estaba pronto para zarpar acudieron a embarcarse justamente la noche antes de que se desatara el huracán. Careciendo de provisiones propias, rápidamente consumidas, aquellos tres infelices se encontraban en una situación aún peor que la del resto, pues los marineros, reducidos a tan extrema necesidad, no habían tenido compasión alguna con los pasajeros, y apenas puedo describir el grado de inanición en que se hallaban.

Quizá no hubiera llegado a saberlo, con todo, si la curiosidad no me hubiera impulsado a trasladarme a bordo aprovechando el buen tiempo y la calma del mar. El segundo piloto, que comandaba el barco en la emergencia y había pasado a bordo del nuestro, me dijo que quedaban tres pasajeros en la cámara de popa, los cuales se encontraban en una deplorable condición.

—Hasta creo que deben haber muerto —agregó— porque hace más de dos días que no los oímos, y yo no me atrevía a llamarlos, pues en nada podía aliviar su desgracia.

De inmediato tratamos de brindarles todo el socorro de que disponíamos; convencí a mi sobrino de que debíamos darles todas las provisiones que pudieran necesitar, aunque más tarde tuviéramos que poner rumbo a Virginia o a otro punto de la costa americana para avituallarnos a nuestro turno; pero no hubo necesidad de llegar a eso.

Aquellos hombres enfrentaban ahora un nuevo peligro, y era el de comer demasiado de una vez, pese a las pequeñas porciones que les dábamos. El segundo, o capitán del barco, había acudido a nuestro navío con seis de sus hombres, pero aquellos desdichados parecían más bien esqueletos y estaban tan débiles que apenas podían mover los remos. También el segundo se sentía enfermo y medio muerto de hambre, y supimos que no había reservado raciones aparte de las de sus hombres, compartiendo lo que había de igual a igual.

Le aconsejé que comiera poco, luego de hacerle traer alimentos, pero apenas había tomado dos o tres bocados cuando se sintió terriblemente mal; dejó entonces de comer, mientras nuestro cirujano mezclaba algo en una ración de caldo, asegurando que ello le serviría de alimento y purgante al mismo tiempo; apenas lo hubo bebido se sintió mejor. No olvidaba yo entretanto a los demás hombres; ordené que se les diera de comer y los desdichados devoraron más que comieron, ya que el hambre era tal que habían perdido el control de sí mismos y parecían como rabiosos; por cierto que dos se excedieron tanto que estuvieron a punto de morir a la mañana siguiente.

Todo el tiempo que el segundo empleó en relatarnos los tristes acontecimientos ocurridos en su barco, no dejé de pensar en lo que me había dicho sobre aquellos infelices pasajeros encerrados en el camarote de popa, es decir, una madre con su hijo y una sirvienta; el segundo afirmaba no haberlos oído desde hacía dos o tres días, y en cierto modo confesó que habían olvidado por completo a sus pasajeros, absorbidos en las propias tribulaciones. De ahí deduje que en realidad no les habían dado ningún alimento, y que probablemente habrían muerto ya de hambre, por lo cual solamente encontraría sus cadáveres en la cabina.

Mientras tuvimos al segundo —a quien llamábamos capitán— a bordo con sus hombres para que se alimentaran, no olvidamos al resto de la desfalleciente tripulación que había quedado en el otro barco, tanto que ordené enviar mi propia lancha tripulada por mi segundo y doce hombres que llevarían un saco de galleta, a más de cuatro o cinco trozos de carne para hervir. Nuestro cirujano encargó especialmente que la carne fuese hervida sin darla antes a nadie, y que se montara guardia en la cocina para impedir que aquellos infelices se apoderaran de ella para comerla cruda o antes de que estuviese en su punto; dijo asimismo que a cada hombre debía dársele cada vez una porción muy pequeña, y en esa forma consiguió salvar a los marineros, que de otra manera hubieran perecido a causa de lo mismo que se les ofrecía para recobrar las fuerzas.

Ordené al segundo que fuera a la cabina de popa para averiguar en qué estado se encontraban los pasajeros, por si quedaba todavía la posibilidad de prestarles auxilio y ofrecerles ayuda de todo género; el cirujano le entregó una olla del mismo caldo que había hecho tomar al segundo que estaba en nuestro barco, y que según su parecer debía restablecerlos gradualmente. Con todo no me sentí satisfecho, y sintiendo, como he dicho más arriba, un gran deseo de ver por mí mismo el escenario de aquel drama, y seguro de que en persona tendría una impresión mucho más nítida que la que pudiera lograr por relatos de mis hombres, llamé al capitán del otro barco y después de un rato nos fuimos en su bote.

Encontré a los infelices marineros frenéticos en su ansia por comer la carne antes de que estuviera bien hervida, pero mi segundo había cumplido las órdenes y encontré una sólida guardia a la entrada de la cocina. El hombre que allí estaba después de emplear la persuasión hasta el cansancio, había tenido que emplear la fuerza para alejar a la tripulación. Sin embargo se le ocurrió remojar algunos bizcochos en el caldo de la carne, haciendo unas sopas que repartió a los hombres para que confortaran poco a poco su estómago, mientras les decía que les daba pequeñas porciones para su propio bien.

Pero el infortunio de los pasajeros del camarote era de distinta naturaleza y hartamente peor que el de los marineros. Desde un comienzo la tripulación había tenido tan pocas provisiones que la ración dada a los pasajeros fue muy pequeña y cesó totalmente pocos días más tarde, tanto que en los últimos seis o siete días nada habían tenido que comer y en los días anteriores apenas una mínima cantidad. La desdichada madre, que según decían los hombres, era una mujer de excelente cuna y llena de sensatez, trató de reservar las raciones para su hijo hasta que al fin había cedido al desfallecimiento natural; cuando mi segundo entró en el camarote estaba sentada en el suelo, entre dos sillas que allí aparecían atadas, con la espalda apoyada en el tabique y la cabeza hundida entre los hombros, con todo el aspecto de un cadáver, aunque no había muerto todavía. Mi segundo hizo todo lo posible por reanimarla y darle fuerzas, tratando de que bebiera algo de caldo con ayuda de

una cuchara. Abrió los labios y levantó una mano, intentando expresar algo, lo que no consiguió, mas al entender lo que el segundo le decía hizo débiles señales queriendo significar que ya era demasiado tarde para ella, pero señalaba a la vez en dirección a su hijo como recomendándoles que se preocuparan solamente por él.

El segundo, profundamente emocionado ante esa prueba de cariño, insistió en hacerle beber algo de caldo, y según creía alcanzó a tragar dos o tres cucharadas, aunque dudo si tenía la seguridad de ello; de todas maneras el auxilio resultó tardío, y la madre murió aquella misma noche.

El muchacho, salvado a costa de la vida de su amante madre, no parecía tan desfalleciente, pero sin embargo estaba tendido en el lecho del camarote con todo el aire de un moribundo. Tenía en la mano un pedazo de guante, cuyo resto había devorado. Tan joven, y con más vigor que su madre, bastó que el segundo le hiciera tragar algo de líquido para que de inmediato principiara a revivir; sin embargo, cuando momentos después le dieron a beber otras dos o tres cucharadas de caldo, se sintió muy mal y las devolvió sin tolerarlas.

La infeliz doncella llamó entonces la atención del segundo. Yacía tendida en el suelo casi al lado de su cama y daba la impresión de alguien que ha sufrido un ataque de apoplejía y lucha por conservar su vida. Tenía las piernas contraídas, y con una mano aferraba fuertemente el marco de una silla, de tal modo que no fue fácil desprenderla de allí. El otro brazo formaba un arco sobre su cabeza y tenía los pies apretados contra una mesa. En una palabra, yacía como alguien que ha sufrido la agonía postrera; y sin embargo aún estaba viva.

La desdichada criatura no solamente se hallaba reducida a la peor inanición y llena de terror a la idea de la muerte, sino que supimos más tarde por los marineros que su corazón quedó desgarrado a la vista de los sufrimientos de su ama, a la que había visto moribunda durante los últimos dos o tres días, y a la que amaba tiernamente.

No sabíamos qué hacer con aquella pobre muchacha, ya que cuando nuestro cirujano, hombre de gran conocimiento y experiencia, la hubo salvado poco a poco de la muerte, encontró que su razón había cedido paso a un estado vecino a la locura, el que se prolongó por un tiempo considerable, como se verá más tarde.

El que lea estas memorias habrá de tener en consideración que las visitas en alta mar de un buque a otro no se parecen en nada a las que pueden hacerse en tierra firme, donde los visitantes suelen quedarse a veces por una semana o quince días en un mismo sitio. Nuestra tarea consistía en socorrer a los tripulantes de aquel navío pero no quedarnos a su lado, y aunque ellos se mostraron deseosos de seguir nuestro rumbo durante algunos días, no podíamos retardar nuestro viaje esperando a un barco que carecía de mástiles. El capitán nos rogó, sin embargo, que los ayudáramos a levantar un mastelero en un improvisado palo de trinquete. Ocupados en esta tarea permanecimos tres o cuatro días, entregando a aquellos hombres cinco barriles de carne salada, uno de tocino, dos sacos de galleta y una cantidad adecuada de guisantes, harina y otras cosas que podíamos cederles. Aceptamos en cambio tres barriles de azúcar, algo de ron y algunas piezas de a ocho, y nos separamos de ellos llevando a bordo al jovencito, la sirvienta y todos sus efectos.

El muchacho, que contaba unos diecisiete años, era bien parecido, de una excelente educación, modesto y juicioso. Estaba abrumado por la pérdida de su

madre, y según supimos había perdido a su padre unos meses antes en las Barbadas. Pidió al cirujano que lo atendía que intercediese ante mí para recibirlo en mi barco, porque según decía aquellos crueles marinos habían asesinado a su madre. Tenía razón, ya que con su egoísmo habían ocasionado la muerte de la viuda, pues reservándole solamente una pequeña ración hubiesen conseguido mantenerla viva hasta la llegada de socorro. Desgraciadamente el hambre no conoce amigos ni parientes, ignora la justicia y el derecho, y es tan incapaz de remordimientos como de compasión.

El cirujano le advirtió lo prolongado de nuestro viaje, y cómo la travesía iba a alejarlo de sus amigos y tal vez sumirlo en desgracias tan grandes como aquella de la cual acabábamos de rescatarlo, es decir, morir de hambre en algún lugar del mundo. Pero respondió que lo tenía sin cuidado el sitio adonde lo lleváramos con tal de sentirse apartado de esa odiosa tripulación en cuya compañía había tenido que vivir. Agregó que el capitán (se refería a mí, pues nada sabía de mi sobrino) le había salvado la vida, y él estaba seguro que en nada iba a perjudicarlo; en cuanto a la doncella, suponiendo que volviera a recobrar la razón, se sentiría hartamente satisfecha de que la llevásemos a bordo de nuestro navío.

18. UNA COLONIA TURBULENTA

No fatigaré al lector con los menudos incidentes ocurridos en el resto del viaje y que se refieren al tiempo, vientos y corrientes; abreviando mi relato en homenaje a lo que va a seguir, diré que arribamos a mi antigua residencia, la isla, el 10 de abril de 1695. No fue sin dificultad que alcancé a reconocer aquella tierra, pues como antes había llegado y salido de ella por el lado austral y oriental, proveniente del Brasil, arribando ahora por el lado que da al océano y sin mapa que señalara en modo alguno su situación, apenas la reconocí al verla y hasta dudaba si aquella tierra era o no mi isla.

Anduvimos errando un buen tiempo por las inmediaciones y desembarcamos en varias islas que se encuentran en las bocas del gran río Orinoco sin dar con la mía; aquello me sirvió sin embargo, para advertir el error en que había estado al creer que desde mi isla alcanzaba a divisar el continente, cuando en realidad sólo apenas percibía una gran isla o mejor una cadena de islas que forman como un abanico en las bocas del gran río. En cuanto a los salvajes que desembarcaban en la isla, no eran precisamente los caribes, sino isleños y otros bárbaros de la misma clase, que vivían algo más próximos a nuestro lado que el resto de las tribus.

En resumen, visité varias de aquellas islas sin resultado alguno; vi que muchas estaban deshabitadas y otras no; por fin, costeano de una a otra, a veces con el barco y en algunas ocasiones con la chalupa francesa (que nos había parecido una excelente embarcación y habíamos conservado con el permiso del capitán), por fin alcanzamos el lado sur de mi isla y de inmediato reconocí la fisonomía de la costa, de manera que pude dirigir el navío y hacerlo anclar con toda seguridad en las proximidades de la pequeña ensenada donde estaba mi antigua vivienda.

Tan pronto como reconocí el lugar llamé a Viernes y le pregunté si sabía dónde estábamos. Miró en torno, y luego golpeó las manos.

— ¡Oh, sí! —exclamó vivamente—. ¡Oh, sí, oh, allí!

Señalaba el emplazamiento de nuestra casa, y se puso a bailar y a saltar como un enloquecido; me costó bastante trabajo impedirle que se tirara de un salto al mar y fuera nadando hasta la costa.

—Bueno, Viernes —le dije—. ¿Crees o no que encontraremos a alguien allí? ¿Te parece que veremos a tu padre?

El muchacho se quedó de pronto tieso como un tronco, y después de oír el nombre de su padre pareció llenarse de aflicción; vi que las lágrimas rodaban por las mejillas de mi pobre y cariñoso compañero.

— ¿Qué te ocurre, Viernes? —pregunté—. ¿Es que lamentas ver otra vez a tu padre?

—No, no —murmuró sacudiendo la cabeza—. Yo no verlo más, no verlo nunca más.

— ¿Por qué, Viernes? ¿Cómo sabes que no lo verás más?

— ¡Oh, no! ¡Oh, no! —insistió él—. El morir hace mucho, el morir ya, hombre muy anciano.

—Vamos, vamos —le dije—. Tú no puedes saberlo, Viernes. Dime, ¿crees que no veremos a nadie allí?

El muchacho tenía por lo visto mejores ojos que yo, pues señalando la colina justamente encima de donde se hallaba mi morada, aunque estábamos a más de media legua de distancia, exclamó:

— ¡Ver, ver! ¡Sí, ver muchos hombres allí, y allí, y allí!

Aunque traté de descubrirlos con ayuda de un antejo, no pude divisar a nadie, probablemente porque no alcanzaba a precisar el sitio exacto. Viernes, sin embargo, estaba en lo cierto, como lo averigüé al día siguiente, pues cinco o seis hombres se habían encaramado a aquel sitio para observar nuestro buque, sin saber todavía qué pensar de nosotros.

Tan pronto Viernes me aseguró que había visto gente ordené que se desplegara la bandera y se disparara una salva de tres cañonazos, para indicar que éramos amigos. Un cuarto de hora más tarde percibimos una columna de humo que se alzaba en la región de la ensenada. Ordené de inmediato arriar un bote en el cual me embarqué con Viernes, y alzando bandera blanca en señal de parlamento me encaminé directamente a tierra, llevando conmigo al joven sacerdote, del cual ya he hablado y a quien había descrito las incidencias de toda mi vida en la isla, así como diversos detalles acerca de mí y de las gentes que dejara en esas tierras, por lo cual se manifestaba deseoso de acompañarme en mi desembarco. Llevábamos con nosotros a dieciséis hombres bien armados por si encontrábamos en la isla huéspedes inesperados; pero no tuvimos necesidad alguna de armas.

Como llegamos a la costa cuando estaba en ascenso la marea, nos internamos directamente en la ensenada. El primer hombre que reconocí fue el español cuya vida había salvado y cuyo rostro recordaba perfectamente; en cuanto a su vestimenta, la describiré más adelante. Ordené que nadie se moviera en el bote, pues quería desembarcar solo. Sin embargo, no hubo manera de tener quieto a Viernes, pues el excelente muchacho había descubierto a su padre a cierta distancia de donde estaban los españoles, sin que yo me percatara de su presencia; y estoy seguro de que si no lo hubiesen dejado saltar del bote se hubiera precipitado de un brinco al mar. Tan pronto estuvo en tierra voló hacia su padre como una flecha recién disparada del arco; hubiera arrancado lágrimas al hombre más empedernido contemplar los primeros transportes de alegría del pobre muchacho cuando llegó junto a su padre; lo abrazó, besándolo y haciéndole caricias en el rostro, lo levantó en sus brazos y lo hizo sentar en un tronco, y él se puso a su lado. Luego, levantándose, se dedicó a contemplarlo como alguien que mira un cuadro extraordinario, quedándose extático por un cuarto de hora; luego se dejó caer al suelo, abrazando las piernas del anciano y besándolas, y se levantó en seguida para seguir contemplándolo como si estuviese repentinamente embrujado. Y esto no es nada en comparación a los extremos a que sus sentimientos lo llevaron al día siguiente, y que hubieran hecho sonreír a cualquiera. Toda la mañana anduvo Viernes paseando por la playa con su padre, a quien llevaba tomado de la mano como si hubiese sido una dama; a cada momento corría hasta el bote para buscar algo que pudiese agradarle, tal como un terrón de azúcar, un trago de licor o una galleta. Por la tarde su extravagancia se mostró en otra forma, pues dejando sentado al anciano en el suelo empezó a bailar en torno suyo haciendo mil gestos

raros y adoptando las más fantásticas posturas; todo el tiempo que duró esto seguía hablando a su padre, contándole para divertirlo incidentes de sus viajes, y todo cuanto le había sucedido en países lejanos. En suma, si de nuestro lado del mundo se encontrase entre los cristianos la misma afición filial, uno se sentiría tentado a declarar inútil el quinto mandamiento divino.

Pero volvamos, después de esta digresión, a nuestro desembarco. Sería imposible describir todas las ceremonias y amabilidades con que los españoles me recibieron. Ya he dicho que el primer español que reconocí, por recordar muy bien su rostro, era aquel cuya vida había salvado. Vino hacia el bote acompañado por otro y trayendo también una bandera de parlamento. Pero no sólo no me reconoció al principio, sino que estaba totalmente ajeno a la idea de que pudiera ser yo quien venía a su lado para hablarle.

—Señor —le dije entonces en portugués—, ¿no me reconocéis?

Al oír esto no pronunció una sola palabra, pero entregando su mosquete al hombre que lo acompañaba, tendió los brazos abiertos y murmurando una frase en español que no alcancé a comprender corrió a mí y me abrazó con fuerza, reprochándose amargamente no haber reconocido un rostro que antaño se le apareciera como el de un ángel venido para librarlo. Pronunció infinidad de bellas frases, como los españoles bien educados saben hacerlo siempre; y luego volviéndose a quien lo acompañaba le ordenó que fuese a llamar a los restantes camaradas. Me preguntó si deseaba volver a mi vieja morada, de la cual se apresuraba a devolverme la posesión y donde podría observar que sólo se habían hecho pocas mejoras. Eché pues a andar a su lado, pero grande fue mi asombro al no poder encontrar el sitio, como si jamás hubiese estado allí; los españoles habían plantado tantos árboles, y colocado tan cerca uno del otro, que en diez años aquello se había convertido en un espeso bosque que tornaba el lugar inaccesible, salvo por estrechos pasajes que solamente conocían los habitantes.

Le pregunté entonces qué razón habían tenido para aumentar de tal manera las fortificaciones, y me contestó que ya vería yo la necesidad de aquellas obras cuando me hubiera narrado detalladamente lo que les había sucedido desde su llegada a la isla, en especial cuando se encontraron con la desgracia de saberme ausente del lugar. Me dijo que había sentido alegría al enterarse de mi buena fortuna al conseguir embarcar en un navío a mi entera satisfacción, pero que muchas veces tuvo el presentimiento de que alguna vez volvería a verme; me confesó que nada de cuanto le ocurriera en toda su vida había sido capaz de sumirlo en tan grande aflicción y angustia que arribar a la isla para encontrarse con que yo no estaba ya en ella.

En cuanto a los tres bárbaros (como él les llamaba) que habíamos dejado en la isla, y de los cuales me aseguró que tenía un largo relato que hacerme, los españoles hubieran preferido seguir viviendo entre los salvajes que con ellos, salvo que su número era mucho menor. —Por cierto —agregó— que si hubiesen sido más, hace rato que estaríamos en el purgatorio.

Y se persignó al decir esto.

—De modo, señor —prosiguió—, espero que no os desagradará escuchar el relato que os haré contándoos cómo nos fue necesario desarmar, en defensa de nuestras vidas, a aquellos individuos para someterlos a nuestra ley, ya que de lo contrario no solamente hubieran sido nuestros amos, sino nuestros asesinos.

Contesté que había temido mucho que eso ocurriera, y que si algo había lamentado al dejar la isla era precisamente que ellos no estuviesen ya de regreso para ponerlos primero en posesión de todos mis efectos y dejar a los tres amotinados en una situación de servidumbre como la que merecían. En fin, si las cosas habían terminado por tomar ese cariz, me alegraba de saberlo y estaba muy lejos de hacerle el menor reproche, ya que sabía bien que aquellos tres individuos eran díscolos e ingobernables picaros, dispuestos siempre a las peores artimañas.

Mientras hablábamos volvió el hombre que el español enviara con su orden acompañado de otros once españoles. En el estado en que se encontraban hubiese sido difícil averiguar a qué nación pertenecían, pero mi amigo se encargó de aclarar las cosas tanto para ellos como para mí. Señalándolos con la mano, me dijo:

—Estos, señor, son algunos de los caballeros que os deben la vida.

Luego, volviéndose a sus camaradas, les habló contándoles quién era yo, y entonces fueron avanzando de uno en uno hasta donde me encontraba no como simples marineros o personas ordinarias, sino con todo el aspecto de embajadores o nobles que se dirigen a un monarca o a un gran conquistador. Su comportamiento era cortés y fino en sumo grado, pero esa conducta estaba empapada de una masculina gravedad que sentaba muy bien a sus personas; en resumen, me superaban tanto en sus maneras que no sabía yo cómo recibir sus atenciones y mucho menos el modo de retribuir las.

La historia de su llegada e instalación en la isla después de mi partida es tan interesante y está tan llena de incidentes que la primera parte de mi relato ayudará a comprender mejor —ya que muchos de sus episodios se refieren a los sucesos allí relatados— que no puedo dejar de transmitirla con verdadero gusto a aquellos que la leerán alguna vez.

Lo primero que yo pregunté —y que sirve para continuar el relato donde yo lo dejara— fueron los detalles de la travesía, y pedí al español que me hiciera una descripción precisa de su viaje en la canoa hasta el sitio donde vivían sus compatriotas. Me explicó que la travesía había tenido poco de interesante, pues el tiempo se mantuvo en calma y el mar muy sereno; en cuanto a sus compañeros, está de más decir la alegría que experimentaron al verlo regresar sano y salvo. (Parece que en ese entonces era el principal entre ellos, pues el capitán del buque en el cual naufragaran había muerto tiempo atrás.) Me relató la gran sorpresa que tuvieron al verlo volver, ya que, enterados de que había caído en manos de los salvajes descontaban que habría sido devorado al igual que los restantes prisioneros. Cuando les contó la manera en que había sido salvado de la muerte, y la esperanza de liberación que les traía por mi encargo, les pareció que estaban soñando; no volvieron a la realidad hasta que les hizo ver las armas, la pólvora y las balas, así como las provisiones que había traído para la travesía, y compartiendo entonces el júbilo de la liberación se apresuraron a disponerse para el viaje.

El primer problema fue procurarse canoas; aquí no pudieron los españoles detenerse demasiado en consideraciones de honestidad, sino que traicionando la amistad de los salvajes que con ellos se mostraban pacíficos, les pidieron dos grandes canoas con el pretexto de ir de pesca o de paseo.

A la mañana siguiente zarparon en ellas. Parece que no malgastaron tiempo en alistarse mayormente ya que no poseían equipaje, ni ropas, ni provisiones; desposeídos de todo, llevaban sólo lo que tenían puesto y unas raíces de las cuales

se alimentaban a manera de pan. Tardaron en total tres semanas hasta arribar a la isla, y para desgracia de ellos, yo había tenido en ese plazo la oportunidad de recobrar mi libertad y salir de allí, como he mencionado en la primera parte de mi relato; en tierra sólo habían quedado tres de los más desafortunados, empedernidos, díscolos y perversos villanos que jamás pudiera encontrar hombre alguno en su camino, de modo que es de imaginarse el desencanto y la angustia de los españoles al encontrarlos en mi lugar.

Lo único decente que aquellos malvados hicieron al ver a los españoles fue entregarles mi carta y cumplir mi orden de darles algunas provisiones y utensilios, así como un papel conteniendo instrucciones que había dejado para que pudiesen continuar la misma vida que yo llevara hasta entonces en la isla; allí les explicaba cómo cocía mi pan, les enseñaba a domesticar cabras y mantener la plantación; también les decía el modo de secar las uvas, hacer alfarería y, en una palabra, todo lo que yo sabía. Entregaron dicho mensaje a los españoles, dos de los cuales comprendían bastante el inglés, y no se rehusaron a aceptar la compañía de los recién llegados, con los cuales convivieron en buenos términos por algún tiempo. Les concedieron igual derecho que los suyos en lo que se refiere a la casa y la caverna, y principiaron a vivir en excelente sociedad. El español que hacía de jefe, y que juntamente con el padre de Viernes me había visto trabajar y dirigir mis posesiones, fue considerado el comandante entre ellos, y en lo que a los ingleses se refiere no hacían otra cosa que vagabundear por la isla cazando papagayos y tortugas, volviendo a la casa al anochecer donde los españoles les tenían ya lista la cena.

Por cierto que éstos se habrían conformado con esa situación si los otros los hubiesen dejado en paz, pero aquellos malvados eran como el perro del hortelano, que no quería comer ni dejar a los otros que comiesen. Al principio las discrepancias fueron triviales y no merecen mencionarse, pero crecieron poco a poco hasta convertirse en una guerra manifiesta, principiada por los ingleses con toda la insolencia y el desenfado imaginables, sin razón ni provocación, contraria a las leyes de la naturaleza y del sentido común. En verdad, aunque el primer relato de lo ocurrido me vino de los labios de los españoles mismos —a quienes podría llamar los acusadores—, más tarde no pude lograr que los otros desmintiesen una sola palabra de las que acababa de escuchar.

Pero antes de que entre en detalles sobre este sucedido, debo llenar una laguna existente en la primera parte de mi historia. Había olvidado decir que cuando nos disponíamos a levar anclas después que fui rescatado de mi soledad, ocurrió a bordo un pequeño incidente que me hizo temer la posibilidad de un segundo motín. La pelea no fue apaciguada hasta que el capitán, empleando todo su coraje y cuanta ayuda disponía, separó por fuerza a los que contendían y apresando a dos de los marineros más díscolos los hizo encadenar inmediatamente. Esos dos hombres habían participado en el primer motín, y como acababan ahora de pronunciar algunas palabras sediciosas, el capitán los amenazó con llevarlos a Inglaterra encadenados como estaban y hacerlos colgar allí por rebeldes y por haberse apoderado en una oportunidad del barco.

Parece que el capitán no pensaba poner en ejecución sus amenazas, pero el resto de la tripulación se asustó sobremanera al oírlas; algunos habían insinuado a los restantes que el capitán fingía hacer la paz con ellos para llevarlos así

engañados a Inglaterra, donde se apresuraría a denunciarlos ante los tribunales y hacerlos juzgar por el motín anterior.

El segundo se enteró de todo esto y nos lo hizo saber, y se resolvió entonces que yo, considerado a bordo como un personaje de gran importancia, fuera en compañía del segundo a hablar con los hombres y les diera plena garantía de que si se portaban bien en el resto del viaje todo cuanto pudieran haber cometido anteriormente les sería perdonado. Así lo hice, y después de comprometer en ese sentido mi palabra de honor conseguí que se calmaran completamente, en especial cuando ordené que los dos hombres encadenados fuesen puestos al punto en libertad.

Todo este episodio nos había mantenido durante la noche en el mismo sitio y sin levar anclas, estando además el viento muy débil. A la mañana siguiente descubrimos que los dos hombres que fueran antes encadenados habían robado un par de mosquetes y otras armas, y embarcándose en la pinaza del buque, todavía no subida a bordo, habían escapado para reunirse en tierra con sus compañeros de fechorías.

Tan pronto comprendimos lo ocurrido ordené que la lancha fuese a tierra tripulada por doce hombres y el segundo, pero aunque buscaron prolijamente a aquellos bandidos no pudieron dar ni con ellos ni con los otros tres; es evidente que al ver acercarse la lancha habían buscado refugio en los bosques. Como castigo de tanta villanía, el segundo parecía dispuesto a destruir la plantación y quemar la casa así como todas las instalaciones, para dejar a aquellos miserables sin auxilio alguno; pero no tenía órdenes para ello, y volvió a embarcarse sin tocar nada.

El total de aquellos individuos era, pues, de cinco; pero ocurrió que los tres primeros eran todavía más malvados que los otros dos, y después de vivir juntos un par de días, terminaron por arrojar de su lado a los recién venidos y dejarlos librados a sus propios recursos, no queriendo tener con ellos nada en común; ni siquiera, durante bastante tiempo, se dignaron darles algún alimento. Todo esto ocurría cuando los españoles estaban todavía lejos de la isla.

Al llegar éstos a tierra, las cosas principiaron a complicarse aún más. Los españoles trataron de persuadir a los tres miserables ingleses que aceptaran la compañía de los otros dos, a fin de constituir entre todos una sola familia, pero aquéllos ni siquiera quisieron escucharlos. Los dos pobres diablos tuvieron entonces que vivir abandonados, y comprendiendo que sólo el ingenio y el trabajo les permitirían sobrellevar una existencia semejante, levantaron sus tiendas en la costa norte de la isla, mirando un poco hacia el oeste para hallarse a salvo del peligro de los caníbales, que siempre elegían la parte oriental para sus desembarcos.

Construyeron allí dos chozas, una para vivir y la otra destinada a atesorar sus provisiones; como los españoles les habían dado algo de grano para sembrar, especialmente los guisantes que yo les había dejado, cultivaron tierras y sembraron las semillas de acuerdo con mis instrucciones, pudiendo por fin vivir bastante bien. Su primera cosecha fue buena, y aunque solamente habían cultivado un pequeño espacio de tierra por falta de tiempo, obtuvieron lo bastante para hacer pan y otros alimentos. Uno de los dos había sido ayudante del cocinero a bordo, de manera que era diestro en preparar sopas, pasteles y otras comidas a base de arroz, leche y la poca cantidad de carne que podían obtener.

Estaban, pues, viviendo en tan modesta situación cuando los otros tres miserables, sus compatriotas en maldad y origen, por el solo espíritu de burla y de maldad se acercaron a sus viviendas para insultarlos y provocarlos, diciéndoles que la isla les pertenecía y que el gobernador —se referían a mí— les había dado posesión de ella, por lo cual nadie más tenía derecho alguno sobre esas tierras. Agregaron, con grandes maldiciones, que no permitirían construir ninguna casa en la isla salvo que se les pagara la debida renta por ella.

Los otros dos creyeron al comienzo que se trataba de una broma; los invitaron a entrar y a sentarse para que vieran las excelentes habitaciones que habían levantado y discutir después la cuestión de la renta; uno de ellos les dijo festivamente que si eran terratenientes, él esperaba que de acuerdo con la costumbre tradicional concederían un prolongado arriendo a aquellos que no sólo levantaban chozas en sus tierras, sino que introducían mejoras en ellas; y terminó su discurso rogándoles que fuesen a buscar a un escribano para redactar la escritura. Uno de los tres, enfurecido al oír esto, gritó que pronto verían que no se trataba de una broma, y corriendo hasta un sitio algo alejado donde los otros pobres hombres habían encendido un fuego para aderezar sus alimentos, tomó un tizón y lo aplicó a la parte exterior de la choza, que inmediatamente empezó a incendiarse. Habría quedado destruida en unos pocos minutos si uno de los dos no hubiese corrido hacia el miserable alejándolo de allí y ahogado el fuego con sus pies no sin gran dificultad.

El villano estaba tan enfurecido al ver que su víctima le había empujado lejos del incendio, que se precipitó de inmediato sobre él armado de una estaca, y si éste no hubiese evitado a tiempo el golpe refugiándose en la choza es seguro que sus días hubiesen terminado allí. Su compañero, viendo el peligro que corrían ambos, se lanzó en su ayuda y un momento después asomaban armados de sus mosquetes. Lanzándose sobre el que había pretendido matarle con la estaca, el primero lo derribó de un culatazo de su mosquete antes de que los restantes pudieran acudir en su auxilio; y cuando los vieron venir, les apuntaron con las armas ordenándoles que se rindieran.

Los otros tenían también armas de fuego, pero uno de los pobres atacados, más temerario que su compañero y desesperado por el inminente peligro en que se veían, gritó que si movían solamente una mano eran hombres muertos, ordenándoles que arrojaran las armas. Los otros no le obedecieron, pero viéndolo tan resuelto decidieron parlamentar y terminaron por consentir en marcharse llevándose al herido, que estaba bastante lastimado con el culatazo. Fue una grave equivocación permitirles marcharse en esa forma, ya que teniendo en ese momento ventaja sobre ellos hubieran hecho mejor en desarmarlos y acudir de inmediato a los españoles para narrarles la conducta de aquellos tres bandidos. Naturalmente que éstos, al verse en libertad, no pensaron en otra cosa que en vengarse y todos los días daban alguna señal de que estaban dispuestos a llevar a efecto su desquite.

Sería excesivo llenar esta parte del relato con detalles de todas las miserables villanías que los tres bandidos cometieron contra aquellos dos desdichados; les estropeaban su plantación, mataron tres cabritos y una cabra que los colonos habían conseguido al fin domesticar para tener alimento; en una palabra, torturándolos noche y día en esa forma, los redujeron a un estado de desesperación tan extremado que los dos hombres se decidieron a luchar a muerte contra los otros tres en cuanto se presentara una oportunidad favorable. Después de meditarlo, se

decidieron a ir al castillo —como le seguían llamando— donde los tres miserables y los españoles vivían juntos, a fin de desafiarlos a luchar teniendo como árbitros imparciales a los españoles. Una mañana temprano se encaminaron a mi antigua morada y al llegar llamaron por sus nombres a los ingleses, diciendo al español que les contestó que deseaban hablar con aquéllos.

Aconteció que el día antes, paseando dos españoles por los bosques, dieron con uno de los ingleses a quienes llamaré honestos para distinguirlos de los tres restantes, quien les hizo un triste relato de la bárbara conducta de sus compatriotas para con ellos, describiéndoles cómo habían arruinado la plantación, destruyendo todo el grano por el cual tanto habían tenido que trabajar y sacrificarse; les explicó que habían matado la cabra que les proveía de leche así como sus tres cabritos, que era todo cuanto tenían entonces para su subsistencia. Por fin declaró que si ellos y los demás españoles no volvían a socorrerlos, morirían seguramente de hambre.

Cuando los españoles hubieron vuelto a la casa por la noche y estaban reunidos cenando, uno de los que había escuchado el relato se tomó la libertad de dirigir un reproche a los tres ingleses, haciéndolo sin embargo con las palabras y términos más corteses, preguntándoles cómo podían ser tan crueles con aquellos pobres, desamparados e inofensivos colonos que sólo se ocupaban en trabajar esforzadamente para proveer su propia subsistencia, y que realizaban tan extraordinarios esfuerzos para mantener la mísera situación que habían alcanzado.

Uno de los ingleses respondió vivamente:

— ¿Qué tienen éstos que hacer aquí? Vinieron a tierra sin autorización, y no poseen derechos para construir ni plantar en la isla; la tierra no es de ellos.

—Pero entonces, señor inglés —repuso gravemente el español—, morirán de hambre.

El otro replicó con toda la rudeza de que era capaz:

— ¡Que se mueran y que el diablo se los lleve! ¡No plantarán ni sembrarán aquí!

— ¿Pero qué harán entonces, señor? —insistió el español.

Otro de los miserables lanzó una grosera maldición.

— ¿Qué harán? ¡Pues serán nuestros sirvientes y trabajarán para nosotros!

— ¿Cómo podéis pretender tal cosa de ellos? —observó entonces el español—. No los habéis comprado que yo sepa, y por lo tanto carecéis de derecho para convertirlos en vuestros sirvientes.

A esto le replicaron que la isla les pertenecía, por cuanto el gobernador se la había entregado, y que ningún hombre fuera de ellos tenía derecho alguno. Jurando en nombre de Dios, amenazaron con ir a incendiar las chozas de los dos colonos y no permitir que ninguna construcción se levantara en la isla.

—De acuerdo con tales principios —dijo entonces el español— ¿Nos consideraréis también sirvientes vuestros?

—Por cierto que sí —replicó insolentemente uno de los miserables— y lo seréis bien pronto, estad seguros.

A esto el español se contentó con sonreír sin replicar cosa alguna, pero como la discusión los había acalorado, uno de los bribones terminó por levantarse —creo que era el llamado Will Atkins— y llamó a otro.

—Ven, Jack —dijo—, vamos a escarmentarlos. Les aplastaremos el castillo, puedes tener mi palabra; no habrá más colonias en nuestros dominios.

Con esto se marcharon los tres, llevándose cada uno una escopeta, una pistola y una espada, mientras murmuraban multitud de palabras injuriosas y amenazas sobre lo que harían a los españoles apenas se presentase una oportunidad propicia. Parece que los españoles no entendieron bien lo que decían como para darse clara cuenta de sus intenciones; pero era evidente que su cólera se debía a que ellos acababan de tomar partido por los dos ingleses.

La dirección en que marcharon y lo que hicieron aquella noche, los españoles lo ignoraban: probablemente vagabundearon un rato por los alrededores y luego se encaminaron al sitio que yo llamaba mi enramada, donde, sintiéndose cansados, se tendieron a dormir. Su intención era quedarse hasta medianoche y luego, aprovechando que los dos infelices estaban durmiendo, tomarlos por sorpresa; como lo confesaron más adelante proyectaban incendiar las chozas durante su sueño y asesinarlos en esa forma o cuando se lanzaran fuera. Por lo común los malvados no tienen el sueño profundo, y es muy extraño que en esa oportunidad los tres hombres despertaran más tarde de lo previsto para ejecutar su plan.

Por su parte, los dos habitantes de las cabañas también tenían un proyecto que ya he mencionado, sin duda mucho menos innoble que el de quemar y asesinar de manera que para fortuna suya no estaban en las chozas cuando sus desalmados enemigos llegaron finalmente a ellas.

Al advertir las chozas vacías, Atkins, que iba delante, llamó a sus compañeros con una maldición.

— ¡Eh, Jack, que el infierno se los trague, los pájaros han volado!

Se quedaron reflexionando cuál podría ser la causa que hubiese alejado a los ingleses tan temprano de sus chozas, y de pronto se les ocurrió que los españoles debían haberles prevenido; plenamente seguros de ello, se estrecharon las manos jurando que se vengarían de los españoles por lo que consideraban una traición. Tan pronto se hubieron comprometido a su sangriento designio, principiaron con las chozas de los desdichados; en vez de quemarlas las derribaron, destruyéndolas con tal encarnizamiento que no dejaron la más pequeña estaca en pie, ni la menor señal de donde antes se alzaban. Hicieron pedazos todos los utensilios y los diseminaron de tal modo que los colonos encontraron más tarde algunas piezas a una milla de distancia. Terminado esto cortaron los arbolillos que los pobres habían plantado, rompieron el vallado que aseguraba el ganado y el grano; en fin, saquearon y rompieron todo con una perfección que ni las hordas de los tártaros los hubiesen igualado.

Mientras esto sucedía, los dos colonos iban justamente en su búsqueda, decididos a desafiarlos dondequiera los encontraran, a pesar de hallarse en proporción de dos contra tres; por cierto que si los hubieran sorprendido en esa faena habría habido derramamiento de sangre entre ellos, porque en rigor de justicia todos eran hombres resueltos y temerarios.

Pero la Providencia tomó más cuidado en mantenerlos separados que ellos en encontrarse, y como si deliberadamente hubiesen querido evitarse, cuando unos estaban en el castillo los otros habitaban sus chozas, y justamente cuando los dos colonos acudían en busca de sus enemigos, los otros tres se encaminaban a cumplir su siniestro plan.

Veremos lo que ocurrió entonces. Los tres volvieron al castillo, furiosos y encendidos por la cólera que su perversa tarea les había ocasionado, y fueron directamente a los españoles para jactarse de lo que acababan de hacer y provocarlos. Uno de ellos, acercándose al que estaba más adelantado, y lo mismo que si fuera un muchacho jugando con otro, le quitó el sombrero que el español tenía puesto y dándole unas vueltas burlescamente le dijo en la cara:

—A vos, señor Juan Español, os va a suceder lo mismo si no cambiáis de modales.

El español, que aunque exquisitamente educado era tan valiente como el mejor, además de corpulento y robusto, miró con calma a su adversario durante un buen rato, y después dando un paso hacia él lo derribó de un solo puñetazo; y el hombre cayó como un buey bajo la maza del matarife. Inmediatamente otro de los bandidos, tan insolente como el primero, disparó su pistola sobre el español. No dio en el blanco, pero las balas pasaron junto a su cabeza y una de ellas alcanzó a herirlo en el lóbulo de la oreja, que principió a sangrar abundantemente. Al ver la sangre, el español creyó sin duda que estaba malherido, y esto lo privó de la extraordinaria calma que hasta entonces demostrara. Lanzándose sobre el hombre que había derribado, tomó su mosquete y estaba ya a punto de tirar sobre el que le había disparado el pistoletazo cuando los otros españoles, que permanecían en la caverna, salieron de improviso y le gritaron que no tirase, a tiempo que se apoderaban de los ingleses y los privaban de sus armas. Cuando se encontraron indefensos, y con el agravante de que los españoles eran ahora sus enemigos al igual que sus dos compatriotas, los ánimos se les enfriaron. Con mejores maneras pidieron a los españoles que les devolviesen sus armas, pero éstos, que conocían el conflicto existente entre ellos y los otros dos colonos y sabían que negarles las armas era el mejor modo de evitar que acabaran matándose entre todos, les aseguraron que no les harían daño alguno si estaban dispuestos a vivir pacíficamente en adelante, y que los ayudarían igual que antes; pero de ningún modo se hallaban dispuestos a devolverles sus armas mientras siguieran tan resueltos a perjudicar a sus compatriotas e incluso reducirlos a la servidumbre.

Los malvados no eran más capaces de escuchar buenas razones que de ponerlas en práctica, y viendo que se les rehusaban las armas se marcharon rabiosos, enloquecidos de cólera y amenazando con toda suerte de venganzas a pesar de que carecían de medios para cumplirlas. Despreciando aquellas bravatas, los españoles les dijeron que se cuidaran de perjudicar en lo más mínimo los plantíos y el ganado, ya que si lo hacían serían cazados a tiros como bestias feroces o, si caían vivos en sus manos, ahorcados sin la menor lástima.

Como es natural esto no era lo indicado para sosegarlos, y se marcharon todavía más rabiosos, vociferando y jurando como furias del infierno. Tan pronto se habían alejado cuando aparecieron los dos colonos, también enfurecidos y exaltados aunque por razones muy diferentes; al llegar a sus chozas y plantaciones las habían encontrado totalmente demolidas y asoladas, lo cual les produjo la consternación que es de suponer. Apenas tuvieron tiempo de narrar lo ocurrido cuando los españoles les contaron a su vez lo que acababa de pasar; por cierto que resultaba harto extraño que tres hombres pudieran llevar su osadía al extremo de desafiar abiertamente a diecinueve sin recibir el merecido castigo.

Los españoles, como es natural, los despreciaban y ahora que los otros carecían de armas no se afligían por sus amenazas; pero ambos ingleses estaban resueltos a vengarse de ellos, costara lo que costase encontrarlos en la isla.

Fue entonces cuando los españoles se interpusieron, diciéndoles que desde el momento que los tres miserables estaban desarmados no podían tolerar que los otros dos los persiguieran bien armados y concluyeran por asesinarlos.

—Con todo —aseguró el español que ellos consideraban gobernador—, nos comprometemos a haceros justicia si la dejáis en nuestras manos. No hay duda de que esos individuos volverán apenas su rabia se haya calmado, ya que no tienen medio alguno de subsistencia y necesitan nuestro auxilio; os prometemos que no habrá paz con ellos hasta que os hayan dado toda la satisfacción debida. Bajo tales condiciones, esperamos vuestra promesa de que no emplearéis la violencia contra esos malvados, salvo que se tratara de vuestra defensa.

Los dos ingleses aceptaron esto con poco agrado y relucencia, pero los españoles insistieron en que sólo deseaban evitar el derramamiento de sangre y que al fin la querrela se apaciguara.

—Porque —agregaron— no somos tantos en la isla y hay espacio de sobra para todos. ¿Por qué no habíamos de ser buenos amigos?

Los ingleses terminaron por consentir y se quedaron a la espera de lo que pudiera suceder, viviendo algunos días con los españoles ya que sus chozas habían sido destruidas.

Unos cinco días más tarde, los tres villanos, cansados de vagabundear y casi muertos de hambre, pues habían tenido que alimentarse solamente de huevos de tortuga, volvieron al castillo y encontrando al español que hacía de gobernador y a dos compañeros que paseaban por las orillas de la ensenada, se acercaron con actitudes humildes y de sometimiento, a la vez que rogaban se les permitiera volver a vivir en común.

El español les respondió con toda cortesía, pero advirtiéndoles que habían procedido de un modo tan inhumano con sus compatriotas y tan grosero para con ellos los españoles, que no podía responderles nada ante de consultar con los dos colonos y el resto de la población; de todas maneras iría a participarles el pedido para volver a la media hora con una respuesta. Es de imaginar el grado de necesidad a que los tres malvados habían llegado cuando al enterarse de las condiciones, suplicaron que se les enviara algo de pan para comer mientras esperaban el resultado. Así lo hizo el gobernador, enviándoles pan, un gran trozo de carne de cabra y un papagayo asado, que devoraron.

Transcurrida la media hora fueron llamados y se inició un prolongado debate. Los dos compatriotas los acusaron de haber destruido el fruto de su labor e intentado asesinarlos; como ellos mismos lo habían reconocido anteriormente, no les fue ahora posible negarlo. Acerca de este punto los españoles mediaron entre los contendientes, y así como habían obligado antes a los dos ingleses a que no agredieran a los que andaban desarmados e indefensos, así ahora obligaron a éstos a que de inmediato levantaran las dos chozas para sus compañeros, una del tamaño de las anteriores y la segunda más grande; fueron también forzados a construir cercos en el mismo sitio donde antes los destruyeran, plantar árboles donde habían desarraigado los existentes, y también a que sembraran los plantíos asolados; en una palabra, se los obligó a que rehicieran todo hasta dejarlo en el

mismo estado en que lo habían encontrado, o lo más parecido posible, ya que la estación de la cosecha había pasado y los árboles tardarían en crecer hasta el nivel de los anteriores. Se sometieron a todo eso, y como durante el tiempo que duró su trabajo recibieron las provisiones necesarias, se tornaron muy dóciles y la colonia entera empezó a vivir agradable y plazeramente en compañía. La única dificultad estaba en convencer a los tres ingleses de que trabajaran en su propio provecho, pues sólo hacían alguna cosa cuando su capricho se lo sugería. Los españoles les dijeron entonces llanamente que si estaban dispuestos a conservar la buena armonía y la amistad, así como colaborar en el bien común, les ahorrarían las tareas dejándoles tiempo sobrado para que holgazanearan y fuesen a pasear por la isla. En esa forma vivieron bien por un mes o dos, al punto que los españoles les devolvieron sus armas y les dieron libertad para que anduviesen con ellas.

19. EXPEDICIÓN A LAS ISLAS

No hacía una semana que eran otra vez dueños de sus armas, cuando aquellos desagradecidos empezaron a manifestarse con la misma insolencia y provocación que antes; un suceso inesperado, sin embargo, al poner en peligro la seguridad de todos, los obligó a deponer sus resentimientos privados y ocuparse sólo en salvar sus vidas. Una noche, el gobernador español (como llamo al hombre a quien salvara la vida), que era el capitán y dirigente entre ellos, se sintió intranquilo y no pudo conciliar el sueño por más que se esforzó. Según me dijo más tarde se sentía perfectamente bien de salud, y sólo notaba que sus pensamientos se sucedían tumultuosamente, haciéndole ver su imaginación hombres que luchaban y se mataban los unos a los otros; sin embargo, seguía bien despierto y no lograba dormirse de ninguna manera. Quedó así largo rato, mas como su inquietud fuera en aumento decidió por fin levantarse.

Miró entonces hacia fuera, aunque se veía muy poco en plena noche, máxime que los árboles plantados por mí en la forma descrita en el anterior relato, y que eran muy altos y espesos, interceptaban su visión. Sólo pudo ver que era una clara noche estrellada y, como todo parecía tranquilo, volvió a acostarse.

El malestar se repitió, le era imposible dormir y tampoco quedarse en la actitud del que descansa, pues sus pensamientos se tornaban angustiosos y no podía él descubrir la causa que los motivaba.

Como al levantarse y andar había hecho algún ruido, uno de sus compañeros se despertó y preguntó quién era el que se movía. El gobernador le explicó entonces lo que le pasaba.

— ¿Verdaderamente sentís eso? —dijo el otro español—. Tales señales no deben ser despreciadas, y por cierto que alguna cosa mala se está preparando en contra de nosotros. ¿Dónde están los ingleses?

—En sus chozas —repuso el gobernador— y bien tranquilos.

Parece que desde el último motín, los españoles habían decidido quedarse con la habitación principal, designando un sitio donde los tres ingleses habían tenido que instalarse lejos de los otros.

—De todas maneras —dijo el español— algo hay en esto que me inquieta, os lo digo por experiencia. Venid, salgamos a reconocer los alrededores, y si nada encontramos que justifique nuestras aprensiones os contaré un relato que os demostrará la razón de mi inquietud.

Salieron entonces para subir a lo alto de la colina, pero siendo dos y sintiéndose fuertes no tomaron las precauciones que utilizaba yo en mi soledad, colocando la escalera y retirándola luego para apoyarla en el tramo superior; por el contrario, dieron la vuelta al soto despreocupados e imprudentes, cuando los sorprendió descubrir la luz de un fuego a poca distancia del punto que habían alcanzado, así como las voces de un gran número de hombres.

Cuantas veces había yo alcanzado a ver salvajes desembarcando en la isla, mi inmediata preocupación había sido impedirles que advirtieran la más pequeña señal de que la tierra estaba habitada. En verdad que cuando alcanzaron a descubrirlo fue a costa de una experiencia de la cual pocos se salvaron para ir con el relato a los demás, ya que nos apresuramos a desaparecer lo antes posible, y no creo que ninguno de los que alcanzaron a verme pudiera ir con la noticia, salvo aquellos tres salvajes que en nuestra última batalla consiguieron saltar a una piragua y de los cuales temía yo que fuesen con el relato y trajeran refuerzos.

No es preciso decir que apenas el gobernador y su acompañante advirtieron la presencia de aquellos hombres, retrocedieron precipitadamente dando la voz de alarma; explicaron a los compañeros lo que acababan de ver y el peligro que los acechaba, por lo cual habían de defenderse al instante; les fue sin embargo, imposible convencerlos de que se quedaran dentro de las fortificaciones, pues todos querían salir para enterarse en persona de lo que ocurría.

Mientras duró la noche, esto fue relativamente fácil y no les faltó oportunidad de observar durante varias horas a los salvajes iluminados por tres hogueras que habían encendido a cierta distancia una de otra. Ignoraban lo que podían estar haciendo allí, y también lo que a ellos les convenía resolver; ante todo, los enemigos eran extraordinariamente numerosos, y en segundo lugar no estaban juntos, sino separados en distintos grupos y ocupando diversas partes de la costa.

Cuando lo advirtieron, los españoles cayeron presa de la consternación, sobre todo al notar que los salvajes andaban errando por la costa, ya que tarde o temprano alguno de ellos daría con la casa o cualquier otro lugar donde hubiera huellas de habitantes. Sentían gran temor por la suerte de su rebaño de cabras, cuya destrucción hubiera significado para ellos poco menos que la muerte por hambre. Lo primero que entonces se les ocurrió fue enviar, antes de que llegase el día, a dos españoles y un inglés para que condujesen el rebaño hacia el gran valle donde estaba la caverna, a fin de que si las cosas se tornaban peores pudiese ser escondido en su interior.

Luego de considerar largamente las medidas a adoptarse, y de agotar su ingenio calculando las posibilidades, se resolvieron, aprovechando la oscuridad, a pedir al anciano padre de Viernes que espicara a los salvajes y tratase de averiguar alguna cosa más, tal como el propósito que los había guiado en su desembarco y cuáles eran sus intenciones. El anciano aceptó de inmediato y después de desnudarse completamente, como era el uso entre los salvajes, partió para volver una o dos horas más tarde con el anuncio de que se había mezclado entre ellos sin ser descubierto. Traía la noticia de que había dos grupos pertenecientes a distintas naciones en guerra y que acababan de sostener una gran batalla en su país. Ambos grupos se habían adueñado de numerosos prisioneros, y la sola casualidad había dispuesto que desembarcasen casi en el mismo sitio para devorarlos y realizar los festejos del triunfo. Ahora, el saberse vecinos ahogaba toda su alegría, reemplazándola por una terrible cólera que al parecer del anciano los llevaría a lanzarse a una nueva batalla apenas viniera la luz del día, ya que estaban muy cerca los unos de los otros. Agregó que en ningún momento había advertido que los salvajes creyeran habitada la isla, y apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando los que lo escuchaban oyeron el ruido característico de los dos pequeños ejércitos al trabarse en sangrienta lucha.

El padre de Viernes empleó todos sus argumentos para persuadir a los nuestros de que no se mezclaran en la batalla y permanecieran ocultos. Les dijo que ésa era su única salvación, ya que los salvajes se limitarían a combatir entre ellos, terminando los sobrevivientes por embarcarse, como efectivamente ocurrió. Pero era imposible contener la curiosidad de algunos, en especial de los ingleses, cuyo deseo de presenciar la batalla les hacía olvidar toda prudencia. Ciertamente que emplearon algunas precauciones, tal como no ir en línea recta desde su vivienda, sino dando un rodeo por los bosques, a fin de situarse en posición ventajosa para contemplar el combate sin ser vistos por los salvajes, según ellos creían; la verdad es que los salvajes los divisaron, como se contará más adelante.

La batalla fue encarnizada, y de creer a los ingleses, uno de ellos afirmó que muchos de los salvajes eran hombres de extraordinaria valentía, indomable firmeza y mucha habilidad en el mando. La batalla duró dos horas, según sus cálculos, antes de que pudiera distinguirse un vencedor y un vencido, pero por fin el grupo que se encontraba del lado más cercano a la morada de los colonos dio señales de desconcierto, y al cabo de un rato algunos emprendieron la fuga. Esto produjo gran consternación entre los españoles, porque temían que alguno de los fugitivos se internara en el soto buscando protección y descubriera involuntariamente el lugar de su residencia, e igual cosa ocurrió con los que venían en su seguimiento. Resolvieron entonces apostarse armados detrás de la empalizada y quedar a la espera, listos para hacer una salida apenas un salvaje apareciera en el soto y matarlo inmediatamente, tratando de que ninguno pudiese volver con la noticia. Decidieron que sólo emplearían las espadas o bien la culata de los mosquetes, a fin de que las detonaciones no atrajeran a los demás.

Tal como preveían ocurrieron las cosas. Tres hombres del bando derrotado, huyeron para salvar la vida, cruzaron la ensenada directamente hacia las fortificaciones, sin tener la menor idea del lugar al cual se encaminaban, pero eligiendo el espeso bosque como un conveniente refugio. El centinela avanzado que habían puesto en observación dio la noticia a los de adentro, con el agradable agregado de que los vencedores no se preocupaban por perseguir a aquellos salvajes ni parecían molestarse en averiguar la dirección que tomaran. El gobernador español, que era hombre humanitario, no quiso entonces que se matara a los tres fugitivos, sino que envió a tres de los suyos por lo alto de la colina para que, dando un rodeo, los sorprendieran por la espalda y tomaran prisioneros a los tres salvajes, lo cual se efectuó sin inconvenientes. El resto de los vencidos huía entretanto en sus canoas, y los vencedores, después de mostrar muy pocas intenciones de perseguirlos, se reunieron y lanzaron dos veces un penetrante alarido, lo que sin duda valía como su grito de guerra. La batalla había, pues, terminado, y ese mismo día a las tres de la tarde el resto de los salvajes se embarcó en sus piraguas. Los españoles eran otra vez dueños de su isla, con la libertad perdieron todo temor y no volvieron a ver salvajes por espacio de varios años.

Luego que los combatientes se hubieron marchado, los colonos salieron de su refugio para reconocer el campo de batalla, hallando en él treinta y dos muertos. Algunos habían sido alcanzados por largas flechas y varias aparecían clavadas en los cadáveres, pero la mayoría había encontrado la muerte bajo los golpes de grandes espadas de madera, de las cuales había dieciséis o diecisiete tiradas en el campo de batalla, así como buen número de arcos y flechas. Las espadas eran sólidas y pesadas, de difícil manejo, por lo cual se puede deducir la fortaleza de los

guerreros que las empleaban. La mayoría de los salvajes muertos con esas armas tenían la cabeza deshecha o, como decimos en Inglaterra, los sesos saltados, mientras muchos otros mostraban brazos y piernas rotos. Puede deducirse por ello la indescriptible furia con que combaten aquellos individuos. No hallamos uno solo que no estuviese bien muerto, pues es costumbre de los salvajes permanecer junto a su enemigo golpeándolo hasta acabar con él, o bien llevarse a todos los heridos que aún conservan un soplo de vida.

Este episodio amansó mucho a los tres malvados ingleses, y por un buen espacio de tiempo se mostraron muy tratables, manifestándose dispuestos a trabajar al igual que el resto de la comunidad; plantaban, sembraban, recogían los frutos, dando la impresión de haberse adaptado ya a su nueva existencia. Sin embargo, poco tiempo después cometieron actos que volvieron a precipitarlos en los peores conflictos.

Habían apresado, como ya se ha dicho, a tres salvajes, hombres jóvenes y sobremanera robustos, que fueron obligados a servir como criados y se les enseñó a trabajar para la comunidad. En su condición de esclavos, aquellos tres hombres cumplían bastante bien su tarea, pero sus amos no procedieron con ellos en la forma en que yo lo había hecho antaño con Viernes, es decir, principiando por hacerles advertir con claridad que les habían salvado la vida, y luego instruirlos paulatinamente en los principios racionales de la existencia; tampoco se preocuparon de inculcarles nociones religiosas e irlos elevando a la civilización por medio de un trato amable y argumentos convincentes. Por el contrario, se limitaban a darles una ración de alimentos diaria a cambio de un trabajo equivalente que por su intensidad los embrutecía aún más. Los resultados de este trato es que jamás pudieron lograr que aquellos hombres combatieran por ellos y los acompañaran en el peligro, como lo había hecho Viernes, que me era tan fiel como la carne a los huesos.

Pero volvamos a la colonia. Ahora que todos eran buenos amigos —ya que el peligro, como he señalado más arriba, los había reconciliado— empezaron a reflexionar sobre las circunstancias en que se hallaban. Lo primero que pusieron en consideración fue el hecho de que los salvajes preferían acercarse al lado de la isla donde estaba su morada; había en cambio otros sitios más remotos y ocultos, pero que se prestaban igualmente bien para instalar la pequeña comunidad a salvo de aquellas acechanzas. ¿Por qué no mudarse, entonces, yéndose a algún sitio donde todos ellos, así como el grano y los ganados, estuvieran a salvo?

Se produjo un largo debate, al final del cual decidieron que no les convenía abandonar su presente morada, puesto que sin duda alguna vez recibirían noticias del gobernador —como me llamaban— y si en vez de venir en persona enviaba yo a algún otro, estaba claro que le daría instrucciones de buscarlos en mi antigua vivienda. El enviado, encontrando abandonado el sitio, pensaría que los colonos habrían perecido a manos de los salvajes y se marcharía, dejándolos sin auxilio alguno.

En lo que se refiere al ganado y al grano, decidieron sin embargo, trasladarlos al valle donde estaba mi caverna; la tierra se prestaba para ambas cosas y era muy extensa. Lo pensaron mucho, y por fin introdujeron una modificación en el plan, conviniendo en llevar parte del ganado y hacer plantíos en el valle de tal modo que si los salvajes destruían las existencias acumuladas en el castillo, el resto podría salvarse. Mostraron tanta prudencia y tanto tino que no se confiaron a los tres

salvajes que tenían prisioneros, manteniéndolos en la ignorancia de la nueva plantación así como del ganado que allí criaban; mucho menos aún les hablaron de la caverna que en caso de apuro sería un segurísimo refugio, y al cual llevaron los dos barriles de pólvora que yo les dejara antes de embarcarme.

En suma, que se decidieron a no cambiar de habitación, pero advirtiéndome que yo la había disimulado cuidadosamente con una empalizada y luego con un bosque, pues toda la seguridad y defensa del lugar estaba en que pudiera mantenerse secreto, decidieron aumentar las obras de fortificación y ocultar aún más el sitio donde vivían. A tal efecto, de la misma manera que yo había plantado árboles (o, mejor, estacas que con el tiempo llegaron a ser tales) desde la entrada de mi residencia hasta una cierta distancia, así prolongaron ese soto llenando de árboles el espacio que aún restaba libre hasta la misma orilla de la ensenada donde por primera vez había traído mis balsas; pusieron árboles incluso en la parte anegadiza donde alcanzaba la marea, para que no quedara ningún espacio adecuado a un desembarco ni el menor signo de que había habido un sitio abordable en los alrededores. Eligieron estacas de una especie que se desarrolla rápidamente y de la cual he hablado antes, cuidando que fueran mucho más gruesas y altas que las puestas por mí; como las habían plantado muy juntas y crecían de inmediato, apenas transcurrieron tres o cuatro años cuando ya ninguna mirada humana hubiese podido penetrar en la espesura del bosque. En lo que respecta a la porción puesta por mí, los árboles tenían troncos como el muslo de un hombre, y en los espacios libres plantaron otros más pequeños y en tal cantidad que aquello terminó siendo una verdadera empalizada cuyo espesor llegaba al cuarto de milla, y de todo punto impenetrable a no ser que lo hiciera un pequeño ejército dispuesto a derribar árbol por árbol; un perro hubiera tenido dificultad para pasar entre aquellos troncos, tan cerca estaban unos y otros.

No fue esto todo, porque los colonos completaron las defensas en todo el lado que miraba a la derecha y a la izquierda, llegando incluso a lo alto de la colina, no dejando otra entrada —ni siquiera para ellos— que la escalera puesta en la roca y de la que he dicho que se alzaba para colocarla en un segundo apoyo que permitía subir la cumbre; una vez que retiraban la escalera, nadie que no tuviese alas o poderes mágicos hubiera conseguido franquear la distancia que de ellos lo separaba.

Todo esto había sido muy bien ideado, y más adelante tuvieron sus autores ocasión de comprobarlo, lo que me convence aún más de que así como la prudencia está justificada por la autoridad de la Providencia, así también está dirigida por ella cuando se aplica prácticamente, si fuéramos capaces de escuchar su voz, estoy persuadido de que evitaríamos muchos de los desastres a que nuestra vida se ve expuesta a causa de nuestra negligencia. Que esto sea dicho de paso.

Y vuelvo a mi relato. Los colonos vivieron otros dos años perfectamente seguros, sin recibir nuevas visitas de los salvajes. Cierta mañana, sin embargo, tuvieron una alarma que los llenó de consternación, cuando algunos españoles que habían ido muy temprano á la costa oeste, mejor dicho, al fin de la isla —sitio al que yo por mi parte no me había acercado jamás por miedo a ser descubierto—, se sorprendieron al descubrir de improviso no menos de veinte canoas de indios que se aprestaban a desembarcar. Corrieron con toda la rapidez posible a la casa, y luego de dar la alarma a sus camaradas permanecieron al acecho todo* ese día y el siguiente, saliendo sólo de noche para hacer reconocimientos. Pero por fortuna se

habían equivocado al creer que los salvajes iban a desembarcar, ya que aquéllos sin duda tenían otros planes y se marcharon con rumbo desconocido.

Fue por ese entonces cuando una nueva querrela se suscitó con los tres ingleses; uno de estos, individuo extremadamente díscolo, se enfureció contra uno de los esclavos porque el infeliz no había cumplido a su gusto algo que le ordenara y no parecía bien dispuesto a escuchar sus indicaciones. Sacando una hachuela que llevaba en la cintura, aquel desalmado se precipitó sobre el desgraciado salvaje, no con la intención de corregirle, sino de asesinarlo. Uno de los españoles que presenciaba la escena vio que el hacha se descargaba con bárbara fuerza sobre la víctima, y aunque el golpe, dirigido a la cabeza, sólo lo alcanzó en un hombro, su fuerza era tal que casi le arrancó el brazo; corriendo entonces, el español se interpuso entre ambos para evitar el homicidio.

Tan furioso estaba el malvado al ver esto, que se precipitó con el hacha sobre el español jurando que haría con él lo mismo que con el salvaje, y le tiró un golpe que el otro, prevenido, alcanzó a parar a la vez que, devolviéndolo con la pala que tenía en la mano (ya que estaban todos entregados a las faenas del plantío), derribó sin sentido a su adversario. Otro de los ingleses vino inmediatamente en ayuda de su compatriota derribando al español, en cuyo auxilio acudieron dos de sus compañeros, que fueron atacados entonces por un tercer inglés. Ninguno llevaba fusiles, y sus armas consistían en hachuelas y otras herramientas, pero el último de los ingleses tenía consigo uno de mis viejos y enmohecidos machetes con el cual alcanzó a herir a sus dos adversarios. Esta querrela exaltó los ánimos de toda la comunidad, y los españoles terminaron por reunirse y tomar prisioneros a los tres ingleses. De inmediato se planteó la cuestión de qué debía hacerse con ellos. Se habían amotinado tantas veces, se mostraban tan furiosos, rebeldes y holgazanes, que no sabían ya de qué manera castigarlos por tantos crímenes, temerosos de su carácter vengativo y de lo poco que se contenían al agredir a los demás; evidentemente la vida no estaba asegurada si permanecían a su lado.

El español que hacía de gobernador les manifestó que de ser compatriotas suyos los habría hecho colgar, puesto que las leyes y los gobiernos estaban destinados a preservar la sociedad, y los tres eran lo bastante peligrosos para ser expulsados de ella. Con todo, teniendo en cuenta que se trataba de ingleses y que a la generosidad de un inglés debían ellos su libertad y su vida, trataría de ser misericordioso y los entregaría a la decisión de los otros dos ingleses que eran sus compatriotas.

Al oír esto, uno de los dos honestos ingleses se puso de pie y suplicó que el destino de los prisioneros no les fuera confiado.

—Porque —agregó— en conciencia deberíamos sentenciarlos a la horca.

Luego de estas palabras contó cómo Will Atkins, uno de los tres, les había propuesto reunirse y asesinar a todos los españoles mientras estuvieran entregados al sueño.

Cuando el gobernador español hubo oído esto, se dirigió a William Atkins.

— ¡Cómo, señor Atkins! —exclamó—. ¿Es que pensabais matarnos? ¿Qué tenéis que decir a esta acusación?

El miserable villano, lejos de negar el hecho, dijo que era cierto y que trataría de llevarlo a cabo antes de que ellos lo matasen.

—Muy bien, señor Atkins —dijo entonces el español—, ¿pero qué os hemos hecho nosotros para que intentéis matarnos así? ¿Y qué ganaréis cometiendo esa atrocidad? Contestadme también: ¿qué debemos hacer para impedir que nos matéis? ¿Tendremos que adelantarnos para no ser muertos? ¿Por qué nos lleváis a tales extremos, señor Atkins? —concluyó el español muy sereno y sonriendo al hablar.

Will Atkins estaba tan rabioso al oír que el gobernador se burlaba de su proyecto, que de no haber estado sujeto por tres hombres es de creer que hubiese intentado, pese a no tener armas, asesinar al español delante de todos los otros. Tan estúpido comportamiento los obligó a que consideraran seriamente la conducta a seguir. Los dos ingleses y el español que librara al pobre salvaje eran de opinión que había que ahorcar a uno de los tres para que sirviera de ejemplo a los restantes; que se ejecutara al que por dos veces consecutivas había intentado cometer un asesinato armado de un hacha, y que en parte había logrado su fin, ya que el infeliz salvaje estaba tan malherido que no había muchas posibilidades de que se recobrará.

Sin embargo, el gobernador español se mantuvo en la negativa. Un inglés les había salvado la vida, y él no consentiría jamás en condenar a muerte a un hombre de esa nacionalidad, aunque hubiese asesinado a la mitad de ellos; agregó que incluso si él mismo sucumbiera a manos de un inglés y le quedase tiempo para articular unas palabras, sería para pedir al resto que lo perdonara.

Con tanta vehemencia insistió el gobernador que no se atrevieron a contradecirlo, y como la clemencia obtiene en seguida numerosos partidarios cuando es predicada con calor, todos terminaron por adoptar su partido. Quedaba sin embargo en pie la cuestión de impedir a aquellos villanos que pusieran su siniestro plan en ejecución, ya que tanto el gobernador como sus hombres veían necesario tomar medidas para preservar de tal peligro a la pequeña comunidad. Luego de un largo debate se decidió ante todo desarmar a los ingleses, y no permitirles usar en adelante fusiles, pólvora y balas, espadas ni arma alguna, tras lo cual se los arrojaría de la sociedad para que viviesen donde les pareciera mejor y en la forma que se les antojase. Quedó prohibido a los españoles y a ambos ingleses honestos que hablaran con los desterrados o tuviesen ningún contacto con ellos; les prohibieron acercarse a la residencia de la colonia y se les fijó el límite preciso, previniéndoles que apenas se advirtieran señales de que pretendían cometer algún desorden, tal como asolar, incendiar o cometer cualquier tropelía contra las plantaciones, el ganado o las empalizadas pertenecientes a la comunidad, serían muertos sin lástima, cazándolos como bestias salvajes dondequiera los hallaran.

El gobernador, que era hombre de nobles sentimientos, consideró la sentencia y luego, volviéndose hacia los dos ingleses que los acompañaban, les dijo:

—Escuchad, es preciso tener en cuenta que pasará mucho tiempo antes de que esos individuos puedan disponer de una cosecha propia y domesticar animales, y entretanto se morirán de hambre; necesario será, por consiguiente, proveer a su subsistencia.

Se agregó entonces a la sentencia que los tres ingleses recibirían al ser expulsados una cantidad de grano que les alcanzara unos ocho meses tanto para alimentarse como para sembrar, a cuyo término podrían recoger su primera cosecha propia; además se les entregarían ocho cabras lecheras, cuatro machos y seis cabritos, tanto para que se alimentaran de ellos como para que iniciaran un

rebaño. Se les darían igualmente las herramientas necesarias para el trabajo del plantío: seis hachuelas, un hacha, una sierra y otras cosas semejantes, pero no recibirían ninguno de esos instrumentos hasta tanto no juraran solemnemente que no los emplearían para herir a los españoles ni a los ingleses. Así los arrojaron de la sociedad, condenándolos a que vivieran por su cuenta y riesgo. Se alejaron sombríos y rebeldes, sin deseos de marcharse ni de quedarse, pero como no les quedaba otro remedio que hacerlo se fueron fingiendo que les placía ir a vivir independientemente, ser dueños de su plantación y demás bienes. Al marcharse se les entregaron algunas provisiones, pero no armas.

Cuatro o cinco días más tarde estuvieron de regreso en busca de más vituallas, e informaron al gobernador del sitio donde habían decidido instalarse, construir sus chozas e iniciar una plantación. Por cierto que el lugar era excelente, en la parte más remota de la isla, mirando hacia el N.E. y muy cerca del lugar donde conseguí hacer tierra después de haber sido arrastrado mar afuera, Dios sabe hasta dónde, en mi tentativa de circunnavegar la isla.

Allí levantaron dos bonitas chozas utilizando la misma defensa que yo empleara en mi morada, es decir, protegiéndolas contra el flanco de una colina que aparecía rodeada por árboles en tres de sus lados; bastaba, pues, plantar algunos más para que las habitaciones quedaran totalmente ocultas por más que se las buscara. Querían pieles de cabra para que les sirviesen de abrigo y de lecho, y les fueron dadas. Luego que empeñaron su palabra de que en modo alguno perturbarían al resto de la colonia, o intentarían dañar sus plantaciones, les entregaron hachuelas y demás herramientas de las que podían desprenderse, así como guisantes, cebada y arroz para que sembraran; o sea, les proveyeron de todo menos de armas y municiones.

Así apartados vivieron por espacio de seis meses, y recogieron su primera cosecha, la que resultó muy escasa porque el terreno cultivado era pequeño. Aquellos hombres tenían una inmensa tarea puesto que iniciaban el plantío con todas las fatigas imaginables; asimismo cuando se pusieron a hacer tablones o cacharros, su torpeza no les permitió obtener nada de provecho. Al llegar la estación de las lluvias, como carecían de una cueva en la colina no pudieron mantener seco el grano obtenido, y se vieron en peligro de perderlo todo. Estas contrariedades los tornó más humildes, y entonces acudieron a suplicar a los españoles que los ayudasen, lo que éstos aceptaron de buen grado. En cuatro días excavaron todos un gran agujero en la ladera rocosa, con capacidad suficiente para proteger de la lluvia el grano y otros alimentos. Era, sin embargo, un pobre almacén en comparación con el mío, en especial ahora que los españoles lo habían agrandado mucho, haciendo varios compartimientos nuevos en el interior de la cueva.

Nueve meses después de los episodios narrados, una nueva locura se apoderó de aquellos tres bandidos que, sumada a sus anteriores hazañas, les trajo graves consecuencias y estuvo a un paso de ser la ruina de la colonia entera. Cansados los tres socios, por lo que parece, de la trabajosa vida que llevaban, y sin esperanzas de salir jamás de aquella situación, tuvieron la idea de emprender un viaje al continente de donde venían los salvajes e intentar apoderarse de algunos prisioneros entre los nativos que encontraran, trayéndolos consigo para tenerlos esclavos.

El proyecto no habría sido tan descabellado de terminarse ahí; pero sus autores no eran capaces de proponer o hacer nada que no contuviese maldad en sí,

ya sea en la intención o en el modo de ejecutarlo; verdaderamente es de creer, si se me permite dar mi opinión, que aquellos hombres estaban malditos de Dios.

Pero vuelvo a mi relato sin más disgresiones. Los individuos acudieron una mañana a los españoles y solicitaron audiencia con palabras humildes. Atendidos de inmediato, manifestaron que estaban hartos de vivir en la forma que lo hacían, puesto que no eran lo bastante diestros para proveerse de las muchas cosas que necesitaban. Como carecían de ayuda, se veían condenados a morirse de hambre, por lo cual suplicaban a los españoles que les permitieran tomar una de las canoas en las cuales habían venido a la isla, así como armas y municiones adecuadas a su empresa, consistente en hacer la travesía en busca de mejor suerte, lo que entre otras cosas significaría para los demás colonos verse libres de darles provisiones continuamente.

Los españoles sintieron la alegría que es de imaginar a la idea de verse libres de aquellos hombres, pero se apresuraron con toda nobleza a señalarles la segura desgracia que los esperaba en aquellas tierras. Agregaron que ellos habían pasado por tales pruebas en los mismos lugares, que podían afirmar sin ningún espíritu de profecía que apenas llegasen allá morirían de inanición o serían asesinados, por lo cual les rogaban que reflexionasen antes de decidirse.

A esto replicaron audazmente los ingleses que lo mismo morirían de hambre quedándose en la isla, pues ni sabían ni querían trabajar, y que si en el continente perecían de inanición o asesinados no era para preocuparse puesto que no dejaban mujeres o hijos que los llorasen; en suma, insistieron en sus demandas, declarando que lo mismo se irían aunque no quisieran darles armas.

Oyendo esto, los españoles replicaron cortésmente que si estaban dispuestos a embarcarse no se irían sin contar con elementos suficientes para defender sus vidas; cierto que les era penoso entregarles armas de fuego, pues apenas contaban con suficiente número para sí mismos, pero así y todo les darían dos mosquetes, además de una pistola, un machete y dos hachuelas, lo cual parecía suficiente para la expedición.

Los ingleses aceptaron la oferta. Entonces, después que los colonos hornearon suficiente cantidad de pan para un mes y lo entregaron a los viajeros junto con carne fresca de cabra, una canasta grande de pasas, un tonel de agua dulce y un cabrito para matar durante el viaje, los tres se lanzaron a la aventura de cruzar el mar rumbo a una tierra situada por lo menos a cuarenta millas de distancia.

La canoa era muy grande, con capacidad para quince o veinte hombres, por lo cual les era bastante trabajoso pilotarla; pero como el viento soplaba a favor y la marea los ayudaba, iniciaron felizmente el viaje. Habían hecho un mástil con una larga pértiga; y cuatro grandes pieles de cabra, secas y cosidas entre sí, formaban la vela. Llenos de entusiasmo se hicieron a la mar y los españoles los despidieron con un « ¡Buen viaje!», aunque cada uno de ellos estaba seguro de que no volvería a verlos jamás.

Con frecuencia comentaban los colonos entre sí, incluso con los dos honestos ingleses que los acompañaban, qué tranquila y agradable era la vida ahora que aquellos turbulentos individuos se habían marchado. Jamás cruzó por la mente de ninguno de ellos la más remota idea de que los viajeros retornaran alguna vez, cuando he aquí que veintidós días más tarde uno de los ingleses que estaba

trabajando lejos en su plantío vio repentinamente a tres desconocidos que se acercaban por aquel lado llevando fusiles al hombro.

Como si se hubiera vuelto loco corrió el inglés a llevar la noticia al gobernador español, diciéndole que estaban en peligro por cuanto individuos desconocidos habían desembarcado en la isla y él ignoraba quiénes podían ser. El español reflexionó unos momentos, antes de hablar.

— ¿Qué queréis decir —preguntó— con eso de que ignoráis quiénes son? Indudablemente se trata de salvajes.

— ¡No, no! —dijo el inglés—. ¡Son hombres vestidos, con armas!

—Pues entonces, ¿por qué afligirse así? —repuso el gobernador—. Si no son salvajes serán amigos, pues no hay nación cristiana en la tierra que no pueda hacernos más bien que mal.

Mientras hablaban, los tres ingleses se presentaron por la parte exterior del bosque y gritaron para que los reconocieran. De inmediato cesó todo motivo de asombro, aunque los colonos no tardaron en sentirse nuevamente asombrados por otras razones, y sobre todo preocupados por no saber el motivo que había hecho regresar a aquellos individuos.

Poco después se hallaban todos reunidos, y al interrogarlos sobre la travesía y sus incidentes los tres aventureros hicieron un breve resumen de cuanto les había pasado. Contaron que después de dos días de viaje o algo menos habían llegado a vista de tierra, pero no se atrevieron a desembarcar porque los nativos estaban alborotados al divisar la canoa y se preparaban con arcos y flechas a pelear contra ellos, por lo cual costearon hacia el norte durante seis o siete horas hasta llegar a un gran canal. Comprendieron entonces que la tierra divisada desde nuestra costa no era el continente, sino una isla, y remontando el canal descubrieron otra isla hacia la derecha, rumbo al norte, y varias más al oeste. Resueltos a desembarcar en alguna parte, se decidieron temerariamente a hacerlo en una de las que se hallaban al oeste, y pronto estuvieron en la costa. Encontraron nativos sumamente bondadosos y pacíficos, que de inmediato les ofrecieron raíces alimenticias y algo de pescado seco, manifestándose muy sociables. Las mujeres pareciendo tan deseosas como los hombres de que no les faltaran vituallas suficientes, se apresuraban a traerlas desde lejos sobre su cabeza. Permanecieron cuatro días en la isla, tratando de averiguar por medio de signos qué pueblos habitaban en una y otra parte; pronto comprendieron que en todas direcciones existían terribles y salvajes tribus, que se comían a los hombres, según les explicaron los indígenas. Ellos afirmaban no comer jamás carne humana, salvo cuando capturaban prisioneros en la guerra; terminaron por confesar que en esos casos hacían un gran festín y devoraban a los prisioneros.

Los ingleses quisieron saber cuál era la última vez que una fiesta semejante había tenido lugar, y les dijeron que dos lunas antes, señalando la luna y luego mostrando dos dedos; que su gran rey había tomado doscientos prisioneros, los cuales eran engordados actualmente para la próxima fiesta. Como los ingleses se mostraran deseosos de ver a aquellos prisioneros, los indígenas interpretaron mal sus signos y creyeron que deseaban algunos para llevárselos en la canoa y devorarlos más adelante. Se apresuraron entonces a complacerlos, señalando primero hacia el poniente y luego al este, lo que quería decir que a la mañana siguiente, cuando saliera el sol, les traerían varios prisioneros. En efecto,

aparecieron por la mañana con cinco mujeres y once hombres, regalándolos a los ingleses para que se los llevaran en la canoa, tal como nosotros llevaríamos igual número de vacas y bueyes a un puerto para avituallar a un navío.

Por muy embrutecidos y perversos que aquellos hombres fuesen en su vida ordinaria, a la vista de eso sintieron que se le revolvía el estómago y no supieron qué hacer.

Rehusar a los prisioneros hubiera sido la peor ofensa a los cortesos salvajes que así los agasajaban, pero a la vez no sabían qué conducta adoptar. Luego de discutirlo entre ellos un rato, decidieron aceptar los prisioneros, y en compensación obsequiaron a los salvajes una hachuela, una vieja llave y un cuchillo, así como seis o siete balas que les llamaron mucho la atención aunque no podían comprender su objeto. Entonces, luego de atar las manos a la espalda de los desdichados prisioneros, los indígenas los arrastraron a la canoa de los ingleses.

Tan pronto se hubo terminado esto los tres hombres se vieron en la necesidad de hacerse a la mar, ya que de lo contrario los dadores de tan generoso presente se hubiesen extrañado de que los viajeros no se dedicaran en seguida a comerse alguna de las víctimas, o bien, en retribución de atenciones, mataran a dos o tres e invitasen a los donantes a participar del festín.

Luego de marcharse de la isla, con todas las demostraciones de afecto y gratitud que pueden prodigarse dos grupos que no entienden una sola palabra de cuantas se dicen mutuamente, los ingleses volvieron al mar con su canoa y se encaminaron directamente hacia la primera isla donde pusieron en libertad a ocho de sus prisioneros, ya que el total era excesivo para lo que ellos deseaban.

Durante el viaje de regreso trataron de comunicarse de alguna manera con sus prisioneros, pero fue imposible hacerles comprender nada; cuanto les decían o les ofrecían era interpretado de inmediato como una señal de que iban a ser devorados. Los ingleses los desataron, pero los infelices se pusieron a gritar lastimeramente, en especial las mujeres, pues les parecía sentir ya el cuchillo en la garganta; el gesto de sus amos era para ellos clara señal de que su fin se avecinaba.

Lo mismo ocurría si les daban de comer, ya que pensaban que los ingleses temían verlos adelgazar demasiado y que no sirvieran para el banquete; si detenían sus miradas por un momento en uno de ellos, el resto deducía que estaban analizando si se hallaba en condiciones de ser devorado. Incluso después que el viaje hubo concluido y aquellos salvajes recibieron buen trato en la isla, todavía esperaban constantemente ser víctimas del apetito de sus nuevos amos y servirles de almuerzo o cena.

Cuando los tres aventureros terminaron el relato de su increíble aventura, los españoles les preguntaron dónde estaba su nueva familia. Al responderles que los habían encerrado momentáneamente en una de las chozas, y que venían a pedir algunos alimentos para ellos, todos los colonos tanto españoles como ingleses, y contando también al padre de Viernes, resolvieron ir allá para ver a los nuevos habitantes de la isla.

Al entrar en la choza encontraron a los nativos sentados y con las manos ligadas, pues los ingleses habían adoptado esa precaución al desembarcar, para impedir que se apoderaran de la canoa en una tentativa por recobrar la libertad. Allí estaban, repito, sentados y completamente desnudos. Había tres hombres, fuertes y bien plantados, de excelentes proporciones que contarían de treinta a treinta y

cinco años, y cinco mujeres, de las que dos tendrían entre treinta y cuarenta años, otras dos no pasaban de veinticinco y la última, una alta y hermosa doncella, contaría dieciséis o diecisiete. Las mujeres eran de muy buena presencia, tanto en formas como en facciones, salvo el color de la piel; dos de ellas, si hubiesen sido blancas, habrían pasado por muy hermosas mujeres aun en Londres, ya que sus figuras eran graciosas y tenían actitudes en extremo modestas, sobre todo cuando más tarde se les enseñó a andar vestidas y engalanadas, bien que lo que ellas llamaban galas apenas si merece tal nombre; pero se hablará más adelante de esto.

Lo primero que hicieron los españoles fue enviar al padre de Viernes a que viera si entre aquellos salvajes había algún conocido suyo y si le era posible entender su idioma. El anciano los examinó detenidamente, pero todos ellos le resultaron desconocidos, y tampoco consiguieron entender una sola palabra de cuanto les dijo, ni siquiera sus signos, salvo una de las mujeres.

Eso bastó para que se alcanzara el fin perseguido, haciendo saber a los salvajes que los hombres en cuyas manos habían caído eran cristianos que aborrecían la sola idea de comer carne humana, y que podían tener la seguridad de que estaban a salvo de todo peligro. Tan pronto como comprendieron aquello dieron señales de profundo regocijo, manifestándolo de la manera más extravagante y variada que pueda imaginarse, sobre todo porque había indígenas pertenecientes a distintos pueblos.

La mujer que hacía de intérprete fue inducida a preguntarles en segundo término si se hallaban dispuestos a trabajar como criados de los hombres que venían de salvarles la vida. Al oír y entender la pregunta, todos se pusieron a danzar, y luego se precipitaron a recoger diversos objetos que había en el suelo y los pusieron sobre sus hombros, en señal de que estaban resueltos a trabajar para sus amos.

Luego de discutirlo un poco, los cinco ingleses tomaron cada uno una mujer por esposa, y de esa manera principió para ellos una nueva forma de vida, mientras los españoles y el padre de Viernes seguían habitando en mi castillo, que agrandaron sobremanera en el interior. Los tres sirvientes apresados durante la batalla de los salvajes permanecían con ellos, y entre todos formaban como la capital de la colonia, proveyendo al resto de alimentos y acudiendo en su ayuda con todo cuanto tenían a su alcance para sacarlos de apuros.

Lo extraordinario de este episodio es el hecho de que individuos tan díscolos, tan poco dispuestos a contemporizar, estuvieran completamente de acuerdo en lo que se refiere a las mujeres, y que dos de ellos no pretendieran quedarse con una de las nativas, siendo que había dos o tres que eran incomparablemente más agraciadas que las restantes. Eligieron sin embargo, el mejor procedimiento para evitar luchas, pues luego de encerrar a las cinco mujeres en una choza, se reunieron en la otra y tiraron suertes para decidir quién elegiría el primero.

Aquel a quien la suerte designó fue a la choza donde esperaban las pobres y desvalidas mujeres y eligió la de su preferencia, siendo de notarse que a pesar de la ventaja en el sorteo se decidió por la más fea y de más edad del conjunto, lo que le valió no pocas bromas de sus compañeros y hasta de los españoles. Pero el hombre había pensado sensatamente, considerando que lo que principalmente se esperaba de aquellas mujeres era dedicación y trabajo y estuvo acertado porque aquélla fue la mejor de las cinco.

Cuando las infelices se vieron colocadas en línea y elegidas una por una, el terror volvió a dominarlas y creyeron firmemente que al fin serían devoradas. El primero de los marineros ingleses eligió y quiso sacar a una de la tienda, pero las otras iniciaron un clamoreo desgarrador, aferrándose convulsivamente a la que era separada de ellas y despidiéndose con tales demostraciones de desesperación que hubiera ablandado el más duro corazón de la tierra. Fue imposible a los ingleses convencerlas de que en modo alguno iban a asesinarlas, hasta que buscando al padre de Viernes, le hicieron explicar a las mujeres que la única intención que tenían al elegir en esa forma era la de que se convirtiesen en sus esposas.

Cuando, después de esas palabras tranquilizadoras, el espanto de las mujeres se calmó un poco, los ingleses ayudados por los españoles se pusieron a construir nuevas chozas para que cada pareja tuviese su casa, ya que las existentes estaban llenas con las herramientas, efectos y provisiones. Los tres bribones ocuparon un sitio más apartado, y los dos honestos más cerca, pero todos en el lado norte de la isla, de manera que continuaron separados como antes. Mi isla quedó por lo tanto poblada en tres sitios distintos, como si dijéramos que tres ciudades habían sido fundadas en ella.

Es digno de hacer notar aquí que, como ocurre con frecuencia en el mundo (cuando los sabios fines de Dios se muestran de una manera para nosotros incomprensibles), los dos ingleses honestos tenían las esposas de menos méritos mientras los tres malvados, que valían menos que la soga para ahorcarlos, incapaces de hacer nada y mucho menos de reformarse o ser útiles a los demás, habían tenido la suerte de que les tocaran tres esposas inteligentes, industriosas y activas. No quiero decir con esto que las otras fuesen malas en cuanto a su carácter o costumbres, ya que todas se mostraban sumisas, humildes y llenas de mansedumbre, sino solamente que no podían compararse a las restantes en cuanto a inteligencia, habilidad y pulcritud.

Otra observación merece hacerse aquí en homenaje a la aplicación y en reproche a la desidia y la negligencia. Cuando llegué yo a la isla y pude ver las mejoras practicadas, así como las plantaciones de las pequeñas colonias, observé que los dos ingleses habían sobrepasado en mucho a los otros tres. Cierto que ambos grupos tenían sembrado suficiente grano para proveer con holgura a sus necesidades ya que, como mi experiencia y las leyes de la naturaleza parecen demostrarlo, no había razón para plantar mayor cantidad de la necesaria; sin embargo, las diferencias que se observaban en los sembrados, en las empalizadas y muchos otros detalles, eran visibles de inmediato.

Las esposas de los tres ingleses eran muy listas y hacendosas en sus casas; habían aprendido el modo de cocinar tal como se los enseñara uno de ellos que había sido ayudante de cocinero a bordo, y eran capaces de aderezar muy bien la comida para sus esposos, en tanto que las otras dos no consiguieron nunca aprender ese arte, por lo cual el esposo que sabía de cocina se ocupaba de la tarea. En cuanto a los tres ingleses, no hacían otra cosa que vagabundear, buscando huevos de tortuga, pescando y cazando; en una palabra, todo menos trabajar, por lo cual carecían de muchas cosas. Los dos más tesoneros vivían bien y con holgura, mientras los holgazanes lo hacían con grandes dificultades y miserablemente. Así ha de suceder, según creo, en cualquier parte del mundo.

20. LA INVASIÓN DE LOS CANÍBALES

Llego ahora a un episodio distinto de todo lo ocurrido antes, tanto a los colonos como a mí mismo. He aquí el relato de lo acontecido.

Una mañana muy temprano arribaron a la costa cinco o seis canoas de indios salvajes, llamados como queráis, y no hay duda de que la razón de su desembarco era la de devorar a algunos prisioneros. Este proceder era ya tan familiar a los españoles, así como a mis compatriotas, que no se afligían mayormente por ello, pues la experiencia les había demostrado que la sola precaución a tomar era la de mantenerse oculto todo el tiempo que durara la permanencia de los caníbales en la isla, tras lo cual podrían reanudar su vida corriente; estaba claro además que los salvajes seguían ignorando que la isla tuviese otros habitantes. Sabedores, pues, de su arribo, los colonos se apresuraron a comunicar la novedad a los de las otras plantaciones para que a su vez permanecieran a puertas cerradas, dejando solamente un observador que diera la buena nueva de que las canoas volvían a hacerse a la mar.

Todo esto estaba muy bien pensado, pero un suceso desastroso vino a dar por tierra con las medidas tomadas e hizo conocer a los salvajes que había habitantes en la isla, lo cual trajo por lamentable consecuencia una catástrofe que estuvo a punto de asolar íntegramente la colonia. Ocurrió que apenas alejadas las canoas, los españoles se fueron a reconocer los alrededores, y algunos sintieron curiosidad por bajar a la playa y observar el sitio donde habían estado reunidos los caníbales. Allí, con la imaginable sorpresa, encontraron a tres salvajes profundamente dormidos en el suelo. Era de suponer que, después de hartarse con su bárbaro festín a la manera de las bestias, habían caído vencidos por el sueño y no se movieron cuando los otros retornaron a las canoas, salvo que hubiesen ido a recorrer los bosques, encontrando al regreso que los compañeros se habían marchado.

Los españoles se quedaron pasmados ante la escena, sin saber a qué atinar. El gobernador español que los acompañaba y al cual pidieron consejo tampoco pudo ayudarlos a salir de dudas. Tenían bastantes esclavos para incorporar otros a la colonia, y en cuanto a matarlos allí mismo ninguno se sentía inclinado a hacerlo. El gobernador me dijo más tarde que les resultaba intolerable la idea de verter sangre inocente; para ellos, aquellos pobres nativos no eran culpables de daño alguno puesto que no habían invadido sus propiedades y carecían de motivo para arrebatarles la vida. Después de consultarse, resolvieron volver a sus escondites hasta que aquellos hombres se marcharan de la isla, pero entonces advirtió el gobernador que los salvajes carecían de canoa y que si se los dejaba vagabundear, terminarían descubriendo la presencia de los pobladores.

Regresaron entonces a la playa donde los tres salvajes seguían profundamente dormidos, y decidieron despertarlos y hacerlos prisioneros. Así fue, con no poco espanto de los pobres nativos al verse atados, ya que al igual que las mujeres

pensaban que no tardarían en ser asesinados y comidos. No hay duda de que aquellos hombres creen que todo el mundo hace lo que ellos, pero pronto se los arrancó de su error y se los condujo a lugar seguro.

Fue una suerte que no los llevaran al castillo, es decir, a mi palacio bajo la colina, sino que primeramente los condujeron a la enramada donde tenían el centro de sus tareas rurales tales como cuidar del ganado y los plantíos; más tarde los trasladaron a la morada de los dos ingleses.

Allí se los puso a trabajar, aunque no era mucha la tarea que para ellos había. Ignoro si existió negligencia de parte de sus guardianes, o si pensaron que los prisioneros no lograrían alejarse, pero el hecho es que uno de ellos se escapó, perdiéndose entre los bosques, donde fue imposible encontrarlo.

Pronto se convencieron los colonos que el fugitivo había conseguido volver a su país embarcándose en alguna de las canoas que, llenas de salvajes arribaron tres o cuatro semanas más tarde y se marcharon a los dos días después de su habitual banquete. Este pensamiento los aterrorizó, pues era lógico pensar que el salvaje no tardaría en revelar a sus compatriotas que la isla estaba habitada. Como ya he observado antes, al salvaje no se le había dicho por fortuna cuántos hombres contaba la colonia y dónde vivían, así como tampoco había podido escuchar nunca un disparo de escopeta; habían tenido cuidado de mantener en secreto los demás refugios tales como la gran caverna en el valle, el abrigo que los dos ingleses habían hecho, y otras cosas.

El primer testimonio de que el salvaje había dado la alarma lo tuvieron los colonos unos dos meses más tarde cuando seis canoas conteniendo siete u ocho hombres cada una vinieron a remo por el lado norte de la isla donde jamás acostumbraban desembarcar, y tocaron tierra una hora antes de la puesta del sol, en un excelente sitio a una milla de distancia de las chozas de los dos ingleses a cuyo cargo había quedado justamente el fugitivo. Como dijo más tarde el gobernador español, si todos los colonos hubiesen estado allí en ese momento, la victoria hubiera sido suya sin duda alguna y ni un solo salvaje hubiese escapado, pero la cosa era muy distinta para dos hombres frente a cincuenta. Los ingleses tuvieron la suerte de advertir las canoas cuando se hallaban a una legua de la costa, de modo que aún transcurrió una hora antes de que tocaran tierra, y como lo hicieron a una milla del sitio donde se alzaban las chozas, pasó otro rato antes de que llegasen a ellas. Con suficientes razones para creerse traicionados, lo primero que hicieron los colonos fue atar a los dos esclavos que les quedaban tras lo cual ordenaron a dos de los tres hombres que habían sido traídos junto con las mujeres y que les eran extraordinariamente fieles, que se llevaran consigo a los prisioneros así como a las mujeres y cuanto pudieran transportar; la orden era ocultar a todos en el refugio de los bosques del que ya he hablado, y atar allí a los dos salvajes manteniéndolos bien amarrados hasta que recibieran nuevas instrucciones.

En segundo lugar, y advirtiéndolo que los enemigos se dirigían directamente hacia donde estaban sus habitaciones, los colonos abrieron los vallados tras los cuales estaban los rebaños de cabras y sacaron afuera el ganado, dejando a las cabras que retozaran a su gusto en los bosques a fin de que los caníbales las creyeran salvajes. Sin embargo el bribón que venía guiando a los invasores era demasiado astuto para creer tal cosa, y les había señalado con todo detalle el emplazamiento de las cabañas, pues se dirigieron sin vacilar a ellas.

Una vez que los dos asustados colonos hubieron puesto en seguridad a sus esposas y sus bienes, enviaron al tercer esclavo que tenían a su servicio para que corriera a dar la noticia a los españoles y les reclamara auxilio. Tomando sus armas y municiones", se retiraron entonces al refugio del bosque donde estaban ya sus mujeres, y desde esa distancia trataron de observar la conducta de los salvajes.

No se habían alejado mucho cuando, desde un altozano, vieron el pequeño ejército de los caníbales encaminarse directamente a las cabañas, advirtiéndolo un instante después que las chozas habían sido incendiadas para su cólera y desesperación, ya que aquella pérdida era gravísima, por lo menos durante algún tiempo. Permanecieron observando desde su refugio hasta advertir que los salvajes se dispersaban por los alrededores como bestias salvajes explorando cada sitio, y en toda forma imaginable, a la caza de algún botín y en especial de los moradores de las cabañas cuya existencia no podía ser ya puesta en duda por ellos.

Viendo esto los ingleses, y al comprender que el refugio donde estaban no era ya muy seguro, pues en cualquier momento uno de los salvajes podía encaminarse hacia allí y tras él muchos otros, consideraron conveniente efectuar una segunda retirada apostándose media legua más atrás; creían ellos, como efectivamente aconteció, que cuanto más avanzaran los salvajes, más se dispersarían, y eligieron como segundo refugio la entrada de la parte más espesa del bosque, donde había un gran tronco de árbol hueco y corpulento, tras el cual tomaron posición ambos colonos resueltos a enfrentarse a lo que se presentara.

No llevaban allí mucho tiempo cuando dos salvajes se acercaron corriendo en su dirección como si hubiesen sabido que estaban allí y se dispusieron a atacarlos; vieron que detrás venían otros tres, y más lejos un nuevo grupo de cinco, todos siguiendo el mismo camino; aparte de éstos divisaron siete u ocho que corrían en otra dirección, y en conjunto producían la impresión de cazadores que están dando una batida.

Los pobres colonos se sintieron perplejos, no sabiendo si debían quedarse y mantener la posición o escapar al punto, pero después de un rápido debate comprendieron que si los salvajes continuaban batiendo los alrededores antes de que llegara auxilio, probablemente descubrirían el escondite en los bosques y se adueñarían de todo. Decidieron, pues, hacerles frente donde estaban, y si resultaban demasiados para contenerlos, trepar a lo alto del árbol desde el cual contaban con defenderse mientras les durasen las municiones y aunque fueran atacados por toda la horda enemiga, que contaba cerca de cincuenta hombres; salvo que a éstos se les ocurriera prender fuego al tronco. Ya resueltos, se trataba de decidir si dispararían sobre los dos primeros o si era preferible quedarse a la espera de los otros tres para atacar al grupo central, separando en esa forma a los dos primeros de los cinco últimos. Dejaron por fin pasar a los dos que venían en primer término, dispuestos a no atacarlos salvo en caso de que fueran descubiertos por ellos. Los indígenas, como si estuviesen de acuerdo, cambiaron de dirección alejándose un poco hacia otro lado del bosque, pero los tres que los seguían y los otros cinco marcharon directamente hacia el árbol como sospechando que los ingleses se escondían allí.

Al verlos avanzar con tanta resolución, decidieron aprovechar que venían casi en línea, y apuntaron a uno después de otro para herir al menos a tres con el primer disparo. El que iba a tirar metió tres o cuatro balines en su mosquete y por un agujero del tronco a modo de tronera tuvo tiempo de apuntar cuidadosamente

sin que lo viesan, esperando a que los salvajes estuvieran a treinta yardas del árbol y que el tiro resultara certero.

El colono era demasiado buen tirador como para errar el blanco; aprovechando que los salvajes se acercaban uno detrás de otro y en fila, disparó alcanzando certeramente a dos de ellos. El primero cayó muerto de un tiro en la cabeza; el segundo, que era el indio fugitivo, fue alcanzado por una bala en el cuerpo y cayó aunque no muerto, mientras el tercero, que solamente había recibido un rasguño en el hombro, acaso de la misma bala que atravesara el cuerpo del segundo, se dejaba caer gritando y aullando de la manera más horrorosa.

Los cinco que venían detrás, más asustados por el ruido que por el peligro mismo, se detuvieron al punto, ya que los bosques hacían el sonido mil veces más fuerte de lo que realmente era, multiplicándolo con el eco que venía de todas partes como con los chillidos de las aves que alzaban el vuelo gritando con toda la variedad posible de sonidos, lo mismo que me había sucedido a mí cuando disparé el balazo que fue quizás el primero que se escuchaba en aquella isla.

Pronto volvió a reinar el silencio, y los indios, que todavía no habían comprendido de lo que se trataba, avanzaron temerariamente hasta el sitio donde yacían sus compañeros en tan miserable estado; allí, y sin darse cuenta de que iban a ser víctimas del mismo daño, los infelices se agruparon en torno del herido hablando todos a la vez y seguramente preguntándole quién y cómo lo habían herido; es de imaginar que el otro les contestó que el rayo y el trueno de los dioses habían matado a dos de ellos y alcanzado a herirlo. Digo que es de imaginar, por cuanto no lograban ver a ningún enemigo por los alrededores y al mismo tiempo desconocían las armas de fuego y sus mortíferos efectos; de ninguna manera podían concebir la muerte a distancia por medio de fuego y balas. De lo contrario es de suponer que no se hubieran quedado contemplando tan torpemente el triste destino de sus compañeros sin sentir alguna aprensión por el suyo propio.

Nuestros dos hombres, aunque como me dijeron más tarde sentían verse obligados a matar a esos desdichados salvajes inconscientes del peligro, no podían sin embargo desperdiciar la ocasión ahora que los tenían en sus manos, y por eso el primero volvió a cargar su arma y luego de ponerse de acuerdo sobre cuáles serían sus blancos, hicieron una doble descarga que mató o hirió gravemente a cuatro enemigos; el quinto, paralizado de espanto aunque sin un rasguño, cayó como fulminado con los otros, de modo que nuestros hombres creyeron que habían alcanzado a matarlos a todos.

Esta creencia los llevó a salir imprudentemente del refugio del árbol antes de tener la precaución de cargar otra vez las piezas; fue por cierto un grave error y sintieron no poca sorpresa cuando, al llegar al sitio, encontraron a cuatro hombres vivos, dos de ellos levemente heridos y otro sin la menor lesión. Esto los obligó a caer sobre el enemigo con la culata de los mosquetes, lanzándose primero sobre el salvaje causante de todo lo que sucedía y luego sobre otro, herido en la rodilla, a quienes libraron en un instante de sus dolores. El hombre que no había recibido heridas vino entonces hacia ellos y cayó de hinojos, alzando las manos juntas y haciendo toda clase de demostraciones suplicantes, mientras con lastimeros gemidos pedía que le perdonaran la vida; ellos, naturalmente, no entendieron una sola palabra de cuantas les dijo.

Le ordenaron por fin que fuera a sentarse al pie de un árbol y uno de los ingleses, con un trozo de cordel que por feliz coincidencia llevaba en el bolsillo, le

ató fuertemente los pies, así como también las manos a la espalda, y fue entonces a perseguir con toda la rapidez posible a los otros dos salvajes que dejaran pasar al principio, temerosos de que de un momento a otro descubrieran el escondite en el bosque donde habían hecho llevar a sus mujeres y los pocos bienes que poseían. Por un instante divisaron a los dos salvajes, pero estaban demasiado lejos; por fin, y con gran contento, vieron que los enemigos tomaban por un valle que iba hacia el mar, o sea el camino opuesto al que llevaba a su refugio. Satisfechos con esto retornaron al sitio donde habían dejado al prisionero que, como ya lo sospechaban, había sido entretanto libertado por sus camaradas, pues no vieron señales de él, y solamente hallaron al pie del árbol los pedazos del cordel con que lo ataran.

Volvían ahora a sentirse preocupados, sin saber qué actitud tomar, ignorando si el enemigo andaba cerca y cuál era su número; resolvieron entonces acudir al refugio donde estaban sus mujeres para comprobar si nada les había ocurrido y tranquilizarlas, ya que imaginaban el espanto que estarían pasando. Cierto que los salvajes eran compatriotas de aquellas mujeres, pero ellas les tenían igualmente mucho miedo, y quizá todavía más por el hecho de que conocían harto bien sus costumbres.

Al llegar al lugar vieron que los salvajes habían estado explorando el bosque muy cerca del escondite pero sin dar con él. Ciertamente que era inaccesible por los gruesos y juntos que aparecían los árboles, como ya se ha dicho, y nadie que no tuviera un guía sabedor del lugar hubiese podido descubrir aquel refugio. Los colonos hallaron todo sin novedad, salvo las mujeres, que sentían mucho miedo. Mientras permanecían allí tuvieron la alegría de que siete de los españoles acudieran en su ayuda, en tanto los otros diez con sus sirvientes y el viejo Viernes (quiero decir el padre de Viernes) habían formado un grupo para defender la enramada y el ganado y provisiones allí acumulados, en caso de que a los salvajes se les diera por explorar aquella parte de la isla, cosa a la que no se atrevieron.

Con los siete españoles vino uno de los tres salvajes tomados prisioneros en la anterior ocasión, y también el salvaje a quien los dos ingleses habían dejado atado de pies y manos al pie de un árbol; ocurrió que la partida de españoles pasó por ese sitio, hallando el campo de batalla con los siete muertos, y luego de desatar al salvaje lo obligaron a que marchara con ellos hasta el escondite donde nuevamente fue amarrado en compañía de los otros dos esclavos que mantenían asegurados, pues eran de la partida del fugitivo que lograra huir de la isla.

Aquellos prisioneros principiaron de inmediato a ser motivo de preocupación para los españoles, y tanto temían la posibilidad de que alguno se escapara, que en determinado momento resolvieron matarlos a todos, convencidos de que la seguridad de la colonia exigía aquella medida. El gobernador español se negó, sin embargo, a dar su consentimiento, ordenando en cambio que los prisioneros fueran llevados a la gran caverna del valle y mantenidos allí con una guardia de dos españoles que se encargarían a la vez de darles de comer, cosa que fue cumplida esa misma noche dejándolos atados de pies y manos en la caverna.

Cuando se sintieron protegidos por los españoles, los dos ingleses recobraron de tal modo el coraje que no pudieron quedarse más tiempo inactivos en el refugio. Con las precauciones del caso resolvieron ir hasta su arruinada plantación, pero cuando les faltaba poco para llegar a ella y alcanzaron la línea de la costa, vieron con claridad a los salvajes que se embarcaban en sus canoas para hacerse a la mar.

Al principio lo lamentaron, ya que no había tiempo de ponerse a tiro para hacerles una descarga de despedida, pero pronto se sintieron muy satisfechos de haberse librado de los enemigos.

Por segunda vez se veían los pobres ingleses completamente arruinados y con sus bienes destruidos; el resto de la colonia decidió acudir en su ayuda mientras reconstruyeran las chozas y darles entretanto todo lo que necesitaran. Los otros tres ingleses, que no se destacaban sin embargo por su inclinación al bien, tan pronto se enteraron de lo ocurrido vinieron de inmediato (ya que viviendo mucho más al este no habían sabido nada de la lucha hasta que todo hubo cesado) y ofrecieron su ayuda y asistencia, trabajando con toda cordialidad durante muchos días hasta reconstruir las chozas y disponer lo necesario para sus habitantes; así en poco tiempo, ambos colonos pudieron reanudar su vida habitual.

Dos días después tuvieron la satisfacción de encontrar tres canoas arrojadas a la costa, y a cierta distancia los cuerpos de dos salvajes ahogados, y recordando que la noche en que se marcharan de la isla había soplado un viento muy fuerte dedujeron que una tormenta había sorprendido a la flotilla en alta mar.

Con todo, si algunos perecieron, es evidente que buen número alcanzó a salvarse llevando a los demás la noticia de lo ocurrido y de cuanto les había pasado en la isla, excitándolos así a intentar otro desembarco de la misma naturaleza que, por lo visto, resolvieron realizar con suficientes fuerzas para asolar cuanto se les presentara. Ciertamente que, fuera de lo que les había dicho el salvaje fugitivo acerca de los habitantes de la isla, nada podían ellos agregar por experiencia propia, ya que no alcanzaron a ver a ninguno; y como el primer informante había muerto, no tenían otros testigos que pudiesen confirmar su aserto.

Pasaron cinco o seis meses antes de que tuvieran nuevas noticias de los salvajes, y durante ese tiempo nuestros hombres abrigaron esperanzas de que hubiesen olvidado su fracaso o bien que no se creyeran con fuerzas para desquitarse, cuando he aquí que repentinamente fueron invadidos por una formidable flota que no bajaba de veintiocho canoas atestadas de salvajes armados de arcos y flechas, pesadas mazas, espadas de madera y otras armas de guerra; tan grande era su número que al calcularlo los colonos cayeron en la más profunda consternación.

Como la flota llegó a la costa por la tarde y desembarcaron en el extremo, oriental de la isla, los colonos tuvieron toda la noche para consultarse sobre lo que debían hacer. En primer término, y considerando que mantenerse completamente ocultos había sido hasta entonces su único medio de salvación, y mucho más ahora que el número de salvajes era tan grande, resolvieron derribar las dos chozas de los colonos ingleses y conducir su ganado a la caverna, pues tenían la seguridad de que apenas fuera de día los salvajes se encaminarían directamente hacia allá para repetir su anterior devastación, pese a que ahora habían tocado tierra a más de dos leguas de distancia.

En segundo término retiraron las cabras que tenían en la vieja enramada, y que pertenecían a los españoles, tratando de borrar en lo posible toda huella de la presencia humana en esos parajes. Entonces, cuando vino el día, concentraron sus fuerzas en la plantación de los dos colonos, aguardando el avance enemigo. Ocurrió tal como lo presumían: los nuevos invasores, dejando las canoas en la extremidad oriental de la isla, corrieron a lo largo de la costa y luego directamente hacia aquel lugar, en número de unos doscientos cincuenta, según calcularon nuestros

hombres. El ejército defensor era harto pequeño, y para colmo las armas ni siquiera alcanzaban. El total, según me parece, era el siguiente. Ante todo los hombres:

Diecisiete españoles. Cinco ingleses.

Uno, el viejo Viernes, o sea el padre de Viernes.

Tres esclavos apresados junto con las mujeres, y que eran muy fieles.

Tres esclavos que vivían con los españoles.

Las armas que poseían eran las siguientes:

Once mosquetes.

Cinco pistolas.

Tres escopetas de caza.

Cinco mosquetes o escopetas de caza tomadas por mí a los marineros amotinados cuando los sometí.

Dos espadas.

Tres viejas alabardas.

Los esclavos no recibieron ninguna arma de fuego, pero cada uno tenía una alabarda, o más bien un asta o bastón largo con una punta de hierro asegurada al extremo, además de una hachuela que llevaba en el costado; nuestros hombres tenían también un hacha cada uno. Dos de las mujeres, a quienes no se pudo impedir que participaran en el combate, llevaban arco y flechas que los españoles habían recogido después del episodio ya narrado cuando los salvajes combatieron entre sí; las dos mujeres tenían asimismo hachas al costado.

El gobernador español, del cual he hablado tantas veces, era quien los comandaba, y William Atkins, que aunque altamente peligroso por su perversidad era el más temerario y valiente de los hombres, fue su teniente. Los salvajes corrieron al ataque como leones, y nuestros hombres los esperaron careciendo, para mayor desdicha, de una buena posición de defensa. Will Atkins, sin embargo, que en aquella ocasión demostró su valer, se había apostado con seis hombres detrás de un tupido matorral como guardia avanzada, con órdenes de dejar pasar a los primeros y disparar luego sobre el centro de los atacantes, apresurándose de inmediato a retroceder con toda la rapidez posible y, dando un rodeo por los bosques, volver por la retaguardia de los españoles que esperaban a su vez apostados detrás de un bosquecillo.

Cuando aparecieron los salvajes, lanzándose al ataque en desordenados grupos, William Atkins dejó pasar a unos cincuenta de ellos; viendo luego venir al resto en grupo cerrado, ordenó a tres de sus hombres que tiraran, después de haber cargado los mosquetes con seis o siete balas de pistola cada uno. Cuántos alcanzaron a matar o herir no lo supieron, pero la consternación y la sorpresa de los salvajes fue indescriptible. Aterrados hasta lo indecible al oír tan espantoso estruendo, contemplaban caer a sus compañeros muertos o heridos sin poder precisar quiénes los atacaban. En medio de esa confusión, William Atkins y los otros tres tiraron nuevamente sobre el grupo más espeso, y menos de un minuto

después vino una tercera descarga hecha por los tres primeros que ya habían tenido tiempo de cargar sus piezas.

Si Atkins y su gente se hubieran retirado inmediatamente después de las descargas como se les había ordenado, o si el resto de los defensores hubiese estado a distancia conveniente para mantener un continuo fuego, los salvajes hubieran sido totalmente arrollados porque el terror que los dominaba venía principalmente de lo que suponían el fuego y el trueno de los dioses, ya que no veían a quienes los estaban hiriendo. Pero Will Atkins, quedándose para cargar otra vez las armas, les reveló la verdad de lo que ocurría; algunos salvajes, que a distancia habían alcanzado a divisarlos, cargaron sobre ellos, y aunque Atkins y los suyos dispararon dos o tres veces sus armas y mataron a cerca de veinte, retirándose después con toda la rapidez posible, los salvajes por su parte alcanzaron a herir al mismo Atkins y mataron a uno de sus compatriotas a flechazos, tal como más tarde eliminaron a un español y a uno de los esclavos indios que habían venido con las mujeres. Aquel esclavo, de una bravura extraordinaria, combatió desesperadamente, llegando a matar a cinco enemigos en lucha cuerpo a cuerpo sin otras armas que una de las alabardas y el hacha.

Habiendo muertos dos hombres, y con Atkins herido, el grupo avanzado retrocedió a un terreno más alto en el interior del bosque; en cuanto a los españoles, después de tres descargas consecutivas, se replegaron a su turno. Tan grande era el número de los atacantes y tan encarnizados se mostraban —aunque tenían ya más de cincuenta muertos y muchos heridos— que se lanzaron nuevamente al ataque despreciando el peligro, y sus flechas llovieron como una nube. Era de admirar que aquellos guerreros heridos pero no imposibilitados para la lucha parecían enfurecerse más al sentirse lastimados y peleaban como bestias salvajes.

Al retirarse los nuestros dejaron abandonados sus dos muertos el español y el inglés; entonces los salvajes, abalanzándose sobre los cadáveres, los despedazaron de la manera más horrible, rompiéndoles brazos, piernas y cabezas con golpes de maza y de espada, mostrando así su monstruoso salvajismo. Aunque advirtieron que los defensores habían retrocedido, no mostraron intenciones de perseguirlos sino que formaron una especie de círculo, lo que según parece constituye una costumbre entre ellos, y lanzaron un doble alarido en señal de victoria; tras de lo cual tuvieron sin embargo el disgusto de ver morir a varios de los suyos que yacían heridos y que no pudieron resistir la pérdida de sangre.

Luego de reunir su pequeña fuerza en una eminencia, el gobernador español vio que Atkins, aunque herido, quería cargar de inmediato sobre los enemigos, y se dirigió a él diciéndole:

—Señor Atkins, ya habéis visto cómo pelean los salvajes heridos; mejor será entonces dejarlos tranquilos hasta mañana, en que la pérdida de sangre los habrá debilitado y sentirán todo el dolor y el entumecimiento de sus llagas; de esa manera serán muchos menos los que tendremos que combatir.

El consejo era bueno, pero a él respondió alegremente Will Atkins:

—Es muy cierto, señor, pero a mí me pasará lo mismo que a ellos y es por eso que quisiera reanudar la lucha mientras me duren las fuerzas.

— ¡Bravo, señor Atkins! —exclamó el español—. Habéis peleado valientemente y cumplido con vuestro deber; si mañana no estáis en condiciones de hacerlo nosotros os reemplazaremos, pero hasta entonces creo mejor esperar.

Así se hizo, pero como la noche era de plenilunio y a su luz vieron que los salvajes permanecían en gran desorden en torno a sus muertos y heridos, decidieron por fin caer sobre ellos aprovechando ambas cosas y ver de hacerles una buena descarga antes de ser descubiertos. Esto resultó factible pues uno de los ingleses, en cuyo dominio se había desarrollado la lucha, los guió por entre los bosques y luego hacia el oeste de la costa, hasta que girando rumbo al sur los trajo tan cerca de los salvajes que, antes de que fuesen vistos u oídos, ocho hombres hicieron una descarga cerrada contra el grupo más numeroso de enemigos, ocasionando espantosa matanza. Medio minuto más tarde otros ocho hombres volvieron a tirar, habiendo puesto municiones en tal cantidad que gran número de salvajes resultaron muertos o heridos, y todo esto sin que alcanzaran a ver a quienes de tal modo los exterminaban ni el camino mejor para emprender la fuga.

Con la mayor rapidez posible los españoles cargaron otra vez sus armas y luego, dividiéndose en tres cuerpos, resolvieron caer al mismo tiempo sobre el enemigo. Cada cuerpo contaba con ocho combatientes, lo que sumaba veinticuatro, de los cuales veintidós hombres y dos mujeres, las que, dicho sea de paso, pelearon denodadamente.

Dividieron las armas de fuego entre ellos, y lo mismo hicieron con las alabardas y picas; hubieran querido que las mujeres permaneciesen en la retaguardia, pero éstas seguían dispuestas a morir junto a sus esposos. Formados así, salieron del bosque y se precipitaron sobre el enemigo lanzando terribles gritos con toda la fuerza de que eran capaces. Los salvajes se agruparon precipitadamente pero en la más espantosa confusión, al oír los alaridos de nuestros hombres que venían desde tres direcciones distintas. De haberlos visto, hubieran luchado sin duda y por cierto que, apenas llegaron a enfrentarse con ellos, hubo muchos disparos de flechas y el pobre padre de Viernes fue herido, aunque no de gravedad. Pero nuestros hombres no les dieron tiempo de rehacerse, pues corriendo hacia ellos desde tres sitios, descargaron al unísono sus armas y luego se precipitaron en lucha cuerpo a cuerpo armados con las culatas de sus mosquetes, las espadas, alabardas y hachuelas; tan bien las emplearon que muy pronto, con aullidos y gritos de desesperación, los salvajes se dispersaron a toda carrera y sin rumbo fijo, tratando de salvar la vida.

Nuestros hombres estaban agotados de fatiga; en los dos combates habían matado o herido mortalmente a casi ciento ochenta enemigos. El resto, aterrado hasta perder completamente la cabeza, se dispersó por bosques y colinas con toda la rapidez que el miedo y sus ágiles pies podían prestarles; y como los nuestros no se preocuparon mucho por perseguirlos, terminaron por descender a la costa y reunirse en el sitio donde habían dejado las canoas. Sin embargo, otro desastre les esperaba allí, pues aquella noche sopló un furioso huracán del lado del mar impidiéndoles la menor tentativa de fuga. La tormenta duró la noche entera, y cuando vino la marea arrastró las canoas tan adentro de la costa que les costó infinito trabajo volver a botarlas, mientras no pocas se destrozaban contra las rocas de la playa o al chocar entre sí.

Aunque muy contentos con la victoria, los nuestros apenas tuvieron descanso esa noche; habiéndose refrescado lo mejor posible, decidieron encaminarse al sitio

donde debían estar los salvajes y ver en qué situación se encontraban. Pasaron naturalmente por el lugar donde se había librado la batalla, y hallaron a varios infelices que aún no habían muerto, aunque no había para ellos esperanza de vida. Fue aquél un penoso espectáculo para seres de alma generosa, ya que un hombre cabal, aunque obligado por la ley de la guerra a destruir a su oponente, no encuentra sin embargo, placer en su desgracia. Con todo, no les fue necesario adoptar providencia en este caso, pues los mismos salvajes que les servían de esclavos se apresuraron a rematar a aquellos heridos con sus hachas.

Por fin, llegaron al sitio donde se encontraba congregada en la forma más lastimosa el resto del ejército salvaje, del cual quedaban aún cerca de cien hombres. Casi todos aparecían sentados en la arena, con el mentón apoyado en las rodillas y la cara cubierta por las manos en actitud de abatimiento.

Cuando los nuestros estuvieron a dos tiros de mosquete, el gobernador español ordenó que se hicieran dos disparos sin bala, para alarmarlos. Deseaba averiguar por su reacción qué podía esperarse de ellos, es decir, si aún les quedaban deseos de pelear o estaban tan absolutamente abatidos que todo su ánimo se hubiera perdido y fuese entonces posible proceder en otra forma con ellos.

La estratagema dio resultado, pues tan pronto los salvajes oyeron el primer disparo y vieron el resplandor del segundo, se levantaron con señales de profunda consternación, y como nuestros hombres avanzaban entretanto rápidamente hacia ellos, corrieron en confusión lanzando horribles alaridos y haciendo todos una especie de clamoreo cuyo sentido no comprendían los de nuestro bando por no haberlo oído jamás antes; y así, encaramándose por las colinas, los salvajes se dispersaron en el interior de la isla.

Los colonos habían deseado al principio que el tiempo estuviese sereno a fin de que los derrotados salvajes huyeran al mar, pero no pensaron entonces que esto hubiera significado su pronto retorno en cantidades tan inmensas como para hacer inútil toda resistencia o, por lo menos, que las invasiones se hubieran repetido con tanta frecuencia como para desolar la isla y hacer morir de hambre a la colonia. Fue entonces cuando Will Atkins, quien a pesar de encontrarse herido permanecía junto a sus compañeros, demostró ser el mejor consejero de todos, opinando que debía aprovecharse la ventaja adquirida, situarse entre los fugitivos y sus canoas y privarlos en esa forma de toda posibilidad de que volviesen alguna vez a asolar la isla.

Discutieron mucho esta idea, y algunos se oponían sosteniendo que era peligroso que los salvajes se refugiaran en los bosques y vivieran allí en constante amenaza para los colonos, obligándolos a salir a cazarlos como a fieras salvajes y cuidarse de todo movimiento así como mantener constante vigilancia sobre los plantíos, con el riesgo de que los rebaños fueran asolados y la vida, por fin, se convirtiera en un motivo de constante angustia.

A esto repuso Will Atkins que resultaba preferible vérselas con cien salvajes que con cien pueblos, y que así como ahora era necesario destruir las canoas lo mismo habría que hacer más tarde con los hombres, a menos de resignarse a perecer a sus manos. En una palabra, mostró tan claramente la necesidad de lo que aconsejaba, que todos terminaron por convencerse; poniéndose entonces a la tarea buscaron leña seca en el bosque e intentaron incendiar las canoas, lo que no fue posible por el grado de humedad de la madera. De todos modos, el fuego alcanzó a carbonizar la parte superior, tornándolas completamente inútiles para hacerse a la

mar. Cuando los indios vieron lo que hacían < con sus piraguas, algunos salieron de los bosques y acercándose todo lo posible a nuestros hombres se dejaron caer de rodillas y gritaron: « ¡Oa, oa! ¡ Waramoka!», así como otras palabras en su idioma que ninguno de los nuestros entendía; pero sí advirtieron los gestos suplicantes y quejumbrosos lamentos por los cuales pedían que no les estropearan las canoas, ofreciendo embarcarse al punto y no regresar nunca más.

Los colonos se sentían ahora plenamente convencidos de que la única manera de salvar sus vidas y sus bienes estaba en impedir que uno solo de aquellos hombres se alejara rumbo a su nación; era evidente que si algún fugitivo alcanzaba a contar lo acontecido a sus compatriotas, la comunidad sería masacrada. Dándoles entonces a entender que no estaban dispuestos a apiadarse, siguieron destrozando las piraguas que la tormenta no había ya estropeado antes; al ver esto los salvajes dejaron escapar un horrible alarido que fue claramente escuchado por nuestros hombres, tras de lo cual se lanzaron a recorrer la isla como locos, tanto que nuevamente los colonos se encontraron sin saber qué medidas adoptar a su respecto.

A pesar de toda su prudencia, los españoles no pensaron que mientras exasperaban de esa manera a aquellos hombres hubiera sido necesario mantener una guardia en las plantaciones. Ciertamente que habían salvado los rebaños de cabras y que los indios no dieron con el refugio principal, es decir, mi viejo castillo en la colina, como tampoco la caverna del valle, pero sí descubrieron mi plantación en la enramada y la redujeron a ruinas, arrancando los vallados y destrozando los plantíos, pisoteando el grano, rompiendo las viñas que estaban entonces casi en su punto y causando a la colonia un daño inmenso aunque sin lograr el menor provecho para sí mismos.

Aunque los nuestros estaban listos para pelear con los salvajes dondequiera los hallasen, no se sentían sin embargo en condiciones de perseguirlos u organizar una cacería; aquellos hombres eran demasiado rápidos para ellos cuando los sorprendían y a su vez los nuestros no se atrevían a andar solos por miedo de ser repentinamente rodeados.

Por suerte el enemigo carecía de armas, pues aunque los vencidos conservaban sus arcos habían ya gastado todas las flechas y no poseían material para reponerlas, faltándoles otras armas punzantes que pudieran emplear en su reemplazo.

La miserable situación a que se veían reducidos era en verdad terrible, pero a la vez los colonos estaban sujetos por su culpa a un estado de cosas altamente peligroso; aunque sus refugios se habían salvado, la mayor parte de las provisiones resultó destruida así como arruinada la cosecha, de forma que no veían la manera de arreglárselas. Lo único a salvo era el ganado, que habían hecho llevar al valle donde estaba la caverna, y algo de grano que crecía en ese lugar; además tenían la plantación de los tres ingleses, William Atkins y sus compañeros, reducidos ahora a dos, por cuanto el otro había sido muerto de un flechazo que lo alcanzó justamente en la sien de tal modo que cayó fulminado; es digno de notarse que se trataba del mismo bárbaro individuo que hiriera de un hachazo a un pobre esclavo y que más tarde pretendiera asesinar a todos los españoles.

Pienso que la situación de los colonos era por ese entonces peor que la mía en la época en que descubrí los granos de cebada y arroz y me puse a sembrarlos así como a domesticar animales; ellos estaban ahora acechados por lo que podríamos

llamar cien lobos dispuestos a devorar cuanto encontraran, aunque difícilmente pudiesen llegar hasta sus personas.

Lo primero que resolvieron luego de comprender claramente las circunstancias en que vivían fue tratar de que los salvajes quedaran acorralados en la parte más alejada de la isla por el lado S.O. a fin de que si nuevos grupos enemigos desembarcaban no se produjera un encuentro entre ellos; luego se dedicarían a perseguirlos y cazarlos diariamente, matando a todos los que pudieran hasta disminuir su número, y si por fin conseguían reducir por las buenas a los restantes y persuadirlos de que se entregaran buenamente, les darían grano y verían de enseñarles el modo de plantarlo para que vivieran de su trabajo.

Conforme a esto principiaron a hostigarlos de tal modo, aterrorizándolos con los disparos de las armas de fuego, que pocos días más tarde bastaba hacer una descarga para que los salvajes cayeran al suelo como muertos aunque las balas no los hubiesen rozado; tan aterrados vivían que se fueron alejando más y más, siempre seguidos de cerca por nuestros hombres quienes, matando o hiriendo diariamente a algunos, los obligaron a permanecer ocultos en la profundidad de los bosques y hondonadas y reducidos a la peor miseria por falta de alimentos; muchos de ellos fueron hallados muertos en los bosques, y la carencia de heridas probaba que habían perecido de hambre.

La contemplación de tan penosas escenas hizo sufrir a los colonos, que se sentían movidos a la piedad, en especial el gobernador español que era el más caballeresco y generoso espíritu que haya yo conocido en toda mi vida; fue él quien propuso que si era posible se apresara vivo a un salvaje para hacerle entender cuáles eran las intenciones de los atacantes y enviarlo luego como intermediario a fin de convencer a los restantes que aceptasen las condiciones impuestas y salvaran así sus vidas evitando a la vez nuevos daños a los colonos.

No pasó mucho sin que cayera uno en sus manos; tan débil y medio muerto de hambre estaba que resultó fácil capturarlo. Se mostró muy hosco al principio negándose a comer y beber, pero como advirtiera con cuánta amabilidad se le trataba y que se le daban alimentos en vez de atormentarlo, comenzó a mostrarse más dócil y sumiso.

Le trajeron entonces al anciano padre de Viernes para que hablase frecuentemente con él y le explicara cuan generosos serían los demás con todos ellos, insistiendo en que no sólo respetarían sus vidas sino que les entregarían una parte de la isla para que viviesen en ella, previa promesa de que no saldrían de los límites establecidos y no intentarían traspasarlos con intenciones dañinas. Le prometió que les darían suficiente grano para que tuviesen una plantación propia y no les faltara pan, y que hasta entonces recibirían comida de los colonos. Por fin, el padre de Viernes indicó al salvaje que volviese a reunirse con los suyos y les repitiera sus palabras, asegurándoles además que si no aceptaban de inmediato aquellos términos serían exterminados sin piedad.

Los pobres infelices, completamente amansados y reducidos apenas a unos treinta y siete, aceptaron sin vacilar la propuesta rogando que se les diera algún alimento; al conocer esto, doce españoles y dos ingleses bien armados y seguidos de tres esclavos y del padre de Viernes, se encaminaron al sitio donde aquéllos se hallaban reunidos. Los esclavos indios llevaban consigo gran cantidad de pan, tortas de arroz secadas al sol y tres cabras vivas; se les ordenó a los salvajes que se congregaran junto a una colina, donde se sentaron a comer aquellas provisiones

con profundo agradecimiento, mostrándose mucho más fieles a la palabra empeñada de lo que podría haberse pensado, ya que desde entonces y excepto cuando acudían a pedir vituallas e instrucciones jamás traspasaron los límites que les habían fijado, y allí vivían cuando yo arribé a la isla, por lo cual fui a conocerlos.

Los españoles les enseñaron a plantar el grano y a hacer pan, el modo de criar cabras y ordeñarlas; de haber tenido mujeres consigo, pronto aquel grupo se hubiera convertido en un verdadero pueblo. Estaban confinados en una lengua de tierra, con elevados peñascos a sus espaldas y una llanura que iba en descenso hacia el mar, mirando al ángulo sudeste de la isla. Tenían tierra de sobra, la que era sumamente fértil; su dominio alcanzaba a medir una milla y media de ancho por tres o cuatro de largo.

Nuestros hombres les enseñaron a hacer azadas de madera, tal como yo había procedido antes; les entregaron doce hachuelas y tres o cuatro cuchillos, y así vivieron los salvajes convertidos en las criaturas más dóciles y humildes de que se tenga noticia.

Después de esto la colonia gozó de absoluta tranquilidad en lo que respecta a los salvajes, hasta que llegué a visitarla unos dos años más tarde; no faltaban a veces algunas canoas de indios que arribaban a la costa para celebrar sus monstruosos festines triunfales, pero como había muchas naciones de caníbales, probablemente ignoraban la existencia de aquellos que arribaban antes que ellos, de manera que nunca mostraron intenciones de explorar la isla o averiguar el destino de sus compatriotas; por otra parte, aunque lo hubiesen intentado era casi imposible que dieran con ellos.

Con esto me parece haber hecho una completa relación de todo lo sucedido en la colonia hasta mi regreso, por lo menos en cuanto a los episodios dignos de recuerdo. Los indios habían sido admirablemente civilizados por los colonos, y con frecuencia acudían éstos a visitarlos ya que habían prohibido bajo pena de muerte cruzar el límite a los salvajes, a fin de evitar que sus refugios fueran descubiertos por segunda vez.

Hay algo digno de ser conocido, y es la forma en que enseñaron a los salvajes el arte de la cestería, tanto que bien pronto sobrepusieron a sus maestros; eran habilísimos en la forma de combinar y tejer el mimbre haciendo toda clase de cestas, cedazos, jaulas, armarios y otras cosas, tales como verdaderas sillas donde era posible sentarse, banquillos, camas y variedad de objetos que probaban su ingenio en dicha tarea una vez que habían recibido la iniciación de los colonos.

Mi llegada a la isla fue particularmente grata a aquellas gentes, porque pudimos proveerlas con cuchillos, tijeras, azadas, palas, picos y todos los instrumentos que pudieran precisar para su trabajo.

Con ayuda de tales herramientas se mostraron tan habilidosos que se animaron a construir sus viviendas, haciendo chozas verdaderamente bonitas; las paredes estaban tejidas con mimbres a manera de un enorme cesto, lo cual les daba un aspecto extraordinario, pero resultaban doblemente útiles contra el calor y los insectos. Tanto se maravillaron nuestros hombres al ver ese trabajo, que pidieron a los salvajes que hicieran lo mismo para ellos, de manera que cuando llegué a la isla y fui a visitar la colonia de los dos ingleses, a la distancia me pareció que estaban viviendo como abejas en una colmena. En cuanto a Will Atkins, que se había transformado en un hombre trabajador y atemperado, él mismo construyó su choza

de mimbres con una destreza inigualable. Por cierto que este hombre mostraba suma habilidad en muchas cosas de las cuales no había tenido anteriormente noción. Se fabricó una fragua con dos fuelles de madera para avivar el fuego; hizo carbón para calentar la fragua, y con una de las alzaprimas de hierro consiguió un yunque bastante pasable, pudiendo entonces dedicarse a fabricar diversas cosas, pero especialmente ganchos, chapas, clavijas, cerrojos y goznes.

No creo que en el mundo entero pudiera encontrarse una construcción de mimbre tan excelentemente realizada. En esa gran colmena vivían las tres familias, es decir, Will Atkins y su compañero, así como la viuda del que había muerto con sus tres hijos, a todos los cuales no les fue rehusado compartir cuanto poseían. Participaban en igual medida del grano, la leche y las pasas, y cuando mataban un cabrito o encontraban una tortuga en la costa igualmente recibían su parte, de manera que todos ellos vivían muy bien aunque no eran tan industriosos como los otros dos ingleses, cosa que ya ha sido observada anteriormente.

Algo hay sin embargo que no puede aquí ser omitido, y es que en lo referente a religión no parece que aquellas gentes se preocuparan en lo más mínimo de profesarla. Cierta que frecuentemente venía a sus mentes la idea de que existe un Dios, pero esto a través del ordinario método de los marineros, es decir, jurando por Su nombre. En cuanto a las mujeres, pobres e ignorantes salvajes, sus almas no habían ganado gran cosa al ser tomadas en matrimonio por individuos a quienes llamaremos cristianos; esos hombres sabían bien poco de la existencia divina y eran por tanto incapaces de enseñar tales nociones a sus mujeres, o revelarles cualquier cosa concerniente a la religión.

Lo más que puedo decir sobre el adelanto que lograron las mujeres con la compañía de los colonos es que aprendieron bastante bien el inglés; todos sus niños, que eran cerca de veinte en total, fueron también enseñados desde muy pequeños a hablar inglés, aunque al comienzo lo hacían de una manera chapurreada como sus madres. Ninguno de aquellos niños tenía más de seis años cuando llegué a la isla, ya que apenas habían transcurrido siete desde que trajeran a las mujeres, pero cada colono tenía ya varios hijos. Las madres se mostraban sumisas, hacendosas y trabajadoras, modestas y llenas de recato, así como dispuestas a auxiliarse mutuamente y muy respetuosas hacia sus amos —puesto que no debo llamarles esposos—. Sólo hubieran necesitado ser instruidas en los principios de la religión cristiana y legítimamente casadas, todo lo cual se logró felizmente más tarde por mi arribo a la isla, o, por lo menos, como consecuencia de mi llegada a ella.

21. ROBINSON ORGANIZA LA COLONIA

Habiendo hecho así un relato de la colonia en general, y deteníndome especialmente en mis cinco renegados ingleses, debo decir ahora algo de los españoles que formaban el grupo principal de la familia y en cuya historia hay también muchos episodios dignos de mencionarse.

Tuve con ellos varias conversaciones acerca de la vida que llevarán mientras residieron entre los salvajes. Me dijeron con franqueza que no habían tenido oportunidad alguna de emplear su ingenio o su perseverancia en aquellas tierras, y que se habían sentido como un puñado de miserables, de abandonados, perdiendo así todo ánimo; incluso de haber tenido a mano los medios necesarios se habrían dejado vencer igualmente por la desesperación y el peso de sus miserias, pues sólo pensaban que el destino los condenaba a morir de hambre. Uno de ellos, hombre reflexivo e inteligente, me dijo, sin embargo, que estaba seguro de que habían cometido un error al pensar así, pues no es propio de hombres sensatos entregarse indefensos a la desgracia sino aprovechar en todo momento los auxilios que la razón ofrece, tanto para preservarse en el presente como para buscar la liberación en el futuro. Agregó que la pesadumbre es la pasión más inútil e insensata del mundo por cuanto sólo mira al pasado que es irrevocable y sin remedio, pero no se le ocurre encarar el porvenir ni comparte nada de lo que puede ser una salvación, sino que prefiere agregarse a la pena antes que buscarle remedio. Al decir esto me repitió un proverbio español que no podría yo citar con las palabras exactas, pero que recuerdo haber traducido entonces al inglés formando un proverbio mío:

*Si por la aflicción te afliges
Aflicción doble te infliges.*

Pasó luego a comentar las mejoras que yo había podido llevar a cabo mientras duró mi soledad, mi incansable aplicación, según él la llamaba, y cómo había podido transformar una situación que era al comienzo mucho peor que la de ellos en otra mil veces más feliz que la suya. Me dijo que era digno de notarse que los ingleses muestran en la desgracia una mayor presencia de ánimo que cualquiera otra raza de las que él conocía; agregó que su infortunada nación, así como los portugueses, son los peores hombres del mundo para luchar contra el infortunio ya que su primera actitud ante el peligro, luego que los esfuerzos han fracasado, es la de la desesperación, dejarse abatir y aceptar la muerte sin siquiera reflexionar con detenimiento en los posibles remedios para tanta desgracia.

Me describieron con palabras llenas de emoción cómo se maravillaron al ver tornar a su amigo y compañero de penurias a quien suponían devorado por las fieras de la más temible especie, es decir, por los salvajes caníbales. Con todo, se sorprendieron mucho más cuando él les hizo un relato de lo que le había sucedido

diciéndoles que en tierras cercanas habitaba un cristiano dispuesto a contribuir con todas sus fuerzas y su generosidad a liberarlos del cautiverio.

Relataron que habían sentido inmenso asombro al contemplar las provisiones de auxilio que yo les enviara, en especial los panes, ya que no habían visto uno solo desde su llegada a tan miserables tierras; cómo hicieron la señal de la cruz sobre aquel pan, bendiciéndolo cual si fuera enviado por el cielo, y de qué manera fortificó su ánimo el sabor de su masa y lo mismo las restantes cosas que les enviara para aliviarlos. Hubieran querido describirme la alegría que experimentaron al comprender que disponían de una embarcación y de pilotos que los llevarían al lugar de donde aquellos socorros venían, pero agregaron que carecían de palabras para expresar los transportes a que entonces se entregaron, conduciéndolos el exceso de alegría a desatinadas extravagancias próximas a la locura, y sin encontrar suficiente expansión a los sentimientos que los embargaban en aquellos momentos. Me dijeron que cada uno había reaccionado de distinta manera y mientras unos, a pesar de la inmensa alegría, rompían a llorar, otros parecían enloquecerse y algunos caían desmayados. Estas palabras me conmovieron mucho haciéndome recordar los transportes de Viernes cuando encontró a su padre, así como los arrebatos de aquellos desdichados que salvamos en mi barco cuando el navío en que viajaban se incendió en alta mar; también pensé en la alegría del capitán cuando se vio a salvo en el sitio donde daba por segura su muerte; e incluso recordé mi propia exaltación cuando después de veintiocho años de cautiverio supe que había un buque dispuesto a llevarme a mi patria. Todo aquello me tornaba más sensible al relato de los pobres españoles, y me afectó profundamente.

Hecho ya el relato concerniente al estado de cosas en que los encontré, debo narrar ahora lo más importante entre lo que puede hacer para aquellas gentes y la situación en que los dejé al marcharme. Opinaban —y mi propia opinión coincidía con la suya— que ya no serían molestados por los salvajes. Incluso si los atacaban otra vez podrían defenderse eficazmente porque ahora estaban en doble número que antes, de manera que no sentían la menor preocupación al respecto. Inicié entonces una grave conversación con el español a quien llamaba gobernador, acerca de su permanencia en la isla; la verdad era que yo no había ido con intención de llevarme a ninguno de los colonos, de manera que tampoco me parecía justo embarcar a algunos dejando a otros, quienes acaso no se sentirían dispuestos a quedarse viendo así disminuida su fuerza.

Por otra parte afirmé que había venido para asegurar su establecimiento en aquella tierra y no a despoblarla, revelándoles por fin que había traído conmigo diversas cosas necesarias para su vida y que había hecho gastos considerables para proveerlos de todo cuanto pudieran precisar allí, tanto para su comodidad como para su defensa; por fin les dije que había traído un número de personas que les serían útiles no sólo para aumentar la cantidad de pobladores, sino por las distintas profesiones a que aquéllos se dedicaban, lo cual les permitiría disponer de cosas que hasta ahora les faltaban y que sólo con ingenio podían suplir.

Cuando les manifesté esto lo hice estando todos reunidos, y antes de mostrarles los efectos que había llevado pregunté a cada uno si ya habían olvidado las animosidades que primeramente existieran entre ellos, y si estaban dispuestos a estrechar sus manos y comprometerse a una duradera amistad y a la unión de sus intereses, de tal modo que no hubiera en adelante malentendidos ni discordias.

Con gran franqueza y no poco buen humor, Will Atkins declaró que bastantes aflicciones habían pasado como para atemperarlos a todos, y que el número de enemigos había sido suficiente para hacerlos a ellos amigos entre sí. Por su parte, se sentía dispuesto a vivir y morir en la colonia y estaba muy lejos de tener malas intenciones hacia los españoles. Reconoció que éstos sólo habían tomado contra él las medidas que su propio carácter discolo tornaban necesarias, y que en lugar de ellos hubiera procedido en la misma forma y aun mucho más severamente. Agregó que si yo lo deseaba estaba dispuesto a pedirles perdón por todas las villanías y locuras que cometiera y se mostró ansioso por vivir en términos de franca amistad y unión con los demás colonos, comprometiéndose a emplear todas sus fuerzas en la tarea de convencerlos de ello. En cuanto a volver a Inglaterra, no le preocupaba haber faltado de ella todos esos años.

Los españoles declararon por su parte que habían desarmado y excluido a Will Atkins y sus dos compañeros a causa de su perversa conducta, tal como me lo habían contado ya, insistiendo en que yo comprendiera las razones por las cuales habían procedido en esa forma. Agregaron que Will Atkins se había conducido tan valientemente en la gran batalla librada contra los salvajes y en muchas otras ocasiones posteriores, y desde entonces se había mostrado tan leal y tan preocupado por los intereses comunes, que habían olvidado completamente todo lo sucedido antes, pensando que Atkins merecía que se le devolvieran sus armas y se lo proveyera de lo necesario al igual que los demás. Habían tratado de testimoniarse su satisfacción confiándole el mando después del gobernador, y así como tenían entera confianza tanto en él como en sus compatriotas, se complacían en reconocer que había merecido esa confianza por las mismas razones que la logran los hombres honestos. Aprovecharon la oportunidad para repetirme insistentemente que jamás permitirían que algo los separase de aquellos compañeros.

Luego de tan abiertas y francas declaraciones amistosas, fijamos el día siguiente para comer todos juntos y en verdad que celebramos un verdadero festín. Hice que el cocinero de a bordo bajara a tierra con su ayudante para preparar la comida, y el colono que había sido también ayudante de cocinero los ayudó. Desembarcamos seis trozos de carne de vaca y cuatro de cerdo, fuera de las provisiones del buque y todo lo necesario para preparar un ponche. Hice bajar también diez botellas de clarete francés y diez de cerveza de Inglaterra, bebidas que ni los españoles ni los ingleses habían probado durante muchos años, por lo cual imaginaba yo el placer que les causaría.

Los españoles agregaron cinco cabritos al festín, y los cocineros los asaron; tres de ellos, bien envueltos, fueron remitidos a bordo para que los marineros pudiesen probar carne fresca así como nosotros habíamos llevado carne salada a tierra.

Después del banquete, en el cual reinó la más simple y amistosa alegría, hice desembarcar el cargamento y, a fin de evitar toda disputa con motivo del reparto, principié por manifestar que alcanzaba sobradamente para todos, y que mi deseo era que cada uno recibiera una parte equivalente de prendas de vestir; es decir, igual número de ropas una vez que fueran confeccionadas. Comencé por distribuir tela suficiente para que cada uno pudiera hacerse cuatro camisas; y, por pedido de los españoles, elevé luego el número a seis. Es de imaginar la alegría que esto les causó después de tanto tiempo que carecían de esas prendas, habiendo casi olvidado su uso.

Repartí entonces la fina tela inglesa de la que he hablado antes, para que cada cual pudiera llevar un vestido liviano, especie de bata que me pareció por lo suelta y cómoda lo más adecuado en aquel clima. Ordené que apenas se estropearan las ropas se las reemplazara por otras nuevas, según ellos lo dispusieran. Lo mismo en lo que respecta a zapatos, medias, sombreros y otras prendas.

No alcanzo a describir la alegría y la satisfacción que se pintaba en las facciones de aquellos pobres hombres cuando vieron cómo me había preocupado por ellos y las cosas que les traía para ayudarlos. Me llamaron su padre, diciendo que un corresponsal como yo les hacía olvidar que estaban en un sitio desolado y en remotas tierras, y terminaron por comprometerse voluntariamente a no dejar jamás la isla sin mi consentimiento.

Les presenté entonces a los nuevos colonos que había traído conmigo, especialmente el sastre, el herrero y los dos carpinteros, todos ellos sumamente necesarios a la comunidad; pero fue mi artífice general el que finalmente les resultó más útil que todo lo imaginable. El sastre, para demostrar de inmediato su celo, se puso a trabajar y con mi consentimiento cortó una camisa para cada uno. Su mejor obra sin embargo fue enseñar a las mujeres a coser y remendar, así como los distintos usos de la aguja, y obtener su ayuda para confeccionar las camisas destinadas a sus esposos y al resto de la colonia.

En cuanto a los carpinteros, apenas hay que decir lo útiles que resultaron; luego de deshacer todos mis toscos y groseros utensilios fabricaron sólidas mesas, bancos, camas, armarios, alacenas, estantes, y todo lo que pudiera ser necesario allí.

Para mostrarles cómo la Naturaleza es la primera en hacer buenos obreros* los llevé a que visitaran la casa de mimbres de Will Atkins, o casa-cesta, como yo la llamaba; los dos carpinteros declararon no haber visto jamás otro ejemplo de habilidad comparable a ése ni nada tan regularmente construido, por lo menos en su género. Uno de ellos, después de haber mirado mucho la choza y quedarse pensativo, se volvió a mí.

—Estoy seguro —manifestó— que ese hombre no precisa de nuestra ayuda; lo único que necesita son herramientas.

Hice entonces desembarcar mi provisión de herramientas y di a cada hombre una azada, una pala y un rastrillo, pues no teníamos arados; también entregué a cada sección de la comunidad un pico, un alzaprima, un hacha grande y una sierra, no dejando de advertir que cuando se rompieran o gastaran podrían ser reemplazadas con las que quedaban en un depósito general convenientemente provisto.

Clavos, planchas, goznes, martillos, escoplos, cuchillos, tijeras, y toda suerte de herramientas y ferretería les fueron entregados en la cantidad necesaria y sin llevar cuenta, ya que ninguno trató de recibir más de lo que precisaba y muy insensato hubiera sido el que pensara en malgastar o perder aquellos utensilios; en fin, para uso del herrero dejé dos toneladas de hierro en bruto destinado a la forja.

El almacén de pólvora y balas que les traje era tan abundante que se regocijaron mucho al verlo; ahora podían muy bien andar, como lo había hecho yo antaño, con un mosquete en cada hombro si se presentaba la ocasión, y tenían suficiente para pelear contra mil salvajes bastándoles sólo una pequeña ventaja en la posición, lo cual tampoco les faltaría llegado el caso.

Traje conmigo a tierra al muchacho cuya madre había perecido de hambre, y asimismo a la doncella, una modesta, bien educada y religiosa muchacha, cuya conducta era tan intachable que todos tenían palabras de elogio para ella. Había llevado a bordo una vida bien triste, siendo la única mujer en nuestra compañía, pero lo soportó con paciencia. Después de un tiempo, y al ver lo bien dispuestas que estaban las cosas en la isla y cómo llevaban camino de prosperar, así como considerando que no tenían relaciones ni negocios en las Indias Orientales que justificaran tan largo viaje, el joven y la criada vinieron a pedirme que les diera permiso para quedarse en tierra y entrar a formar parte de lo que ellos llamaban mi familia.

Acepté con muy buena voluntad, y les hice dar una pequeña extensión de terreno donde se levantaron tres casas rodeadas de un tejido de mimbre idéntico al

que Will Atkins había puesto a la suya. Las chozas fueron dispuestas de tal modo que cada uno de ellos tenía una habitación aparte para vivir, y la choza del centro servía de almacén donde se guardaban sus efectos y era a la vez el comedor común. Entonces los otros dos ingleses decidieron trasladar allí sus habitaciones, y en esa forma la isla quedó dividida en dos colonias solamente, en la siguiente forma:

Los españoles, con el viejo Viernes y los primeros sirvientes, vivían en mi vieja morada bajo la colina, la que constituía en una palabra la capital de la colonia. Habían alargado y extendido de tal manera la residencia, tanto dentro como fuera de la colina, que allí vivían a la vez con toda comodidad y a cubierto de peligros. Nunca hubo pueblo más pequeño en un bosque ni tan oculto en ningún lugar del mundo; pienso que mil hombres hubieran podido pasar un mes explorando la isla, y de no saber antes la existencia del sitio jamás hubiesen dado con él; los árboles eran espesos, estaban tan juntos y habían llegado de tal modo a entrelazarse que sólo derribándolos se hubiera notado la presencia de una habitación, salvo que se advirtieran las dos angostas entradas que había en él, lo que no era fácil. Uno de esos accesos principiaba en la orilla de la ensenada y tenía un largo de doscientas yardas; el otro era la escalera que he descrito ya otras veces. Había también un grande y espeso bosque en la cumbre de la colina, con una superficie de más de un acre, que creció al punto de ocultar enteramente el lugar, con un angosto acceso entre dos árboles casi imposible de descubrir.

La segunda colonia era la de Will Atkins, en la que había cuatro familias inglesas, es decir, los colonos que yo dejara allí con sus mujeres e hijos, más tres salvajes esclavos; luego la viuda e hijos del inglés muerto por los indios, así como el muchacho y la criada, a la que dicho sea de paso casamos antes de abandonar la isla. Vivían también allí los dos carpinteros, el sastre que yo llevara como colonos y el herrero, hombre muy útil a la comunidad especialmente en su carácter de armero, ya que tenía a su cargo el arsenal; también estaba el otro muchacho a quien llamaba Juan Sabelotodo, que valía por veinte hombres, pues no sólo era altamente ingenioso sino alegre y jovial; fue a él a quien casamos con la virtuosa criada que acompañaba al jovencito en el barco cuya historia he narrado.

Y ya que de matrimonios se trata, me siento llevado a decir algo del sacerdote francés que venía conmigo luego que lo salváramos del incendio de su barco. Aquel hombre era católico, y acaso pueda yo ofender a algunos si hago notar los extraordinarios detalles de la personalidad de este hombre a quien, antes de principiar, debo definir con términos muy poco gratos para los protestantes. Pues aquel sacerdote era ante todo un papista; segundo, sacerdote papista, y tercero, sacerdote papista francés ⁽¹⁾.

La justicia me obliga, sin embargo, a hacer un fiel retrato de aquel sacerdote diciendo que era un hombre grave, atemperado, piadoso y profundamente devoto; su vida era irreprochable, su caridad grande, y casi todas sus acciones valían por ejemplos. ¿Qué puede entonces decirse de mi inclinación hacia él, si a pesar de su distinto credo poseía tales virtudes? Ciertamente que a salvo queda mi opinión, con la cual puede coincidir la de otros lectores, de que estaba en un error.

Desde que principié a tratarlo luego que se manifestó dispuesto a ir conmigo a las Indias Orientales, me sentí atraído por su rara elocuencia; lo primero que hizo fue hablarme sobre religión en la forma más amable que pueda imaginarse.

(1) Defoe escribe a principios del siglo XVIII, época aún cercana a la Reforma y a la Contrarreforma, y se dirige a un público de protestantes y puritanos. «Papista» es designación peyorativa de católico; Defoe emplea también «romano». (N. del T.)

—Señor —me dijo—, no solamente me habéis salvado la vida después de Dios (y aquí se persignó), sino que me habéis admitido en el viaje que efectuáis, dándome acceso a vuestra compañía con la más exquisita cortesía y proporcionándome así la oportunidad de hablar libremente. Ahora bien, ya habéis advertido por mis hábitos cuál es mi comunión, así como yo deduzco por vuestra nacionalidad a cuál pertenecéis. Ciertamente podría considerar mi deber, que por cierto lo es, de emplear la menor oportunidad que se me ofreciera para atraer todas las almas posibles al conocimiento de la verdad y llevarlas a abrazar la religión católica; pero como me encuentro aquí por vuestra generosidad y pertenezco ahora a vuestro pasaje me siento obligado, tanto en retribución a esa gentileza como por razones de simple conveniencia social y buenas maneras, a colocarme bajo vuestra autoridad. No entraré, por lo tanto, sin vuestra venia, en ningún debate que se refiera a asuntos religiosos en los que acaso disentiríamos, salvo que contara con vuestro permiso expreso.

Me hizo luego un interesante relato de su vida que contenía episodios extraordinarios, contándome diversas aventuras que le acontecieran en los pocos años que llevaba recorriendo el mundo. Una de ellas es particularmente digna de mención: en el último viaje que realizara había tenido la desgracia de cambiar cinco veces de barco sin poder llegar en ninguna oportunidad a los lugares a los cuales esos navíos estaban destinados. Su primera idea era ir a la Martinica, y se embarcó en un navío que con tal rumbo partía de Saint Malo; arrastrados por el mal tiempo a Lisboa, el barco sufrió averías por tocar fondo en la desembocadura del río Tajo, viéndose precisado a dejar allí su cargamento. Hallando entonces un barco portugués que partía con destino a Madeira y estaba ya aparejado, aceptó embarcarse en él pensando que en Madeira pasaría al barco que viaja de allí a la Martinica. El capitán del navío portugués, hombre en demasía negligente, perdió el rumbo y el barco fue a parar a Fayal, donde por otra parte encontró excelente mercado para su cargamento que consistía en granos, y resolvió de inmediato no continuar viaje a Madeira, sino cargar sal en la isla de May y seguir a Terranova. Al sacerdote no le quedó más remedio que acompañar al barco e hizo un excelente viaje hasta llegar a los Bancos, como llaman al sitio donde se pesca; allí, al encontrar un barco francés que iba con destino a Quebec en el río del Canadá y de allí a la Martinica llevando provisiones, pensó que ésa era la oportunidad de completar su trayectoria. Sin embargo, al llegar a Quebec murió el capitán del barco y el navío no pudo seguir viaje; entonces tuvo que embarcarse en otro que volvía a Francia, el mismo que se quemó en alta mar y cuyo pasaje y tripulación salvamos; ahora por fin venía el sacerdote con nosotros rumbo a las Indias Orientales. En cinco viajes había sido desviado de su rumbo y se puede decir que los cinco formaban solamente uno, aparte de lo que más adelante tenga que relatar sobre aquel hombre.

Pero no quiero continuar con digresiones sin relación directa con mi relato; vuelvo ahora a nuestros asuntos en la isla. El sacerdote vino una mañana a verme (pues se alojaba con nosotros en tierra) y dio la casualidad que lo hiciera la misma mañana en que me disponía a visitar la colonia que los ingleses tenían en la parte más oriental de la isla. Vino, como digo, y me expresó con aire extremadamente grave que había esperado dos o tres días la oportunidad de conversar conmigo sobre algo que esperaba no me desagradaría oír, y que en cierta medida coincidía con mis intenciones de que la isla se convirtiera en un sitio próspero, cosa que tal vez

ocurriera en un grado todavía mayor si lograban alcanzar para ese fin la bendición divina.

Le contesté que iba a visitar las plantaciones de los ingleses y lo invité a que me acompañara, con lo cual tendríamos oportunidad de hablar durante el camino. Replicó que iría gustoso, pues justamente el asunto del que deseaba conversar conmigo se relacionaba con aquella colonia. Echamos a andar, y le pedí que expresara con toda llaneza y confianza lo que tenía que decirme.

—Ante todo, señor —dijo el joven sacerdote—, tenéis aquí cuatro ingleses que han escogido mujeres entre los salvajes y las han tomado por esposas, teniendo ya de ellas muchos hijos sin haber contraído legítimo matrimonio como las leyes de Dios y del hombre requieren. Eso, tanto para unos como para otros, significa vivir como adúlteros, pues es de eso que se trata.

Luego de una pausa, agregó:

—Bien sé, señor, que a mis palabras responderéis que no había aquí sacerdote de ninguna comunión para llevar a cabo la ceremonia; que faltaba pluma, tinta y papel para redactar el contrato matrimonial. También sé lo que os ha dicho el gobernador español, o sea la promesa que exigió de aquellos hombres cuando eligieron a sus mujeres en el sentido de que las escogerían de común acuerdo y que vivirían por separado con ellas. Sin embargo, señor, nada de eso se parece a un matrimonio ya que falta ante todo el consentimiento de las esposas y sólo hubo acuerdo entre los hombres que querían evitar en esa forma nuevos motivos de querellas.

»Con todo, la esencia del sacramento del matrimonio (como era católico romano lo llamaba así) no consiste solamente en el mutuo consentimiento de las partes en su carácter de marido y mujer, sino en la obligación formal y legal que existe en su contrato de considerarse como tales y así reconocerse en cualquier ocasión, obligando al hombre a apartarse de toda mujer y no participar de otra unión mientras ésta subsista; de la misma manera es su deber cuidar del sustento de su esposa e hijos en todo momento y honestamente. Por su parte, *mutatis mutandis*, la mujer contrae análogas obligaciones.

»Ahora bien, señor, esos hombres pueden abandonar cuando les plazca a sus esposas así como desentenderse de sus hijos, desconociéndolos y prefiriendo a otra mujer para unirse a ella mientras la primera está aún viva.

Y agregó con calor:

— ¿Cómo creéis que Dios puede ser dignamente honrado en medio de esta libertad y esta licencia? Sois vos a quien cabe ejercitar sus poderes para poner fin a esta situación, y solamente a vos os corresponde hacerlo. Me sentí tan confundido que no entendí claramente lo que acababa de decirme, sino que imaginé que al expresar que «pusiera fin a esa situación» significaba que debía separar a las parejas y no permitirles más vivir juntas. Me apresuré a decirle que de ninguna manera podía llevar a cabo semejante cosa, que sólo serviría para perturbar la isla entera. Pareció sorprenderse de que lo hubiera comprendido tan mal.

—No, caballero —dijo—, de ningún modo pretendo que los separéis, sino que los unáis en matrimonio legítimo ahora mismo. Bien sé que mi comunión no se concilia con sus usos y costumbres, aunque sería absolutamente válido aun para vuestras leyes, por lo cual pienso que vuestra intervención tendrá vigencia ante Dios y será considerada legal entre los hombres; quiero decir que debéis hacer

firmar un contrato a esos hombres y mujeres, con todos los testigos necesarios, y semejante obligación será seguramente reconocida por todas las leyes de Europa.

Me maravilló comprobar tanta piedad y tanto celo a través de esas palabras, la imparcialidad y tolerancia que contenía su discurso, así como el interés que se tomaba el sacerdote para la salvación de individuos de los cuales no tenía noción ni conocimiento alguno, buscando evitar que transgrediesen las leyes de Dios; por cierto que jamás había yo visto una cosa parecida. Pensando entonces en lo que acababa de decirme sobre el casamiento de los colonos por medio de un contrato escrito, lo cual me parecía muy bien, repliqué a mi interlocutor que sus palabras eran justas y revelaban una gran generosidad, por lo cual hablaría con aquellos hombres cuando llegásemos allá. No veía razón, agregué, por la cual los colonos pudieran sentir escrúpulos de dejarse casar en esa forma; bien sabía yo que ese documento tendría tanta validez como si un pastor de nuestra tierra hubiese efectuado en persona el matrimonio.

Más tarde contaré cómo se llegó a una solución tocante a ese punto. Ahora, volviéndome a mi acompañante, le rogué que me formulara su segunda observación, no sin antes reconocer mi deuda por la primera y darle las gracias de todo corazón. Me dijo entonces que me hablaría con la misma franqueza que acababa de hacerlo y que esperaba ser escuchado del mismo modo.

—Aunque vuestros súbditos ingleses —dijo, dándoles esa denominación— han vivido durante siete años con esas mujeres, enseñándoles a hablar el inglés y hasta a leerlo, aprovechando según lo he podido advertir su clara inteligencia y su capacidad de aprendizaje, sin embargo, hasta el día de hoy no les han enseñado absolutamente nada de lo que concierne a la religión cristiana. No, ni siquiera que existe un Dios, que hay un culto, y la manera en que Dios debe ser adorado; ni siquiera se han preocupado por demostrarles que su idolatría y adoración de quién sabe qué dioses son absolutamente falsas y absurdas.

»Ahora bien, caballero —agregó—, aunque yo no reconozca vuestra religión ni vos la mía, a ambos debe alegrarnos que a los servidores del diablo y vasallos de su reino se les enseñen los principios generales de la religión cristiana, que oigan por lo menos la noción de que hay un Dios, un Redentor, que se enteren de la resurrección y de la vida futura, cosas en las cuales creemos en común. Pensad que por lo menos estarán mucho más cercanos incorporándose al seno de la verdadera iglesia que como lo están ahora profesando públicamente su idolatría y su culto infernal.

— ¿Pero qué queréis que yo haga? —pregunté—. Ya sabéis que voy a marcharme de aquí.

—Lo que os pido —dijo— es que me deis vuestro permiso para hablar con esos pobres hombres al respecto.

—Os lo concedo de todo corazón —repuse— e incluso los obligaré a que reparen atentamente en todo lo que les digáis.

—En cuanto a eso, debemos dejarlo librado a la gracia de Jesucristo, pero vuestra tarea consiste en asistirlos, darles ánimo, instruirlos; si me concedéis autorización y si recibo la gracia de Dios, no dudo que esas pobres almas ignorantes serán rescatadas y traídas al seno común del cristianismo, esa fe que todos nosotros abrazamos; y confío en lograrlo mientras permanezcáis aquí.

Oyendo esto, afirmé:

—No solamente os concedo mi permiso, sino que os doy mil gracias por ello.

Lo que ocurrió como consecuencia de esta conversación será narrado más adelante. Pregunté luego a mi acompañante sobre la tercera observación o reproche que debía hacerme.

—Pues bien —declaró—, se trata de algo de la misma naturaleza, y si me dejáis hacerlo os la diré con la llaneza de las anteriores. Se trata de esos pobres salvajes que son, si se les puede llamar así, vuestros súbditos por derecho de conquista. Hay un principio, caballero, que existe o debería existir entre todos los cristianos, sea cual fuere su particular iglesia o comunión, según el cual el conocimiento cristiano debe ser propagado por todos los medios posibles y en todas las ocasiones que se presenten. Es en base a ese principio que nuestra iglesia envía misioneros a Persia, a la India y a la China; es por eso que nuestro clero, aun el de jerarquía superior, se lanza voluntariamente a los más azarosos viajes, fijando su residencia entre los más terribles asesinos y salvajes, para enseñarles el conocimiento del verdadero Dios y conseguir que lleguen a abrazar la fe cristiana. Ahora bien, señor, tenéis aquí la oportunidad de convertir a treinta y seis o treinta y siete infelices salvajes, trayéndolos de la idolatría a la noción del verdadero Dios, su Hacedor y Redentor, al punto que me asombra que podáis desperdiciar semejante ocasión de hacer un bien digno de que un hombre le consagre su vida entera.

Estas reflexiones me dejaron profundamente turbado, y no encontré una sola palabra que contestar. Ante mí había un representante del verdadero celo cristiano por Dios y su religión, fueran los que fuesen sus principios particulares.

Al verme tan confundido, me miró afectuosamente. —Señor —dijo—, creedme que me afligiría mucho saber que algo de lo que os he dicho puede haberos ofendido.

—No, no —dije yo—; si con alguien estoy ofendido es conmigo mismo. Creedme que me turba no solamente la idea de que jamás había cruzado antes por mi mente semejante responsabilidad, sino también el no saber cómo reparar esa falta. Bien sabéis, señor —agregué—, en qué circunstancias me encuentro. Mi destino es el de las Indias Orientales, en un barco fletado por comerciantes que recibirían un perjuicio injusto si su navío quedase detenido en esta isla por cuanto la tripulación es pagada y alimentada por los armadores. Cierto que tengo autorización para estar aquí doce días, y si me quedara más tiempo debería pagar tres libras esterlinas diarias por la demora. He prometido asimismo no prolongar la estadía por más de ocho días, y son ya trece los que llevo aquí, de manera que me siento incapaz de cumplir la tarea que me señaláis, salvo que decidiera quedarme otra vez en la isla. Pero pensad que si al navío le ocurriera una desgracia me encontraría nuevamente en la triste condición que viví al principio, y de la cual fui tan asombrosamente rescatado.

Reconoció entonces que el viaje dificultaba la cuestión, pero insistió en dirigirse a mi conciencia, preguntándome si la salvación espiritual de esas treinta y siete almas no merecía que yo le dedicase cuanto tenía en el mundo.

—Ciertamente, señor —declaré, sintiéndome menos penetrado que él de esa obligación—. Ser instrumento de Dios es algo admirable, así como traer paganos a la religión de Cristo. Pero desde que vos sois sacerdote y estáis entregado a una tarea que es justamente la propia de vuestra vocación, ¿cómo es que no preferís ofreceros en persona para cumplirla en vez de impulsarme a mí?

Al oír estas palabras, pronunciadas a medida que caminábamos, se detuvo de improviso y encarándome, luego de hacer una profunda reverencia, dijo:

—Agradezco a Dios y os agradezco, caballero, por darme un testimonio tan evidente de que soy llamado a cumplir esa obra santa. Si os sentís excusado de ella y deseáis que quede en mis manos, lo haré de todo corazón considerándola suficiente recompensa después de los azares y las penurias de un viaje tan desdichado como el mío, que sin embargo, me lleva por fin a tan hermosa tarea.

Mientras me hablaba vi en su rostro una expresión como de éxtasis; brillaban sus ojos, y su rostro tan pronto palidecía como se arrebolaba, igual que el que sufre repentinos accesos de fiebre; en una palabra, parecía encendido por la alegría al verse enfrentado a semejante trabajo.

—Sí, caballero —agregó—; daré las gracias todos los días de mi vida a Jesucristo y a la Santísima Virgen por permitirme ser humilde y dichoso instrumento de la salvación de esas pobres almas, aunque esto me valiera pasar toda la vida en la isla y no regresar nunca a mi patria. Y ahora, puesto que me hacéis el honor de confiarme tal misión, en razón de la cual rogaré a Dios por vuestra alma todos los días de mi existencia, tengo una simple petición que haceros.

— ¿Cuál es ella?

—Que me dejéis en compañía de vuestro criado Viernes para que sea mi intérprete ante los salvajes y me acompañe en la tarea; sin alguna ayuda sería imposible hablar a esos hombres o entender sus palabras.

El pedido me llenó de preocupación, porque de ninguna manera quería yo separarme de Viernes. Tenía muchas razones para no hacerlo; ante todo, Viernes era el compañero de mis viajes y no solamente me había sido fiel en absoluto, sino que me quería de un modo extraordinario, por lo cual yo estaba resuelto a hacer cuanto pudiera por él en el caso de que me sobreviviera, lo que parecía probable. Además había hecho de Viernes un protestante y estaba seguro de que una distinta comunión lo confundiría lamentablemente; mientras viviera se negaría siempre a creer que su amo era un hereje y que moriría condenado. Todo aquello confundiría los principios religiosos del pobre muchacho, llevándolo quizá de nuevo a su antigua idolatría.

Una súbita idea vino en mi auxilio para sacarme de la turbación en que me hallaba, y dije al joven sacerdote que me dolía mucho separarme de Viernes por cualquier motivo que fuese, bien que una tarea que él consideraba aún más preciosa que su vida no podía a mí parecerme menos importante que la simple separación de un sirviente. Sin embargo, agregué, estaba persuadido de que Viernes no consentiría de ninguna manera en alejarse de mi lado y yo no tenía derecho a decidirlo sin su previa aceptación, pues de lo contrario cometería una injusticia teniendo en cuenta la promesa y el compromiso de que jamás se separaría de mi lado a menos que se lo ordenase.

Me pareció que esta negativa lo apenaba mucho, ya que quedaba sin medios para comunicarse con los salvajes y no comprendía una palabra de su lenguaje, y tampoco ellos del suyo. Para salvar esa dificultad le dije entonces que el padre de Viernes sabía hablar español —idioma que el sacerdote entendía— y podría servirle de intérprete. Esto lo animó mucho y ya nadie hubiese logrado disuadirlo de que no se quedara en la isla para convertir a los salvajes. La Providencia, sin embargo, lo dispuso de un modo distinto y mucho mejor.

22. LA CONVERSIÓN DE WILL ATKINS

Vuelvo ahora a las anteriores observaciones que me hiciera el sacerdote. Cuando llegamos adonde estaban los ingleses, los envié a buscar y luego de referirme a cuanto había hecho por ellos, las cosas que les había traído y la forma en que les fueran distribuidas —cosas que reconocían unánimemente y con profunda gratitud— principié a hablarles de la escandalosa vida que llevaban, haciéndoles un resumen de las cosas que a ese respecto me dijera el sacerdote. Después de demostrarles que esa vida era totalmente irreligiosa y que nada tenía de cristiana, les pregunté si anteriormente habían sido hombres casados o solteros.

Me dieron prolijas explicaciones, por las cuales supe que dos de ellos habían quedado viudos mientras los tres restantes eran solteros. Les pregunté cómo habían tenido conciencia para tomar aquellas mujeres, llamarlas sus esposas y, sin embargo, no estar legítimamente casados con ellas.

Como es natural me dieron la respuesta que yo había esperado, diciéndome que nadie había en la isla que pudiera casarlos, y que solamente se habían comprometido ante el gobernador a mantener a aquellas mujeres para siempre en carácter de esposas. Por lo que a ellos respecta, en base a la situación existente en la isla, se sentían tan legalmente casados como si un pastor hubiera efectuado la ceremonia con todas las formalidades del mundo.

Repliqué que no había duda de que a los ojos de Dios estaban casados y con obligación de mantener a sus esposas y no abandonarlas jamás, pero que las leyes humanas eran distintas y por lo tanto en cualquier momento podrían ellos pretender que tal matrimonio no existía, abandonar a sus esposas y a sus hijos. Aquellas mujeres, pobres e ignorantes, sin amigos ni dinero, carecerían en adelante de todo socorro. Agregué entonces que hasta no sentirme seguro de que estaban dispuestos a proceder honestamente no haría nada por ellos, sino que todas mis preocupaciones estarían encaminadas solamente hacia las mujeres y los pequeñuelos. Por lo tanto, y mientras no me dieran alguna satisfacción de que verdaderamente se casarían con esas mujeres, no me parecía conveniente que continuaran su vida en común como esposos y esposas; todo eso era altamente escandaloso para los hombres y ofensivo para Dios, de quien no podrían esperar bendición alguna si continuaban en esa forma.

Mi discurso produjo el esperado efecto. Todos ellos afirmaron, y en especial Will Atkins, que parecía hablar en nombre de los otros, que amaban mucho a sus esposas, tanto como si fueran nacidas en su propia patria, por lo cual jamás habían pensado en abandonarlas; agregaron que tenían la seguridad de que eran virtuosas y modestas y que se comportaban de la mejor manera tanto en lo que respecta a sus hijos como a sus esposos, por lo cual de ninguna manera se separarían de ellas. Will Atkins agregó luego por cuenta propia que si alguna vez le ofrecían rescatarlo de la isla, llevarlo a Inglaterra y hacerlo capitán del mejor navío de guerra de la flota, no aceptaría nada sin la autorización de llevar consigo a su esposa e hijos; y

terminó diciendo que en ese caso, apenas encontrara un sacerdote a bordo, le pediría que los casara.

Todo esto era lo que yo estaba deseando oír. El sacerdote no había venido conmigo, sino que permanecía en los alrededores, y para poner a prueba a Atkins le dije que había traído conmigo a un clérigo, de modo que si sus palabras eran sinceras yo podía casarlos a la mañana siguiente, por lo cual le pedía que considerara mis palabras y las hiciera saber a los otros. Me replicó que por lo que a él se refería no necesitaba pensar nada, pues estaba dispuesto a casarse y se sentía muy contento de que yo hubiese traído un ministro, y en cuanto a los demás descontaba que también se alegrarían.

Le dije que mi amigo el sacerdote era un francés, y que como ignoraba nuestro idioma yo actuaría de intérprete. Ni siquiera me preguntó si aquel hombre era papista o protestante, que era lo que yo había estado temiendo, y tampoco se inquietaron más tarde por eso. Nos separamos entonces, volviendo yo junto a mi acompañante y Will Atkins a hablar con los suyos. Mi deseo era que el sacerdote no se encontrase por el momento con los colonos hasta que todo estuviese dispuesto y a punto, y me apresuré a contarle la respuesta que acababa de recibir.

Antes que saliéramos de sus dominios vinieron a nosotros en grupo y me dijeron que acababan de considerar mis manifestaciones, alegrándose mucho de saber que había un sacerdote en la isla. Se sentían ansiosos por darme la satisfacción que les había demandado y querían casarse legítimamente tan pronto yo lo dispusiera así. Me repitieron que nada más alejado de sus mentes que la idea de abandonar a sus esposas, y que al elegirlas lo habían hecho sin la menor intención deshonesta.

Los cité entonces para que vinieran a encontrarse conmigo a la mañana siguiente y les pedí que dedicaran el día a explicar a sus esposas el significado del contrato matrimonial, haciéndoles ver que no solamente estaba destinado a evitar todo escándalo, sino que les imponía mutuamente la obligación de conservarse fieles para siempre.

Las mujeres comprendieron con facilidad el significado de la ceremonia y, como es de imaginar, se mostraron sumamente satisfechas. Ninguno faltó a la cita de la siguiente mañana en mi residencia, y entonces les presenté al sacerdote. Cierto que mi amigo carecía de la indumentaria adecuada, pues ni vestía la ropa de un ministro inglés ni la sotana habitual en los sacerdotes de Francia, sino que usaba un traje negro, a la manera de una casaca con una banda o faja que la asemejaba en parte a una indumentaria religiosa. En cuanto al idioma, yo fui su intérprete.

La seriedad de su conducta, así como los escrúpulos que manifestó por casar a mujeres que no habían recibido el bautismo cristiano, dio a los colonos una elevada idea de su persona; después de eso ya no sintieron necesidad de averiguar si era o no un eclesiástico. Por un momento llegué a sentir miedo de que esos escrúpulos le impidieran casar a aquellas parejas. En efecto, a pesar del empeño que puse en que llevara a cabo la ceremonia se rehusó humildemente, pero con toda firmeza, manifestándome que de ningún modo casaría a los colonos antes de hablar separadamente con ellos. Al principio me mostré poco dispuesto a complacerlo, pero por fin se lo consentí con toda buena voluntad al advertir la sinceridad de su proceder y su intención.

Fue en busca de los colonos y les hizo saber que yo lo había interiorizado de todas las circunstancias de su vida así como de su actual determinación; agregó que estaba dispuesto a realizar la ceremonia y casarlos tal como había sido mi deseo, pero que antes de hacerlo se tomaría la libertad de hablar con ellos.

Dijo entonces que temía que fuesen cristianos harto indiferentes, con escaso conocimiento de Dios y su Providencia, y que era de imaginarse lo poco que habrían enseñado a sus esposas en materia religiosa. Exigía por lo tanto su promesa formal de que harían todos los esfuerzos posibles para que aquellas mujeres se convirtieran al cristianismo y recibieran de la mejor manera posible el conocimiento y la fe de Dios su Creador, así como que les enseñaran a adorar a Jesucristo, que las había redimido. De lo contrario, no los casaría porque no deseaba ser instrumento de una unión entre cristianos y salvajes, cosa contraria a todos los principios de la religión y prohibida de manera especial por las leyes de Dios.

Escucharon muy atentamente aquellas palabras que yo les iba traduciendo a medida que eran pronunciadas, agregando aquí y allá alguna cosa para darles más énfasis y demostrarles hasta qué punto compartía las opiniones del sacerdote; por cierto que les hice distinguir claramente cuáles eran mis palabras y cuáles provenían del joven sacerdote.

Contestaron entonces que lo que aquel caballero había dicho era cierto, que se consideraban muy malos cristianos y que nunca habían hablado de religión con sus esposas.

— ¡Dios mío, señor! —exclamó Will Atkins—. ¿Qué podíamos enseñarles nosotros que no sabemos absolutamente nada? Y luego, si les hubiéramos hablado de Dios, de Jesucristo, del Cielo y el infierno, ellas se hubieran reído de nosotros y nos hubiesen preguntado cuál era nuestra creencia. De haberles contestado que creíamos en todas esas cosas de las cuales les hablábamos, tales como el paraíso para las almas buenas y el infierno para las malas, de inmediato nos habrían preguntado adonde pensábamos ir nosotros, gentes tan perversas y malvadas como verdaderamente somos. No, señor, eso hubiera servido solamente para causarles repugnancia hacia la religión, y además supongo que los que piensan enseñar a otros deben empezar por aprender ellos mismos alguna cosa.

—Will Atkins —repliqué yo—, aunque temo que vuestras palabras contengan mucho de verdad, pienso sin embargo, que podéis tratar de explicar a vuestra esposa que vive en un error, que existe un Dios, una religión mejor que su idolatría; decirle que sus dioses no son más que ídolos, que no pueden oír ni hablar, que existe un inmenso Ser que hizo todas las cosas y que puede destruirlas con ese mismo poder; enseñarle que Dios premia el bien y castiga la maldad, y que todos seremos alguna vez juzgados por El a causa de nuestros actos. No sois tan ignorante puesto que hasta la Naturaleza misma os enseñará que todo eso es cierto, y me satisface que admitáis su verdad y lo creáis así.

—Ciertamente, señor —repuso Atkins—, pero, ¿con qué cara he de presentarme a mi mujer para decirle todo eso, cuando inmediatamente me contestará que no puede ser verdad?

— ¡Que no puede ser verdad! —exclamé yo—. ¿Qué queréis decir con eso?

—Simplemente que ella me lo dirá así, señor; me dirá que el Dios de quien le hablo no puede ser justo ni tiene poder para premiar o castigar puesto que yo no he sido castigado y hundido en el infierno como lo merecía por malvado y perverso; mi

esposa sabe bien que he sido un miserable, no solamente con ella, sino con todos los demás, y por lo tanto el hecho de verme todavía vivo contradice de raíz todo cuanto pueda yo explicarle, además de haber actuado siempre en forma opuesta a mi deber y a mis obligaciones.

—Empiezo a creer de veras, Atkins —dije yo—, que lo que decís sea demasiado cierto.

Y volviéndose entonces hacia el sacerdote que esperaba impaciente, le repetí las declaraciones que acababa de hacerme Atkins.

— ¡Ah! —exclamó él al oírme—. Decidle que hay algo que puede transformarlo en el mejor ministro de la tierra ante su esposa, y que ese algo es el arrepentimiento; decidle que nadie puede enseñar el arrepentimiento mejor que un sincero penitente, y que luego que él mismo se haya arrepentido de sus pecados será un excelente predicador ante su esposa.

Repetí esto a Atkins, que lo escuchó seriamente y que estaba, como pudimos advertirlo, profundamente conmovido por esas palabras. Pareció, sin embargo, querer evitar la continuación de esa escena y me dijo que deseaba hablar con su esposa, de manera que lo dejamos marcharse y seguimos con los otros. Observé que todos eran profundamente ignorantes en materia de religión, tal como lo fuera yo en la época en que abandoné la casa de mis padres; a pesar de esto ninguno dejó de prestar gran atención a lo que se les decía y prometieron formalmente hablar de ello a sus esposas a fin de conseguir por todos los medios que se convirtiesen al cristianismo.

Cuando traduje esta respuesta al sacerdote, sonrió al escucharla y estuvo un largo rato callado. Por fin movió la cabeza.

—Los que somos servidores de Cristo —dijo— no podemos ir más allá de instruir y exhortar, y cuando los hombres condescienden, aceptan el reproche y prometen cumplir lo que les pedimos, nada más podemos hacer nosotros. Es necesario aceptar su palabra, y sin embargo, caballero —prosiguió—, cualquiera sea la villanía que podáis conocer en la vida de ese hombre llamado Will Atkins, creedme que es el único sinceramente arrepentido entre todos ellos. Pienso que es un penitente de verdad y, aunque no desespere por el recuerdo de su vida pasada. No me cabe duda de que cuando hable de religión a su esposa, sus palabras valdrán asimismo para él, ya que muchas veces enseñar a los demás es la mejor manera de enseñarnos a nosotros mismos.

Tras estas palabras, y contando, como se ha dicho, con la promesa de los colonos en el sentido de persuadir a sus esposas que abrazaran el cristianismo, el sacerdote casó a las tres parejas, pero Will Atkins y su mujer seguían ausentes. Al notar esto, el clérigo sintió curiosidad por saber adonde habría ido Atkins, y volviéndose a mí me dijo:

—Os ruego, caballero, que salgamos juntos de este laberinto vuestro y vayamos a ver qué ocurre; me atrevo a asegurar que encontraremos a ese pobre hombre en un sitio u otro hablando seriamente con su mujer y principiando a darle algunas enseñanzas religiosas.

A mí me parecía lo mismo, de manera que salimos juntos y lo llevé por un sendero que solamente yo conocía, donde los árboles estaban plantados a tan poca distancia unos de otros que resultaba difícil avanzar entre ellos y apenas se alcanzaba a divisar algo. Cuando llegamos a la extremidad del bosque vimos a

Atkins y a su morena esposa sentados a la sombra de un árbol y hablando muy seriamente. Me detuve a esperar a mi clérigo, y luego de mostrarle dónde estaba la pareja nos quedamos un buen rato observándola.

Notamos que él parecía empeñado en hacerle comprender algo, señalando hacia el sol y todos los lados del cielo, luego apuntando a la tierra, el mar y a sí mismo, para luego volverse hacia ella y los árboles del bosque.

—Ya veis —dijo el sacerdote— cómo mis palabras han resultado ciertas. Ese hombre está instruyendo a su mujer, le está diciendo que Dios lo ha creado así como a ella, los cielos, la tierra, el mar, los bosques y sus árboles.

—Así me parece —respondí.

Vimos entonces a Will Atkins levantarse y caer en seguida de rodillas, con las manos alzadas. Imaginamos que estaba diciendo alguna cosa, pero nos hallábamos demasiado lejos para oír sus palabras. Luego de permanecer de hinojos un momento fue nuevamente a sentarse al lado de su mujer y se puso a hablarle. Observamos que ella parecía muy atenta, pero no alcanzamos a percibir si decía algo. Mientras Will Atkins permanecía de rodillas, pude observar cómo las lágrimas rodaban por las mejillas del sacerdote y yo mismo apenas logré contener el llanto. Desgraciadamente estábamos demasiado lejos para escuchar el diálogo que entre aquellos seres se desarrollaba.

Como no podíamos acercarnos más por temor a perturbarlos, resolvimos seguir contemplando a distancia esa escena que, sin embargo, hablaba para nosotros con rara elocuencia y sin necesidad de voz alguna. Como he dicho, Atkins volvió a sentarse junto a su mujer hablándole con animación, y dos o tres veces vimos que la abrazaba tiernamente; en una oportunidad extrajo su pañuelo para secar los ojos de la esposa, y volvió luego a besarla en un transporte poco común. De pronto, luego que esa escena hubo durado un momento más, vimos de qué modo Atkins se enderezaba vivamente y tomando a su mujer de la mano para ayudarla a hacer lo mismo, avanzaban juntos uno o dos pasos y luego caían al unísono de rodillas, donde permanecieron inmóviles por espacio de dos minutos.

Después que aquel pobre hombre y su esposa se levantaron, vimos que él seguía hablándole con gran entusiasmo, y conjeturamos por la actitud de su oyente que ella debía estar hondamente conmovida por sus palabras, ya que con frecuencia alzaba las manos, las llevaba luego contra el pecho y adoptaba, en fin, las actitudes que habitualmente señalan profunda atención e interés. Esto continuó durante un cuarto de hora, hasta que se marcharon juntos y ya no pudimos ver nada más.

Aproveché ese intervalo para hablar con mi clérigo. Le dije cuánto me alegraba haber presenciado con él aquella escena, y que aunque por lo común me costaba mucho creer en tales conversiones creía que aquella pareja obraba, con mucha sinceridad a pesar de su ignorancia, y esperaba, por lo tanto, de aquel excelente principio, un final todavía más feliz.

—¿Y quién sabe —agregué— si estos dos, con ayuda de una cierta instrucción y del ejemplo no llegarán a influir sobre algunos de los otros?

—¡Algunos de los otros! —me replicó el sacerdote volviéndose con rapidez hacia JQÍ—. Decid más bien sobre todos; si esos dos salvajes, —puesto que a juzgar por lo que me habéis contado, él lo ha sido casi tanto como ella—, son capaces de abrazar a Jesucristo, jamás cejarán hasta haber convencido al resto, pues la

verdadera religión es por esencia comunicativa y el que ha sido convertido al cristianismo nunca permitirá que en torno suyo quede algún pagano mientras pueda impedirlo.

Admití que pensar así era cosa de buen cristiano, y además testimonio del gran celo y del buen corazón que yo había admirado en él.

—Con todo, amigo mío —agregué—, ¿me permitiréis que os haga una pregunta al respecto? De, ninguna manera me sería posible poner reparo al afectuoso interés que habéis demostrado por convertir a esas personas al cristianismo y arrancarlas de su ignorancia. ¿Pero es que eso puede daros alguna alegría siendo que esas gentes se encuentran desde vuestro punto de vista fuera de la comunidad de la Iglesia católica, lo que equivale según vuestro credo a considerarlas privadas de salvación por su herejía? ¿No estáis obligado a considerarlas tan perdidas para Dios como si siguiesen practicando su paganismo?

Me respondió entonces con profunda sencillez y caridad cristiana, diciéndome:

—Caballero, soy católico apostólico romano y sacerdote de la orden de los benedictinos, por lo cual abrazo todos los principios de la fe romana. Sin embargo, si queréis creerme, puesto que no hablo por haceros cumplido ni en homenaje a mi situación y a vuestra amabilidad, os diré que no considero a los que como vos pertenecen a la reforma sin una cierta caridad. No me atrevería jamás a afirmar, aunque bien sé que entre nosotros es opinión corriente, no me atrevería jamás a afirmar, como os digo, que no podréis salvaros. De ninguna manera pretendo limitar las mercedes de Cristo hasta el punto de creer que no habrá de recibirlos en el seno de Su Iglesia, de una manera para nosotros incomprensible y que escapa a nuestro entendimiento. Y abrigo la esperanza de que vosotros tengáis la misma caridad con respecto a nosotros.

Me llenó de asombro la sinceridad y tino de este piadoso papista, a la vez que me produjo admiración la claridad de su razonamiento. De inmediato vino a mí la idea de que si semejante criterio resultara universal, todos seríamos cristianos católicos cualquiera fuese nuestra iglesia o comunidad particular; el espíritu de la caridad podría pronto elevarnos a los principios más justos y verdaderos y, en una palabra, así como él pensaba que la verdadera caridad podía hacernos católicos a todos así le contesté que si los miembros de su iglesia mostraran igual moderación podrían ser todos protestantes; y con eso abandonamos el diálogo, pues evitábamos cualquier controversia.

Me dirigí a él, sin embargo, empleando otro argumento, y le tomé la mano para decirle:

—Amigo mío, quisiera yo que todo el clero de la Iglesia romana estuviera dorado de vuestra misma moderación, así como que compartiera vuestra caridad. Soy plenamente de vuestra opinión, pero fuerza me es declararos que si predicarais semejante doctrina en España o Italia, os entregarían prontamente a la Inquisición.

—Puede ser —repuso él—. Ignoro lo que harían conmigo en Italia o en España, pero no me parece que demostraran ser mejores cristianos con semejante rigor, pues estoy seguro de que no existe la menor herejía en hablar de caridad.

En fin, como Will Atkins y su esposa se habían ido nada teníamos ya que hacer en ese lugar y nos volvimos por el mismo sendero, hallando que nos esperaban para la ceremonia del matrimonio. Al ver esto pregunté al sacerdote si le parecía conveniente decir a Atkins que lo habíamos observado desde lejos, y me contestó

que no le parecía prudente antes de hablar con él y escuchar sus declaraciones. Lo llamamos entonces aparte, sin que hubiese otros testigos presentes, y yo entablé con él la conversación que sigue:

—Will Atkins —dije—, ¿qué educación habéis recibido? ¿Quién era vuestro padre?

W. A.: Un hombre mucho mejor de lo que seré yo jamás, señor; tuve por padre a un eclesiástico.

R. C.: ¿Qué educación os dio?

W. A.: El hubiera deseado instruirme bien, señor, pero yo despreciaba toda enseñanza, todo consejo, toda corrección, como bruto que era.

R. C.: Es verdad; Salomón ha dicho: «El que desdeña los reproches procede como los irracionales.»

W. A.: Cierto, señor, y yo lo fui. Yo maté a mi padre, y os suplico por Dios que no habléis más de esto. ¡Yo fui el asesino de mi pobre padre!

SACERDOTE: ¡Ah, un asesino!

(La exclamación del sacerdote se produjo al traducirle yo las palabras de Atkins, y vi que palidecía. Sin duda creyó que Will había asesinado realmente a su padre.) R. C.: No, no, caballero, no habéis entendido bien. Explicaos, Will Atkins. ¿Verdad que no matasteis a vuestro padre con vuestras propias manos?

W. A.: No, señor, no corté su garganta pero sí el hilo de su tranquilidad abreviando sus días. Destrocé su corazón pagándole de la manera más ingrata y miserable el más tierno y afectuoso comportamiento que jamás haya tenido un padre o recibido un hijo.

R. C.: Bien, no os interrogué sobre vuestro padre para arrancaros esta confesión. Pido a Dios que os conceda el arrepentimiento por esa falta y os perdone ese y tantos otros pecados que habéis cometido. Si os hice la pregunta es porque he visto que, aunque no tenéis mucha educación, no sois sin embargo tan ignorante como otros acerca de lo que es bueno. He observado que sabéis de religión bastante más de lo que habéis puesto en práctica.

W. A.: No sois vos, señor, quien me ha arrancado esa confesión sobre mi padre, ha sido mi conciencia. Cuando nos ponemos a recordar nuestra pasada vida, los pecados contra nuestros indulgentes padres son los primeros que se nos aparecen y las heridas por ellos ocasionadas las que dejan huella más honda, así como el peso de tales faltas será siempre mayor que el de todas nuestras faltas juntas.

R. C.: Creedme, Atkins, que apenas puedo soportar palabras que me alcanzan tan profundamente.

W. A.: ¡Oh, no, señor! Me atrevo a decir que no sabéis nada de tales sentimientos de culpa.

R. C.: Sí, Atkins. Cada playa, cada colina, hasta cada árbol de esta isla son testigos de la angustia que sintiera mi alma por mi ingratitud y el mal pago que diera a un bueno y cariñoso padre, a un padre que se parecía mucho al vuestro por lo que me habéis dicho. Yo maté a mi padre al igual que vos, Will Atkins, pero pienso que mi arrepentimiento es insignificante en comparación con el vuestro.

Hubiera agregado otras cosas, de haber podido dominar mi emoción. Al comprender que el arrepentimiento de ese pobre hombre era mucho más sincero que el mío estuve a punto de interrumpir el diálogo y marcharme, ya que me sorprendieron sus palabras y terminé por pensar que en vez de ser yo quien lo instruyera, aquel hombre era ahora mi maestro e instructor de la manera más sorprendente e inesperada.

Confié todo esto al joven clérigo, quien se mostró muy emocionado y me respondió:

— ¿No os había dicho, señor, que cuando este hombre se convirtiera terminaría por enseñarnos a todos? Os aseguro que si llega a ser un verdadero penitente, no habrá necesidad de mí en esta isla; él la transformará en una colonia de cristianos.

Sintiéndome algo más calmado, renové entonces mi conversación con Will Atkins.

—Decidme, Will —pregunté—. ¿Cómo es que recién ahora nace en vos el sentimiento de vuestras culpas?

W. A.: Señor, me habéis confiado una tarea que ha sido como si una luz se encendiera en mi alma. Estuve hablando a mi esposa acerca de Dios y de la religión, a fin de cumplir vuestros deseos y convertirla al cristianismo. Y creedme, ha sido ella quien me ha predicado un sermón que no olvidaré mientras viva.

R. C: No, no ha sido vuestra esposa quien os ha predicado, Atkins, sino que mientras buscabais argumentos religiosos para persuadirla, la conciencia se ha despertado en vos.

W. A.: ¡Ah, sí, señor, y con una fuerza irresistible!

R. C: Os ruego, Will, que nos reveléis qué ocurrió entre vos y vuestra esposa, de lo cual alguna noticia tengo ya.

W. A.: Me será imposible haceros una narración detallada, señor. Me siento todavía bajo esa impresión y, sin embargo, carezco de palabras para explicarla. Pero, creedme, haya dicho ella una cosa u otra, y aunque me sea imposible haceros el relato, lo que puedo aseguraros es que resolví enmendarme y rehacer mi vida.

R. C: Decidnos algo de ello. ¿Cómo principiasteis, Will? Ha sido éste un caso extraordinario, no me cabe duda. Admirable sermón habrá predicado vuestra esposa para conseguir de vos semejante propósito.

W. A.: Veréis, señor. Ante todo le expliqué nuestras leyes acerca del matrimonio y las razones por las que hombres y mujeres deben obligarse a un contrato del cual ya nunca puedan en adelante desligarse; le dije' que en caso contrario sería imposible mantener el orden y la justicia, que los hombres se alejarían de sus esposas y abandonarían a sus hijos, tanto que la unión familiar no podría mantenerse ni tampoco determinar las herencias por descendencia legal.

R. C: ¿Y qué dijo ella?

W. A.: Respondió que le parecía muy bien y que era mucho mejor que en su país.

R. C: ¿Pero le explicasteis qué significaba el matrimonio?

W. A.: Sí, señor, así principió nuestro diálogo. Le pregunté si deseaba que nos casáramos de acuerdo con nuestras leyes. Quiso entonces saber cuáles eran esas

leyes. Le contesté que el matrimonio había sido instituido por Dios, y a partir de entonces sostuvimos el más extraño dialogo que, a mi parecer, hayan tenido jamás marido y mujer.

(NOTA: El diálogo entre Will Atkins y su esposa, tal como lo registré por escrito apenas lo hube escuchado de sus labios, es el que sigue):

MUJER: ¡Instituido por vuestro Dios! ¿Pero entonces tener un Dios en vuestro país?

W. A.: Sí, querida mía, Dios está en todos los países.

MUJER: Vuestro Dios no estar en mi país; mi país tener el gran antiguo dios Benamuki.

W. A.: Hija mía, yo no estoy capacitado para explicarte quién es Dios. Sólo puedo decirte que Dios está en el cielo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos hay.

MUJER: NO hacer la tierra; vuestro Dios no hacer toda la tierra, él no hacer mi país,

(Will Atkins sonrió al oír aquella ingenua frase.)

MUJER: NO reír. ¿Por qué reír de mí? No ser cosa de risa.

(El reproche era harto justificado, por cuanto ella se mostraba al principio más serio que él en la discusión.)

W. A.: Tienes razón, querida mía, no volveré a reírme.

MUJER: ¿Por qué decir vuestro Dios hacer todo?

W. A.: Porque es así, hija mía. Dios es el Hacedor de todo, de mí y de ti y de todas las cosas. El es el único Dios, el verdadero; no hay más Dios que El, y El vive para siempre en el cielo.

MUJER: ¿Por qué no decirme antes esto?

W. A.: Tienes mucha razón, pero he sido un miserable y un malvado, que no sólo olvidó darte a conocer la verdad de todo esto sino que prescindió de Dios durante toda la vida.

MUJER: ¡Cómo! ¿Vos tener el gran Dios en vuestro país y vos no conocerlo? ¿No decir «Oh» a El? ¿No hacer cosas buenas para El? ¡No ser posible!

W. A.: Desgraciadamente es así. Vivimos como si no hubiera Dios en los cielos o como si El no tuviera poder sobre la tierra.

MUJER: ¿Pero por qué El dejaros vivir así? ¿Por qué no haceros buenos?

W. A.: Por culpa nuestra.

MUJER: Pero vos decirme El grande, El muy grande, El tener mucho poder; El poder matar cuando quiera. ¿Por qué El no mataros cuando vos no servirle, no decirle «Oh», no ser hombre bueno?

W. A.: También tienes razón. El podría fulminarme ahora mismo como lo tengo merecido, porque no he sido nunca más que un miserable y un malvado. Pero Dios es generoso y no nos castiga en la medida en que lo merecemos.

MUJER: Pero entonces, ¿vos no dar las gracias a Dios por eso?

W. A.: No, por cierto que no. Nunca he dado las gracias a Dios por su Misericordia y nunca lo he temido por Su poder.

MUJER: Entonces vuestro Dios no ser Dios, yo no creer en El, yo no creer que El ser uno, grande, tener mucho poder, mucha fuerza. El no mataros aunque vos encolerizarlo mucho.

W. A.: ¡Ah! ¿Es que mi miserable vida habrá de impedirte ahora que creas en Dios? ¡Qué abominable criatura soy, y qué triste verdad la de que los crímenes de los cristianos son los que impiden la conversión de los gentiles!

MUJER: ¿Cómo pensar yo que vosotros tener allí gran Dios (señalaba hacia el cielo) y vos, sin embargo, no hacer bien, no ser bueno? ¿El ver eso? ¿O El no ver nada?

W. A.: Sí, sí; Dios conoce y ve todas las cosas. El oye y habla, ve cuanto hacemos y sabe lo que pensamos, aunque no pronunciemos palabras.

MUJER: ¡Cómo! ¿El oíros jurar, maldecir, hablar grandes maldiciones?

W. A.: Sí, sí; El oye todo.

MUJER: ¿Dónde estar entonces el gran poder, la gran fuerza?

W. A.: Dios es misericordioso, es todo cuanto podemos decir al respecto, y ello prueba que es el verdadero Dios. Piensa que es Dios, no hombre; y por eso no nos fulmina.

(Aquí Will Atkins nos confesó que se había sentido invadido por el horror al pensar cómo había podido decir a su mujer tan claramente que Dios ve, oye y conoce los más secretos pensamientos del corazón así como cuanto hacemos, y a la vez se había atrevido a llevar a cabo todas las villanías de que era culpable.)

MUJER: ¡Misericordioso! ¿Qué querer decir con eso?

W. A.: El es nuestro Padre y Hacedor, y por eso se apiada de nosotros y nos preserva.

MUJER: Pero si El nunca matar, nunca enojarse cuando vos hacer mal, entonces El no ser bueno o no ser poderoso.

W. A.: Sí, sí, querida mía. El es infinitamente bueno, infinitamente grande y posee poder para castigarnos. A veces a fin de mostrar a los hombres Su justicia, deja caer Su cólera sobre muchos pecadores y los destruye mientras están entregados a sus crímenes, para que sirva de ejemplo.

MUJER: Pero a vos no mataros todavía. ¿O El deciros tal vez a vos que no mataros y entonces vos poder hacer cosas malas? ¿El no estar enojado con vos y sí enojado con otros hombres?

W. A.: No, no; mis pecados han sido cometidos abusando de Su bondad, y El sería infinitamente justo si me destruyese como lo ha hecho con otros.

MUJER: Pero no mataros, no haceros morir. ¿Y vos no decir nada a eso, no estar agradecido a El por todo eso?

W. A.: No soy más que un miserable desgraciado, tal es la verdad.

MUJER: ¿Por qué El no haceros mejor? Vos decir que El ser vuestro Creador.

W. A.: El me creó al igual que el resto del mundo; soy yo quien me he echado a perder y abusado de Su bondad, convirtiéndome en un monstruo abominable.

MUJER: YO querer que Dios conocerme, vos hacer que El conocerme. Yo no encolerizarlo, yo no hacer malas cosas.

(Atkins sintió, como me lo dijo luego, que su corazón desfallecía al escuchar a aquella pobre e ignorante criatura expresar su ingenuo deseo de conocer a Dios mientras él, pecador incorregible, no podía enseñar a su mujer una sola palabra sin que su propia conducta no desmintiera a sus ojos lo que deseaba participarle. Con harta claridad le había manifestado ella que no podía creer en un Dios que no destruía y aniquilaba la maldad y el crimen.)

W. A.: Querida mía, lo que tú quieres decirme es que yo te haga conocer a Dios, y no que Dios te conozca a ti. El ya te conoce, así como el más profundo pensamiento de tu corazón.

MUJER: ¡Cómo! ¿El saber lo que yo deciros ahora? ¿El saber que yo desear conocerlo? ¿Cómo conocer yo a mi Hacedor?

W. A.: ¡Pobre criatura, El será quien te enseñe, yo no puedo nacerlo! Solamente le ruego que te enseñe a conocerlo, y que me perdone ser tan incapaz de acercarte a El. (Fue entonces cuando, como habíamos visto hacerlo, se arrodilló alzando las manos para rogar.)

MUJER: ¿Por qué caer de rodillas? ¿Por qué levantar las manos? ¿Qué decir, a quién vos hablar? ¿Qué significar?

W. A.: Querida mía, me humillo en señal de sumisión a mi Hacedor. Le digo «Oh» como vosotros lo hacéis y como decís que vuestros ancianos lo hacen con el ídolo Benamuki. Lo que he hecho es rogar a Dios.

MUJER: ¿Para qué decir «Oh» a Dios?

W. A.: Le he suplicado que abra tus ojos y tu entendimiento para que puedas conocerlo, a fin de que El te acepte en su seno.

MUJER: ¿El poder hacer eso?

W. A.: Sí, El lo puede todo.

MUJER: ¿Y El escuchar lo que vos decirle?

W. A.: Sí, porque Dios nos mandó que le rogásemos y prometió que nos escucharía.

MUJER: ¿Mandaros rogar? ¿Cuándo mandaros eso? ¿Cómo? ¿Entonces vosotros oírlo hablar?

W. A.: No, no lo escuchamos hablar, pero El se reveló de muchas maneras a nosotros.

(Aquí una gran confusión se apoderó de Atkins al querer explicar a su esposa la revelación de Dios a través de Su palabra; pero por fin lo hizo de la siguiente manera):

W. A.: Dios, en días ya lejanos, habló desde el cielo a algunos hombres por medio de palabras comprensibles; así fueron esos hombres iluminados por Su gracia, y pudieron escribir Sus leyes en un libro.

MUJER: YO no comprender esto. ¿Dónde estar el libro?

W. A.: ¡Ay, desdichada criatura, no lo tengo! Sin embargo abrigo la esperanza de que algún día hallaré uno para ti, y te ayudaré a leerlo.

(La abrazó entonces con profundo afecto, sintiendo una aflicción desgarradora por carecer de una Biblia.)

MUJER: ¿Pero cómo asegurar vos que Dios enseñar esos hombres a escribir libro?

W. A.: Por el mismo principio que nos permite saber que El es Dios.

MUJER: ¿Principio? ¿Cuál principio? ¿Cómo vosotros conocer a El?

W. A.: Porque Dios solamente enseña y ordena lo que es bueno, justo y santo, con lo cual tiende a hacernos absolutamente buenos y felices. Además El prohíbe y nos manda evitar todo lo que sea malo, tanto lo malo en sí o en sus consecuencias.

MUJER: ¡Ah, yo querer entender bien esto, yo verlo bien! Si El enseñar lo bueno, si El prohibir lo malo, premiar cosas buenas, castigar cosas malas, El crear todo, El dar todo, oír cuando yo decir «Oh» a El como vos hacer ahora, El hacerme buena si yo querer ser buena, El preservarme, no hacerme morir si yo querer ser buena; todo eso que vos decir El hacer, entonces El gran Dios, yo aceptar, yo pensar, yo creer que El ser gran Dios. ¡Yo decir «Oh» a El con vos, querido mío!

Al oír estas palabras, el desdichado no pudo resistir por más tiempo, sino que levantándose invitó a su esposa a arrodillarse juntos, y entonces oró en voz alta, rogando a Dios que se diera a conocer a aquella criatura por medio de Su gracia. Le pidió asimismo que de ser posible se dignara alguna vez hacerle llegar una Biblia, a fin de que su esposa pudiera encontrar allí la Palabra de Dios y ser enseñada por ella a conocer a su Creador.

Todo esto coincidía con lo que habíamos visto, cuando Atkins tomó de la mano a su esposa y la hizo caer de hinojos a su lado.

Después de esto sostuvieron otras conversaciones demasiado extensas para consignarlas aquí. En el curso de las mismas la mujer pidió a Atkins la promesa de que reformara su vida, desde el momento que él mismo admitía que su existencia anterior había sido una abominable serie de provocaciones contra Dios; le suplicó que no lo ofendiera más, agregando que de lo contrario Dios lo mataría (como ella se expresaba) y entonces, quedándose sola, no podría jamás aprender a conocer al Creador. También agregó que no quería que su esposo sufriera después de muerto los castigos que él le había explicado.

Este extraordinario relato nos afectó profundamente, en especial al joven sacerdote. Se manifestó maravillado por lo ocurrido, pero su aflicción fue grande al pensar que no le era posible hablar con la mujer. Ignoraba el idioma inglés para dirigirse a ella, y el enrevesado modo de hablar de aquella criatura hacía imposible que él pudiese entenderle algo. Volviéndose, sin embargo, a mí, me dijo que quería hacer por ella algo más que casarla, y como no le comprendí en el primer momento me explicó que su intención era bautizarla.

Mientras se preparaba para llevar a cabo la ceremonia, le manifesté que era conveniente celebrar el acto con algunas precauciones, a fin de que el hombre no advirtiera que el sacerdote pertenecía a la Iglesia romana, debido a las desastrosas consecuencias que podía acarrear una discusión acerca de la religión a la cual estábamos convirtiendo a los demás. Me respondió que como no había allí capilla consagrada ni los elementos apropiados para la ceremonia, haría las cosas de tal manera que ni siquiera yo advertiría que se trataba de un católico como no fuese por mi anterior conocimiento.

Así fue. Después de pronunciar como para sí mismo algunas palabras en latín, derramó sobre la cabeza de la mujer un vaso de agua, a tiempo que le decía en francés y en voz alta:

—María (nombre que yo, en mi carácter de padrino, había impuesto a la mujer a pedido de su esposo), te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Fue por lo tanto imposible para nadie advertir cuál era su particular comunión. Dijo luego una bendición en latín, pero Will Atkins no pareció advertir que ese idioma no era el francés, y por cierto no reparó en nada de esto.

Tan pronto hubo concluido la ceremonia, procedimos a casar a la pareja; luego, volviéndose a Will Atkins y con un tono muy afectuoso, el sacerdote lo exhortó no solamente a perseverar en su excelente disposición sino apoyar las convicciones que se habían adueñado de su conciencia mediante el propósito de reformar su vida. Le aseguró que de nada valía sostener que estaba arrepentido si no renunciaba totalmente a la maldad, y le mostró cómo Dios lo había honrado al convertirlo en el instrumento por el cual su esposa había adquirido las primeras nociones de la religión cristiana, y que por lo tanto debía cuidarse de no deshonorar la gracia de Dios. Le dijo que si cometía ese crimen vería pronto cómo la que había sido pagana llegaba al seno de Dios mientras él, instrumento de esa conversión, era arrojado lejos.

Agregó luego multitud de consejos a ambos esposos y después de invocar para ellos la bondad del Creador volvió a bendecirlos, con palabras que yo les traduje al inglés y tras las cuales concluyó la ceremonia. Pienso que aquél fue el más hermoso y grato día de que haya yo gozado en mi vida entera.

Pero mi sacerdote no había terminado aún. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la conversión de los treinta y siete salvajes, e insistió en quedarse en la isla para emprenderla. Traté entonces de convencerlo diciéndole en primer término que la empresa era en sí misma imposible y, luego, que tal vez hallara yo una manera de llevarla a cabo con buen éxito aunque no estuviera él en la isla. Todo esto se verá mejor más adelante.

23. EL ADIÓS A LA ISLA

Solucionadas en esta forma las cuestiones de mi colonia, me disponía a embarcarme cuando el joven a quien, casi muerto de hambre, rescatara del buque, acudió a verme y me dijo estar enterado de que había un sacerdote en mi compañía, el cual acababa de casar a los colonos ingleses con las mujeres salvajes; venía a decirme que también él sabía de una pareja de cristianos que deberían ser casados antes de la partida del navío, y esperaba que eso no me desagradaría.

Pensé en seguida que se refería a la joven que fuera criada de su difunta madre, por cuanto no había otra cristiana en la isla. Me apresuré entonces a pedirle que no se precipitara en tal unión movido solamente por el hecho de sentirse solo en el mundo, haciéndole notar que era dueño de una buena fortuna y que tenía excelentes amigos entre los cuales me contaba yo así como la joven criada; le dije que ésta no era solamente una muchacha de humilde condición y sin medios de fortuna, sino que había entre ambos una gran diferencia de edades, ya que ella tenía veintiséis o veintisiete años mientras él no pasaba los diecisiete o dieciocho. Muy posiblemente, y contando con mi ayuda, lograría escapar a la soledad en que ahora se encontraba y retornar a su patria, donde se arrepentiría amargamente de su elección; el mutuo disgusto que a ambos iba a ocasionarle su diferencia social redundaría en su mutua infelicidad.

Me disponía a darle más consejos y me dijo, muy humildemente, que estaba equivocado en mis pensamientos ya que nada de eso había cruzado por su mente, demasiado absorbida por sus desventuras y la melancolía que éstas le causaban. Manifestó su alegría por verme tan bien dispuesto a ayudarlo a que algún día volviera a su patria, agregando que si se quedaba en la isla era solamente por lo largo y azaroso de mi viaje, el cual lo alejaría cada vez más de toda región familiar, y que momentáneamente su único deseo consistía en que yo le concediera una pequeña propiedad en la isla, uno o dos sirvientes y las provisiones más necesarias, con lo cual se establecería como plantador y esperaría la época en que mi retorno a Inglaterra, si se producía alguna vez, me permitiese llevarlo consigo. Agregó que si yo volvía solo a mi patria, confiaba en mi buena memoria y que me daría algunas cartas para sus amigos ingleses donde les contaría mis bondades para con él, así como el lugar del mundo y la situación en que lo había dejado. Terminó diciéndome que si alguna vez salía de la isla, tanto la plantación como todas las mejoras que él fuera capaz de introducir en ella me pertenecerían por entero, fuera cual fuese su valor.

Sus palabras, pronunciadas con harta propiedad para un joven de tan pocos años, me agradaron mucho, así como su explicación de que ese matrimonio del cual me hablara al comienzo no se relacionaba con él. Le aseguré que si yo vivía lo bastante como para retornar a Inglaterra entregaría sus cartas y haría por él todo lo que fuese necesario, sin olvidar nunca la situación en que había quedado. Pero mi impaciencia era grande por conocer quiénes eran las personas que deseaban

casarse, y entonces me explicó que se trataba de Susana, la criada, y de mi Juan Sabelotodo.

Cuando pronunció sus nombres me sentí gratamente sorprendido por cuanto aquella alianza me pareció aconsejable desde todo punto de vista. Ya he hablado del carácter del novio, y en cuanto a la doncella era muy honesta, humilde y sencilla, así como profundamente religiosa. Muchas veces había notado su buen sentido, tenía una presencia sumamente agradable, hablaba con sobria claridad, y sin ser tímida en exceso tampoco era de las que se inmiscuyen en las cosas que no les son propias. Sumamente diestra y hacendosa; en toda tarea daba la impresión de que sería una excelente ama de casa y sin duda hubiera podido administrar sin dificultad la isla entera. Parecía darse clara cuenta de la forma en que debía proceder con cada uno de los que la rodeaban en la comunidad, y distinguirlos sin equivocarse.

Dispuestas así las cosas, procedimos a casarlos ese mismo día; como yo hice ante el altar el papel de padre de la muchacha, también quise darle una dote concediéndole al igual que a su esposo un buen pedazo de tierra para la plantación. Esta alianza así como el pedido que me hiciera el jovencito de un terreno para plantíos me obligó a parcelar la isla entre todos los colonos a fin de que más tarde no se produjeran querellas por los respectivos dominios.

Confíé esta tarea a Will Atkins, que se había transformado en el más grave, sobrio y responsable individuo, demostrando su profunda devoción religiosa, por lo cual y en la medida que puedo afirmarlo ante semejante transformación, creo sinceramente que se había arrepentido de sus pecados.

Dividió tan justamente las tierras y fue tanta la satisfacción de todos por el reparto, que sólo me pidieron una escritura general firmada de mi puño y letra, la cual me apresuré a redactar indicando claramente los límites y situación de cada una de las parcelas y asegurando en ella que concedía derecho de propiedad y legado a cada uno de los colonos por las fracciones que les había adjudicado, así como las mejoras que introdujeron en ellas, propiedad que sería extensiva a sus herederos. Reservé el resto de la isla como de mi exclusiva propiedad, percibiendo una cierta renta por cada plantación, la que empezaría a pagarse a partir de los once años y me sería entregada si la reclamaba personalmente o enviaba a un apoderado munido de una copia de dicha escritura.

En cuanto al gobierno y leyes de la isla, les manifesté que no me sentía capaz de señalarles mejores principios que los nacidos de su propia reflexión. Solamente les exigí la promesa de que vivieran en paz y buena vecindad, y así me preparé para marcharme de mi colonia.

Hay algo que no debo omitir, y es el hecho de que estando la isla constituida en una especie de nación en la que había mucho trabajo a realizar, resultaba absurdo que treinta y siete salvajes vivieran sin ocuparse de nada en un rincón de aquella tierra. Salvo la tarea de procurarse alimentos, cosa que a veces les daba bastante trabajo, no tenían propiedades que mejorar ni tarea en la cual ocuparse. Propuse entonces al gobernador español que fuera a entrevistarse con ellos en compañía del padre de Viernes, y les propusiera cambiar de sitio y dedicarse ya sea a plantar por cuenta propia o a trabajar en calidad de sirvientes, distribuidos entre las diversas familias de la isla, a cambio de lo cual serían alimentados y retribuidos por su tarea, sin considerárselos desde algún punto de vista como esclavos. Jamás

permitiría yo la esclavitud de aquellos salvajes, pues se les había prometido la libertad por su capitulación y dichas condiciones no debían ser violadas.

Aceptaron con entusiasmo la propuesta, y vinieron de inmediato en compañía del español, por lo cual les distribuimos tierras y plantíos que tres o cuatro aceptaron en seguida mientras el resto prefirió emplearse en calidad de sirvientes y trabajar para las familias de colonos. La comunidad, quedó, por lo tanto, organizada de la siguiente manera:

Los españoles poseían mi antigua residencia, capital de la isla, y extendían sus plantaciones hacia el lado del arroyuelo que formaba la ensenada tantas veces descrita, llegando hasta mi enramada; a medida que aumentaban sus plantaciones las llevaban más al oeste.

Los ingleses vivían en el sector noroeste, donde al comienzo se habían radicado Will Atkins y sus camaradas, avanzando luego hacia el sur y sudoeste hasta quedar a espaldas de los españoles. Cada plantación tenía un amplio terreno para expandirse si la oportunidad se presentaba, de manera que jamás pudieran producirse cuestiones por falta de espacio.

Toda la región oriental de la isla quedó deshabitada a fin de que si los salvajes desembarcaban según su costumbre para celebrar sus bárbaros festines pudieran hacerlo sin encontrar oposición alguna; quedó establecido que si no molestaban a nadie tampoco ellos serían estorbados. Así debió ocurrir muchas veces, llegando a la isla y marchándose a poco, pues nunca supe que los plantadores fuesen otra vez atacados o invadidos por ellos.

Recordé entonces haber dejado entrever a mi amigo el sacerdote que el problema de la conversión de los salvajes podía llevarse felizmente a cabo durante su ausencia, y le manifesté que tenía las mejores esperanzas de que así ocurriese ahora que los salvajes estaban viviendo en compañía de los colonos, con tal que cada uno de éstos cumpliera esa obligación con los sirvientes que le tocara dirigir...

El sacerdote manifestó su conformidad, suponiendo que los cristianos cumplieran dicha obligación.

—Pero —agregó— ¿cómo podemos estar seguros de que lo harán?

Le propuse reunir a los colonos y señalarles sus obligaciones en conjunto, o bien hablar por separado con cada uno, lo que pareció más acertado. Nos dividimos entonces la tarea, dedicándose él a los españoles, que eran todos papistas, y haciéndolo yo con los ingleses, que profesaban el culto protestante. Les formulamos expresas recomendaciones, arrancándoles la promesa de que jamás establecerían diferencia alguna entre catolicismo y protestantismo, mientras exhortaran a los salvajes a convertirse a la fe cristiana, sino que se limitarían a enseñarles el conocimiento del verdadero Dios y de Jesucristo, nuestro Salvador. Asimismo prometieron que nunca sostendrían entre ellos disputas concernientes a cuestiones religiosas. Cuando llegué a casa de Will Atkins —si puedo llamar así a una construcción de mimbres como no creo que haya habido jamás otra en el mundo— encontré a Susana, la joven de quien ya he hablado, en compañía de la esposa de Atkins, pues ambas se habían hecho muy amigas. La prudente y religiosa joven no había tardado en perfeccionar la obra espiritual principiada por Will Atkins, y aunque no habían transcurrido aún cuatro días desde los episodios antes narrados, la recién bautizada salvaje se había transformado en una de las mujeres más cristianas que me haya sido dado ver u oír a lo largo de mis andanzas por el mundo.

Antes de hacer mi visita, esa misma mañana se me había ocurrido que entre las cosas útiles que debía dejar a aquella gente no había incluido una Biblia, mostrándome mucho menos considerado hacia ellas de lo que fuera mi excelente amiga la viuda del capitán, cuando al enviarme desde Lisboa cien libras esterlinas, no olvidó agregar un paquete con tres Biblias y un libro de oraciones. Con todo, la caridad de aquella buena mujer alcanzó límites que ella jamás habría imaginado, pues sus libros estaban ahora destinados al consuelo y la enseñanza de aquellos que serían más capaces que yo de aprovechar sus doctrinas.

Puse, pues, una de las Biblias en mi bolsillo y cuando llegué a casa de Will Atkins y éste me manifestó con profunda alegría que Susana y su esposa habían estado hablando de religión, le pregunté si todavía continuaban reunidas, a lo que repuso afirmativamente. Entramos entonces en la casa y hallamos a ambas mujeres absorbidas en su diálogo. Al vernos, Susana enrojeció y quiso marcharse en seguida, pero yo le rogué que permaneciera todavía, manifestándole que la tarea a la cual se había consagrado era digna de elogio y que sin duda Dios la bendeciría por ella.

Hablamos un rato, y como advertí que carecían de todo libro, aunque me cuidé de preguntarlo, echando mano al bolsillo saqué una Biblia y la tendí a Atkins.

—Tomad —dije—, os he traído el auxilio que acaso os faltaba.

No creo que hombre alguno en el mundo haya sentido más gratitud de la que él manifestó por aquella Biblia, ni que haya habido jamás alegría mejor fundada. Aquel infeliz había sido el más disoluto, temerario y perverso individuo que pueda concebirse y, sin embargo, constituía un vivo ejemplo para quienes emprendan la educación de sus hijos, pues demostraba que los padres jamás deben desmayar en sus enseñanzas y admoniciones y tampoco desesperar del buen éxito de sus palabras aunque aquéllos se muestren obstinados, refractarios, y en apariencia totalmente insensibles a la educación que se les imparte. Si alguna vez Dios toca con su gracia la conciencia de hombres así, la fuerza de la educación recibida en la infancia vuelve a ellos de inmediato, probando que no se había perdido sino que solamente dormitaba durante los años de extravío para finalmente surgir y mostrar sus beneficios.

También la joven se mostró muy contenta del regalo, aunque tanto ella como su joven amo tenían biblias a bordo entre sus efectos que aún no habían sido desembarcados. Y ahora que ya he dicho tantas cosas de esta muchacha, no puedo omitir un relato que nos concierne a ambos y que contiene cosas realmente instructivas y notables.

He contado ya a qué penurias se vio reducida aquella infeliz muchacha, cómo su ama padeció hambre y murió a bordo del desventurado navío que abordamos en alta mar. He narrado asimismo que los tripulantes del barco, al verse reducidos al último extremo de necesidad, principiaron por dar insignificantes raciones a la dama, su hijo y la criada, terminando por abandonarlos completamente a su destino.

Conversando un día sobre los sufrimientos que entonces habían pasado, le pregunté si era capaz de describir lo que se siente cuando se está a punto de morir de hambre. Me contestó que tal vez fuera posible hacerlo, y el relato que entonces escuché fue el mismo que consigno a continuación.

—Al principio, señor —dijo Susana—, pasamos unos días en la mayor penuria sintiendo los efectos del hambre, y por fin nos vimos enteramente privados de alimentos, excepto azúcar, un poco de vino y algo de agua. El primer día que transcurrió sin haber probado yo comida alguna, sentí al atardecer una sensación de vacío y náusea en el estómago, y hacia la noche empecé a bostezar y a sentirme soñolienta. Me tendí en la cucheta que había en la cámara de popa y dormí unas tres horas, al cabo de las cuales desperté sintiéndome más aliviada, quizá por haber bebido antes de dormirme un buen vaso de vino. Cuando hubieron transcurrido tres horas de vigilia, a eso de las cinco de la madrugada, volví a sentir el vacío y la náusea en el estómago, por lo cual me acosté nuevamente, pero ya no me fue posible dormir, sintiéndome muy débil y mareada. Así pasó todo el segundo día, alternándose en mí la sensación de hambre, luego náusea y deseos de vomitar, de la manera más extraña. A la segunda noche, habiendo tenido que acostarme sin comer absolutamente nada y con un trago de agua por toda bebida, quedé dormida y soñé que estaba otra vez en las Barbadas, que veía el mercado repleto de toda clase de provisiones y que yo me apresuraba a comprar y llevaba a mi ama, comiendo todos con verdadero apetito.

»Sentía en ese momento la placentera impresión que recibe aquel que termina con una excelente comida, pero al *despertar creí* desvanecerme de angustia al percibir la intensidad del hambre que sentía. Bebí entonces el último trago de vino que nos quedaba, echándole un poco de azúcar a fin de suplir en lo posible la falta de alimento. Como mi estómago estaba vacío y nada había en él para digerir, el único efecto del vino fue producirme un estado vecino a la embriaguez, haciéndome caer en un sopor inconsciente en el que permanecí como atontada durante mucho tiempo, según me explicaron más tarde.

»En la mañana del tercer día, después de una noche de extraños y confusos sueños, durante los cuales más dormitaba que dormía, me desperté furiosa y exasperada por el hambre. Si la razón no hubiese venido en mi auxilio ayudándome a vencer ese estado de ánimo creo que de haber sido madre hubiese peligrado en esos momentos la vida de mi hijo. Esta desesperación duró unas tres horas, durante las cuales por dos veces me sentí enloquecer como los furiosos que vemos en el manicomio, y en verdad que debía parecerme a ellos según me lo describió más tarde mi joven amo, quien puede repetiros las mismas cosas.

»En uno de esos accesos de desesperación, no sé si por el balanceo del barco o porque me resbalé de improviso, el hecho es que caí golpeándome la cara contra un ángulo de la cama donde yacía mi señora y el golpe me produjo una abundante hemorragia nasal. El grumete trajo entonces una jofaina en la cual dejé verter mi sangre durante largo rato, y poco a poco me fui serenando hasta que la violencia de la fiebre cedió y las manifestaciones más terribles del hambre se aplacaron.

»Volví de pronto a sentirme mal, y aunque quise vomitar nada había en mi estómago para hacerlo. Todavía continuó algún rato la hemorragia, hasta que repentinamente me desvanecí y todos pensaron que había muerto. Recobré más tarde el sentido, con el más horrible dolor imaginable en el estómago; es imposible describirlo: no se asemejaba a un cólico sino que la necesidad de alimentos parecía roerme desde adentro. Hacia la noche me sentí *mejor, salvo el incesante deseo de comer*, una ansiedad que presumo ha de parecerse a lo que siente una mujer encinta. Bebí algo de agua con azúcar, pero mi estómago rechazaba su sabor dulce y la vomité en seguida; traté entonces de beber agua sin azúcar y pude tolerarla,

tras lo cual me tendí en el lecho rogando a Dios que por piedad me llevara consigo. Llena de esperanza ante la idea de la muerte, dormité un rato y al despertar desfalleciente por la falta de alimentos, me pareció como si ya estuviera muerta. Encomendé entonces mi alma al Señor, sintiendo a la vez el ardiente deseo de que alguien viniera a arrojarme al mar.

»Mientras todo esto ocurría mi ama estaba al lado mío, expirante a mi parecer, pero la verdad era que soportaba el hambre con mucha más paciencia que yo, luego de haber dado a su hijo el último trozo de pan que le quedaba. Mi joven amo se negaba a comerlo, pero ella se lo mandó y creo que fue el alimento el que finalmente le salvó la vida.

»Volví a dormirme al amanecer, y al despertar caí en una violenta crisis de llanto, tras de la cual sentí de nuevo las torturas del hambre. Me puse furiosa del modo más horrible, y creo que si mi ama hubiera estado ya muerta, a pesar de todo mi cariño hacia ella habría comido su carne con tanto gusto y despreocupación como si hubiese sido de un animal. Hasta recuerdo que una o dos veces estuve a punto de morderme el brazo. Por fin descubrí la jofaina donde había vertido la sangre que derramara la noche anterior y corriendo hacia ella tragué su contenido con tal apuro y con una avidez tan inmensa como si me maravillara de que nadie se hubiese fijado antes en él o si temiera que otro pudiera intentar arrebatármelo.

»Tan pronto hube bebido, y a pesar de que la sola idea de lo que había hecho me llenaba de horror, sentí que el hambre se aplacaba algo y fui a tomar un trago de agua, sintiéndome mucho mejor y más tranquila por espacio de unas horas. Estábamos ya en el cuarto día de martirio, y así me mantuve hasta el caer de la noche, en el plazo de unas tres horas, volví a pasar por todos los estados ya descritos, o sea náusea, sueño, hambre rabiosa, dolor de estómago, nuevamente furia por comer, nuevas náuseas, accesos de locura, llanto, otra vez una furia incontenible, y así cambiando cada cuarto de hora hasta que mis pocas fuerzas quedaron extenuadas. Por la noche me dejé caer rendida, poniendo todo mi consuelo en la esperanza de morir antes de que fuera otra vez de día.

»Durante la noche no dormí nada, pero ya el hambre se había convertido en enfermedad y sentí violentísimos cólicos y retortijones, ocasionados por la presencia en las entrañas de aire en vez de alimentos. Así permanecí hasta la mañana, cuando me llamaron a la realidad los gritos y lamentaciones de mi joven amo, quien aseguraba que su madre había muerto. Alcancé a enderezarme un poco, pues carecía de fuerzas para abandonar mi postura, advirtiéndome que mi señora no estaba todavía muerta, aunque apenas daba señales de vida.

»Sentí entonces tales convulsiones en el estómago por falta de alimento, que me sería imposible describirlas, y los arrebatos a que me llevaba el hambre fueron tan horribles que sólo las torturas de la muerte pueden dar una imagen de su violencia. Fue entonces cuando oí a los marineros gritar en la cubierta: "¡Una vela, una vela!", a la vez que lanzaban alaridos como si se hubieran vuelto locos.

»Me fue imposible abandonar el lecho, lo mismo que mi señora; en cuanto a mi joven amo, estaba tan enfermo que le creí ya muerto, de manera que no pudimos abrir la puerta del camarote ni formarnos una idea clara de la causa de aquellas exclamaciones. Hacía dos días que no cambiábamos una palabra con nadie de la tripulación, pues nos habían manifestado que no tenían un solo bocado en todo el barco; más tarde supimos que ellos nos habían dado por muertos.

»En tan espantosa situación nos hallábamos, señor, cuando vos fuisteis enviado para salvarnos la vida; las circunstancias en las cuales nos encontrasteis las conocéis mejor que yo misma.

Tal fue el relato de aquella joven, y contiene tantos detalles acerca de lo que representa morir por inanición, que nunca lo hubiese imaginado y me resultó sumamente interesante. Pienso que se trata de una narración ajustada a la realidad, por cuanto coincidía en buena parte con lo que al respecto me contara el joven pasajero. Su relato no fue sin embargo tan detallado y conmovedor como el de la doncella, fuera del hecho de que su madre lo había salvado de morir a expensas de su propia vida. La criada, por el hecho de ser más fuerte y robusta que su ama, ya anciana y de constitución débil, había luchado más con la muerte y, por tanto, alcanzó a sentir más intensamente los tormentos del hambre. Está claro, como de la narración anterior se desprende, que si nuestro barco no hubiese encontrado providencialmente a aquellos seres en pocos días habrían muerto todos, a menos que una parte se hubiese devorado a la otra, y aun así de poco les habría servido, pues se encontraban a quinientas leguas de cualquier tierra, sin posibilidad alguna de auxilio salvo el que milagrosamente pudimos nosotros proporcionarles. Pero todo esto es dicho de paso, y vuelvo ahora a las disposiciones adoptadas con respecto a mis colonos.

Ante todo es conveniente observar que, por muchos motivos, no me pareció necesario hacerles saber la existencia del balandro que trajera desarmado con la idea de aparejarlo en la isla. Había advertido —por lo menos a mi llegada— tales gérmenes de discordia entre aquellos hombres, que si les dejaba el balandro era evidente que al primer disgusto se produciría una separación y algunos se marcharían a otras tierras o se harían piratas, y la isla terminaría convirtiéndose en una guarida de bandoleros en vez de ser una plantación en que vivían gentes religiosas y honestas. Tampoco quise dejarles las dos piezas de artillería que trajera, así como los cañones que a mi pedido embarcara mi sobrino. Me parecía necesario pertrecharlos para una guerra defensiva contra cualquiera que pretendiese invadir sus dominios, pero no darles armas que les sirviesen para convertirse en atacantes o que les inspirase la idea de lanzarse a la conquista de otras regiones, lo cual finalmente sólo traería la ruina y destrucción sobre ellos y sobre sus planes. Guardé entonces el balandro, reservándolo igual que los cañones para que prestasen servicio en otra forma, como será contado más adelante.

He terminado mi narración concerniente a la isla. Dejé a sus habitantes convenientemente instalados y en las mejores condiciones, embarcándome el cinco de mayo después de permanecer entre ellos veinticinco días. Como todos se mostraban resueltos a quedarse hasta que yo quisiera venir a buscarlos, les prometí hacerles llegar desde Brasil mayor número de socorros en cuanto se me presentase la oportunidad; en especial proyectaba remitirles algún ganado, tal como ovejas, cerdos y vacunos, ya que las dos vacas y los terneros que habíamos traído de Inglaterra tuvieron que ser muertos en alta mar por lo prolongado de nuestro viaje y el haberse terminado la avena que llevábamos a bordo.

Al día siguiente, y luego de una salva de cinco cañonazos a modo de saludo, nos hicimos a la vela, arribando a la isla de Todos los Santos, en Brasil, luego de veintidós días de navegación durante los cuales no nos ocurrió nada de extraordinario salvo el episodio que paso a narrar. Llevábamos tres días de viaje con buen tiempo, cuando una corriente que nos hacía derivar hacia el E.N.E.,

llevándonos hacia una bahía o golfo en el continente, nos apartó algo de nuestro camino. Una o dos veces distinguieron nuestros hombres tierra hacia el este, pero si se trataba del continente o de islas no pudimos verificarlo en modo alguno.

Al tercer día, hacia el anochecer, estando muy sereno el mar y bonacible, vimos el agua en dirección a las tierras cubierta de alguna capa o mancha negra. Durante largo rato no pudimos distinguir de qué se trataba hasta que el segundo, trepando a una de las cofas y mirando en aquella dirección con el catalejo, gritó que era una armada.

No entendí al principio lo que quería decir con aquello de la armada, y hablé con demasiada brusquedad, llamándole tonto o algo parecido.

—Señor —respondió—, no os enfadéis porque en verdad es una armada, o mejor aún, una flota, ya que alcanzo a distinguir no menos de mil canoas y pronto las veréis vos también, pues vienen remando rápidamente hacia aquí.

Me sentí bastante alarmado al oír esto, así como mi sobrino el capitán, que había oído referir en la isla terribles historias acerca de los salvajes; como nunca había navegado antes por esos mares no sabía qué pensar de lo que nos esperaba, y recuerdo que dos o tres veces me dijo que sin duda seríamos devorados. Debo admitir por mi parte que, con la falta de viento y la corriente que nos llevaba en dirección a tierra, empezaba a temer lo peor. Le dije, sin embargo, que no se asustara sino que mandase echar el ancla tan pronto tuviéramos la seguridad de que iba a producirse el combate.

El tiempo se mantenía sereno y la flotilla avanzaba rápidamente hacia nosotros de manera que ordené anclar de inmediato y aferrar las velas. Dije a la tripulación que el único peligro estaba en que aquellos salvajes intentasen prender fuego al barco, por lo cual era preciso arriar los botes y tenerlos listos, uno a popa y otro a proa, a la espera de lo que pudiera ocurrir. Los hombres que tripularan los botes debían estar provistos de velas mojadas y de cubos para sofocar todo principio de incendio que los salvajes ocasionaran en la estructura exterior del barco. Así los esperamos y poco rato más tarde estaban ya cerca de nosotros, constituyendo uno de los espectáculos más espantosos que pudiera imaginar un cristiano. Mi segundo se había equivocado grandemente al estimar el número de canoas, pues el total resultó ser de ciento veintiséis, pero asimismo resultaba una flota temible por cuanto algunas de las piraguas estaban tripuladas por dieciséis o diecisiete hombres, y las más pequeñas contenían seis o siete.

Cuando se pusieron a tiro, los salvajes dieron la impresión de sentirse llenos de asombro y, maravilla, ante la contemplación de algo que jamás habían visto antes. Por lo que advertimos más tarde, tampoco ellos sabían qué actitud adoptar respecto a nosotros. Se aproximaron empero temerariamente como si tuvieran intención de rodear el navío, pero gritamos a los tripulantes de nuestros botes que no les dejaran acercarse demasiado.

Esta orden produjo contra nuestros deseos un combate contra los salvajes, porque seis o siete de sus canoas se acercaron tanto a nuestra chalupa que los tripulantes de ésta les hicieron seña de que retrocedieran; entendieron perfectamente, pero mientras se retiraban les enviaron cerca de cincuenta tiros de flecha, uno de los cuales hirió gravemente a un marinero de la chalupa.

Pese a lo ocurrido, mandé que no se disparase contra los salvajes por ningún motivo, y entretanto bajamos algunos tablones al bote, donde el carpintero los

dispuso de manera de parapeto que protegiera a los tripulantes si los atacantes disparaban una nueva andanada.

Una media hora más tarde vimos que avanzaban en montón por el lado de popa, acercándose tanto que pudimos distinguir fácilmente de qué gentes se trataba aunque no alcanzáramos a comprender su propósito. Me bastó mirarlos para reconocer en ellos a mis viejos amigos los salvajes, los mismos que tanto me habían dado que hacer en la isla. Vimos que remaban alejándose un poco; después avanzaron por un costado del barco y llegaron a ponerse tan cerca que los oíamos hablar con toda claridad. Ordené a mis hombres que se mantuviesen ocultos para evitar que nuevas flechas fuesen disparadas y que alistaran los fusiles para cualquier evento, tras lo cual dije a Viernes que, desde la borda, preguntara a aquellos salvajes en su idioma qué querían de nosotros, cosa que cumplió de inmediato. No sé si lo entendieron o no, pero tan pronto les hubo hablado vimos que seis de ellos, tripulantes de la canoa más próxima a nosotros, apartaban su embarcación y volviéndose nos mostraban sus desnudas espaldas. Si aquello era un desafío o una provocación, lo ignoro, salvo que se tratara de una muestra de desprecio o bien una señal convenida con los demás. Lo cierto es que Viernes gritó entonces que iban a disparar, y desgraciadamente para él, ¡desdichado muchacho!, unas trescientas flechas volaron sobre nosotros matando al pobre Viernes que para mi desesperación era el único que les servía de blanco. El infeliz fue alcanzado por no menos de tres dardos, y otros cayeron cerca de donde estaba, lo que prueba su poca puntería.

Tan enfurecido me sentí con la pérdida de mi antiguo criado, compañero de tantas desventuras y tanta soledad, que ordené de inmediato cargar cinco cañones con metralla y otros cuatro con bala, y les enviamos una andanada como seguramente no habían recibido en su vida. Se hallaban a unas cincuenta varas del navío cuando tiramos sobre ellos, de manera que los artilleros pudieron apuntar con tanta precisión que probablemente cada tiro hundió por lo menos cuatro o cinco canoas. No puedo decir cuántos salvajes matamos o cuántos resultaron heridos, pero por cierto que espanto y apuro semejantes no se vio jamás antes. Trece a catorce canoas estaban volcadas, con sus tripulantes nadando alrededor; el resto, enloquecido de espanto, remaba con toda la rapidez posible sin ocuparse de recoger aquellos cuyas piraguas se habían hundido o hacían agua a causa de nuestras balas. Supongo que muchos se ahogaron allí mismo, y nuestros hombres recogieron a uno de aquellos infelices que luchó más de una hora por mantenerse a flote y salvar la vida.

La metralla de los cañones debió sin duda matar y herir a muchos, pero no llegamos a averiguarlo con certidumbre, porque escaparon a tal velocidad que tres horas más tarde apenas si divisábamos unas tres canoas retrasadas, y del resto no tuvimos más noticias, porque levantándose viento esa misma tarde levamos el ancla y seguimos viaje hacia Brasil.

Cierto que conservamos un prisionero a bordo, pero el salvaje era tan hosco que se negaba a hablar o a comer, tanto que creímos estaba dispuesto a dejarse morir de hambre. Hallé, sin embargo, la manera de disuadirlo, pues ordené que lo bajaran a la chalupa y le hicieran entender que si no hablaba volvería a ser arrojado al mar. Ni siquiera así quiso doblegarse, y entonces los marineros lo arrojaron al agua, y se alejaron en seguida; el salvaje, que nadaba como un pez, siguió de cerca a la chalupa gritando en su idioma palabras que los marineros no podían

comprender. Por fin condescendieron a recogerlo de nuevo a bordo, y entonces se mostró mucho más tratable. De más está decir que nuestra intención no había sido en ningún momento el que el salvaje se ahogara.

Seguimos nuestro viaje, sintiéndome yo el más desconsolado de los hombres por la muerte de mi pobre Viernes, y hasta estuve tentado de volverme a la isla en busca de alguno de los que allí quedaran para que me acompañase en adelante, pero eso no podía ser, de manera que proseguimos el viaje. Transcurrió un tiempo antes de que lográramos hacer comprender a nuestro prisionero las más simples cosas, pero nuestros hombres le enseñaron por fin algo de inglés y su carácter se hizo más sumiso. Le preguntamos entonces de qué país venía, pero nada sacamos en claro de sus respuestas, porque sus palabras eran tan guturales y hablaba con voz tan profunda y ronca que no podíamos entenderle absolutamente nada. Fueron todos de opinión de que un lenguaje semejante lo mismo podía hablarse con una mordaza, a juzgar por el sonido; tampoco pudimos percibir que empleara para vocalizar los dientes o la lengua, y tampoco el paladar y los labios, sino que formaba sus palabras lo mismo que un cuerno de caza forma su sonido, sin modulación alguna.

Más tarde, cuando le enseñamos un poco de inglés, nos dijo finalmente que en aquella ocasión iban a librar una gran batalla conducidos por sus reyes. Le preguntamos cuántos reyes tenían, y respondió que habían cinco «nación» (no le pudimos hacer entender los plurales) y que las cinco estaban aliadas con otras dos. Quisimos saber por qué se habían acercado a nuestro navío.

—Para hacer gran maravilla ver —respondió.

Vale la pena observar que todos los nativos, así como los oriundos de África, no pueden hablar el inglés que han aprendido sin agregar dos «e» al final de las palabras donde nosotros sólo empleamos una, y además hacen caer el acento sobre dichas palabras, como «makeé» en vez de «make», etc.; y resulta imposible desarraigarse ese hábito en ellos. Yo mismo recuerdo el trabajo que tuve para corregir la pronunciación de Viernes, bien que al final obtuve buen resultado.

Y ahora que he vuelto a nombrar al pobre muchacho, debo dedicarle mi último adiós. ¡Fiel e infortunado Viernes! Lo sepultamos con toda solemnidad y del mejor modo posible, encerrando su cuerpo en un ataúd y arrojándolo al mar. Ordené que disparasen once cañonazos en su honor, y así terminó la existencia del más agradecido, fiel, honesto y cariñoso criado que jamás haya tenido hombre alguno.

Con viento favorable seguimos nuestra ruta a Brasil doblamos el cabo San Agustín y tres días más tarde anclávamos en la bahía de Todos los Santos, antiguo lugar de mi liberación y sitio de donde provino mi buena o mala suerte.

Nunca barco alguno llegó a estas tierras con menos negocios a ventilar que el nuestro, y sin embargo no fue sin gran dificultad que pudimos comunicarnos con tierra firme. No me valió mi socio el plantador, aún vivo y gozando gran prestigio en la región, así como tampoco mis dos comerciantes apoderados; ni siquiera la fama de mi asombrosa aventura en la isla me sirvió de pasaporte para entrar en el país. Mi socio recordó entonces que yo había enviado quinientos moidores al prior del monasterio de los agustinos, así como doscientos setenta y dos para ser repartidos entre los pobres, y rogó al prior que intercediera ante el gobierno para que se me dejase desembarcar en compañía del capitán y otra persona, aparte de ocho marineros, sin que nadie más tocara tierra. La expresa condición que se nos

imponía era la de que de ninguna manera intentáramos desembarcar mercancías, así como cualquier otra persona que careciera de especial permiso.

Se mostraron tan estrictos con nosotros en lo que respecta al desembarco de mercancías que con extrema dificultad pude conseguir bajar a tierra tres bultos de efectos ingleses tales como telas finas, paños y algo de lienzo que había traído para obsequiar a mi asociado.

Era aquel hombre un caballero generoso *y* cordial, bien que al igual que yo provenía de humilde condición. Aunque desconocía mi intención de hacerle un regalo, se apresuró a mandar a bordo un presente compuesto de provisiones frescas, vinos, confituras, que valían más de treinta moidores, incluyendo algo de tabaco y cuatro hermosas medallas de oro. Yo, por mi parte, estaba en condiciones de retribuir adecuadamente con mi obsequio que, como he dicho, consistía en géneros finos, paños ingleses, encajes y telas de Holanda. Le hice llegar asimismo un valor aproximado de cien libras esterlinas en efectos parecidos, con otro destino, y le pedí que mandara armar el balandro que había traído conmigo desde Inglaterra para el uso de mi colonia, a fin de que en él fuesen enviados los auxilios prometidos.

Pocos días más tarde, y de acuerdo con mi encargo, el balandro estuvo totalmente aparejado, puesto que sólo había que juntar las piezas. Di entonces a quien habría de capitanearlo las instrucciones adecuadas para reconocer la isla y, como más tarde supe por noticias de mis socios, la encontró sin dificultades. Pronto estuvo el balandro repleto con el pequeño cargamento que enviaba a la colonia, y uno de nuestros marineros que había bajado a tierra conmigo me ofreció ir en el navío y establecerse en mi isla, si yo le daba una carta para el gobernador español por la cual le concediera tierras a fin de iniciar una plantación, algunas ropas e instrumentos necesarios para ese trabajo que por lo visto entendía muy bien, pues me aseguró que había sido antiguo plantador en Maryland y bucanero para más detalles.

Animé a aquel hombre concediéndole cuanto me pedía y como condición le confié el salvaje que apresamos y que sería un esclavo en condición de prisionero de guerra; escribí entonces al gobernador español ordenándole que concediera al nuevo colono una participación análoga a la del resto de la comunidad.

Cuando todo estuvo listo para la partida, mi socio me manifestó que conocía a un hombre excelente, plantador portugués, que se veía en dificultades con la Iglesia.

—Yo no sé en realidad qué le ocurre —me dijo—, pero tengo para mí que es un hereje en el fondo de su alma y se ha visto obligado a ocultarse por temor a la Inquisición.

Me explicó que aquel hombre se sentiría feliz de poder escapar con su esposa y sus dos hijas, y que si yo lo autorizaba a trasladarse a mi isla y le concedía una plantación, él por su parte le suministraría elementos para empezar, ya que los agentes de la Inquisición habían confiscado todos sus bienes y fortuna, dejándole sólo algunos efectos domésticos y dos esclavos.

—Aunque discrepo con sus principios —declaró mi socio— no quisiera verlo caer en las manos de sus enemigos porque seguramente sería quemado vivo.

Accedí a la petición, agregando esa nueva familia a mi inglés, y ocultamos al plantador, su esposa e hijas a bordo de nuestro barco hasta que el balandro levó anclas para hacerse a la mar, y como ya habíamos hecho trasladar los pocos bienes

de aquel hombre, trasbordamos a la familia cuando nos encontrábamos fuera de las aguas de la bahía.

Nuestro marinero pareció muy complacido con su flamante socio. En realidad sus recursos eran casi iguales; utensilios y herramientas, muchos preparativos y una hacienda en perspectiva, pero nada más que eso para principiar. Llevaban sin embargo algo que valía más que todo el resto, es decir, instrucciones para el cultivo de la caña de azúcar, así como plantas de caña cuyo cuidado el plantador portugués conocía muy bien.

Entre las distintas cosas que enviaba yo a mis colonos, hice embarcar en el balandro tres vacas lecheras con cinco terneros, unos veintidós cerdos y tres caballos.

Tres mujeres portuguesas formaron parte del pasaje, con destino a mi isla, donde irían a reunirse con los españoles. Escribí una carta recomendando a éstos que se casaran tres de ellos con aquellas mujeres y que se mostraran considerados hacia ellas. Hubiera podido enviar más mujeres, pero recordé que el pobre portugués perseguido tenía dos hijas, siendo sólo cinco españoles los que deseaban casarse en la isla, pues el resto tenía esposas, aunque en lejanas tierras.

El cargamento arribó sin novedad y fue, como podéis imaginar, recibido con inmensa alegría por mi colonia, que ahora se acrecentaba con los nuevos habitantes hasta contar entre sesenta y setenta, sin los niños que eran ya muy numerosos. En Londres hallé cartas de todos ellos, que habían sido remitidas vía Lisboa y que pude leer a mi retorno a Inglaterra, cosa de la que hablaré más adelante.

He terminado con esto mi relato acerca de la isla y lo concerniente a ella; quienes continúen leyendo el resto de mi narración harán bien en apartar su mente por completo de aquella tierra, conformándose solamente con la historia de las locuras de un anciano que no supo adquirir experiencia ni por sus propias desgracias ni por las ajenas; que no abatido luego de casi cuarenta años de miseria y decepciones y no satisfecho con una propiedad superior a sus esperanzas, era incapaz de sentar cabeza ante la aflicción y las catástrofes más espantosas.

24. LA AVENTURA DE MADAGASCAR

Yo no tenía más razones para lanzarme a un viaje a las Indias Orientales de las que pudiera tener un hombre libre, que no ha cometido crimen alguno, para presentarse al alcaide de la cárcel de Newgate y pedirle ser encerrado con los presos y puesto a pan y agua. Si hubiera fletado en Inglaterra un barco de poco tonelaje para ir directamente a mi isla, llevando como cargamento los mismos auxilios para los colonos que embarqué en el navío que me trajo; si me hubiese apresurado a solicitar del gobierno un derecho de propiedad de la isla que sólo quedaría sujeta a la Corona de Inglaterra; si, llevando conmigo armas y municiones, criados y pobladores para establecer y tomar firme posición de mi dominio, lo hubiese fortificado en nombre de Inglaterra, acrecentando al mismo tiempo la población, como era bien simple de hacer; si entonces me hubiera establecido allí, enviando de vuelta al navío con un cargamento de excelente arroz, cosa posible en un plazo de seis meses, con órdenes a mis amigos europeos para que volviesen a cargarlos con otros efectos necesarios a la colonia; en fin, se hubiera hecho todas esas cosas quedándome en persona en la isla, entonces hubiese actuado como un hombre de buen sentido. Pero yo estaba dominado por un espíritu errante y me burlaba de todos los beneficios. Parecíame bastante ser el amo de toda aquella gente que había puesto en la isla, y conducirme ante ella con la arrogancia y la majestad de un antiguo monarca patriarcal. Pensaba haber cumplido mi deber enviándoles socorros, como si hubiese sido el padre de aquella familia, así como era el fundador de las plantaciones. Pero jamás cruzó por mi mente colonizar en nombre de algún gobierno o nación, o reconocer una determinada soberanía así como incluir a mis colonos en calidad de súbditos de una nación u otra. Ni siquiera me ocupé en dar nombre a la isla sino que la dejé tal como la encontrara, sin dueño real, con una población privada de todo gobierno y disciplina que no fuesen lo que mi deseo les imponía, cuando en realidad, y aunque yo tuviese influencia sobre aquellas gentes en mi carácter de bienhechor, carecía de verdadero poder y autoridad para tomar decisiones y dar órdenes en uno u otro sentido, órdenes que ellos cumplieran solamente por voluntario consentimiento.

Con todo, si hubiese quedado allá las cosas hubieran marchado bastante bien, pero como me fui para no regresar jamás, las últimas noticias que de la isla tuve me llegaron por intermedio de mi socio, quien había enviado tiempo después otro balandro a la colonia y me escribió una carta al respecto; carta que yo leí recién cinco años más tarde. En ella me contaba que la colonia declinaba y que los pobladores se quejaban de su excesiva permanencia en la isla; Will Atkins había muerto y cinco de los españoles habían acabado por marcharse. Aunque los salvajes no los molestaron mucho, sin embargo tuvieron varias escaramuzas con ellos. Por fin, los colonos suplicaron a mi socio que me escribiera recordándome la promesa empeñada en sacarlos alguna vez de la isla, porque todos deseaban ver una vez más su patria antes de morir.

Pero por aquel entonces me había lanzado yo a perseguir nuevas quimeras, y quien quiera saber de mí deberá acompañarme a través de una nueva serie de locuras, temeridades y arriesgadas aventuras. No es el momento de detenerme a considerar las razones o el absurdo de mi conducta, sino que continúo con mi historia. Estaba embarcado para un cierto viaje, y ese viaje es el que ahora he de proseguir.

Agregaré solamente que mi excelente amigo y piadoso sacerdote se separó de mí en Brasil. Un barco zarpaba rumbo a Lisboa y me pidió consentimiento para embarcarse en él, aunque como me dijo parecía destinado aún a no alcanzar nunca el final de su viaje. ¡Cuánto mejor habría sido para mí si lo hubiese acompañado en su regreso!

Del Brasil pusimos proa hacia el Cabo de Buena Esperanza, y tuvimos un buen viaje, rumbeando casi continuamente hacia el SE. Sufrimos una que otra tormenta así como vientos contrarios, pero estaba escrito que mis desastres marítimos habían concluido y que todas las desventuras que me esperaban acontecieran en tierra, lo que basta para demostrar que la tierra sirve tanto como el mar de azote y castigo cuando el Cielo, que dirige el orden de los acontecimientos, la elige para ello.

Nuestro barco hacía un viaje comercial, y llevaba a bordo un sobrecargo, quien debería decidir todas las operaciones una vez que hubiesen llegado al Cabo. Sólo cierto número de días estaba permitido al barco permanecer en cada puerto, según lo estipulaba el contrato; todo esto no me concernía en absoluto por cuanto eran asuntos a decidir entre mi sobrino el capitán y el sobrecargo mencionado.

Nos quedamos en el Cabo tiempo suficiente para renovar la provisión de agua dulce, y seguimos inmediatamente rumbo a la costa de Coromandel. Se nos había informado que un navío de guerra francés de cincuenta cañones así como dos barcos mercantes de gran calado se habían hecho a la vela con rumbo a las Indias, y como yo sabía que estábamos en guerra con Francia sentía no poca aprensión, pero por lo visto siguieron su camino y no tuvimos más noticias de aquellos barcos.

Indicaré brevemente los puertos y sitios que tocamos, así como los episodios acontecidos mientras íbamos de uno a otro. Ante todo arribamos a la isla de Madagascar donde, aunque los nativos son fieros y traidores, y están muy bien armados con lanzas y flechas que disparan con una precisión asombrosa pudimos sin embargo trabar relaciones sumamente amistosas, por lo menos al comienzo.

Los nativos nos trataron amigablemente, y a cambio de algunas baratijas que les dimos, tales como cuchillos y tijeras, nos trajeron once bueyes de tamaño mediano pero de carne excelente, que aceptamos para tener algo de carne fresca durante la travesía y salar el resto.

Luego de avituallarnos nos fue preciso permanecer todavía algunos días en esa tierra, y yo, que fui siempre lo bastante curioso para explorar todos los rincones del mundo adonde me conducía mi destino, aprovechaba para desembarcar lo más seguido posible. Una tarde, estando en la costa oriental de la isla, decidimos bajar a tierra; los nativos, que dicho sea de paso, eran allí harto numerosos, vinieron en tropel hacia nosotros y se detuvieron a cierta distancia para contemplarnos. Como hasta ese momento habíamos recibido trato amistoso de su parte y nuestro tráfico comercial era continuo, no sentimos ningún temor. Sin embargo, al ver aquella muchedumbre cortamos tres ramas de un árbol y las clavamos a cierta distancia de donde estábamos, lo que en aquel país equivale a una señal de tregua y amistad. Es

costumbre que cuando una parte ha cumplido con esa ceremonia, la otra hace lo mismo en señal de que acepta la tregua de amistad. Hay, con todo, una condición expresa en eso, y es que uno no debe traspasar los límites fijados por las tres ramas de los nativos, así como ellos tampoco intentan hacerlo con el límite contrario. Las dos partes están entonces perfectamente seguras detrás de sus ramas, y el espacio existente entre un límite y otro es terreno neutral que sirve de mercado para comerciar, hacer intercambios y trabar amistad. Se sobreentiende que cuando se entra en el sector neutral hay que hacerlo sin arma alguna, y en cuanto a los nativos, jamás se acercan allí sin antes dejar sus jabalinas y lanzas junto a las tres ramas. Si alguna violencia es entonces cometida se apresuran a correr en dirección a sus ramas recogen las armas y la tregua queda rota.

Aquella tarde, al desembarcar, ocurrió que gran cantidad de nativos vinieron a nuestro encuentro mostrándose como siempre amistosos y cordiales. Nos trajeron diversas clases de alimentos a cambio de los cuales les dimos las baratijas que traíamos, y las mujeres indígenas, por su parte, nos ofrecieron raíces y leche así como otros productos que nos resultaban útiles. Todo parecía tranquilo, y terminamos por levantar una especie de choza con ramas de árboles, dispuestos a pernoctar en la costa.

No sé en realidad la causa de mi desazón, pero no me sentía tan dispuesto como mis compañeros a quedarme allí toda la noche. Nuestro bote había quedado anclado a tiro de piedra, con dos hombres a bordo para vigilarlo, e hice que uno de ellos viniera a reunirse con los demás; tomando luego ramas para abrigarme en el bote, tendí la vela en el fondo de la embarcación y pasé allí toda la noche, protegido por las ramas.

A eso de las dos de la madrugada oímos de improviso los alaridos de uno de nuestros hombres, gritando que por Dios acercáramos el bote para que pudiesen embarcar porque de lo contrario serían todos asesinados. En el mismo instante oí los disparos de cinco mosquetes, número total de armas que tenían, y la descarga se repitió por tres veces, ya que parece que aquí los indígenas no se asustaban tanto con las armas de fuego como los salvajes americanos de quienes mucho he hablado.

Todo esto sucedía sin que termináramos de darnos clara cuenta de lo que pasaba, hasta que despertándonos completamente por tan terribles gritos, ordené que el bote fuera llevado a tierra mientras, armados con los tres fusiles que había a bordo, nos disponíamos a defender a nuestros compañeros.

Tan pronto acercamos la embarcación a tierra pudimos comprobar el apuro en que estaban aquellos hombres, pues lanzándose a la playa se hundieron en el agua en su ansia de llegar lo antes posible al bote, perseguidos de cerca por unos trescientos o cuatrocientos nativos. Los nuestros eran en total nueve, pero sólo cinco tenían fusiles mientras el resto debía arreglarse con pistolas y espadas, de muy poca utilidad en la emergencia.

Embarcamos a siete de los nuestros con mucho trabajo, pues dos de ellos estaban malheridos. Lo peor fue que mientras permanecíamos en la borda ayudando a trepar a los fugitivos, los indígenas nos hicieron correr un riesgo igual al que aquéllos sufrieran en tierra, pues nos lanzaron tal lluvia de flechas que nos vimos precisados a parapetarnos con los bancos y dos o tres tablas sueltas que, por milagro o buena fortuna, teníamos providencialmente a bordo.

Con todo, de haber sido de día y con la extraordinaria puntería que según parece tienen aquellos nativos, por poco que hubieran podido distinguirnos, es difícil que nos hubiéramos salvado de sus flechas. A la luz de la luna alcanzamos vagamente a verlos agrupados en la orilla, de donde nos arrojaban sus flechas y dardos. Ya para entonces habíamos alistado nuestras armas, y les hicimos una descarga que a juzgar por los alaridos que vinieron de tierra alcanzó a herir a unos cuantos. No se movieron sin embargo de allí; se quedaron en línea de batalla hasta el amanecer, probablemente con la intención de ejercitar entonces su puntería.

Permanecimos en tal situación sin poder llevar el ancla ni desplegar la vela porque hubiéramos debido enderezarnos en el bote, ofreciéndoles un blanco tan seguro como lo es un pájaro en un árbol para quien le dispara con municiones.

Hicimos entonces señales de auxilio al barco, que estaba anclado una milla más lejos. Mi sobrino el capitán, oyendo nuestras descargas y al notar, por medio de su catalejo, la situación en que nos encontrábamos, comprendió perfectamente lo ocurrido y ordenando llevar anclas aproximó el barco a tierra todo lo posible, al mismo tiempo que otra chalupa tripulada por diez hombres acudía a socorrernos. Gritamos a los del otro bote que no se acercaran demasiado, explicándoles el peligro existente, pero vinieron lo mismo cerca de nosotros y uno de los hombres se arrojó al agua llevando el extremo de un cable de remolque; como nadaba en el espacio existente entre nuestro bote y el suyo, situado más allá, estaba a cubierto de las flechas, y llegó felizmente junto a nosotros, que nos apresuramos a asegurar el remolque y luego de soltar nuestro cable y abandonar el ancla fuimos llevados poco a poco más allá del alcance de las flechas, sin que un solo instante nos atreviéramos a abandonar nuestra barricada.

Tan pronto nos apartamos de la línea del buque, dejándole la playa en descubierto, vimos que se ponía de costado y descargaba de inmediato una andanada de balines, metralla de hierro y plomo y proyectiles semejantes, aparte de las balas mayores que hicieron terribles estragos entre los nativos.

Una vez a bordo y fuera de peligro, nos pusimos a indagar la causa de lo acontecido, y fue precisamente el sobrecargo quien me pidió lo hiciera, pues él había estado varias veces en aquellas regiones y aseguraba firmemente que los nativos jamás hubieran roto una tregua pactada sin que de nuestra parte hubiese existido provocación. Por fin se supo que una anciana, que traspusiera su línea de ramas para vendernos leche, había traído a una joven de acompañante, la cual a su vez ofrecía algunas raíces o legumbres. Mientras la anciana, de la que no sabemos si era o no su madre, vendía la leche a algunos hombres, uno de los nuestros se condujo atrevidamente con la moza, por lo cual la vieja mujer se enfureció al punto. El marinero, despreciando sus amenazas, se llevó a la muchacha fuera de su vista y en dirección a los bosques, siendo a esa hora casi de noche. La anciana se marchó entonces sola, pero como puede imaginarse sus protestas y gritos se renovaron entre los nativos, los cuales en las primeras horas de la noche formaron aquel considerable ejército con el que estuvieron a un paso de destruirnos a todos.

Uno de nuestros hombres cayó muerto al instante, atravesado por una lanza que le dispararon en momentos en que salía de la improvisada choza. Todos los restantes pudieron salvarse menos el marinero causante de aquella gresca, el cual pagó hartos caro su conducta hacia la muchacha y del cual no tuvimos noticias durante largo tiempo. Dos días más tarde, aunque teníamos viento favorable, insistimos en acercarnos a la costa y hacer señales a nuestro compañero, pero en

vano el bote costeó varias veces en una y otra dirección aquella tierra, pues nada vimos u oímos de él, por lo cual tuvimos que abandonar la búsqueda pensando que si al fin y al cabo él era el único en sufrir por lo sucedido la pérdida no resultaba tan grande.

Con todo no me sentí satisfecho hasta no aventurarme una vez más para tratar de descubrir algún indicio de su suerte. Era ya la tercera noche a contar desde la batalla, y deseaba saber exactamente qué daño habíamos alcanzado a hacer entre los nativos y cuál era la situación de su bando. Por miedo a que nos atacaran, desembarcamos en la oscuridad; pero yo hubiera debido tener la seguridad de que los hombres que venían conmigo estaban dispuestos a obedecer mis órdenes en una emergencia tan aventurada y peligrosa, en la cual nos lanzábamos sin mayor conocimiento ni planes anticipados.

Formamos el cuerpo de desembarco con veinte marineros decididos, aparte del sobrecargo y yo. Dos horas antes de medianoche tocamos tierra en el mismo sitio donde los indios se habían agrupado en batalla la noche de la alarma. Mi intención, al desembarcar en ese punto, era cerciorarme de si los nativos habían abandonado el lugar y si quedaban huellas del daño que pudiéramos haberles ocasionado. Tal vez, de hacer uno o dos prisioneros, pudiésemos luego canjearlos por nuestro marinero.

Silenciosamente descendimos del bote, y dividí a los hombres en dos grupos tomando el comando de uno de ellos mientras el contramaestre dirigía el otro. No vimos moverse nada, y tampoco escuchamos el menor rumor mientras avanzábamos, un grupo algo separado del otro, hacia el campo de batalla. Tan oscura era la noche que repentinamente nuestro contramaestre tropezó con algo que resultó ser un cadáver, cayendo sobre él. Esto los hizo detenerse, comprendiendo que habían llegado al sitio donde estuvieran los nativos, y a la espera de que yo me les reuniese. Decidimos quedarnos allí hasta que saliera la luna, que no podía tardar más de una hora, y hacer entonces un reconocimiento de los estragos causados por la andanada. Contamos treinta y dos cuerpos yacentes, de los cuales dos conservaban aún vida. A algunos cadáveres les faltaba un brazo o una pierna, y los había también decapitados; en cuanto a los heridos imaginamos que se los habrían llevado los sobrevivientes.

Cuando hubimos concluido lo que nos pareció un reconocimiento completo decidí que ya era hora de volvernos al barco, pero entonces el contramaestre y sus hombres me notificaron su intención de hacer una visita a la aldea de los indígenas, donde aquellos perros (según su expresión) habitaban. Me invitaron a que los acompañara asegurándome que si dábamos con el sitio, cosa que en su fantasía les parecía muy fácil, recogeríamos un gran botín y tal vez encontraríamos a Thomas Jeffery, que tal era el nombre del extraviado marinero.

Si aquellos hombres me hubieran solicitado autorización para ir a la aldea, mi negativa hubiera sido terminante como puede imaginarse, ya que les hubiera mandado volver al bote, sabedor de que no podíamos lanzarnos a semejante aventura siendo responsables de un navío que estaba a nuestro cargo y cuyo viaje dependía de la vida de aquellos hombres; pero como se limitaron a notificarme su intención de hacer el viaje, y me invitaron a acompañarlos, me rehusé terminantemente y levantándome del sitio donde estaba descansando me dispuse a volver al bote.

Uno o dos de los hombres de mi grupo principiaron a importunarme para que fuésemos con los otros, y como yo repetí mi terminante negativa, se pusieron a refunfuñar, murmurando que ellos no estaban a mis órdenes y que irían si les daba la gana.

— ¡Ven, Jack! —dijo uno—. ¿Quieres acompañarme? Me voy con ellos.

Jack repuso que iría, otro lo imitó y luego otro más; en una palabra, todos me abandonaron menos uno, a quien pude persuadir de que se quedara a mi lado, así como un grumete que había permanecido en el bote. El sobrecargo y yo, acompañados del marinero fiel, volvimos entonces a la embarcación donde, según dije a los que se marchaban, nos quedaríamos a esperarlos para ver de salvar a los que volvieran con vida; les aseguré que emprendían una locura tan rematada que su destino sería probablemente el mismo que el de Thomas Jeffery.

Como buenos marineros, me confesaron que estaban segurísimos de volver sin novedad, que se cuidarían mucho, etc. Y se fueron, pese a que los insté a que reflexionaran acerca del navío y el viaje a realizar, que sus vidas no les pertenecían sino que en cierta medida eran dependientes del destino del barco; agregué que si algo les pasaba el buque se perdería por falta de tripulantes y jamás podrían ellos rendir justa cuenta de su acción ante Dios ni ante los hombres. Agregué muchas otras cosas en este tono, pero lo mismo hubiera sido hablar al palo mayor del barco; estaban tan entusiasmados con su proyecto que se limitaron a pedirme que no me enfadara y que adoptarían las necesarias precauciones a fin de estar de vuelta antes de una hora.

Según afirmaban, la aldea indígena no distaba más de una milla de la costa, aunque resultó más tarde que había por lo menos dos millas.

La cosa es que se marcharon, y aunque su tentativa era una verdadera locura, preciso es reconocer en su homenaje que la emprendieron con tanta prudencia como valor. Iban muy bien armados, pues cada uno llevaba un fusil o mosquete, una bayoneta y una pistola. Algunos tenían anchos machetes; otros, sables, y el contramaestre, así como otros dos marineros, iban provistos de hachuelas de mano. Aparte de todo eso llevaban entre todos trece granadas de mano. Jamás partida más temeraria y mejor equipada se puso en marcha para intentar el más alevoso de los golpes.

Al iniciar la expedición su motivo principal era el saqueo, pues todos abrigaban la esperanza de encontrar oro en la aldea. Una circunstancia inesperada, empero, los llenó de deseos de venganza y los convirtió en criaturas demoníacas. Al llegar a las escasas chozas indígenas que imaginaban era una aldea se sintieron grandemente decepcionados, pues eran sólo doce cabañas. En cuanto a la aldea en sí, desconocían su importancia y situación. Se consultaron sin que por largo rato pudiesen llegar a ponerse de acuerdo; si caían sobre aquellos moradores sería preciso degollarlos a todos y había diez probabilidades contra una de que aprovechando la oscuridad nocturna, y pese a que había luna, algún nativo se escapara llevando la alarma a la aldea, con lo cual se verían atacados por un ejército de indios. Por otra parte, si proseguían adelante dejando a los moradores que continuasen su tranquilo sueño, ¿cómo se las arreglarían para localizar la aldea?

Con todo la segunda era la mejor idea, y decidieron adoptarla dispuestos a encontrar de un modo u otro la ubicación del pueblo. Avanzaron un poco y dieron

con una vaca atada a un árbol, la que les pareció que podría resultar un guía excelente, por cuanto aquel animal pertenecía con seguridad a la aldea y si la desataban se encaminaría derechamente en dirección a ella. En caso de que la vaca volviese atrás la dejarían irse, pero si echaba a andar hacia adelante todo estaba en seguirla de cerca. Cortaron de inmediato la soga de lianas entretejidas y notaron que la vaca se ponía en marcha hacia adelante de tal manera que los guió directamente hasta la aldea que, según dijeron más tarde, contaba con más de doscientas chozas o cabañas, en algunas de las cuales vivían varias familias juntas.

Encontraron todo en completa y silenciosa calma, tal como el sueño y la seguridad de que ningún enemigo los acechaba podían dar a aquellas gentes. Un segundo conciliábulo tuvo entonces lugar, resolviendo por fin dividirse en tres cuerpos que procederían a incendiar la aldea por tres lados a la vez, y así que los nativos saliesen huyendo los apresarian y atarían de inmediato; si alguno intentaba resistirse, no hace falta decir lo que le esperaba, tras lo cual se dedicarían en común a saquear las chozas que no se hubieran quemado.

Antes de poner en práctica su plan resolvieron marchar silenciosamente a través de la aldea a fin de apreciar su tamaño e importancia, y decidir si podrían o no atreverse a intentar el asalto. Así lo hicieron, persistiendo en su primera idea, pero mientras se animaban mutuamente a la tarea tres de ellos que marchaban un poco adelantados los llamaron en alta voz diciéndoles que habían encontrado a Tom Jeffery. Corrieron al lugar, comprobando que en efecto el desdichado estaba allí, pues lo encontraron degollado y completamente desnudo, colgando de un árbol, al que lo habían suspendido por un brazo.

Casi al lado del árbol había una cabaña indígena, donde estaban reunidos dieciséis o diecisiete de los principales nativos que se empeñaron en lucha con nosotros, así como dos o tres de los heridos por la andanada de metralla; los expedicionarios los oyeron hablarse unos a otros, prueba de que permanecían despiertos, pero no pudieron darse cuenta de su número.

Tanto los enardeció la vista de su torturado camarada, que juraron allí mismo vengarlo sangrientamente, sin conceder cuartel a ninguno de los nativos que cayeran en sus manos. Se pusieron de inmediato a la tarea, aunque no tan alocadamente como su rabia y exaltación podría haber hecho pensar. Ante todo buscaron aquello que más fácilmente ardiera, pero después de inspeccionar la aldea notaron que no había necesidad de preocuparse por cuanto la mayoría de las cabañas eran bajas y estaban techadas con juncos o espadañas, que abundan en la región. Hicieron entonces una especie de mechas o pez griega como se las llama, humedeciendo un poco de pólvora en la palma de la mano, y un cuarto de hora más tarde el pueblo empezaba a arder por cuatro o cinco lados, y en especial aquella choza donde había un grupo de nativos despiertos. Tan pronto sintieron el calor de las llamas, locos de espanto, se lanzaron fuera para salvar sus vidas, pero su triste destino los aguardaba allí en la puerta donde los atacantes los hicieron retroceder. El contraamaestre en persona mató a uno o dos con su hachuela, y como la choza era grande y él no quería entrar, pidió una granada de mano y la arrojó en el interior, cosa que al principio solamente asustó a los indígenas, pero al producirse la explosión hubo un horroroso estrago entre ellos.

En resumen, la mayoría de los indios que se encontraban allí resultaron muertos o heridos por la granada, excepto dos o tres que se lanzaron a la puerta, donde los esperaban el contraamaestre y dos hombres, armados de bayonetas, y

sucumbieron allí mismo. Había sin embargo otra habitación en la choza donde el príncipe o rey se encontraba en compañía de otros nativos. Cercados totalmente, aquellos infelices se vieron precisados a quedarse en la choza que era ya una llama viva, hasta que el techo cayendo sobre el grupo los quemó o ahogó a todos.

Antes de que esto sucediera, los atacantes no dispararon sus armas para no despertar a los demás, hasta tener la seguridad de que podrían dominarlos. Con todo el incendio había ya sembrado la alarma y entonces los nuestros consideraron conveniente mantenerse reunidos porque el fuego era tan pavoroso, ardían con tanta facilidad aquellas frágiles chozas combustibles, que apenas podían soportar quedarse en los espacios que había entre una y otra, a la vez que sus planes los obligaban a mantenerse al lado del incendio para matar a los nativos. Tan pronto como el fuego arrojaba de sus viviendas a los indígenas, los atacantes los esperaban en la puerta a fin de exterminarlos, gritándose unos a otros para darse ánimo que recordaran lo ocurrido a Thomas Jeffery.

Mientras esto acontecía, yo estaba lleno de intranquilidad especialmente cuando distinguí las llamaradas que venían del pueblo, incendio que a causa de la oscuridad reinante me parecía estar más cercano de la costa y casi a mi lado.

Mi sobrino, el capitán, también alarmado por aquel incendio y temiendo que algo grave me ocurriese, no sabía qué hacer ni qué decisión adoptar. Su alarma aumentó al oír disparos, pues en ese momento los nuestros empezaban a utilizar sus piezas. Mil pensamientos cruzaban por su mente referentes a mí y al sobrecargo, y se desesperaba pensando qué podría ser de nosotros. Por fin, aunque era una temeridad disponer de nuevos hombres, pero incapaz de quedarse ignorando qué nos ocurría en tierra, ordenó arriar otro bote y mandando en persona trece hombres se apresuró a venir en nuestro auxilio.

Se sorprendió mucho al encontrarme en el bote acompañado del sobrecargo y los dos marineros, y aunque lo alegró sabernos sin novedad, su ansiedad por averiguar lo que ocurría más lejos se mantuvo invariable; por otra parte los disparos continuaban y el fuego iba en aumento, de modo que para cualquier hombre hubiera resultado imposible refrenar la curiosidad de todos por saber qué había ocurrido, así como su inquietud por la suerte de los compañeros.

Tan poco me valió ahora amonestar a mi sobrino como anteriormente a los expedicionarios. Me dijo que quería ir allá, y que si algo lamentaba era haber dejado hombres a bordo ya que jamás consentiría que sus marineros muriesen por falta de auxilio; prefería, agregó, perder el barco, el viaje y la vida, y con esas palabras se puso en marcha.

Naturalmente no me fue posible quedarme atrás ahora que estaba seguro de que no lo detendría en su propósito. El capitán ordenó a dos marineros que volviesen de inmediato al barco para buscar otros doce hombres y que lo hicieran en la pinaza mientras la chalupa permanecía anclada, de manera que a su regreso quedaran seis hombres en custodia de los botes a tiempo que los otros seis se unían a nosotros. Solamente dieciséis hombres restaban en el barco, ya que la tripulación entera se componía de sesenta y cinco hombres, de los cuales dos habían muerto en la pelea causante de todos estos males.

Ya puestos en marcha es de imaginarse en el apuro que lo haríamos; el fuego nos guiaba, y no nos cuidamos de seguir un camino sino que marchamos en línea recta al lugar del incendio. Si el estampido de los disparos había empezado por

sorprendernos, los alaridos de los infelices nativos nos helaron de espanto. Debo confesar que jamás he participado del saqueo de una ciudad, ni de su conquista por asalto. Había oído hablar de cómo Oliverio Cromwell tomó Drogheda, en Irlanda, pasando a degüello hombres, mujeres y niños; y también cómo el conde de Tilly, al saquear la ciudad de Magdeburgo, permitió asesinar a veintidós mil personas de ambos sexos; sin embargo, no tenía una idea clara de lo que podía ser aquello, y por eso me resulta imposible describir la horrible impresión que me causó escuchar aquellos clamores.

Seguimos adelante sin embargo y pronto estuvimos ante la aldea, aunque el fuego tornaba imposible todo intento de penetración. Lo primero que vimos fueron las ruinas de una choza, o más bien sus cenizas, porque estaba enteramente consumida; delante de ellas, claramente visibles a la luz de las llamas, yacían los cadáveres de cuatro hombres y tres mujeres; nos pareció reconocer también uno o dos cuerpos confundidos con el fuego. Había allí las huellas de una venganza atrozmente bárbara, de una furia que iba más allá de lo humano, y hubo un momento en que creímos imposible que nuestros hombres hubiesen sido capaces de hacer una cosa así o pensamos que si verdaderamente eran los culpables todos ellos merecían ser sentenciados a muerte.

Pero esto no era todo; el fuego crecía cada vez más y los gritos parecían aumentar en la misma proporción, de manera que estábamos totalmente confundidos y turbados. Avanzamos un poco y entonces, ante nuestra estupefacción, vimos tres mujeres, completamente desnudas y lanzando espantosos alaridos, que corrían como si tuviesen alas, y tras ellas dieciséis o diecisiete nativos, poseídos del mismo espanto y perseguidos por tres de los carniceros ingleses —ya que no puedo darles otro nombre— que, furiosos al advertir que no podían darles alcance dispararon sobre ellos alcanzando a matar a un nativo que cayó a poca distancia de nosotros. Cuando el resto se dio cuenta de nuestra presencia, considerándonos sus enemigos al igual que los otros y sin duda dispuestos a asesinarlos, lanzaron horrorosos alaridos, especialmente las mujeres, y dos de ellas cayeron como fulminadas por el terror.

Mi alma desfalleció ante la contemplación de semejante escena, y creí que la sangre se me helaba en las venas. Pienso que si los tres marineros ingleses hubiesen continuado la persecución de los nativos y venido hacia nosotros, habría ordenado a los nuestros que los mataran. Hicimos lo posible porque aquellas pobres gentes comprendieran que no teníamos intenciones contra ellos, y entonces se acercaron con las manos alzadas, profiriendo enternecedores lamentos y pidiéndonos que les salváramos la vida, lo que prometimos al punto. De inmediato se fueron agrupando en montón, detrás nuestro, como si fuésemos una barricada de defensa. Hice que mis hombres formaran un pelotón, con orden de no herir a nadie, pero recomendándoles que trataran de apoderarse de alguno de los nuestros y averiguaran qué espíritu diabólico se había posesionado de ellos y qué pretendían hacer. Hice que les transmitieran mi orden de suspender inmediatamente la masacre, asegurándoles que si persistían hasta que fuese de día, por lo menos cien mil nativos vendrían a atacarlos.

Hecho esto me fui a ver a los fugitivos, acompañado solamente por dos hombres, y me encontré ante un espectáculo verdaderamente espantoso. Algunos nativos tenían los pies terriblemente quemados por correr sobre las brasas, otros en cambio mostraban quemaduras en las manos. Una mujer, que cayera en medio de

las llamas, estaba casi quemada cuando alcanzó a salir de aquel infierno, y dos o tres de los nativos mostraban profundos tajos en las espaldas y los muslos, ocasionados por nuestros hombres, que los habían perseguido; por fin vi a uno atravesado de un balazo y que murió estando yo allí.

Hubiera querido enterarme del motivo de todo aquello, pero me resultó imposible comprender una sola palabra de cuantas me decían, aunque por sus señales observé que la mayoría estaba tan ajena como yo a las causas de la matanza. Me sentí tan aterrado por ese vandálico asalto que no pude quedarme más tiempo allí sino que volviendo a mis hombres me dispuse a internarme en la aldea misma, costara lo que costase, y poner así término a lo que estaba ocurriendo. Tan pronto me reuní a ellos les participé mi resolución y les ordené que me siguieran, cuando justamente en ese momento aparecieron cuatro de los nuestros con el contraamaestre a la cabeza, pisoteando los cuerpos que habían asesinado y totalmente cubiertos de sangre y de polvo. Parecían estar buscando más gente que masacrar cuando los nuestros les gritaron con todas sus fuerzas, y por fin los oyeron y vinieron hacia donde nosotros permanecíamos a la espera.

Tan pronto el contraamaestre nos reconoció, se puso a lanzar gritos de triunfo pensando sin duda que veníamos a plegarnos a sus designios. Sin darme tiempo a que le dijese una palabra, exclamó:

— ¡Capitán, digno capitán, me alegro de que hayáis venido! ¡Aún no hemos exterminado más que a la mitad de esos salvajes perros del infierno! ¡Quiero matar tantos como pelos tenía en la cabeza el pobre Tom! ¡Hemos jurado no perdonar a ninguno, y creedme que extirparemos a la raza entera de la tierra!

Y con esto quiso seguir corriendo, perdido el aliento y sin detenerse a escuchar una sola palabra de nuestra parte.

Por fin, alzando la voz de manera que pudiese hacerlo callar, le grité:

— ¡Bestia feroz! ¿Qué vais a hacer? ¡No he de permitir que se toque a una sola de estas criaturas bajo pena de muerte! ¡Por vuestra vida os aconsejo deteneros y volver aquí inmediatamente, o sois hombre muerto en este mismo instante!

—Pero, señor —replicó él—, ¿es que no estáis enterado de lo que han hecho, para obrar en esa forma? Si necesitáis un motivo que justifique nuestra acción, venid conmigo.

Y me mostró el cadáver degollado que colgaba del árbol.

Confieso que esto me indignó y que en otras circunstancias hubiera aceptado la venganza, pero pensé que habían ya llevado su rabia demasiado lejos, y recordé las palabras de Jacob a sus hijos Simeón y Leví: «Maldita sea su cólera porque ha sido feroz; y maldita su ira, porque ha sido cruel.»

Con todo una nueva tarea me esperaba, porque cuando los hombres que venían conmigo vieron el cadáver me costó tanto trabajo contenerlos como si se tratara de los otros. Hasta mi sobrino se dejó arrastrar por la cólera, y manifestó en alta voz que su única preocupación era el temor de que los nativos terminaran por superar a los nuestros, porque en cuanto a los de la aldea no creía que uno solo mereciera salvarse, ya que se habían complacido en el asesinato de un desdichado y debían por lo tanto ser tenidos por criminales.

Al oír estas palabras ocho de mis hombres capitaneados por el contraamaestre se lanzaron a completar su sangrienta obra; comprendiendo entonces que estaba más allá de mis fuerzas el detenerlos, me alejé triste y pensativo porque no podía

soportar el espectáculo y mucho menos los horribles alaridos que proferían los desventurados que caían en sus manos.

Acompañado solamente por el sobrecargo y dos hombres volví adonde estaban los botes. Admito que fue una locura de mi parte aventurarme casi solo como si no existiera peligro, ya que era casi de día y la alarma se había propagado por toda la región. Más de cuarenta guerreros armados de lanzas y arcos se habían juntado en el caserío ya mencionado donde había unas doce o trece chozas; pero por suerte seguí un camino directo hacia el mar, evitando ir por aquel lado, y cuando llegamos a la costa era ya pleno día. Embarcándome volví a bordo sin perder tiempo, ordenando que la pinaza regresara para asistir a los nuestros en cuanto pudieran necesitarla.

Había advertido al llegar a las embarcaciones que el incendio estaba casi extinguido, así como que los gritos habían cesado. Sin embargo, cuando media hora más tarde subí al buque escuché una descarga cerrada y pude ver una gruesa columna de humo. Según supe más tarde, esto ocurría cuando los nuestros cayeron sobre el grupo que se había juntado en el caserío, matando unos diecisiete nativos e incendiando todas las chozas, aunque sin tocar a las mujeres y los niños.

Para ese entonces los marineros habían vuelto a la costa en la pinaza, justamente cuando los nuestros empezaban a reaparecer en la playa. Llegaron por grupos, sin constituir dos cuerpos regulares sino dispersos y moviéndose desordenadamente, con tanta displicencia que una pequeña fuerza enemiga hubiera podido arrollarlos en un instante.

Sin embargo, el espanto por ellos despertado se había difundido en la comarca entera, y los nativos estaban a tal punto aterrados y confundidos que acaso cien de ellos hubiesen huido al ver a cinco de los nuestros. En toda la acción no hubo un solo nativo que efectuara una defensa apropiada; quedaron tan sorprendidos del repentino fuego y el sorpresivo ataque en plena oscuridad, que no habían sabido cómo oponerse al asalto, ni siquiera cómo escapar, pues si lo hacían en una dirección encontraban a un contingente y lo mismo si elegían otro camino, terminando por morir a manos de los atacantes.

De los nuestros resultaron todos ilesos, salvo uno que se dislocó un pie y otro sufrió profundas quemaduras en una mano.

Me sentía profundamente irritado con la tripulación, pero especialmente con mi sobrino, que había procedido en forma enteramente opuesta a su deber como capitán del barco, olvidando la responsabilidad que significaba aquel viaje y apresurándose a estimular más que a contener la rabia de sus hombres en empresa tan cruel y sangrienta. Mi sobrino aceptó respetuosamente mis reproches, pero me dijo que al ver el cadáver del infeliz marinero asesinado de una manera tan inhumana había perdido el dominio de sí mismo y no fue ya dueño de sus pasiones. Admitió que en su carácter de capitán no hubiera debido dejarse arrastrar en esa forma, pero que al fin y al cabo era un hombre y sus arrebatos lo habían llevado más allá de lo razonable.

25. TRAFICANTES Y PIRATAS

Por muy justa que la venganza pareciera a nuestra tripulación, yo seguí sintiéndome contrario a ella y sostuve muchas veces que Dios maldeciría nuestro viaje. Les dije que la sangre derramada los convertía en verdaderos asesinos, y que aunque los nativos habían matado a Tom Jeffery no era menos cierto que él había sido el provocador.

La primera desgracia nos ocurrió en el Golfo Pérsico, cuando cinco de nuestros hombres que se habían aventurado a desembarcar en el lado árabe del golfo fueron rodeados por los naturales que asesinaron a unos y a otros los condujeron prisioneros en calidad de esclavos. El resto de los que iban con ellos no alcanzó a rescatarlos y tuvo el tiempo preciso para retornar al bote. Aquello me pareció un justo castigo del Cielo y no dejé de manifestarlo así a la tripulación, pero el contra maestre me dijo entonces muy exaltado que a su juicio yo me estaba excediendo en mis vituperios y censuras más allá de lo que podía justificarlas.

Con todo, mis frecuentes amonestaciones a propósito de lo ocurrido tuvieron al fin peores consecuencias de las que yo había imaginado. El contra maestre, que había sido aquella vez el cabecilla, se me acercó con insolencia un día y me dijo que estaba cansado de que yo hiciera continuas referencias a lo sucedido, así como injustas acusaciones, y que en aquella oportunidad era yo quien me había conducido muy mal con la tripulación y con él en especial. Agregó que yo viajaba como pasajero del buque, sin ninguna autoridad a bordo, por lo cual no estaban obligados a soportar mis opiniones, pero que todos se sentían intranquilos pensando que acaso tuviera algún designio en contra de ellos, tal como denunciarlos cuando volviéramos a Inglaterra. Por lo tanto, si no me comprometía a modificar mi actitud así como a dejar de inmiscuirme en sus asuntos, él abandonaría el barco, ya que no se consideraba seguro navegando en aquel navío y en mi compañía.

Escuché con paciencia aquel discurso y le dije que en verdad yo me había opuesto a la masacre de Madagascar, como continuaría llamándola siempre, y que había manifestado libremente mi pensamiento en cuanta oportunidad se presentó, aunque sin acusarlo a él más que a los restantes hombres. Por cierto que no tenía mando a bordo ya que jamás había pretendido hacer uso de alguna autoridad y solamente ejercitaba mi libertad de opinión y de palabra en aquellas cosas que a todos nos concernían. Agregué que mi interés especial en aquel viaje no era de su incumbencia, pero que siendo yo propietario de una parte considerable del cargamento ello me daba amplio derecho a hablar incluso con más fuerza de la empleada hasta entonces, cosa a la que él ni nadie podía oponerse. Como me exalté un poco al decirle estas cosas, y, el contra maestre me escuchó sin discutir mayormente, terminé por pensar que la cosa había concluido allí. Estábamos ya en la rada de Bengala y deseoso de conocer aquel lugar desembarqué en un bote acompañado del sobrecargo y dispuesto a distraerme. Por la tarde me preparaba a volver cuando vino uno de los marineros a decirme que no me tomase la molestia de

ir hasta el bote por cuanto tenían órdenes de no llevarme otra vez a bordo. Es de imaginar la sorpresa que me produjo aquel insolente mensaje, y de inmediato pregunté al marinero quién le había ordenado que me transmitiese tal orden. Contestó que era el patrón de la chalupa, a lo cual le dije que tornara a manifestarle que me había repetido el mensaje y que yo no tenía ninguna respuesta que dar.

Me apresuré a ir en busca del sobrecargo para narrarle lo ocurrido, agregando que preveía el estallido de un motín a bordo y por lo tanto le rogaba fuese de inmediato al barco en una canoa india para avisar con tiempo al capitán. Sin embargo, hubiera podido evitarme todo aquello, pues antes de decir una palabra al sobrecargo las cosas habían ya sucedido a bordo.

En efecto, el contraмаestre, el artillero, el carpintero y, en una palabra, todos los oficiales de inferior categoría, apenas me hube alejado en el bote subieron al alcázar y pidieron hablar con el capitán. Allí, tomando la palabra el contraмаestre, que hablaba muy galanamente y que pronunció un largo discurso, le fue repetido al capitán todo lo que aquel hombre me dijera anteriormente, agregando que como yo había desembarcado pacíficamente la tripulación deseaba evitar violencias conmigo, pero que de no haberse producido tal circunstancia se hubieran visto obligados a desembarcarme por la fuerza.

Agregaron que desde el momento que se habían enganchado en el navío para servir bajo su mando estaban bien dispuestos a hacerlo con lealtad, pero que si yo rehusaba dejar el barco o si él no me obligaba a hacerlo, entonces ellos lo abandonarían, negándose a proseguir el viaje bajo su mando. Y al pronunciar la palabra «todos» el contraмаestre miró en dirección al palo mayor (lo cual probablemente era una señal convenida de antemano) y los marineros que allí estaban congregados gritaron a coro:

— ¡Todos, sí, todos!

Mi sobrino el capitán era hombre valeroso y de gran presencia de ánimo. Se sorprendió de pronto, como es natural pero les dijo calmadamente que debían darle tiempo a que reflexionara sobre la cuestión, aparte de que ninguna medida podía ser adoptada antes de que hubiese conferenciado conmigo. Empleó entonces diversos argumentos para tratar de convencerlos de lo irrazonable y lo injusto de su actitud, pero todo fue en vano; los amotinados pronunciaron el juramento, mientras se estrechaban las manos, de abandonar en conjunto el barco si no recibían la seguridad de que yo no volvería a embarcarme ni proseguiría con ellos aquel viaje.

La situación era hartamente penosa para mi sobrino, que se sentía obligado hacia mí y no sabía cuál camino seguir. Se puso entonces a hablarles caballerosamente, diciéndoles que yo tenía importantes intereses en aquel barco y su travesía, por lo cual, en justicia, no podía expulsarme de algo que era mi propia casa. Dijo que hacer tal cosa hubiese equivalido a imitar la actitud del famoso pirata Kidd que, provocando un motín a bordo, abandonó al capitán del barco en una isla desierta y se escapó con el navío. Les dijo que si cambiaban de buque no podrían retornar nunca a Inglaterra sin que les costase cara su conducta, que el barco era mío y que a él le estaba vedado expulsarme de él. En suma, prefería perder la embarcación y malograr el viaje antes que cometer semejante falta, de manera que hiciesen lo que les viniera en gana. Les aseguró que iría a tierra para conferenciar conmigo, e invitó al contraмаestre a que lo acompañara, diciendo que acaso las cosas pudieran arreglarse de esa manera.

Rechazaron unánimemente la propuesta, repitiendo que no querían tener nada que ver conmigo en adelante, ya fuera a bordo o en tierra, y que si embarcaba nuevamente abandonarían de inmediato el navío.

—Muy bien —declaró el capitán—. Si todos sois de esa opinión, iré a tierra para hablar con él.

Y así lo hizo, llegando a mi lado poco después que el marinero me transmitiera el mensaje del patrón de la chalupa.

Me produjo gran alegría ver llegar a mi sobrino, porque había tenido miedo que los tripulantes lo apresaran por violencia, se hicieran a la vela y escaparan con el barco. Allí, en tierra extraña, hubiese quedado yo abandonado y sin recursos, colocado en una situación todavía peor que cuando arribé solitario a la isla.

Para mi gran satisfacción los amotinados no habían llegado a tales extremos, y cuando mi sobrino me repitió las palabras que venía de escuchar a bordo, la forma en que se habían juramentado, estrechándose las manos, para abandonar juntos el barco si yo intentaba retornar a él, me apresuré a decirle que no se preocupara por ello, pues estaba dispuesto a quedarme en tierra. Solamente le pedía que hiciera desembarcar mis efectos así como suficiente cantidad de dinero para que pudiese elegir un camino de vuelta a Inglaterra.

Tal decisión fue motivo de gran pesar para mi sobrino, pero no había sin embargo otro remedio que adaptarse a las circunstancias. Volvió, pues, a su barco y satisfizo a los tripulantes diciéndoles que su tío se había inclinado ante las exigencias y acababa de pedir que le enviaran sus efectos personales. En pocas horas quedó resuelto todo, los marinos retornaron a sus deberes y yo me quedé solo y pensando qué camino tomaría ahora.

Me hallé así en la más remota parte del mundo, como creo que muy bien puedo denominarla, ya que se encontraba a tres mil leguas marinas más lejos de Inglaterra que mi antigua isla. Ciertamente es que podía viajar por tierra desde allí cruzando el país del Gran Mongol hasta Surate, por mar a Basora y el Golfo Pérsico y luego siguiendo la ruta de las caravanas por el desierto de Arabia hasta Aleppo y Scanderoon ⁽¹⁾, desde donde podría trasladarme en barco a Italia, y luego otra vez por tierra a Francia. Todo esto, puesto el línea recta, alcanzaría el diámetro total de la Tierra y hasta creo que si se midiera lo sobrepasaría en mucho.

Quedaba otro camino a tomar, cual era el de embarcarme en alguno de los navíos ingleses que llegarían a Bengala provenientes de Acheen —en la isla de Sumatra— y hacer el viaje directo a Inglaterra. Pero por desgracia había llegado hasta esas tierras sin tener relación alguna con la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, de manera que sería muy difícil abandonarlas sin su permiso a menos de tener gran influencia ante los capitanes de aquellos barcos o los agentes de la Compañía, para todos los cuales era yo un extraño en absoluto.

Tuve entonces el particular placer —para decirlo irónicamente— de observar la partida del navío que se marchaba sin mí. No creo que muchos hombres en mis circunstancias hayan recibido alguna vez un tratamiento parecido, excepto en el caso de aquellos piratas que se apoderan de un navío tras abandonar en tierra a los que se niegan a ser cómplices de sus maldades; y lo ocurrido me parecía un camino abierto para que llegasen a tales excesos.

Mi sobrino me había dejado dos sirvientes o, más bien, un acompañante y un criado. El primero era el empleado del contador de a bordo, a quien comprometí para que se quedase a mi lado, y el otro era uno de sus criados. Busqué entonces un buen alojamiento en casa de una dama inglesa donde vivían varios comerciantes, de los cuales dos eran franceses, dos italianos, o más bien judíos, y un inglés. Fui muy bien tratado en esta hospedería, y para que no pudiera decirse que me había apresurado en mis medidas permanecí en ese lugar más de nueve

(1) *Alejandreta, en Siria. (N. del T.)*

meses considerando cuál camino seguiría y cómo debía arreglármelas. Era dueño de valiosas mercaderías inglesas, así como de cantidad considerable de dinero. Mi sobrino me había provisto de mil piezas de a ocho y una letra de crédito por mayor cantidad en caso de que me fuera necesario, a fin de que no me viese en apuros pasara lo que pasase. Dispuse rápidamente de las mercaderías, vendiéndolas con ventaja, y tal como lo había pensado desde un comienzo empleé el dinero en comprar algunos hermosos diamantes que, de todas las cosas, eran las más convenientes, ya que me permitían llevar conmigo mi entera fortuna.

Después de larga permanencia, y diversos proyectos de viaje, ninguno de los cuales me agradó, el comerciante inglés que se alojaba en la misma casa y con el cual había contraído una sólida amistad vino a verme una mañana.

—Compatriota —me dijo—, tengo un proyecto que participaros, el cual se adapta muy bien a mis deseos, y acaso pueda resultaros aceptable, una vez que lo hayáis considerado atentamente.

»Nos encontramos aquí —agregó—, vos por accidente y yo por mi propia voluntad, en una parte del mundo muy alejada de nuestra patria; es, sin embargo, un país donde los que entienden de comercio e intercambio pueden ganar grandes sumas. Si agregáis mil libras a mil que tengo yo dispuestas, adquiriremos el primer barco que nos parezca conveniente, del cual vos seréis capitán y yo traficante, y nos iremos a hacer un viaje comercial a la China. ¿Qué ganamos, decidme, con quedarnos aquí? El mundo entero se mueve, girando incesantemente; todas las criaturas de Dios, tanto celestes como terrenas, son inteligentes y están atareadas; ¿por qué habríamos nosotros de quedarnos ociosos? El mundo es de los hombres y no de los zánganos. ¿Por qué sumarnos a estos últimos?

Me agradó mucho su propuesta, especialmente al serme expresada con tanta buena voluntad y de la manera más amistosa. No diré que yo podía, por mi libertad e independencia, ser el hombre apropiado para abrazar una proposición comercial de esa naturaleza; por el contrario, el comercio no era en modo alguno mi elemento. Pero acaso pueda asegurar que si el comercio no lo era, en cambio sí la aventura y la vida errante, por lo cual toda oportunidad de ver alguna parte de la tierra aún no visitada anteriormente no podía dejar de surtir efecto en mi espíritu.

Pasó un tiempo antes de que pudiéramos encontrar un buque que nos conviniera. Cuando dimos con él se presentó la dificultad de enganchar marineros ingleses, por lo menos en número suficiente para que mandaran al resto de la tripulación que reclutáramos. Después de mucho dimos con un segundo, un contraмаestre y un artillero ingleses; también encontramos un carpintero holandés y tres marinos portugueses, pensando que bastarían para dirigir la restante tripulación, formada por marineros hindúes.

Son tantos los viajeros que han escrito el relato de sus travesías que resultaría bien poco interesante que yo hiciera una detallada narración sobre los lugares donde tocamos puerto, así como de sus habitantes. Dejo esas cosas a otros y remito al lector a los diarios de viaje de algunos ingleses, muchos de los cuales han sido publicados y otros se anuncian frecuentemente. Me basta con decir que navegamos hasta Acheen, en la isla de Sumatra, y allí pusimos proa a Siam, donde hicimos intercambio de algunas mercancías por opio y arak; el primero de estos productos se cotizaba a alto precio entre los chinos y en aquel entonces era muy codiciado en el país. Nos trasladamos entonces a Suskan, luego de un largo viaje, que nos llevó ocho meses, y retornamos a Bengala sintiéndome yo muy satisfecho de la aventura.

He notado con frecuencia que nuestros compatriotas ingleses admiran la forma en que los oficiales que la compañía manda a la India, así como los comerciantes que se radican en el país, logran amasar grandes fortunas y vuelven a veces a la patria con sesenta, setenta o cien mil libras esterlinas. Pero no es de asombrar semejante cosa, como habrá de verse en adelante, cuando se considera la cantidad de puertos y factorías donde existe para ellos el libre comercio, y mucho menos puede maravillarse quien sepa que en todos aquellos lugares donde entran barcos ingleses existe constante demanda por los artículos provenientes de cualquier nación, lo cual asegura apreciables ganancias en el trueque así como mercado seguro para los productos locales, que se venden muy bien en ultramar.

En resumen, hicimos un excelente viaje y yo gané tanto dinero con mi primera aventura, así como tan amplia experiencia acerca de la manera de aumentarlo aún más, que si hubiese tenido veinte años menos habría sentido la tentación de radicarme allí sin buscar más lejos los medios de hacer fortuna. ¿Pero qué podía significar esto para un hombre de más de sesenta años, suficientemente rico y que se había lanzado a viajar más por el insalvable deseo de ver mundo que por la ambición de acrecentar sus bienes? Pienso que es con toda verdad que llamo insaciable a mi afán de viajes, pues en verdad lo era. Cuando vivía en mi hogar me dominaban las ansias de ver el mundo; y ahora que me encontraba tan lejos soñaba con volver a mi patria. Lo repito: ¿qué podía importarme aquel comercio?

Naturalmente, mi amigo el traficante pensaba de muy distinta manera. No lo digo con el propósito de poner en evidencia mi punto de vista, por cuanto reconozco que el suyo era el más justo y el más natural en la vida de un comerciante que, lanzado a remotas tierras, debe consagrar sus afanes a aquello que le produzca la mayor cantidad de dinero. Mi nuevo amigo se atenía a lo práctico del viaje y se hubiera contentado, como un caballo de posta, con acudir siempre a la misma posada una y otra vez, suponiendo que en ella encontrase el provecho que buscaba. Yo en cambio tenía de los viajes la idea que se forma un muchacho alocado y aventurero, que no siente el menor interés por ver dos veces una misma cosa.

Pero no era esto todo. Aunque mis deseos de volver al hogar crecían cada vez más, no podía decidirme acerca del mejor camino a tomar para la vuelta. En los intervalos de esos conciliábulos, mi amigo, que estaba siempre a la caza de negocios, me propuso un viaje a las Islas de las Especies para traer un cargamento de clavos de olor de Manila o de aquellas regiones. Sabía yo que los holandeses trafican en aquellas islas aunque la posesión corresponde parcialmente a los españoles; no nos era preciso aventurarnos tan lejos sino hasta las tierras donde aquéllos carecen del poder que tienen en Batavia, Ceilán y otros sitios.

Los preparativos se completaron rápidamente, aunque la mayor dificultad fue convencerme para que emprendiera el viaje. Con todo, como nada se ofrecía y yo hallaba agrado en navegar y dedicarme a un tráfico que producía tan pingues como fáciles ganancias, decidí embarcarme en la travesía en lugar de estarme sin hacer nada, lo que, dado mi carácter, era para mí una verdadera desgracia. Tocamos Borneo así como muchas otras islas cuyos nombres he olvidado, y cinco meses después nos hallábamos de regreso. Vendimos las especias, principalmente clavo y algo de nuez moscada, a los mercaderes persas que se ocupaban en distribuir las en el golfo; y como obtuvimos ganancias en proporción de cinco a uno es de imaginar el excelente beneficio de la operación.

Mientras liquidábamos nuestras cuentas, mi amigo me miró sonriendo.

—Y bien —dijo como tratando de provocarme en lo que yo tenía de indolente—. ¿No es esto mejor que andar dando vueltas como un hombre ocioso y perder el tiempo contemplando la ignorancia y los errores de los paganos?

—Por cierto que sí, amigo mío —repuse—, y empiezo a sentirme aficionado al comercio. Pero dejadme que os diga de paso una cosa, y es que no sabéis de lo que yo soy capaz. Si alguna vez venciera mi indolencia y me lanzara a correr por el mundo, pese a lo viejo que estoy os obligaría a moveros a la par mía hasta agotaros; creedme que si me decidiese a hacerlo no os daría un momento de reposo.

Pero abreviemos estas consideraciones. Poco después entró en el puerto un barco holandés procedente de Batavia. Era un pequeño navío de cabotaje, no un mercante europeo, de unas doscientas toneladas; la tripulación declaró haber pasado tantas enfermedades en el viaje que el capitán no tenía bastantes hombres para hacerse de nuevo a la mar. Permanecieron en Bengala y sea porque hubiese tenido ya suficiente ganancias o deseara por algún motivo volver prontamente a Europa, el capitán hizo anunciar que el barco estaba en venta. La noticia vino a mí antes que a mi socio, y sentí en seguida deseos de comprar aquel buque, de manera que de inmediato marché a hablar con él.

Lo pensó un rato, porque no era hombre precipitado, y después de meditarlo bien, me dijo:

—Es un barco un poco grande, pero lo compraremos lo mismo.

Así fue, y después de habernos puesto de acuerdo con el capitán tomamos posesión del navío. Hecho esto pensamos en conservar los tripulantes a fin de agregarlos a los que ya teníamos bajo contrato y salir inmediatamente de viaje; desgraciadamente, como les había sido entregada su participación en las ganancias se dispersaron rápidamente y no pudimos encontrar a ninguno. Averiguamos dónde podían estar y por fin llegamos a saber que se habían ido por tierra a Agrá, la ciudad que es residencia del Gran Mogol y que desde allí pensaban viajar hasta Surate por agua al Golfo Pérsico.

Pocas cosas pudieron dolerme más que el haber perdido así la oportunidad de irme con ellos. Semejante expedición, y en esa compañía, hubiera sido a la par que segura sumamente entretenida, adaptándose perfectamente a mis dos mayores deseos: ver mundo y volver a mi patria. Sin embargo, días más tarde me sirvió de consuelo saber qué clase de gentes eran aquéllas. Parece que el hombre a quien llamaban capitán era solamente el artillero; mientras traficaban, al desembarcar en alguna isla habían sido atacados por los malayos, que mataron al capitán y a tres hombres por lo cual los sobrevivientes, once en total, habían decidido escaparse con el buque, lo que efectivamente hicieron navegando en él hasta la bahía de Bengala no sin antes abandonar al piloto y a otros cinco hombres en tierra, de todo lo cual se sabrá más a su debido tiempo.

En fin, cualquiera sea la forma por la cual llegaron a adueñarse del buque, lo cierto es que nosotros lo adquirimos con toda honestidad y nuestro único descuido fue no examinar las cosas más de cerca. No se nos ocurrió interrogar a los marineros, cosa que de haberse llevado a cabo hubiera revelado seguramente alguna contradicción en sus relatos y nos hubiera hecho entrar en sospechas acerca de su verdadera situación. El pretendido capitán nos había mostrado una escritura de venta del navío a nombre de un tal Emmanuel Clostershoven, o cosa parecida, todo lo cual era probablemente una falsificación. El mismo se hacía llamar

por dicho nombre, y nada nos inducía a dudar de él, de manera que procediendo tal vez con demasiada ligereza y sin la más mínima sospecha de la verdad cerramos trato como he contado.

Contratamos aquí y allá algunos marineros ingleses y holandeses, decidiéndonos a efectuar el segundo viaje al sudeste en busca de clavo y otras especias, es decir, a las Filipinas y Molucas. Como no quiero llenar esta parte de mi relato con bagatelas cuando lo que hace falta por contar es tan notable, diré solamente que transcurrieron seis años en continuos viajes de puerto en puerto, traficando siempre con excelentes resultados; transcurría ahora el último año en que yo viajaba junto a mi socio, y nos trasladábamos en el buque mencionado hacia la China, con previa escala en Siam para comprar arroz.

Los vientos contrarios nos obligaron a hacer muchos rodeos en los estrechos de Malaca y entre sus islas, y apenas habíamos conseguido escapar de tan peligrosas aguas cuando descubrimos que el buque hacía agua sin que nos fuera posible, a pesar de todos nuestros empeños, descubrir dónde estaba abierta la vía. Era necesario refugiarse lo antes posible en un punto, y mi socio, que conocía aquellas zonas mejor que yo, ordenó al capitán que pusiera proa hacia el río de Cambodge. Debo hacer notar de paso que yo había designado capitán al piloto inglés, un tal mister Thompson, ya que no me agradaba serlo en persona de un segundo navío. En cuanto al río, se encuentra en el lado norte del gran golfo o bahía que conduce hasta Siam.

Mientras nos hallábamos allí, bajando con frecuencia a tierra para avituallarnos, se me acercó cierto día un inglés. Era, a lo que parecía, segundo artillero a bordo de un buque de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales que anclava en el mismo río y cerca de la ciudad de Cambodge. Ignoraba yo qué podía traer ese hombre cerca de mí; el hecho es que se acercó y me habló en nuestro idioma.

—Señor —dijo—, sois un extraño para mí como yo para vos, pero tengo algo que deciros que os concierne muy de cerca.

Lo miré fijamente un momento, pensando que acaso lo conocía, pero no era así.

—Si se trata de algo que me concierne —dije—, sin que por lo visto nada tenga que ver con vos, ¿qué os mueve a decírmelo?

—Me mueve —respondió el hombre— un inminente peligro al que estáis sujeto y del cual, por lo que veo, no tenéis conocimiento alguno.

—Ignoro ese peligro —observé—, salvo que mi navío tiene un rumbo de agua que no puedo descubrir. Mi intención es hacerlo entrar mañana en dique seco para examinar el casco.

—Pues bien, señor —dijo aquel hombre—. Con rumbo o sin él, lo encontréis o no, espero que no cometáis el desatino de varar vuestro buque después de lo que voy a deciros. ¿Es que ignoráis, señor, que el pueblo de Cambodge se halla quince leguas río arriba? Hay allí dos grandes navíos ingleses, cinco leguas hacia este lado, así como tres holandeses.

— ¡Bueno! ¿Y qué me importa a mí eso?

— ¡Cómo, señor! —exclamó él—. ¿Es que un hombre lanzado a una aventura como la vuestra entra en un puerto sin averiguar primero qué barcos hay allí y si

está en condiciones de resistirlos? ¿O por ventura creéis que la batalla puede favoreceros?

Al oír estas palabras, que más me divertieron que asustaron, por cuanto no alcanzaba a entender su significado preciso, me volví a él diciéndole:

—Caballero, os pido que os expliquéis. No puedo imaginar qué razón puede haber para sentir miedo de cualquier compañía naviera o de barcos holandeses. Navego con mi licencia en regla, de manera que nada pueden echarme en cara.

Me miró con el aire de un hombre a la vez complacido y enojado. Sonriendo, y después de una pausa, me dijo:

—Muy bien, señor, si os consideráis seguro, arriesgaos entonces. Lamento que vuestro destino parezca cegaros ante el buen consejo, pero tened por seguro que si no os hacéis inmediatamente a la mar en la próxima marea seréis atacado por cinco chalupas llenas de hombres armados. Si sois apresados, os colgarán como piratas y recién más tarde se examinarán vuestros descargos. Yo pensé, señor —agregó—, haber tenido mejor acogida a cambio de un servicio de tal importancia como el que os he hecho.

—Jamás sería yo ingrato —repliqué— ante un servicio cualquiera o ante un hombre que se muestre cordial conmigo. Sin embargo, excede mi comprensión el porqué de ese intento contra mi persona. En fin, puesto que afirmáis que no hay tiempo que perder y que se trama contra mí alguna perfidia, me embarcaré inmediatamente y nos haremos a la mar siempre que mis hombres consigan tapan la vía de agua o de lo contrario estemos dispuestos a nadar. Pero, señor —agregué—, ¿es que tendré que marcharme ignorando la causa de lo que sucede? ¿No podéis vos aclararme esas tinieblas?

—Lo que puedo es relataros una parte de esa historia, señor —repuso—, y un marinero holandés que está aquí conmigo tal vez sea capaz de completarla más tarde aunque apenas haya tiempo para ello. En resumen, he aquí lo que sucede, y vos debéis conocer muy bien la primera parte o sea que estabais con ese buque en Sumatra y que allí fue muerto por los malayos vuestro capitán con tres hombres. Los que quedasteis a bordo, o alguno de ellos, decidieron apoderarse del buque y huir con él. Tal es la historia y os puedo asegurar que si os capturan os ahorcarán como piratas, porque es sabido que los barcos mercantes no pierden el tiempo en escrúpulos legales cuando apresan a piratas.

—Ahora sí habláis en inglés llano —dije— y os lo agradezco. En verdad nada sé de cuanto me contáis porque el barco ha venido a nuestras manos de la manera más honesta y legítima, y sin embargo, la situación que me habéis descrito con tanta franqueza me obliga a defenderme y estar en guardia.

—No, señor —replicó entonces el hombre—. No digáis estar en guardia, ya que la mejor defensa es ponerse fuera de peligro. Si en algo estimáis vuestra vida y la de vuestros hombres, haceos a la vela apenas venga la pleamar. Tenéis toda una marea de ventaja y estaréis ya demasiado lejos antes de que ellos lleguen aquí, pues piensan aprovechar la pleamar y mientras recorren las veinte millas que los separan de este puerto vos ganaréis cerca de dos horas sobre ellos por la diferencia de marea, sin contar la ventaja de la distancia. Además vendrán en chalupas y seguramente no se atreverán a seguiros por el mar, sobre todo si sopla algo de viento.

— ¡Pues bien! —dije yo—. Nos habéis prestado un gran servicio, y quisiera saber en cuánto estimáis vuestra recompensa.

—Señor —me respondió—, no creo que pueda hablaros de recompensa alguna por cuanto aún no estáis bien convencido de la verdad que os he hecho saber. Con todo os haré una oferta. Se me deben diecinueve meses de paga a bordo del «...», en que he venido de Inglaterra, y siete meses al holandés que me acompaña; si nos garantizáis esos sueldos, nos iremos con vos, y si nada ocurre de lo que os he prevenido, nada pediremos entonces, pero si os convencéis de que nos debéis la vida, así como las de quienes están en vuestro navío, entonces os dejaremos fijar personalmente la recompensa.

Acepté de inmediato la propuesta, y acompañado de los dos hombres me trasladé al punto a bordo. Cuando llegué junto al navío, mi socio, que estaba en el puente, se inclinó desde el alcázar y me gritó con grandes muestras de alegría:

— ¡Hola, hola! ¡Hemos cerrado el rumbo! ¡Hemos cerrado el rumbo!

— ¿De veras? —exclamé—. ¡Alabado sea Dios! ¡A levar anclas ahora mismo!—
¿Levar anclas? ¿Qué queréis decir? ¿Os ocurre algo?

—Nada de preguntas —dije—. Manos a la obra todo el mundo y a levar anclas sin perder un minuto. Lleno de sorpresa, mi socio llamó al capitán, quien dio las órdenes necesarias, y aunque la marea no había alcanzado aún la pleamar, aprovechando una suave brisa nos apresuramos a alejarnos. Me reuní entonces con mi socio en la cámara y le referí todo lo sucedido, tras lo cual hicimos venir a los dos hombres que nos repitieron la misma cosa.

Esto nos llevó bastante tiempo, y antes de que hubiéramos terminado vino un marinero a la cámara diciendo que el capitán lo enviaba a comunicarnos que éramos perseguidos.

— ¡Perseguidos! —exclamé—. ¿Y por quiénes? —Por cinco balandros o chalupas —repuso el marinero— cargados de hombres.

— ¡Perfectamente! —dije—. Entonces había algo de cierto en el relato.

Ordené reunir a la tripulación y le manifesté que existía el plan de apoderarse de nuestro barco y apresarnos como piratas, por lo cual quería saber si permanecían de nuestro lado para defender el buque. Llenos de entusiasmo me respondieron a coro que estaban dispuestos a morir por nosotros.

Interrogué al capitán sobre la mejor manera de enfrentar al enemigo, ya que estaba dispuesto a resistir hasta el último momento. Me manifestó que a su parecer convenía mantenerlos a distancia todo el tiempo posible con el tiro de nuestros cañones, y si lograban acercarse entonces hacerles fuego con las piezas pequeñas; por fin, si aún persistían en el ataque, nos refugiaríamos debajo del puente, que acaso no pudieran forzar por falta de material adecuado.

Mientras tanto, el artillero había recibido órdenes de asestar dos cañones, uno a proa y otro a popa, desocupar el puente y poner como carga balas de mosquete, metralla y cuanta pieza de hierro hubiese a mano, alistándonos así para el combate. Seguíamos rumbo a alta mar aprovechando el viento favorable y podíamos ver a la distancia las chalupas, cinco embarcaciones grandes que nos perseguían con todo el trapo que habían podido desplegar.

Dos de las chalupas, que con ayuda del catalejo pudimos ver que eran inglesas, sobrepasaron a las otras por más de dos leguas de ventaja, adelantándose

tanto que no tardaron en acercarse a nosotros. Cuando comprendimos que había llegado el momento, disparamos un cañonazo sin metralla para intimarles que se pusieran al paio, y alzamos la bandera de paz en señal de que deseábamos parlamentar. Siguieron sin embargo la persecución hasta que estuvieron a tiro y entonces quitamos el pabellón blanco del cual no habían hecho caso alguno, y reemplazándolo por otro rojo, descargamos un cañonazo. Siguieron acercándose pese a todo, hasta hallarse a tan poca distancia que podíamos hacernos entender por medio de una bocina, y entonces les gritamos que se alejaran o los hundiríamos.

Fue en vano; arreciando en la persecución intentaron guarecerse a nuestra popa con probable intención de lanzarse al abordaje por el alcázar. Viendo que estaban resueltos a pelear llenos de confianza por los refuerzos que venían de más lejos, ordené virar a fin de presentarles un lado y disparamos una andanada de cinco cañonazos, uno de los cuales había sido tan bien asestado que se llevó íntegramente la popa de la chalupa que venía segunda, obligando a sus hombres a recoger las velas y correr a la proa para impedir que se hundiera. Allí quedó, habiendo recibido el suficiente castigo, pero como la otra chalupa se empeñaba en perseguirnos le apuntamos con todos los cañones sin perder tiempo.

Mientras esto ocurría, una de las chalupas retrasadas, adelantándose a sus compañeros, llegó hasta la embarcación desmantelada para ayudarla, y pudimos ver que salvaba la tripulación. Gritamos nuevamente a los de la primera chalupa, ofreciéndoles parlamentar y saber qué querían de nosotros, pero no obtuvimos respuesta a tiempo que la embarcación se acercaba aún más a nuestra popa. Al ver esto, el artillero, que era hombre sumamente diestro, juntó sus dos cañones móviles en la popa y tiró simultáneamente, pero erró el tiro y los de la chalupa lanzaron gritos de triunfo a la vez que agitaban sus gorras y se acercaban más y más al navío. Preparándose con toda rapidez, el artillero disparó nuevamente y uno de los tiros, aunque erró a la chalupa misma cayó entre los hombres y pudimos comprobar que había causado grandes estragos entre ellos. Sin preocuparnos por ello, viramos de bordo y al presentarles la aleta de proa descargamos tres cañonazos que partieron la chalupa en pedazos, en especial el timón y una parte de la popa, que saltaron lejos. Aquello produjo gran desorden entre los enemigos, quienes se apresuraron a aferrar las velas. Para completar su desgracia nuestro cañonero disparó otros dos cañonazos sobre ellos y aunque no puedo asegurar dónde alcanzaron a la embarcación vimos que se hundía rápidamente y que algunos hombres estaban ya nadando en su entorno. Al ver esto ordené arriar la pinaza que habíamos tenido lista a tal fin, con orden de recoger a quienes fuera posible y retornar de inmediato a bordo, pues entretanto las otras chalupas seguían acercándose. Nuestros marineros cumplieron la orden y alcanzaron a salvar a tres hombres, uno de los cuales estaba ya medio ahogado y tardó mucho en volver en sí. Tan pronto los izamos a bordo nos hicimos mar afuera con el velamen desplegado, siendo visible que las otras chalupas, luego de acercarse al lugar de combate, abandonaban la persecución.

Nos vimos así desembarazados de un peligro que, aun sin conocer la causa del mismo, parecía haber sido más grande de lo que yo creyera al comienzo. Me apresuré a ordenar que cambiáramos el rumbo a fin de que nadie pudiese sospechar la dirección que tomábamos. Navegamos hacia el oriente, muy lejos de

las rutas de los barcos europeos, tanto de los que viajaban hacia China como a cualquier otro punto de las zonas comerciales europeas.

26. EL BARCO FATÍDICO

Cuando estuvimos en alta mar volvimos a interrogar a los dos marineros, preguntándoles cuál podía ser el significado de lo acontecido. El holandés nos reveló al punto el secreto, diciéndonos que el individuo que nos vendiera el barco no era más que un ladrón y que se había apoderado del navío como un pirata, huyendo con él. Nos contó entonces cómo el capitán, cuyo nombre no recuerdo, fue traidoramente asesinado por los nativos de la costa de Malaca, junto con tres de los suyos; el holandés y otros cuatro marineros se internaron en los bosques, donde anduvieron largo tiempo errantes, hasta que de una manera milagrosa pudo él escapar de allí y nadar hacia un navío holandés que, pasando cerca de la costa en su viaje a China, acababa de enviar un bote a la costa en procura de agua dulce. Nos dijo que no se había atrevido a salir a aquella parte de la costa donde había varado la chalupa, sino que esperó a que fuera de noche para lanzarse al agua un poco más lejos nadando hasta la embarcación, donde fue por fin recogido y enviado al barco.

Más tarde, el marinero llegó a Batavia donde encontró a dos tripulantes de su barco, que habiendo abandonado al resto acababan de llegar. Le contaron que los otros, luego de fugarse a Bengala, habían vendido el barco a unos piratas que ahora se dedicaban con él a abordar buques mercantes, habiendo conseguido apoderarse de un navío inglés y dos holandeses, todos ellos cargados con muchas riquezas.

Esta última parte del relato nos concernía directamente, aunque sabíamos bien que era falsa; como muy acertadamente opinó mi socio, de haber caído en manos de nuestros perseguidores y con semejante acusación contra nosotros hubiera sido vano tratar de defenderse o esperar recibir cuartel de su parte. Nuestros acusadores hubiesen sido jueces al mismo tiempo, y de ellos no hubiésemos podido esperar más que lo que la rabia les dictara y el apasionamiento irracional pusiera en ejecución. Mi socio agregó que le parecía conveniente volver a Bengala sin hacer ninguna escala intermedia, y una vez allí probar claramente nuestra situación, dónde nos encontrábamos cuando el navío arribó a puerto, a quién lo compramos, así como otros detalles. Y, lo que contaba todavía más, si la necesidad nos llevaba a enfrentarnos con verdaderos jueces, tendríamos la seguridad de recibir el tratamiento adecuado y no ser primero ahorcados para que nos juzguen después.

Al principio estuve de acuerdo con mi socio, pero después de meditarlo un tiempo le dije que me parecía excesivamente arriesgado volvernos a Bengala, por cuanto estábamos al otro lado del estrecho de Malaca, y si la alarma cundía era seguro que se pondrían al acecho en ambas salidas del mismo, tanto los holandeses de Batavia como los ingleses de aquellos lados; si llegaban a apresarnos después de haber huido de ellos, no sería necesaria otra evidencia para que nos condenasen de inmediato y encontraríamos el peor de los fines. Pedí opinión al marinero inglés, quien me dijo que mis palabras eran justas y que seguramente seríamos apresados en el estrecho.

Todo esto me obligaba a pensar ansiosamente en la manera de huir, aunque no alcanzaba a descubrir el camino apropiado ni algún lugar donde refugiarnos. Viéndome tan desanimado, mi socio, que al comienzo había estado más inquieto que yo, quiso darme ánimos luego de describirme los distintos puertos que había en aquellas costas me dijo que a su juicio convenía poner proa hacia la Cochinchina o la bahía de Tonkín; de allí sería fácil trasladarnos a Macao, ciudad antaño en poder de los portugueses y donde aún residían muchas familias de origen europeo, agregando que los frailes misioneros acostumbraban dirigirse allá antes de seguir su ruta hacia la China.

Resolvimos, pues, tomar ese rumbo, y luego de un accidentado y tedioso viaje en el cual la falta de provisiones nos hizo pasar grandes penurias alcanzamos una mañana a divisar la costa. Pensando en las circunstancias por las cuales acabábamos de pasar, y el peligro del cual habíamos escapado, quedó resuelto echar el ancla en la boca de un riacho que sin embargo contaba con suficiente profundidad, y luego, ya sea viajando por tierra o en la pinaza del barco, averiguar si en el puerto había algún navío del cual pudiésemos temer algo. Esta medida fue nuestra salvación, pues aunque en la bahía de Tonkín no encontramos en ese momento ningún barco, a la mañana siguiente entraron en el puerto dos navíos holandeses; y un tercero que no enarbolaba pabellón alguno, pero que supusimos holandés, pasó a unas dos leguas de la costa, rumbo a la China. Por la tarde aparecieron dos navíos ingleses que seguían la misma ruta y así llegamos a sentirnos rodeados de enemigos en todas direcciones.

Nos hallábamos en un sitio salvaje y bárbaro cuyos habitantes eran todos ladrones por hábito y profesión; cierto que no teníamos mayor necesidad de entrar en tratos con ellos como no fuera para procurarnos algunas provisiones, pero asimismo nos vimos varias veces en dificultades para evitar incidencias.

Ya fue dicho antes que nuestro barco tenía una vía de agua que no habíamos logrado localizar hasta que, inesperadamente, pudo ser tapada en el preciso momento en que estábamos a punto de ser apresados por los navíos ingleses y holandeses que había en Siam. Con todo, notando que el barco no se encontraba en condiciones necesarias para reanudar la navegación, resolvimos vararlo aprovechando nuestra permanencia en este lugar, y luego de alijarlo del escaso cargamento que llevábamos hacer una detenida inspección al casco para descubrir los rumbos.

Habiendo aligerado el navío y puesto los cañones y demás cosas transportables a un lado, tratamos de tumbarlo sobre la playa para que nos fuera posible ver el casco, pero luego de pensarlo mejor renunciamos al proyecto por cuanto no encontramos ningún sitio de la costa que se prestara a ejecutarlo.

Los habitantes de esa región, que jamás habían presenciado un espectáculo parecido, se acercaron llenos de asombro a la playa y viendo al barco tan inclinado y casi tumbándose sobre la playa (sin advertir a nuestros hombres que estaban trabajando en el casco por el lado de afuera, embarcados en los botes y colgados de un andamio) dedujeron que sin duda el barco había sido arrojado y varado allí por alguna tormenta.

Apoyados en esa suposición, dos o tres horas más tarde, se presentaron en unas doce lanchas, algunas de las cuales contenían diez tripulantes, con evidente intención de subir al barco y saquearlo; en caso de encontrar a alguno de nosotros

a bordo, probablemente pensaban conducirnos en calidad de esclavos ante su rey o como le llamaran, pues ignorábamos qué clase de gobernante tenían.

Tan pronto llegaron junto al barco y empezaron a dar vueltas alrededor, nos descubrieron trabajando activamente por la parte exterior del casco, rascándolo unos, mientras otros lo embreaban y calafateaban al modo que todo marino sabe hacerlo.

Se quedaron quietos, observándonos un rato, y no alcanzamos a comprender qué intenciones traían, aunque nos alarmaron un poco. Para no ser tomados de sorpresa buscamos la manera de que algunos hombres entraran en el barco y alcanzaron armas y municiones a aquellos que seguían trabajando por la parte de afuera, a fin de que si se presentaba motivo, pudieran contar con qué defenderse. Nunca hubo medida más acertada, porque un cuarto de hora más tarde, después de consultarse entre ellos, los naturales llegaron a la conclusión de que efectivamente se trataba de un naufragio y que estábamos tratando de poner el barco a flote o bien nos disponíamos a salvarnos en nuestras chalupas. Cuando vieron que trasladábamos las armas en los botes imaginaron que pretendíamos salvar parte del cargamento, y como al mismo tiempo se hicieron a la idea de que todo aquello era ya de su pertenencia —incluso nuestras personas—, se precipitaron en orden de batalla contra nuestros hombres.

Los marineros, un poco asustados al ver el crecido número de sus oponentes y la mala posición en que estaban para pelear, lanzaron gritos preguntándonos qué debíamos hacer. Ordené entonces a los que estaban trabajando suspendidos en los andamios que dejaran caer las tablas y treparan a bordo sin perder tiempo, a la vez que mandaba a los que estaban en los botes que dieran la vuelta para subir a su vez por el lado más bajo. Los pocos que permanecíamos a bordo nos pusimos con todas nuestras fuerzas a enderezar el navío, pero pronto vimos que ni los marineros del andamio ni los de las chalupas podían cumplir mis órdenes por cuanto los cochinchinos se les arrojaron encima y mientras dos de sus embarcaciones cercaban nuestras chalupas sus tripulantes procedían a tomar prisioneros a los nuestros.

Al primero que echaron mano fue a un marino inglés, muchacho robusto y decidido, quien dueño de un mosquete prefirió tirarlo al fondo de la barca en lugar de disparar con él, lo cual me pareció una completa locura. Sin embargo, sabía lo que hacía mejor de lo que yo hubiese podido enseñarle, porque con sus manos libres aferró al pagano que pretendía apresarle y lo hizo pasar de su bote al nuestro, donde, sujetándole por las orejas, le golpeó con tal fuerza la cabeza contra los caperoles que lo mató instantáneamente. Entretanto un holandés que estaba a su lado levantó el mosquete y empleando la culata hizo tales molinetes con ella que derribó a cinco enemigos que pretendían asaltar el bote. Cierto que de poco servía esto contra treinta o cuarenta individuos que ignorando todo temor porno darse cuenta del peligro que corrían empezaban a asaltar la chalupa, donde sólo había cinco hombres para defenderla. Un episodio que nos hizo reír mucho terminó sin embargo dando una completa victoria a nuestros hombres.

Nuestro carpintero había estado preparándose para embrear el casco del buque así como las costuras en toda la porción calafateada para impedir el rumbo del agua, y tenía en el bote dos calderas, una con pez hirviendo y la otra conteniendo una mezcla de resina, sebo, aceite y demás ingredientes que para tales trabajos se emplean. Por su parte, el ayudante del carpintero empuñaba un gran cucharón de

hierro con el cual iba alcanzando a los que trabajaban en el andamio el caliente líquido. Dos de los enemigos saltaron al bote justamente en donde estaba aquel hombre, o sea en la escotilla de proa, y él los recibió con una cucharada de pez hirviente a manera de saludo, quemándoles de tal manera, por cuanto estaban medio desnudos, que se pusieron a rugir como fieras y sin poder resistir el dolor de las quemaduras, se tiraron al agua. El carpintero, que había visto la escena, gritó entonces:

— ¡Muy bien, Jack; dales otro poco!

Y adelantándose tomó un estropajo y luego de sumergirlo en el caldero de pez se puso a rociar de tal manera a los atacantes, ayudado por su compañero, que al poco no hubo un solo hombre en los tres botes atacantes que no hubiese recibido quemaduras, algunos de forma verdaderamente horrible, por lo cual aullaban y se retorcían de la manera más espantosa y como jamás creo haber visto antes. Vale la pena observar que aunque el dolor hace exhalar gritos a todo el mundo, cada nacionalidad tiene su manera particular de quejarse y los gritos que profieren son tan distintos entre sí como su lenguaje. No encuentro, para dar una idea de lo que eran esos gritos, un mejor nombre que el de aullidos, y no recuerdo nada que se pareciera más a lo que escuché antaño en los bosques, en la frontera del Languedoc, cuando los lobos hambrientos nos rondaban.

Mientras esto sucedía mi socio y yo, dirigiendo al resto de los marineros que se hallaban a bordo, habíamos conseguido con gran habilidad ir enderezando el barco, y a poco nos fue posible asestar los cañones en su sitio. El artillero me pidió entonces que mandara retirar la chalupa para que quedara campo libre y pudiese él descargar sus piezas, pero llamándole a mi lado le dije que no hiciera fuego, ya que el carpintero se estaba arreglando perfectamente sin su auxilio y ordené en cambio que el cocinero calentara otra cantidad de pez. El enemigo, aterrorizado con lo que le costara su primera tentativa, no se atrevió a repetirla; los que se hallaban más lejos, al ver que el barco se enderezaba y empezaba a flotar nuevamente, terminaron sin duda por admitir su error y abandonar la empresa, convenciéndose de que aquello no había sido lo que creían. Así concluyó esta refriega tan divertida para nosotros, y luego de llevar a bordo algo de arroz, pan y legumbres, así como dieciséis cerdos que teníamos apartados desde hacía dos días, resolvimos no quedarnos más, sino reanudar nuestro viaje a fin de que el ataque no se repitiera, ya que con seguridad seríamos rodeados poco después por tal cantidad de aquellos vagabundos que acaso el caldero de pez no fuese bastante para dispersarlos.

Por la noche subimos todo a bordo, y a la mañana siguiente nos hallábamos dispuestos a hacernos a la vela. Entretanto, anclados a cierta distancia de la costa y listos a todo evento, no nos preocupábamos mayormente de que se presentara cualquier enemigo. Al día siguiente, terminadas las tareas de reparación y seguros de que el buque no tenía ya vías de agua, salimos mar afuera. Nos hubiera agradado entrar en la bahía de Tonkín para informarnos acerca de los navíos holandeses que allí habían anclado; sin embargo, no nos atrevimos a acercarnos, pues habíamos divisado varios barcos que parecían encaminarse en la misma dirección. Pusimos, pues, rumbo al N.E. hacia la isla de Formosa, tan temerosos de ser avistados por un marino mercante inglés u holandés como cualquiera de éstos tiene miedo de serlo por un buque de guerra argelino en el Mediterráneo.

De Formosa navegamos hacia el norte, manteniéndonos a cierta distancia de la costa de China hasta tener la seguridad de que habíamos dejado atrás todos los

puertos chinos donde navíos europeos acostumbraban entrar. Estábamos resueltos a no caer en sus manos si ello era posible, especialmente en aquel país donde, de acuerdo con nuestras presentes circunstancias, estaríamos enteramente perdidos. Tan grande era mi temor de ser apresado por alguno de los navíos que creo firmemente haber preferido en aquel entonces caer en manos de la Inquisición española.

Nos hallábamos a 30° de latitud y en consecuencia acordamos entrar en el primer puerto comercial que halláramos. Cuando nos acercamos a la costa, vino hacia nosotros un bote y en él un anciano piloto portugués, que al advertir que el nuestro era un barco europeo, deseaba ofrecernos sus servicios, de lo cual mucho nos alegramos haciéndole subir inmediatamente a bordo. Cuando estuvo con nosotros y sin siquiera preguntarnos hacia dónde pensábamos ir, despidió al bote que lo había traído.

Pensando que aquel piloto nos llevaría al lugar donde nos pareciera mejor, me puse a hablar con él acerca de un viaje al golfo de Nankín, que se encuentra en la parte más septentrional de la costa china. El anciano, sonriendo, me dijo que conocía muy bien el golfo, pero quiso saber qué pensábamos hacer nosotros allí.

Le contesté que vender nuestro cargamento y comprar en cambio porcelanas, zarzas, seda cruda, té y sedas estampadas, así como otras cosas, con lo cual emprenderíamos regreso a nuestro punto de partida. Me dijo que en ese caso el puerto más conveniente era Macao, donde no dejaríamos de encontrar excelente mercado para el opio, y podríamos comprar a nuestra vez toda clase de mercancías chinas a precios tan baratos como los de Nankín.

No pudimos disuadir al anciano de su idea, en la cual se mostraba sumamente empeñado, le dije que además de comerciantes éramos caballeros ávidos de viajar, por lo cual sentíamos deseos de ver la gran ciudad de Pekín y la famosa corte del monarca chino.

—Pues entonces —dijo el anciano—, es conveniente ir a Ning-Po, desde donde, remontando cinco leguas el río que allí se vuelca en el mar, podréis llegar al gran canal, verdadero río navegable que atraviesa el corazón del vasto imperio chino, cruza los otros ríos y salva algunas alturas considerables por medio de esclusas y compuertas hasta llegar a la misma ciudad de Pekín después de un viaje de casi doscientas setenta leguas.

—Eso está muy bien, señor portugués —repuse yo—, pero no es lo que nos conviene ahora. Deseamos saber si podéis llevarnos a la ciudad de Nankín y si de allí es posible viajar más tarde a Pekín.

Nos contestó afirmativamente, agregando que un barco holandés acababa de pasar poco antes llevando la misma ruta. Esto me asustó un poco, pues los barcos holandeses eran ahora nuestro terror y hubiésemos preferido encontrarnos con el mismísimo diablo (siempre que no se apareciese con una figura demasiado horrible) antes que con un navío de esa bandera. De ninguna manera estábamos en condiciones de hacerles frente ya que los barcos que hacen el tráfico son de gran tonelaje y poseían, por lo tanto, mucho más armamento que el nuestro.

El anciano debió advertir mi confusión al nombrarme el paso del navío holandés, pues me dijo:

—Caballeros, no hay razón para que os preocupéis por la cercanía de ese barco; supongo que Islanda no está en guerra con vuestra nación.

—No lo está —dije yo—, pero nadie sabe las libertades que puedan llegar a tomarse los hombres cuando están fuera del alcance de la ley.

— ¡Cómo! Si no sois piratas, ¿por qué habríais de sentir temor? De ninguna manera se atreverán a molestar a un pacífico barco mercante.

Creo que si toda la sangre de mi cuerpo no afluyó a mis mejillas al escuchar aquella palabra, fue sólo por algún obstáculo puesto en mis venas por la misma naturaleza, pero sentí la más grande turbación imaginable, tanto que a pesar de mis esfuerzos por disimularla el viejo piloto la advirtió de inmediato.

—Caballero —dijo—, veo que os sentís un tanto alterado por causa de mis palabras. Os ruego entonces que adoptéis simplemente el camino que os parezca más conveniente en la seguridad de que os ayudaré en todo lo que pueda.

— ¡Ah, señor! —repuse—. Es cierto que me siento algo confundido acerca del rumbo a seguir, y lo que acabáis de decirme acerca de los piratas en estos mares, ya que no estamos en condiciones de hacerles frente; bien veis nuestro pobre armamento y cuan escasa es nuestra tripulación.

—No os aflijáis por eso, señor —repuso él—. En estos últimos quince años no he oído decir ni una sola vez que hubiese piratas por estos lados, salvo un navío que fue visto el mes pasado, según me contaron, en la bahía de Siam. Tened, empero, la seguridad que ha debido dirigirse al sur, aparte de que se trata de un navío pequeño y poco adecuado para esas actividades. No fue construido para ser armado en corso sino que su perversa tripulación se apoderó de él luego que el capitán y algunos de sus hombres perecieron a manos de los malayos en la isla de Sumatra o sus inmediaciones.

— ¿Es posible...? —exclamé fingiendo completa ignorancia sobre lo ocurrido—. ¿Asesinaron a su capitán?

—No —repuso el piloto—, pero como no tardaron en apoderarse del buque y huir en él, es creencia general de que lo traicionaron y quizá buscaron los medios de que los malayos le mataran.

—Pues bien, entonces merecen la muerte como si hubieran sido los mismos asesinos.

—Fuera de toda duda —asintió el anciano— y creed que serán ejecutados tan pronto como un barco holandés o inglés les aprese, pues los capitanes se han comprometido a no darles cuartel si llegan a caer en sus manos.

—Sin embargo —observé yo—, desde que según creéis el pirata se ha alejado de estos mares, ¿cómo esperan capturarlo?

—En efecto, se supone que el navío ha huido, pero como os dije hace un momento el mes pasado estaba en la bahía de Siam, en el río Cambodge, siendo descubierto por algunos holandeses que habían pertenecido a su tripulación y fueron abandonados en tierra cuando los otros escaparon para hacerse piratas. Algunos barcos mercantes ingleses y holandeses que fondeaban río arriba estuvieron a punto de apresarlos; por cierto que si las chalupas que encabezaban el ataque —agregó— hubiesen sido bien apoyadas por las restantes, con toda seguridad lo habrían tomado por asalto, pero eran solamente dos y los del barco viraron de bordo y las desmantelaron antes que las otras estuvieran a igual distancia. Como se alejara luego a toda vela, las restantes chalupas no fueron capaces de seguirlo y así escapó. Con todo, hay una descripción tan exacta del navío que se tiene la seguridad de reconocerlo dondequiera que lo encuentren, y hay

promesa formal de no conceder cuartel a ningún hombre de la tripulación, incluido el capitán sino colgarlos a todos de la antena de su barco.

— ¡Cómo! —exclamé—. ¿Los ejecutarán a todos con justicia o sin ella? ¿Los ahorcarán primero para juzgarlos después?

— ¡Oh, caballero, no hay necesidad de ser tan estrictos con miserables como éstos! Basta con atarlos de dos a dos espalda contra espalda, y tirarlos al mar, ya que no merecen otra cosa.

Como sabía que el anciano estaba en mi poder abordo y que no podría causarme daño alguno, le interrumpí bruscamente para decirle:

—Pues bien, señor; ésa es justamente la causa por la cual quiero que nos llevéis a Nankín y no a Macao o a cualquier otra parte del país donde haya navíos ingleses u holandeses. Ya veo que estáis bien enterado de que los capitanes de tales barcos son una pandilla orgullosa e insolente, incapaz de discriminar sobre lo que es la justicia y conducirse de acuerdo con las leyes de Dios y la naturaleza. Tan envanecidos están en su profesión que haciendo mal uso de sus poderes intentan proceder como asesinos para castigar a los que consideran ladrones; no vacilan en ofender a hombres falsamente acusados y los declaran culpables sin haber hecho la menor averiguación. ¡Ah, creedme que espero vivir bastante para obligar a algunos de ellos a rendirme cuenta de sus actos y tal vez a enseñarles cómo debe administrarse justicia! Sí, les demostraré que ningún hombre debe ser tratado como un criminal hasta que no se presente la clara evidencia de su crimen y la seguridad que es el culpable.

Y entonces hice al anciano piloto la confesión de que nuestro barco era el que andaban persiguiendo, le relaté la escaramuza que había sostenido con las chalupas y cuánta impericia y cobardía demostraron en ella. Luego de explicarle la compra del barco y cómo los holandeses nos ayudaron, agregué las razones que me asistían para sospechar que la historia del asesinato del capitán a manos de los malayos era falsa, así como la acusación de que los tripulantes del barco se habían entregado a la piratería. Le dije finalmente que antes de atacarnos por sorpresa, obligándonos a defender nuestras vidas, aquellos capitanes mercantes debieron asegurarse primeramente de si tenían derecho y motivo para hacerlo, por lo cual la sangre derramada en la lucha caía sobre ellos y de ninguna manera sobre nosotros, que obrábamos en legítima defensa.

Profundamente asombrado quedó el anciano al escucharme y me aseguró que hacíamos muy bien en encaminarnos hacia el norte del país, agregando que su consejo era el de vender el barco en China, cosa factible, y comprar o construir otro en ese país.

—Cierto —agregó— que no será un navío tan bueno, pero sí suficiente como para llevaros a todos, así como vuestros efectos, de vuelta a Bengala o el sitio que preferáis.

Le aseguré que seguiría su consejo tan pronto entráramos en algún puerto donde hubiera un barco adecuado o un comprador para el nuestro. Me dijo que en Nankín se encontraban siempre individuos dispuestos a adquirir un navío, y que para el retorno lo más apropiado era un junco chino, todo lo cual estaba él dispuesto a procurarme apenas llegáramos.

—Muy bien, señor —le dije—, pero reparad en que si nuestro barco era ya tan bien conocido como me habéis dicho, su traspaso puede ser causa de que algún

inocente se vea envuelto en un terrible conflicto y tal vez resulte asesinado a sangre fría. Pensad que donde quieran encuentren el barco no vacilarán en declarar culpables a quienes estén a bordo y probablemente la tripulación entera sea miserablemente asesinada.

—También buscaré una medida de impedir que tal cosa ocurra —dijo el anciano—, por cuanto conozco a los capitanes de quien con tanta verdad os habéis expresado. A medida que pasen los entrevistaré a todos a fin de que se aclare el malentendido y pueda demostrarles que estaban enteramente equivocados, ya que si los antiguos tripulantes del barco se marcharon con él, eso no prueba que se dedicaran a la piratería, y en segundo término, la actual tripulación del navío no es aquélla, sino una distinta, reclutada después de que vosotros comprasteis honestamente el barco para vuestros viajes comerciales. Estoy persuadido de que les convenceré y que en el futuro procederán con más tino y cautela.

—Muy bien —dije yo—. ¿Y les daréis, señor, un mensaje de mi parte?

—Lo haré con gusto —me respondió— si me lo entregáis por escrito para que pueda probar que viene de vos y no es un invento mío.

Contesté afirmativamente y tomando papel y pluma me puse a detallar un detallado informe sobre el ataque de que había sido víctima por parte de las chalupas, la pretendida razón del mismo y el injusto y cruel designio que llevaba al realizarlo. Agregué, dirigiéndome a los comandantes responsables de aquel atropello, que no solamente debían sentirse avergonzados de su acción, sino que en el futuro, si llegaban alguna vez a Inglaterra y yo vivía aún para saberlo, les haría pagar cara su insolencia a menos que las leyes de mi país estuvieran en desuso cuando volviera a él.

El anciano piloto leyó una y otra vez el documento y me preguntó si me responsabilizaba por él. Le dije que así lo haría mientras algo me quedara en el mundo, y a la espera de que la oportunidad se presentara de cumplir mi promesa en Inglaterra. Sin embargo, jamás hubo ocasión de que el piloto fuese portador de aquella carta, por cuanto no regresó más a su antigua residencia.

Mientras en tal forma conversábamos, seguíamos navegando rumbo a Nankín y después de trece días de viaje anclamos en el extremo sudoeste del gran golfo del mismo nombre. Allí, y de manera casual, vine a saber que dos barcos holandeses habían llegado a puerto antes que nosotros y que no había manera de escapar de ellos si proseguíamos en su dirección. Consulté a mi socio, que estaba tan afligido como yo y hubiese querido desembarcar a salvo en cualquier parte. Yo conservaba algo más de serenidad y pregunté al anciano piloto si no habría algún puerto o ensenada donde echar anclas para emprender privadamente negociaciones con los compradores chinos, sin peligro de vernos atacados por el enemigo. Me aconsejó navegar unas cuarenta y dos leguas hacia el sur rumbo a un pequeño puerto llamado Quinchang, donde los misioneros hacían habitualmente escala viniendo de Macao en su camino a las regiones chinas para evangelizar a los naturales. Me aseguró que allí no anclaban barcos europeos, y que una vez seguros y en tierra, sería más fácil considerar la ruta a seguir. Me advirtió que no era lugar para comerciantes, salvo ciertas épocas del año, en que se efectuaba allí una especie de feria donde los mercaderes japoneses acudían para traficar con productos chinos.

Nos pareció conveniente navegar hacia ese sitio cuyo nombre acaso no alcanzo a escribir correctamente porque lo he olvidado; el librito donde, juntamente con

otros sitios y puertos, había escrito ese nombre, se estropeó en el agua a causa de un accidente que relataré en su debido tiempo. Pero sí recuerdo que los comerciantes japoneses y chinos con los cuales tuvimos relación le daban un nombre distinto del empleado por nuestro piloto portugués, quien, repito, lo pronunciaba Quinchang.

Como estábamos todos de acuerdo en dirigirnos a ese punto, levamos anclas al siguiente día después de bajar solamente dos veces a tierra para renovar nuestras provisiones de agua dulce; en ambas ocasiones los naturales se mostraron muy amables con nosotros y nos trajeron diversas cosas para vender, tales como alimentos, plantas, raíces, té, arroz, y algunas aves; y todo lo cobraban a buen precio.

Tardamos cinco días en arribar al otro puerto a causa de vientos contrarios, pero nos pareció lugar seguro y fue con gran alegría y hasta puedo decir que con reconocimiento que desembarqué resuelto, al mismo tiempo que mi socio, a no

poner nunca más los pies a bordo de aquel fatídico navío, siempre que nos fuera posible solucionar de cualquier modo nuestra presente situación. Me es preciso declarar aquí que de todas las circunstancias de la vida que me hayan sido dadas a conocer, ninguna hace más desdichado a un hombre que sentirse constantemente atemorizado.

Tanto mi socio como yo no pasábamos una sola noche sin soñar con cuerdas y con los pañoles de las vergas, es decir, con patíbulos; si no era eso, se trataba de luchas en las cuales caíamos prisioneros, de asesinar o ser asesinados. Una noche me puse tan furioso en mis sueños, viendo que los holandeses nos abordaban, que creyendo que golpeaba a uno de los asaltantes descargué tales puñetazos contra el tabique de mi camarote que me lastimé las manos, quebrándome los nudillos y desgarrando de tal manera la piel de los dedos que me desperté por efecto de los golpes, y hasta creí que perdería dos dedos.

Uno de los temores más oprimentes que sentía era pensar en las crueldades que con nosotros cometerían los holandeses si caíamos en sus manos. Recordaba lo acontecido en Amboina ⁽¹⁾ y se me ocurría pensar que acaso los holandeses nos torturaran como allí habían hecho con nuestros compatriotas, obligando a algunos hombres, por la fuerza insoportable del sufrimiento, a confesar crímenes de los cuales jamás habían sido culpables. Capaces de hacernos admitir hasta que éramos piratas, no vacilarían en sentenciarnos a muerte con todas las apariencias de verdadera justicia; probablemente se sentirían tentados a proceder de esa manera en vista de la ganancia que les daría el buque y su cargamento, todo lo cual valía no menos de cuatro o cinco mil libras.

Estas ideas nos atormentaban sin darnos un momento de reposo. Apenas nos deteníamos a pensar que los capitanes de navío carecen de autoridad para proceder de tal manera y que si nos entregábamos a ellos no podrían someternos a torturas o matarnos sin ser responsables de sus actos y verse obligados a rendir cuenta de ellos cuando tornaran a su país. Nada de eso nos satisfacía; ¿qué ventaja hubiera sido para nosotros el que más tarde les pidieran cuenta de su proceder? Y si éramos sacrificados por ellos, ¿de qué nos serviría que alguna vez nuestros asesinos recibieran el condigno castigo?

Pero así como la ansiedad pesaba insoportablemente sobre nosotros mientras estábamos en alta mar, así ahora nos sentimos llenos de satisfacción apenas tocamos tierra firme. Mi socio me contó un sueño que había tenido en el cual se veía soportando sobre la espalda un terrible peso que le era necesario subir hasta la montaña. En momentos en que se sentía desfallecer, el piloto portugués había llegado para librarlo del fardo, a tiempo que la montaña desaparecía y el terreno se tornaba sumamente liso y llano delante de él. Y así era en efecto, ya que todos nos sentíamos repentinamente aliviados de un peso abrumador. Por mi parte, sentí aligerarse mi corazón de tan dura carga que ya me era imposible continuar soportando, y como he dicho resolvimos en común no embarcamos nunca más en aquel navío.

(1) Una de las islas Molucas, la más importante del grupo por su riqueza, centro de las posesiones holandesas. El autor se refiere a la llamada «matanza de Amboina», en la cual los holandeses que dominaban en la isla torturaron y ejecutaron a doce prisioneros ingleses acusados de conspirar para apoderarse del fuerte. Este episodio tuvo lugar en 1624. (N. del T.)

27. VIAJE A TRAVÉS DE LA CHINA

Apenas desembarcamos, el anciano piloto, que era ahora nuestro amigo, buscó alojamiento y depósito para nuestros efectos, encontrándolos por fin en el mismo lugar. Se trataba de una especie de cabaña con una casa adyacente, todo ello construido de bambú y rodeado de una empalizada de altas cañas que impedían el acceso a los rateros que, por lo que supimos, abundaban mucho en el país. Los magistrados nos concedieron también una modesta guardia, y en nuestra puerta teníamos siempre a un centinela armado de una alabarda o especie de pica, al cual dábamos diariamente una pinta de arroz y una moneda que valía unos tres peniques; en esa forma nuestros bienes estaban bien asegurados.

La feria o mercado que periódicamente se efectuaba en aquel lugar habíase realizado tiempo atrás, pero sin embargo supimos que tres o cuatro juncos permanecían en el río y que dos barcos japoneses cargados de mercaderías compradas en China aún no se habían hecho a la vela, permaneciendo los comerciantes japoneses en tierra firme.

Lo primero que buscó nuestro anciano piloto portugués fue vincularnos a tres misioneros católicos que vivían en el pueblo y que habían pasado un tiempo convirtiendo a las gentes al cristianismo. Nosotros pensábamos que no habían logrado gran resultado con su prédica y que los ya convertidos eran pésimos cristianos, pero naturalmente nada de eso nos concernía. Uno de los misioneros era francés y se llamaba el padre Simón; era hombre alegre y bien dispuesto, de conversación franca y libre, que no daba la impresión de seriedad ni tenía el aire grave de los otros dos, uno de los cuales era portugués y el otro genovés. El padre Simón, sumamente servicial y de maneras sencillas, resultaba excelente compañero; los otros, mucho más reservados, parecían rígidos y austeros y se aplicaban empeñadamente al trabajo que allí los llevara, es decir, mezclarse entre las gentes y tratar de obtener poco a poco su confianza y aprecio.

El misionero francés había recibido, según parece, órdenes del superior de la misión para encaminarse a Pekín, real sede del emperador chino, y sólo esperaba la llegada de otro sacerdote que venía desde Macao para emprender con él el viaje. Apenas lo habíamos conocido cuando ya me invitaba a que fuésemos juntos, diciéndome que me haría conocer todas las admirables cosas de aquel poderoso imperio, y entre otras la ciudad más grande del mundo, una ciudad que de acuerdo con sus palabras, no podía ser igualada por París y Londres juntas.

Se refería a Pekín que, no tengo reparo en admitirlo, es una enorme ciudad densamente poblada; pero como yo miraba aquellas cosas con ojos distintos que los demás, mi opinión sobre ellas será dada en su oportunidad, cuando en el curso de este relato y este viaje llegue la ocasión de hablar en particular de ellas.

Vuelvo ahora a nuestro amigo el misionero. Cenando un día con él, y sintiéndonos todos sumamente alegres, me mostré algo inclinado a acompañarlo en

su viaje, por lo cual se puso a apremiarme y lo mismo a mi socio, tratando de persuadirnos para que diéramos nuestro consentimiento.

—Pero, padre Simón —dijo entonces mi socio—, ¿por qué deseáis tanto nuestra compañía? Bien sabéis que somos herejes y por lo tanto no podéis ni amarnos ni tener gusto en estar con nosotros.

— ¡Oh! —respondió el misionero—. Tal vez con el tiempo lleguéis a ser buenos católicos. Mi tarea aquí es la de convertir a los paganos, ¿y quién sabe si no me será posible convertiros también a vosotros?

—Muy bien, padre —dije yo—. Eso quiere decir que nos iréis predicando durante todo el viaje.

— ¡Oh, no seré tan fastidioso como para eso! —replicó él—. Nuestra religión no nos priva de buenos modales y además —agregó— somos aquí casi compatriotas si nos comparamos al sitio en que nos vemos reunidos. Sois hugonotes y yo católico, pero con todo tenemos el cristianismo en común, y por otra parte somos caballeros y podemos alternar en el viaje sin causarnos mutuamente molestias.

Me gustaron mucho sus palabras que me hicieron recordar a aquel otro sacerdote que había dejado en el Brasil. Sin embargo, el carácter del padre Simón difería del de aquel joven clérigo; aunque de ninguna manera podía ser acusado de ligereza censurable, carecía de aquel profundo celo cristiano, aquella piedad y hondo sentido religioso que poseía el otro eclesiástico del cual tantas veces he hablado.

Pero dejemos un momento al padre Simón, aunque él no nos dejara a nosotros y siguiera solicitando nuestra compañía para el viaje; otra cosa debíamos solucionar ante todo, ya que aún nos quedaban por liquidar nuestras mercaderías y también el barco, y empezábamos a afligirnos al ver que aquel sitio era muy poco importante en materia de comercio. En una oportunidad estuve a punto de embarcarme con destino al río de Kilam y a la ciudad de Nankin, pero la Providencia pareció más que nunca presente en su intervención para salvarme. Lo primero fue que el viejo piloto portugués nos trajo a un comerciante del Japón que se mostró interesado en saber qué productos queríamos vender, y empezó comprándonos el cargamento de opio por el cual recibimos excelente precio pagado en oro y al peso, parte en monedas de su país y parte en pequeñas cuñas de oro, cada una de las cuales pesaba diez u once onzas. Mientras discutíamos la venta del opio se me ocurrió que tal vez aquel hombre quisiera comprarnos el barco, y ordené al intérprete que le propusiera la venta. A las primeras palabras se encogió de hombros, pero días más tarde volvió acompañado de uno de los misioneros a manera de intérprete y me dijo que tenía una propuesta que hacerme, la cual consistía en lo siguiente: nos había comprado gran cantidad de mercaderías antes de que se le ofreciera el barco en venta por lo cual no le quedaba suficiente dinero para pagar su precio; ahora bien, si yo permitía que la tripulación del barco continuase a bordo él me tomaría en arriendo para ir al Japón, desde donde lo enviaría a las Islas Filipinas con un nuevo cargamento cuyo producto bastaría para pagar el flete total de aquellos viajes; entonces, a su regreso, estaría en condiciones de comprar el buque.

Escuché atentamente la proposición, y de súbito me sentí invadido por mis ansias errantes, tanto que al punto me pareció posible hacer en persona el viaje hasta las Filipinas y de allí embarcarme a los mares del Sur. Pregunté al comerciante japonés si no estaría dispuesto a arrendar el buque hasta las Islas

Filipinas y dejarnos allí, pero me contestó negativamente, declarando que no tendría cómo regresar con su cargamento, y que en cambio me proponía llevarnos al Japón cuando volviera el navío. Esta idea tampoco me pareció mala y me manifesté dispuesto a emprender el viaje; pero mi socio, más sensato que yo, me persuadió de no embarcarme recordándome los peligros del mar y también de los japoneses, de quienes me dijo que son individuos falsos, crueles y traidores; aparte de eso estaban los riesgos derivados de los españoles de las Filipinas, aún más falsos, crueles y traidores que los otros.

Pero abreviemos este largo rodeo para llegar a su conclusión. Lo primero que debíamos hacer era consultar al capitán del barco y a sus hombres si estaban dispuestos a viajar al Japón. Mientras nos ocupábamos en ello vino a verme el joven que me dejara mi sobrino como compañero de viaje y me manifestó que a su juicio aquel viaje se anunciaba excelente y lleno de posibilidades de ganar dinero. Se sentiría, agregó, muy contento si yo me embarcaba a tal efecto, pero si decidía permanecer en tierra deseaba mi consentimiento para ir en calidad de comerciante o como a mí me pareciera mejor. Terminó diciéndome que si alguna vez retornaba a Inglaterra y me encontraba con vida en mi patria, me daría detallada cuenta de los resultados obtenidos, que podría considerar como de mi pertenencia.

Me disgustó mucho la idea de separarme de aquel muchacho, pero considerando las favorables posibilidades que se le presentaban y que se trataba de un joven lleno de las mejores condiciones para aprovecharlas, decidí darle mi consentimiento, pero antes le manifesté que consultaría a mi socio y le daría una respuesta al día siguiente.

Discutimos la cuestión con mi socio, quien me hizo una generosa oferta.

—Ya sabéis —me dijo— que el barco ha sido una fuente de desgracias para nosotros y que ambos hemos resuelto no embarcarnos nunca más en él; por lo tanto, si vuestro mayordomo (como él le llamaba) se aventura en ese viaje, le dejaré mi parte del buque para que la aproveche lo mejor que pueda, y si vivimos para encontrarnos alguna vez en Inglaterra y él alcanza a tener éxito en su empresa, nos entregará la mitad del beneficio obtenido con el flete del barco, y la otra mitad será suya.

En vista de que mi socio, quien nada tenía que ver con aquel muchacho, le hacía semejante oferta, yo estaba obligado por lo menos a imitarlo. Y como la tripulación se mostró dispuesta a viajar con él concedimos en propiedad la mitad del barco, recibiendo de su puño y letra un documento por el cual debería rendirnos cuenta de la otra parte; y pronto zarpó para el Japón.

El comerciante japonés demostró ser un hombre honesto y cumplidor; no sólo lo protegió en el Japón sino que le hizo extender una licencia para que pudiese bajar a tierra, cosa que por lo común no pueden lograrlos europeos; le pagó puntualmente el flete, enviándolo luego a las Filipinas con un cargamento de porcelanas japonesas y chinas y un sobrecargo por cuenta suya quien, luego de traficar con los españoles, trajo de regreso mercaderías europeas así como gran cantidad de clavo y otras especias. No solamente recibió a satisfacción el precio del flete sino que, negándose al regreso a vender el barco al comerciante japonés, éste lo proveyó con un cargamento de géneros por su cuenta. Con ellos, más algún dinero y especias que le pertenecían, el joven inglés volvió a Manila donde pudo vender ventajosamente su cargamento a los españoles.

Después de vincularse muy bien en Manila consiguió que su barco fuese declarado libre y el gobernador de Manila se lo arrendó para viajar a Acapulco, en América, sobre la costa mejicana, dándole asimismo licencia para que pudiera desembarcar y viajar hasta Méjico de donde le sería posible retornar a Europa con todos sus hombres a bordo de un buque español.

Tuvo una excelente navegación hasta Acapulco, allí vendió por fin su barco y obtuvo el permiso necesario para viajar por tierra a Portobelo, de donde halló medio para pasar a Jamaica con todos sus bienes, y unos ocho años más tarde llegó a Inglaterra lleno de riquezas, de lo cual se hablará en su lugar.

Pero volvamos a lo que concierne al buque y a su tripulación, y entre ello a considerar qué recompensa daríamos a los dos hombres que tan oportunamente nos habían advertido del peligro que nos amenazaba en el río de Cambodge. La verdad es que nos habían hecho un señalado servicio y merecían ser pagados por él, bien que, dicho sea de paso, fueran un par de redomados bribones. Ambos habían creído firmemente la historia de que éramos piratas y nos habíamos escapado con el buque, de manera que vinieron a nosotros no solamente para traicionar a quienes intentaban apresarnos sino con la intención de embarcarse, en un navío dedicado, según creían, a piratear. Uno de ellos terminó confesando más tarde que solamente la esperanza de enriquecerse por medio del pillaje lo había decidido a cometer esa acción. Con todo, sus servicios no habían sido pequeños, y como además yo les había prometido mostrarme generoso ordené en primer lugar pagarles la cantidad que según sus declaraciones les debían a bordo de sus respectivos barcos; el inglés recibió el sueldo de diecinueve meses, y el holandés de siete; además les regalé a cada uno cierta cantidad de dinero en oro, que aunque pequeña, los llenó de contento. A continuación hice que el inglés tomara el puesto de artillero del barco, ya que el nuestro había ascendido a segundo piloto contador; al holandés lo nombré contraamaestre, y los dos parecieron muy contentos con esto y demostraron más tarde sus excelentes condiciones como marinos, ya que se trataba de enérgicos y recios individuos.

Nos encontrábamos ahora en la costa de China. Si antes, en Bengala, me había sentido desterrado y a remota distancia de mi hogar, cuando en realidad tenía muchos caminos para retornar, ¿qué podía decir ahora que me hallaba mil leguas más lejos que antes de mi patria, privado de toda perspectiva y de todo medio para tornar a ella?

Lo único que nos quedaba era aguardar unos cuatro meses hasta que se efectuara allí otra feria donde sería posible comprar diversas manufacturas de la región y acaso encontrásemos algún junco chino o un barquichuelo de Tonkín que estuviera en venta y pudiese llevarnos junto con nuestros bienes al lugar que decidiéramos.

Me pareció una buena idea y resolví esperar; por otra parte, como nuestras personas no eran sospechosas, tal vez si algún navío inglés u holandés entraba en el puerto sería posible embarcar en él nuestras mercaderías y sacar pasaje para cualquier punto de la India, siempre más próximo a nuestra patria.

Alimentando estas esperanzas resolvimos continuar allí, pero para combatir el tedio hicimos dos o tres expediciones al interior del país. En primer lugar empleamos diez días viajando a Nankín, ciudad digna de ser visitada y de la cual se asegura que posee un millón de habitantes, cosa en la que no creo. Muy bien

construida, con calles regulares que se cortan en ángulo recto, tiene una apariencia sumamente agradable.

Sin embargo, cuando comparo la miserable población de aquellas regiones con la nuestra, y pienso en sus edificios, su modo de vivir, su religión y gobierno, así como sus bienes y lo que algunos llaman su gloria, debo confesar que apenas si me parece digno de mencionarlos en estos relatos a fin de que no pierdan el tiempo quienes los lean más adelante.

Tanto sus fuerzas como su grandeza, la navegación, economía y comercio, son imperfectos e insignificantes en comparación con los europeos. Lo mismo en cuanto a sus conocimientos, el aprendizaje y la profundidad que alcanzan en las ciencias; cierto que poseen globos y esferas, así como un superficial conocimiento de las matemáticas, pero cuando uno inquiere más profundamente en sus conocimientos, ¡cuan poca visión demuestran sus más aventajados estudiosos! Nada saben sobre el movimiento de los cuerpos celestes, y tan groseramente ignorantes se muestran que cuando se produce un eclipse solar piensan que un gran dragón ha arrebatado al sol para llevárselo y se ponen a hacer estruendo con todos los tambores y calderos que hay en el país para asustar al monstruo, lo mismo que lo haríamos nosotros para encerrar un enjambre de abejas.

Sentía yo el deseo de visitar la ciudad de Pekín de la cual tanto había oído hablar, y el padre Simón me importunaba diariamente para que llevara a cabo el viaje. Por fin, estando resuelta su partida por cuanto el otro misionero que lo acompañaría acababa de llegar de Macao, fue necesario decidir si iríamos o no con él, de manera que consulté el caso con mi socio diciéndole que dejaba la respuesta librada a su elección. Contestó por la afirmativa y por lo tanto nos preparamos a efectuar el viaje.

Iniciamos la jornada con la gran ventaja de estar seguros del camino, ya que fuimos admitidos en la comitiva de uno de los mandarines, especie de virrey y alto magistrado de aquella provincia en la cual tenía su residencia. Aquellos funcionarios despliegan gran pompa en todo momento, viajando con numeroso séquito y recibiendo el continuo homenaje del pueblo que, muchas veces, les debe el encontrarse tan empobrecido, ya que por todas las regiones que atraviesan en el viaje deben avituallar tanto al mandarín como a su comitiva.

Me llamó la atención muy particularmente que mientras permanecemos con él recibimos suficientes provisiones para nosotros y nuestros caballos, productos entregados en las regiones que íbamos atravesando y que pertenecían al noble, pero al mismo tiempo se nos obligaba a pagar por cada cosa que nos daban de acuerdo con los precios locales, de lo cual se encargaba el administrador del mandarín, especie de comisario que recibía diariamente el dinero que nos exigían. De manera que aquel viaje en la comitiva del mandarín, aunque fuera para nosotros un alto favor, no lo era menos en lo que a él respecta, sino por el contrario una continua fuente de provecho si se considera que cerca de treinta personas viajaban de la misma manera junto a nosotros bajo la protección de aquella escolta que más merece el nombre de convoy; repito que era un pingüe provecho para él desde que las provisiones no le costaban absolutamente nada, siendo obligadamente cedidas por los pobladores y recibiendo él en cambio nuestro dinero en pago de las diarias raciones.

Veinticinco días empleamos en el viaje a Pekín, a través de un país infinitamente populoso pero muy poco y mal cultivado; la economía y el modo de

vivir eran miserables, pese a que los chinos se jactan mucho de la diligencia de su pueblo. Sí, miserable era todo aquello en especial para nosotros que, acostumbrados a otra manera de vivir, podemos compararla o pensar lo que sería tener que someterse a esa exigencia; sin embargo, para aquellos pobres hombres que no conocen otra cosa, ha de resultar tolerable. El orgullo de los chinos es muy grande y solamente lo excede la pobreza, que se agrega a lo que yo llamo su miseria; incluso me veo obligado a pensar que los desnudos salvajes de América viven más felizmente que estos hombres, porque como nada tienen nada desean; éstos son orgullosos e insolentes, mientras en realidad sólo son mendigos y ganapanes. Su ostentación es inexpresable, y se manifiesta especialmente en el modo de vestirse, en sus casas y el afán que tienen de rodearse de multitud de sirvientes y esclavos; y finalmente en el desprecio, ridículo en alto grado, que demuestran hacia cualquiera que no pertenezca a su pueblo.

Debo admitir que viajé posteriormente con mucho más agrado en los desiertos e inmensas soledades de la Gran Tartaria; sin embargo, los caminos que cruzábamos ahora estaban bien pavimentados y excelentemente mantenidos, por lo que resultaba muy cómodo viajar por ellos, aunque era profundamente desagradable contemplar a aquel altanero, imperioso e insolente pueblo en medio de la más grosera y crasa ignorancia, por cuanto su tan afamado ingenio no es otra cosa. Mi amigo el padre Simón y yo nos divertíamos con mucha frecuencia al observar la mezcla de mendicidad y orgullo que poseían aquellas gentes.

Una vez, por ejemplo, llegando a la casa de un caballero rural —como le llamaba el padre Simón— a unas diez leguas más allá de la ciudad de Nankín, tuvimos el honor de cabalgar por espacio de dos millas en compañía del propietario, cuyo séquito era verdaderamente quijotesco, mezcla perfecta de pompa y miseria. El traje de este monigote hubiera sido adecuadísimo para un bufón; era de una indiana muy sucia, abigarrado como el ropaje de un juglar y lleno de adornos tales como mangas colgantes, borlitas y cuchillas por todas partes; se cubría con una capa de tafetán grasienta como la de un carnicero y que daba prueba de que su señoría era de un exquisito desaseo. Montaba un caballo enteco, flaco, hambriento y que cojeaba, como los que en Inglaterra se venden por treinta o cuarenta chelines; dos esclavos le seguían a pie a fin de hacer andar a la desgraciada cabalgadura. El noble señor tenía un látigo en la mano y con él azotaba a la bestia en la cabeza al mismo tiempo que los esclavos lo hacían en las ancas; así anduvo al lado nuestro, seguido de diez o doce sirvientes, dirigiéndose desde la ciudad a su residencia campestre a una media legua delante de nosotros. Como andábamos despacio, aquel extravagante caballero se nos adelantó y pronto nos detuvimos en un villorrio para descansar durante una hora.

Cuando llegamos cerca de su residencia campestre vimos al grande hombre instalado en una especie de jardín, tomando su refrigerio. Se lo distinguía fácilmente y nos dieron a entender que cuanto más lo mirásemos, más satisfecho y complacido quedaría. Estaba sentado bajo un árbol, especie de palmera enana que proyectaba sombra sobre su cabeza por el lado sur, pese a lo cual habían plantado debajo del árbol una gran sombrilla que quedaba muy bien. El noble se había sentado, o más bien reclinado, en una gran silla de brazos, pues era hombre corpulento y muy pesado, mientras dos esclavas le traían su alimento. Otras dos estaban a su lado destinadas a un servicio que, según pienso, pocos caballeros en Europa aceptarían de sus criados; en efecto, una de ellas alimentaba al señor con

una cuchara mientras la otra sostenía el plato con una mano y con la otra iba retirando la comida que caía sobre la barba de su señoría y en su capa de tafetán; entretanto, el gran bruto pensaba seguramente que no era digno de él emplear sus propias manos en menesteres que los mismos monarcas y reyes prefieren hacer personalmente antes que ser ofendidos por los torpes dedos de sus sirvientes.

En cuanto al mandarín en cuyo séquito viajábamos, era respetado como un rey; aparecía rodeado de sus caballeros y atendido en todo con tal pompa que fue muy poco lo que alcancé a ver de él a la distancia; observé sin embargo que las cabalgaduras de su comitiva valían mucho menos que cualquier caballo de carga en Inglaterra; no obstante, estaban tan enjaezados con mantas, adornos y otros oropeles que uno no alcanzaba a saber si eran robustos o flacos y, en una palabra, apenas podíamos distinguir la cabeza y las patas.

Mi corazón estaba ahora libre de sus preocupaciones, y como todas las perplejidades e inconvenientes que he relatado habían terminado para mí, aquel viaje me resultó sumamente grato, ya que ningún pensamiento desagradable vino a turbarlo; tampoco me ocurrió nada de malo en él, salvo que al vadear un riacho cayó mi caballo haciéndome comprar el suelo, según suele decirse; en una palabra, me arrojó al agua. El riacho no era hondo pero bastó para empaparme, y si menciono el incidente es porque allí se estropeó un libro de anotaciones donde había estampado los nombres de diversas personas y lugares que deseaba recordar más adelante. Como no tomé la debida precaución, la humedad invadió las páginas, y las palabras terminaron por borrarse, perdiendo así los nombres de muchas partes visitadas en el viaje que relato. Por fin llegamos a Pekín. Conmigo viajaba solamente el joven que mi sobrino me dejara en calidad de sirviente y que se había conducido con gran lealtad y diligencia; mi socio, por su parte, llevaba consigo a un criado que era además pariente suyo. En cuanto al piloto portugués que se mostraba ansioso por visitar la corte, le costeamos los gastos del viaje por el gusto de su compañía y además porque era nuestro intérprete; entendía muy bien el idioma del país y hablaba buen francés y algo de inglés. Por cierto que aquel anciano nos fue sumamente útil en todas partes; no llevábamos una semana en Pekín cuando vino riéndose a vernos.

— ¡Ah, señor inglés! —exclamó—. Tengo algo que deciros que alegrará vuestro corazón.

— ¿Alegrar mi corazón? —dije yo—. ¿Y qué puede ser? No conozco a nadie en este país que pueda producirme ni alegría ni pesar en semejante grado.

—Sí, sí —insistió el piloto en su inglés chapurreado—. A vos os alegrará, pero a mí entristecerme.

Esta frase me llenó de curiosidad.

— ¿Y por qué habría de entristecerme a vos? —pregunté.

—Porque —me respondió— me habéis traído después de un viaje de veinticinco días y me dejáis que me vuelva solo. ¿Y cómo me las arreglaré yo para regresar a mi puerto sin un barco, sin un caballo, sin *pecune*?

Así llamaba al dinero, y el pésimo latín que sembraba frecuentemente en la conversación nos divertía mucho.

En una palabra, me explicó que una gran caravana de comerciantes polacos y moscovitas se disponía a partir de Pekín cuatro o cinco semanas más tarde, con intención de trasladarse por tierra a Moscú, y él suponía que yo no iba a perder tal

oportunidad para marcharme con ella y, por lo tanto, dejarlo solo para el retorno. Confieso que sus noticias me sorprendieron al comienzo y que se expandió por mi alma una secreta alegría como jamás sintiera anteriormente y que me sería imposible describir. Durante un rato fui incapaz de responder una sola palabra al anciano, pero por fin me volví hacia él.

— ¿Cómo habéis sabido eso? —pregunté—. ¿Estáis seguro de que es verdad?

—Sí —respondió—, por cuanto encontré esta mañana en la calle a un viejo amigo mío, un armenio o griego, como vosotros les llamáis. Viene de Astrakán y se disponía a seguir viaje a Tonkín, donde en otros tiempos trabamos relación, pero acaba de cambiar de planes y está resuelto a incorporarse a la caravana para viajar a Moscú y luego, por el curso del río Volga, a Astrakán.

—Muy bien, señor —dije yo entonces—, no abriguéis ningún temor de quedaros solos aquí. Si existe ese camino para mi regreso a Inglaterra, vuestra será la culpa si os volvéis solo a Macao.

Nos pusimos entonces a consultar lo que debíamos hacer, y pregunté a mi socio qué pensaba de las novedades que trajera el piloto y si le convenían para el curso de sus negocios. Me dijo que estaba en completa libertad de tomar esa ruta por cuanto había dejado sus cosas tan bien arregladas al salir de Bengala, y sus bienes en tan buenas manos, que a fin de completar el excelente viaje que habíamos hecho hasta Pekín estaba dispuesto a comprar sedas chinas, tanto crudas como manufacturadas, que merecieran llevarse a Inglaterra para vender allá, pudiendo retornar él a Bengala más tarde con un barco de la Compañía.

Esto resuelto, convinimos que si nuestro piloto portugués deseaba viajar con nosotros pagaríamos sus gastos hasta Moscú, o bien hasta Inglaterra, si estaba dispuesto a proseguir la ruta. Por cierto que no era aquella una generosidad excesiva, e incluso debíamos hacer más por él ya que los servicios que nos había prestado lo merecían sobradamente. Piloto en alta mar, había sido nuestro corredor e intermediario en tierra, y la relación que nos facilitara con el comerciante japonés valía cientos de libras que estaban ahora en nuestro poder. Nos consultamos al respecto, y manifestándonos dispuestos a gratificar como era justicia a aquel hombre, y ansiosos por tenerlo aún en nuestra compañía, ya que resultaba sumamente útil en muchas ocasiones, decidimos hacerle entrega de una cantidad en metálico que, según mis cálculos, llegaba a ciento setenta y cinco libras esterlinas, además de pagarle todos los gastos del viaje incluyendo su cabalgadura, excepto los que demandara un segundo caballo que llevaba para sus efectos.

Llamamos entonces al piloto para comunicarle lo que acabábamos de resolver. Le manifesté que había escuchado su queja de que dejaríamos volverse solo pero que por el contrario estábamos dispuestos a no permitir tal cosa. Partiríamos con la caravana llevándolo en nuestra compañía, y, por lo tanto, deseábamos conocer su pensamiento.

Movió la cabeza al oírme, declarando que era una larga travesía y que él carecía de *pecune* para efectuarla, lo mismo que para alimentarse una vez llegase a destino. Entonces le interrumpimos diciéndole que habíamos pensado en todo eso y decidido hacer algo que le probara cuan reconocidos le estábamos por los servicios prestados y a la vez cuánto nos agradaba su compañía. Pasamos a explicarle la resolución tomada poco antes, el dinero que le entregaríamos para que dispusiera de él a su voluntad, asegurándole que todos los gastos del viaje quedaban por

nuestra cuenta si estaba dispuesto a acompañarnos, y que le dejaríamos sano y salvo —no mediando contingencias imprevisibles— en Moscú o Inglaterra, debiendo ocuparse él tan sólo del traslado de sus efectos.

Escuchó mis palabras con la expresión de un hombre arrobado, y nos dijo que iría a nuestro lado hasta el fin del mundo. Nos dispusimos por tanto a iniciar juntos la travesía; nuestros preparativos corrieron parejos con los muchos otros comerciantes que se incorporaban a la caravana, pero en vez de estar listos en cinco semanas transcurrieron cuatro meses y varios días antes de que nos halláramos dispuestos a emprender el viaje.

A comienzos de febrero (según nuestro calendario) salimos de Pekín. Mi socio y el anciano piloto habían regresado al puerto donde desembarcáramos primero a fin de vender algunos efectos que quedaron almacenados en él; entretanto, yo, acompañado de un comerciante chino a quien había conocido en Nankín, me encaminé a dicha ciudad, donde adquirí noventa piezas de finísimo damasco además de doscientas piezas de otras hermosas sedas de varias clases, algunas bordadas en oro, volviendo con todo ese cargamento a Pekín antes de que lo hiciera mi socio. Aparte de eso adquirimos gran cantidad de seda cruda y otras mercancías; solamente en esos géneros nuestro cargamento tenía un valor de tres mil quinientas libras esterlinas, lo cual, agregado a una cantidad de té, algunas indianas finas y tres camellos cargados de clavo y nuez moscada, formaba una caravana de dieciocho camellos aparte de los que montábamos nosotros. Sumando dos o tres caballos de refresco y dos cargados de provisiones, nuestra parte en la caravana estaba constituida por veintiséis camellos y caballos.

La comitiva era muy grande y creo recordar que no bajaba de trescientos a cuatrocientos caballos, con más de ciento veinte hombres excelentemente armados y dispuestos a todo evento, ya que así como las caravanas del Oriente están sujetas a los ataques de los árabes, aquí el peligro lo constituyen los tártaros. No son, sin embargo, tan peligrosos como aquéllos, ni se muestran tan bárbaros después de lograr una victoria.

La caravana estaba constituida por hombres de diversas nacionalidades, pero principalmente moscovitas, contándose unos sesenta comerciantes y vecinos de aquella ciudad, bien que algunos eran de Livonia. Para nuestra particular satisfacción encontramos a cinco escoceses que parecían ser comerciantes muy avezados y poseedores de gran fortuna.

Al cumplirse la primera jornada los guías, que eran cinco, convocaron a todos los caballeros y comerciantes, es decir, a todos los viajeros menos sus criados, para celebrar lo que ellos llamaban un gran consejo. En dicho gran consejo cada uno entregó cierta cantidad de dinero para formar un fondo común destinado a pagar el forraje —que no hubiera sido posible obtener de otra manera—, así como el salario de los guías, compra de caballos y demás gastos por el estilo. Se procedió luego a «organizar las jornadas», según su expresión, esto es, a nombrar capitanes y oficiales que nos comandarían en caso de ataque, repartiéndose los distintos turnos de mando. Esta organización militar no era en lo más mínimo innecesaria ni superflua en semejante travesía, como pronto podrá comprobarse.

El camino que seguimos nos hizo conocer un país densamente poblado por gentes que se dedican a la alfarería y también a preparar las tierras con que se hace la porcelana china. Mientras avanzábamos, nuestro piloto portugués, que siempre tenía algo divertido para decirnos, vino a mí con aire socarrón declarando que

deseaba hacerme conocer la cosa más rara del país. Agregó que después del desagrado que yo manifestara tantas veces en la China, por lo menos tendría en compensación la oportunidad de ver algo único en el mundo.

Me sentí lleno de curiosidad por saber qué era aquello, y por fin me reveló que se trataba de la residencia de un noble, construida íntegramente con productos de la China.

—Pues bien —dije yo—, me imagino que todas las construcciones se harán aquí con los materiales que existen a mano. ¿Qué tiene eso de raro?

—No me habéis entendido —replicó él—. Quiero decir que es una casa hecha con lo que en Inglaterra llamáis «producto de China», y que en nuestro país denominamos porcelana.

— ¿Es posible? ¿Y qué tamaño tiene esa casa? ¿No podríamos llevarla dentro de una caja y a lomo de camello? Si es posible, la compraremos.

— ¡A lomo de camello! —gritó el piloto, levantando las manos—. ¡Pero si en ella vive una familia de treinta personas!

Me sentí todavía más deseoso de verla, y cuando por fin llegamos cerca encontré una casa de madera recubierta de yeso, como diríamos en mi país; sin embargo, aquel yeso era verdadera porcelana china o más bien una capa de la tierra especial que allí se usa para obtener la porcelana.

El exterior, que brillaba al reflejar la luz solar, estaba esmaltado y tenía un hermosísimo aspecto de blancura deslumbrante; se veían figuras azules, idénticas a las que tienen las grandes porcelanas chinas que se llevan a Inglaterra, y parecían tan firmes como si hubiesen sido cocidas. En cuanto al interior, en lugar de frisos las paredes aparecían adornadas con hileras de mosaicos, pintados y cocidos, iguales a los que en mi país llamamos azulejos, pero hechos de la más fina porcelana y recubiertos de hermosísimas figuras que mostraban extraordinaria variedad de colorido en el cual no faltaba el oro; varios azulejos componían una imagen, y habían sido unidos con tal habilidad —empleando un mortero del mismo material— que no se advertían las juntas por más que se las buscara. Los pisos de la casa estaban hechos del mismo material y tan sólidos como los pisos de piedra cocida que usamos en muchos lugares de Inglaterra tales como Lincolnshire, Nottinghamshire y Leicestershire; los pisos eran sumamente lisos pero no cocidos ni pintados, excepto algunas habitaciones pequeñas íntegramente recubiertas de los mosaicos mencionados. Los techos y, en una palabra, toda la superficie de la casa, aparecían formados por el mismo material y hasta el tejado estaba recubierto de mosaicos, solamente que éstos eran de un negro brillante.

En verdad que se trataba de una casa de porcelana; el nombre podía serle aplicado muy justamente, y si no hubiese tenido que proseguir viaje me habría agrado quedarme allí unos días para examinarla en detalle. Me aseguraron que tenía fuentes y piscinas íntegramente recubiertas de aquellos mosaicos, y que en los jardines había largas hileras de estatuas de porcelana.

Como ésta es una de las particularidades más notables de la China, bien pueden permitirse destacar en ella, pero de lo que no tengo duda es que se destacan aún más en los relatos que sobre tal arte hacen, algunos tan increíbles que no me animo a transcribirlos en la seguridad de que son absolutamente falsos. Recuerdo que me dijeron, entre otras cosas, que un artista había hecho un barco de porcelana con todos sus aparejos, mástiles y velas del mismo material, lo bastante

grande para contener cincuenta hombres. Si hubieran agregado que el barco, después de botado al agua, fue capaz de navegar hasta el Japón, entonces mi paciencia se habría concluido; pero como me daba perfecta cuenta de que aquel relato era una completa mentira de quien me lo hacía, me limité a sonreír sin decir una sola palabra.

El curioso espectáculo me retrasó unas dos horas, quedando rezagado de la caravana, por lo cual el comandante de turno me multó en tres chelines, agregando que si nos hubiéramos encontrado a tres días de viaje más allá de la muralla en vez de hallarnos todavía dentro de sus límites, me hubiera aplicado una multa cuatro veces mayor y exigido que pidiera perdón ante el gran consejo. Prometí entonces ser más puntual, y en realidad pronto tuve motivos para comprender que nuestra seguridad exigía que permaneciéramos unidos durante la travesía.

Dos días después atravesamos la Gran Muralla levantada por los chinos como fortificación contra los tártaros. Es aquélla una enorme construcción que se extiende sobre colinas y montañas siguiendo innecesariamente una ruta donde las rocas son tan abruptas y los precipicios tales que ningún enemigo podría pasarlos y en caso de ser capaz de hacerlo, no valdría una muralla para detenerlo. Nos aseguraron que su longitud es casi de mil millas inglesas pero que el país, en línea recta, mide unas quinientas, defendidas por aquella pared que describe numerosas curvas y sinuosidades. Tiene una altura de veinticuatro pies y en algunas partes alcanza igual espesor.

Permanecí junto a la muralla por espacio de una hora, sin contravenir las órdenes porque la caravana empleó ese tiempo en cruzar los portones; la miraba por todos lados, de cerca y de lejos, hasta donde alcanzaba mi vista. Nuestro guía, que había alabado incesantemente la construcción, estaba ansioso por escuchar mi parecer y entonces declaré que la consideraba un excelente recurso para mantener alejados a los tártaros. No entendió el exacto sentido de mis palabras, pero las tomó por un cumplido, lo cual hizo reír a nuestro viejo piloto.

— ¡Oh, señor inglés! —exclamó—. Vos habláis en colores.

— ¡En colores! ¿Qué queréis decir con eso?

—Que vuestras palabras son blancas en un sentido y negras en otro; parecen amables, pero son irónicas. Habéis dicho al guía que la muralla es buena para mantener alejados a los tártaros, de donde deduzco que queréis decir que solamente sirve para alejar a dicho pueblo, pero que de nada valdría frente a otro. Yo os comprendo bien, señor inglés —agregó—, pero el señor chino os entiende a su propia manera.

—Pues bien —dije a mi vez—, ¿es que pensáis que esta muralla podría resistir a un ejército europeo con buena artillería, o que se mantendría en pie si fuera atacada por nuestros ingenieros secundados por dos compañías de minadores? ¿No creéis que la echarían abajo en menos de diez días para que el ejército invadiera el país, o bien la harían volar con cimientos y todo sin que quedara ni rastro de ella?

— ¡Ah! —repuso él—. ¡Lo sé muy bien!

El guía chino se mostraba sumamente ansioso por entender lo que yo acababa de decir, y autoricé a mi intérprete para que le tradujera mis palabras unos días más tarde cuando saliéramos de las fronteras de su país y se dispusiera a dejar la caravana. Cuando escuchó entonces mis manifestaciones se quedó muy callado

durante el resto del trayecto, y, mientras estuvo con nosotros no volvimos a escucharle ningún relato sobre el poder de los chinos y sus grandezas.

28. BANDOLEROS E IDOLATRAS

Después de haber transpuesto aquella gran inutilidad llamada Muralla, que me recordaba la que los romanos habían construido en el Northumberland contra los pictos, empezamos a advertir que el país se despoblaba cada vez más y que las gentes parecían concentrarse en ciudades fortificadas a fin de estar al abrigo de los merodeos y las depredaciones de los tártaros, que se lanzan a robar en grandes números y no pueden ser contenidos por las pobres gentes del campo.

Fue allí que advertimos la necesidad de mantenernos constantemente unidos, ya que divisamos muchas partidas de tártaros que nos acechaban. Sin embargo, cuando alcancé a observarlos con más detenimiento me asombré de que el Imperio chino hubiese podido alguna vez ser conquistado por aquellos despreciables individuos, mera horda de salvajes que atacan sin guardar orden alguno, ignoran toda disciplina y tácticas de guerra.

Sus caballos son animales entecos y hambrientos, sin adiestramiento alguno y que no sirven de nada; nos convencimos de ello el primer día que les vimos, cosa que ocurrió después de haber penetrado en la parte más vasta del territorio. Ocurrió que nuestro jefe de turno concedió permiso a dieciséis de los nuestros para que fuésemos de caza, como llaman ellos al hecho de apoderarse de carneros y ovejas. Merece sin embargo el nombre de caza, porque aquellos animales son los más salvajes y veloces que haya yo visto, sólo que no pueden correr mucho tiempo y el cazador está seguro de alcanzarlos apenas principia la persecución, ya que para colmo se presentan en rebaños de treinta o cuarenta y, a la manera que es natural en las ovejas, se mantienen constantemente juntos en la huida.

Mientras nos dedicábamos a esa rara cacería dimos con una partida de unos cuarenta tártaros. Ignoro si estaban también dedicados a la caza de carneros o andaban a la busca de otra clase de presa. Tan pronto nos vieron uno de ellos sopló con fuerza en una especie de cuerno que dejó escapar un sonido tan salvaje que jamás había yo escuchado nada parecido y que, dicho sea de paso, preferiría no volver a escuchar. Imaginamos que aquélla era una señal para que los otros tártaros se les reunieran, y así fue, pues en menos de diez minutos una partida de cuarenta o cincuenta hombres apareció a la distancia, mas cuando llegaron habíamos procedido ya en la forma que ha de verse. Se hallaba entre nosotros uno de los comerciantes escoceses de Moscú, y tan pronto escuchó la llamada del cuerno nos dijo que lo único que quedaba por hacer era cargar inmediatamente sobre los tártaros. Luego de reunimos en una línea nos preguntó si estábamos resueltos, y como le contestamos afirmativamente, partimos al galope contra el enemigo. Los tártaros se habían quedado contemplándonos como verdadera horda sin orden ni disciplina; tan pronto nos vieron avanzar hacia ellos dispararon sus flechas que, por fortuna, erraron el tiro. Parece que calcularon mal la distancia aunque no la dirección, ya que las flechas cayeron un poco más adelante de donde veníamos al galope, pero disparadas con tanto acierto que si nos hubiésemos

encontrado veinte yardas más adelante muchos habrían resultado heridos y acaso muertos.

Nos detuvimos al punto; y aunque gran distancia nos separaba de la partida, disparamos una descarga contra ella enviándoles balas de plomo a cambio de sus dardos, y luego nos precipitamos otra vez a la carga, sable en mano, pues así lo mandaba el valeroso escocés que nos dirigía. Aquel hombre era tan sólo un comerciante, pero se condujo con tal vigor y decisión, y se mostró a la vez tan frío y sereno, que jamás vi hombre más capacitado para ejercer el mando en tales circunstancias. Tan pronto estuvimos cerca disparamos nuestras pistolas a quemarropa y luego los atropellamos, pero ellos huyeron en la confusión más completa. Su única tentativa fue hecha sobre nuestra ala derecha, donde tres tártaros se detuvieron a combatir llamando a la vez a los otros para que volvieran; tenían una especie de cimitarra en la mano y los arcos les colgaban del hombro. Nuestro comandante, sin pedir a nadie que lo siguiera, galopó en línea recta hacia ellos, y mientras derribaba a uno del caballo con un culatazo del mosquete, mató al segundo de un pistoletazo, con lo cual el tercero salió huyendo y el combate terminó allí mismo.

Desgraciadamente, mientras esto acontecía nuestros carneros habíanse perdido de vista. Salimos ilesos de la lucha, pero los tártaros tuvieron por lo menos cinco muertos. No sabíamos si otros estarían heridos, mas lo que vimos claramente fue que la segunda partida de tártaros se asustó tanto con el estampido de nuestras armas que no hizo la menor tentativa de cargar contra nosotros.

Esto tuvo lugar mientras viajábamos aún en territorio chino, y por eso los tártaros no se mostraban tan osados como lo fueron más adelante. Cinco días después entramos en un inmenso y desolado desierto que atravesamos en una marcha de tres días con sus noches, viéndonos obligados a llevar agua suficiente en grandes odres y acampar por las noches tal como he oído que se acostumbra en los desiertos de Arabia.

Pregunté a quién pertenecían aquellos dominios y me fue dicho que era una especie de frontera que podía ser llamada Tierra de Nadie. Formaba parte del Gran Karakatay o Gran Tartaria, región que aparecía como sometida a China, pero ésta no se preocupaba de limpiar de bandoleros aquella región que era considerada el peor desierto en el mundo entero, pese a que más tarde tuvimos que atravesar otros de mayor extensión.

Mientras cruzábamos por aquellas soledades, que confesaré me impresionaron mucho al comienzo, vimos dos o tres veces algunas pequeñas partidas de tártaros dedicados al parecer a sus propios asuntos, y que no demostraron malas intenciones para nosotros. Como el hombre que se encontró con el diablo, si nada tenían ellos que decirnos nosotros les pagamos de igual modo y los dejamos en paz.

Una vez, sin embargo, un grupo se acercó mucho a la caravana, deteniéndose luego a observarnos. No sabíamos si estaban considerando la conveniencia de atacarnos o no, por lo cual luego de desfilas cerca de ellos organizamos un grupo de cuarenta hombres para que constituyeran una retaguardia lista a todo evento, dejando que la caravana avanzara una media milla más allá. Poco después los vimos alejarse, pero sin embargo nos saludaron con cinco flechas, una de las cuales hirió malamente a un caballo al punto que nos vimos precisados a abandonar al pobre animal, quien hubiera necesitado la ayuda de un veterinario. Imaginamos que

podrían dispararnos nuevas flechas con buena puntería, pero aquella vez no vimos más tártaros ni sus dardos.

Transcurrió cerca de un mes en el curso del cual nuestro viaje se efectuó por caminos no tan malos como los anteriores, aunque todavía estábamos en los dominios del Emperador de China. Casi todos los caminos pasaban por pueblos fortificados contra las incursiones de los tártaros. Al llegar a una de esas poblaciones (a dos jornadas y media de nuestra próxima etapa, la ciudad de Naun) quise comprar un camello que frecuentemente son ofrecidos en venta a lo largo de esa ruta, así como caballos, ya que muchas caravanas que atraviesan la región los tornan necesarios. La persona a quien pedí que me procurara el animal se dispuso a ir en persona a buscarlo, pero yo, como un insensato, me empeñé en ir con él. El lugar se encontraba a unas dos millas fuera del pueblo, y era allí donde al parecer "mantenían los camellos y caballos protegidos por una guardia.

Nuestro viejo piloto se agregó a mí y fuimos los tres a pie, ansiando cambiar un poco nuestro modo de movernos. Llegamos al lugar que era un terreno deprimido y pantanoso, cercado con una pared de piedras amontonadas sin mortero o argamasa, y con el aspecto de un cuartel; en la entrada había una pequeña guardia de soldados chinos. Elegimos el camello, y luego de convenir el precio nos volvimos, llevando al animal el chino que había venido con nosotros, cuando he aquí que de repente aparecieron cinco tártaros a caballo. Dos de ellos se precipitaron sobre el chino y le arrebataron el camello, mientras los otros tres nos encaraban al piloto y a mí viendo que estábamos desarmados. En efecto, yo no tenía otra arma que mi espada, que muy poco podía defenderme contra tres jinetes. Alzándola, sin embargo, contuve al primero de los atacantes, que retrocedió, por cuanto son insignes cobardes, pero el segundo, atacándome de lado, me descargó tal golpe en la cabeza que no supe más hasta recobrar el sentido tiempo después, sin alcanzar a comprender qué me había pasado; el hecho es que me desplomé pesadamente en el suelo.

El anciano piloto, eficiente como en todas las ocasiones, tenía una pistola en su bolsillo, cosa que ni los tártaros ni yo habíamos sospechado; bien que de haberlo sabido no nos hubiesen acometido, pues los cobardes son sólo temerarios cuando no hay peligro.

Viéndome caer desvanecido, el anciano se precipitó furiosamente sobre el bandolero que me había golpeado, y aferrándole el brazo con una mano, hizo tal presión que lo obligó a inclinarse hacia él, disparándole entonces un pistoletazo en la cabeza que le dejó muerto en el acto. Volviéndose al tártaro que nos había detenido, y antes de que pudiera reaccionar de su estupor y atacarlo, le soltó un terrible mandoble con una cimitarra que llevaba siempre consigo, y aunque no acertó a darle asestó un tajo en la cabeza de su caballo, cortándole de raíz una oreja así como un gran trozo de carne. El pobre animal, enloquecido por la herida, se desbocó inmediatamente, aunque su jinete estaba firme en la silla, lanzándose al galope con tal rapidez que el piloto no pudo herir por segunda vez. A cierta distancia, luego de levantarse sobre las patas traseras, el caballo terminó por despedir de su montura al tártaro y caer sobre él.

En este intervalo, el pobre chino, que había perdido el camello y carecía de armas, vino corriendo hacia nosotros. Viendo entonces al tártaro caído y al caballo que lo aplastaba, corrió hacia él y quitándole una tosca arma que aquél llevaba a la cintura, especie de hacha aunque en realidad no merecía tal nombre, la alzó sobre

su enemigo hendiéndole el cráneo de un golpe. Entretanto nuestro piloto se las entendía con el tercer tártaro: al ver que no se escapaba como había esperado, pero que tampoco venía a provocar lucha sino que permanecía inmóvil y como a la espera, el anciano hizo lo mismo, pero apresurándose entretanto a cargar otra vez su pistola. No bien el tártaro advirtió su movimiento, ya fuera porque se asustó pensando que se trataba de otra arma cargada o por otra cosa, el hecho es que huyó desalado dejando al piloto, mi campeón como me complací en llamarle más tarde, dueño del campo y victorioso.

Para entonces yo estaba volviendo en mí. Mi primera idea al despertar fue que había estado durmiendo apaciblemente, pero luego me pregunté qué había ocurrido y por qué estaba tirado en el suelo. Ya recobrados los sentidos, sentí agudo dolor aunque no alcanzaba todavía a localizarlo. Me llevé la mano a la cabeza y la retiré ensangrentada, sintiendo que el dolor crecía; entonces, casi instantáneamente, recobré la memoria y supe todo lo que había acontecido.

Salté sobre mis pies buscando la espada, pero ya no había enemigos a la vista. Encontré un tártaro muerto y su caballo muy quieto a su lado, y mirando más lejos alcancé a ver, mi campeón y salvador, quien luego de inspeccionar la labor del chino, retornaba con su cimitarra en la mano. Viéndome de pie, el anciano vino corriendo y me abrazó con inexplicable alegría porque había temido que yo hubiera muerto. Al ver la sangre, pensó que estaba herido, pero pronto comprendimos que no era gran cosa, sino lo que habitualmente se llama la cabeza rota. Ni siquiera más tarde me sentí demasiado dolorido por el golpe o el lugar donde lo recibiera, y en dos o tres días estuve perfectamente bien.

No obtuvimos gran provecho de aquella victoria, pues al fin y al cabo perdimos un camello. Lo más notable fue, sin embargo, que al retornar al pueblo el hombre quiso recibir el valor del camello. Yo me negué a pagárselo y fue necesario comparecer ante el juez chino del lugar, lo que en Inglaterra llamaríamos acudir al juez de paz. Para ser justo con él debo admitir que se condujo con gran prudencia e imparcialidad, pues luego de escuchar a ambas partes preguntó gravemente al chino que había ido conmigo a comprar el camello si era mi sirviente.

—No soy sirviente —repuso él—, pero acompañé al extranjero.

—¿A pedido de quién?

—A pedido del extranjero.

—Entonces —sentenció el juez—, tú eras el sirviente del extranjero en ese momento, y si el camello fue entregado al sirviente fue por tanto entregado al amo, quien debe pagar por él.

Confieso que la cosa estaba clara y que no cabía decir una palabra en contra. Admirando tan justa manera de reaccionar, así como la imparcialidad del juicio, pagué con buena voluntad el camello y mandé a buscar otro. Observad que he dicho mandé. No fui en persona a elegir otro animal; me bastaba con lo sucedido.

La ciudad de Naun está en la frontera del imperio chino. La llaman una ciudad fortificada, y en cuanto a las necesidades de aquellas tierras lo es ciertamente, ya que puedo afirmar sin temor que todos los tártaros de Karakatay —algunos millones según creo— la atacarían en vano con sus arcos y flechas. Pero en cuanto a su solidez en el caso de ser sitiada con cañones, provocaría la risa de aquellos que entienden de la materia. Nos encontrábamos, como ya he dicho, a unas dos jornadas de aquella ciudad cuando nos alcanzaron los mensajeros enviados ex

profeso a todos los puntos del camino para advertir a los viajeros y sus caravanas que se detuvieran a esperar una escolta que se les enviaría, ya que un ejército de tártaros que alcanzaba el insólito número de diez mil hombres acababa de ser visto por aquellos lados, a unas treinta millas más allá de la ciudad.

Muy malas noticias eran aquéllas para nosotros, pero significaban un atinado proceder por parte del gobernador y nos alegramos mucho sabiendo que seríamos protegidos por una guardia. Dos días más tarde, en efecto, recibimos doscientos soldados enviados desde una guarnición china situada a nuestra izquierda, y luego otros trescientos provenientes de Naun. Protegidos por ellos avanzamos sin temor, precedidos por los soldados de Naum, con una retaguardia constituida por los doscientos hombres de la guarnición y nosotros formando las alas a fin de que la caravana estuviese rodeada por todas partes. Dispuestos a la batalla, nos sentíamos capaces de pelear contra los diez mil tártaros mongoles si les daba por enfrentarnos, pero cuando aparecieron al día siguiente vimos que las cosas eran muy distintas.

Era de mañana temprano cuando, al salir de un pueblecito muy bien situado llamado Changu, tuvimos que vadear un río. Si los tártaros hubieran sabido algo de táctica. Hubiesen podido atacarnos entonces con ventaja, aprovechando el momento en que la caravana había cruzado el río y la retaguardia estaba aún en la otra orilla; sin embargo, no vimos huellas de ellos.

Tres horas más tarde, entrando en un desierto de unas quince millas o más de extensión, vimos repentinamente la nube de polvo que levantaban nuestros enemigos aproximándose a galope tendido y espoleando sus cabalgaduras.

Los chinos que formaban la vanguardia, y que tan jactanciosos se habían mostrado el día anterior, empezaron a vacilar y mirar con frecuencia hacia atrás, lo que en un soldado constituye invariablemente signo de que se apresta a emprender la fuga. El anciano piloto era de mi parecer, y viéndome cerca declaró:

—Señor inglés, es necesario dar ánimo a esos soldados o serán los causantes de nuestra ruina. Estoy seguro de que si los tártaros cargan sobre nosotros, no esperarán a recibir el choque.

—Pienso como vos —repuse—, ¿pero qué podemos hacer?

— ¿Hacer? Todo está en enviar a cincuenta de los nuestros a que flanqueen cada ala e infundan coraje. Si se sienten acompañados por hombres valerosos pelearán bien, pero de lo contrario darán en seguida la espalda al enemigo.

Galopé hacia donde estaba nuestro jefe y le transmití lo que acababa de ocurrirnos; como le pareciera bien, cincuenta de los nuestros se colocaron sobre el ala derecha y otros tantos en la izquierda, mientras el resto constituía una línea de reserva. Así avanzamos, dejando a los otros doscientos chinos que constituyeran un segundo ejército destinado a proteger los camellos. Si era necesario, cien de aquellos hombres acudirían a reforzar nuestra reserva de cincuenta hombres.

Los tártaros avanzaron en hordas innumerables, cuyo número no podría dar aunque era por lo menos de diez mil. Una patrulla avanzó en reconocimiento de nuestras líneas y atravesó el terreno frente a nosotros. Al advertir que estaban a distancia de tiro, nuestro jefe ordenó que las dos alas avanzaran con suma rapidez y les hicieran una descarga cruzada, lo cual se efectuó de inmediato. Se alejaron entonces a todo galope, probablemente para informar a los otros de la recepción que acababa de serles brindada; y no me cabe duda de que ese saludo les enfrió

notablemente la sangre, pues el ejército hizo alto como para deliberar, y dando después media vuelta abandonó su designio y no supimos más de él. Es de imaginar la alegría que nos causó semejante retirada, ya que nos habíamos sentido muy poco seguros de nuestras probabilidades contra un número tan abrumador de enemigos.

Dos días después arribamos a la ciudad de Naun o Naum. Agradecemos al gobernador el cuidado que había tenido de nosotros e hicimos una colecta por valor de unas cien coronas que repartimos entre los soldados que nos habían escoltado, quedándonos todo un día en el lugar. Se trataba de una guarnición donde se concentraban novecientos hombres y la razón de tal defensa era que antaño las fronteras moscovitas se encontraban mucho más cercanas al fuerte que en la actualidad. Parece que los rusos abandonaron más tarde aquellos territorios en una extensión de doscientas millas al oeste de Naun por considerarlos desolados e impropios para los cultivos, fuera de que su alejamiento los tornaba difíciles de defender; conviene decir aquí que aún nos hallábamnos a más de dos mil millas de la Moscovia propiamente dicha.

Siguiendo el viaje, cruzamos varios grandes ríos y dos horrorosos desiertos, uno de los cuales insumió dieceséis días de viaje, mereciendo como he dicho que se llamara la Tierra de Nadie. El 13 de abril llegamos por fin a las fronteras del dominio moscovita. Creo que la primera ciudad, pueblo o fortaleza —como quiera llamársele— perteneciente al Zar de Moscovia era el llamado Argunsk, en la orilla izquierda del río Argun.

No pude menos de manifestar la profunda satisfacción que me causaba haber llegado por fin a un país de cristianos o, por lo menos, a un país gobernado por cristianos. Ciertamente que en mi opinión apenas merecen los moscovitas tal denominación, aunque pretendan serlo y a su manera se muestren sumamente devotos.

Saludé entonces al bravo comerciante escocés de quien he hablado más arriba y tomándole la mano exclamé:

— ¡Bendito sea el Señor! ¡Por fin estamos otra vez entre cristianos!

Sonriéndose, me contestó:

—No os regocijéis tan pronto, compatriota. Estos moscovitas son una rara especie de cristianos. Ya veréis que aparte del nombre, pasarán varios meses de viaje sin que descubráis el espíritu del cristianismo en esta tierra.

—De todas maneras —observé—, mejor es eso que el paganismo y la adoración de demonios.

—Os diré —declaró mi compañero—, que exceptuando a los soldados rusos de las guarniciones, así como algunos habitantes de las ciudades que encontraremos de paso, todo el resto del país en una extensión superior a mil millas en redondo está poblado por los más ignorantes y peores paganos imaginables.

Y así era, efectivamente.

Seguimos avanzando más allá del río Argun en cómodas jornadas, y tuvimos oportunidad de mostrarnos agradecidos al Zar de Moscovia por el cuidado puesto en levantar ciudades e instalar guarniciones en todos los lugares posibles, desde los cuales los soldados mantienen la vigilancia a semejanza de los fortines puestos antaño por los romanos en los remotos rincones de su imperio —incluso algunos en Gran Bretaña para seguridad del comercio y el alojamiento de los viajeros. Así

empecé a advertir lo que me habían prevenido; a cualquier sitio que llegásemos, bien que en los pueblos y las guarniciones tanto el gobernador como los soldados eran rusos y cristianos, el resto de los habitantes profesaba el paganismo, hacía sacrificios a los ídolos y adoraba al sol, la luna y las estrellas, o a todos los astros del cielo. Pienso que de todos los paganos que me haya sido dado conocer éstos eran los más bárbaros, sólo que no comían carne humana como los salvajes americanos.

Algunas muestras de esa barbarie pudimos encontrar en el territorio situado entre Argunsk —donde penetramos en los dominios moscovitas— y una ciudad a la vez rusa y tártara llamada Nertchinsk, territorio en el que hay grandes desiertos y bosques que nos llevaron veinte días hasta recorrerlos. En un pueblo cercano a la segunda ciudad nombrada sentí curiosidad por averiguar la manera de vivir de aquellas gentes, que es por cierto la más brutal e insoportable que pueda imaginarse. Parece que aquel día iban a celebrar un sacrificio; encontramos, puesto sobre un tronco de árbol, el más horrible ídolo concebible. Era de madera, tan espantoso como el diablo, o por lo menos como llegamos a imaginarnos su fealdad. Tenía una cabeza que apenas se asemejaba a la forma humana; orejas iguales a cuernos de macho cabrío; ojos del tamaño de las monedas que llamamos coronas; una nariz curvada como un cuerno retorcido y la boca, abierta en forma de cuadrilátero a la manera de un león, con horribles dientes curvos como el pico de los loros. Aparecía vestido con las ropas más inmundas que imaginarse pueda; tenía una especie de chaqueta de piel de oveja con la lana hacia afuera, y en la cabeza un gran gorro tártaro del cual salían dos cuernos. Medía ocho pies de alto y no tenía pies o piernas, así como ninguna proporción comparable a un cuerpo humano.

Este espantapájaros había sido emplazado en las afueras del villorrio, y cuando me acerqué había cerca de él dieciséis o diecisiete individuos que no sé si eran hombres o mujeres, porque no hacen distinción en sus ropas ni en sus cabellos; yacían tirados de boca contra el suelo, en torno al monstruoso ídolo, y no vi que ninguno hiciera el más mínimo movimiento como si fuesen pedazos de madera igual que su ídolo. Hasta llegué a pensarlo seriamente, pero al acercarme un poco más se enderezaron de pronto lanzando una especie de aullido semejante al de una jauría de mastines, tras lo cual se alejaron como si los ofendiera que los hubiésemos molestado. Poco más allá del ídolo, y en la puerta de una especie de choza o tienda hecha con pieles de oveja y de cabra, vimos a tres carniceros, o lo que nos parecieron tales. Cuando nos acercamos algo más notamos que tenían largos cuchillos en las manos y en el centro de la tienda alcanzamos a distinguir tres ovejas degolladas así como un novillo. Parece que tales eran los sacrificios que hacían al horroroso ídolo, y aquellos tres hombres eran sus sacerdotes.

En cuanto al grupo de individuos posternados, se trataba de los que habían ofrecido el sacrificio y al llegar nosotros estaban entregados a sus plegarias al ídolo.

Confieso que me sentí más indignado al ver tanta estupidez y advertir la torpe adoración de aquel espantajo que todo cuanto viera antes en mi vida; cabalgando entonces hacia la imagen de aquel monstruo o como se quiera llamarle partí en dos pedazos con mi espada el bonete que tenía en la cabeza, de tal modo que le quedó colgando de los cuernos. Uno de los hombres que venía conmigo aferró entonces la chaqueta de piel de oveja que cubría al ídolo y se la arrancó a tirones en el mismo instante en que un horrible clamoreo se difundía por todo el villorrio y por lo menos

trescientos habitantes se precipitaban en nuestra dirección; nos apresuramos, pues, a ponernos a salvo, observando que muchos estaban armados de arco y flechas, pero con toda la intención de hacerles una nueva visita.

Nuestra caravana permaneció tres días en el pueblo, que estaba a cuatro millas del lugar, a fin de proveerse de algunos caballos que nos hacían falta, ya que el mal estado de los caminos y el cruce de los desiertos habían estropeado muchas cabalgaduras. Me quedaba suficiente tiempo para poner en ejecución mis designios y comuniqué mi proyecto al comerciante escocés de cuyo coraje tenía testimonio suficiente como he narrado más arriba. Le dije lo que había visto y la indignación que me causaba pensar que la naturaleza humana pudiera llegar a semejante grado de degeneración. Afirmé que estaba resuelto, siempre que encontrase a cuatro o cinco hombres bien armados dispuestos a secundarme, a volver para destruir aquel vil y abominable ídolo, demostrando así a las gentes que ni siquiera tenía poder para defenderse a sí mismo y mucho menos merecía que lo adorasen, le elevaran plegarias y le rindiesen homenajes y sacrificios.

Al oírme, mi interlocutor se echó a reír.

—Vuestro celo es excelente —me dijo—, ¿pero qué os proponéis con esa expedición?

— ¡Qué me propongo! —exclamé—. ¡Pues vindicar el honor de Dios que es insultado por esa diabólica adoración!

— ¿Y cómo podéis vindicar el honor de Dios si esa gente no llega a darse cuenta de la intención que os ha movido, salvo que pudierais hablarles y convencerles? Aun así os atacarán y os batirán, porque os aseguro que son gentes resueltas, especialmente cuando del culto de sus dioses se trata.

— ¿No podemos llevar a cabo mi proyecto durante la noche —pregunté— y dejarles por escrito las razones que nos han guiado, redactadas en su propio idioma?

— ¡Por escrito! —exclamó el escocés—. ¡Pero si no hay un solo hombre en cinco naciones de las tuyas que sea capaz de entender una carta ni leer una línea en cualquier lenguaje y menos en el suyo!

— ¡Maldita ignorancia! —exclamé—. Y sin embargo, señor, me siento resuelto a ejecutar mi plan. Tal vez el instinto o la naturaleza los lleve a deducir de lo sucedido su propia ignorancia y la brutalidad en que están sumidos al adorar tan horrible ídolo.

—Considerad esto, señor —me dijo entonces mi interlocutor—. Si vuestro celo os mueve en tal forma llevad a ejecución vuestro designio, pero es mi deber advertiros que esos pueblos o naciones se encuentran bajo el dominio del Zar de Moscovia y reducidos por la fuerza; si hacéis semejante cosa con ellos, hay diez probabilidades contra una de que acudan al gobernador de Nertchinsk y luego de quejarse exigirán satisfacción; si él se niega a darla, las mismas probabilidades existen de que se produzca una revuelta que conduzca a una nueva guerra contra todos los tártaros de estas regiones.

Admito que sus palabras me obligaron a pensar más serenamente la cosa, pero una y otra vez volvía a tocar la misma cuerda y durante todo el día me sentí deseoso de llevar a la práctica mi proyecto. Hacia la noche, el comerciante escocés me encontró accidentalmente mientras paseábamos por el pueblo, y pidió hablar conmigo.

—Mucho me temo —dijo— haberos disuadido de vuestra idea, y eso me ha preocupado todo el día, ya que aborrezco los ídolos y la idolatría tanto como vos.

—En verdad —repuse— que me habéis contenido algo en mis ansias de llevar a cabo esa idea, pero no del todo, pues sigo creyendo que intentaré la aventura antes de que salgamos del pueblo, aunque más tarde me entreguen a ellos para aplacar su rabia.

— ¡Oh, no! —exclamó él—. ¡Dios no quiera que seáis jamás entregado a semejante caterva de monstruos! Pero no lo harán, ciertamente, porque equivaldría a que os asesinaran.

— ¿De veras? ¿Y qué haría esa gente conmigo?

— ¿Qué haría? —dijo él—. Os contaré cómo trataron a un pobre ruso que también les reprochó como vos su idolatría y a quien apresaron después de herir de un flechazo, impidiéndole que escapara. Luego de desnudarlo y amarrarlo fuertemente lo subieron a lo alto de su ídolo, lo rodearon y se pusieron a disparar sobre él tantas flechas como podía contener su cuerpo. Más tarde lo quemaron, sin sacarle antes las flechas, a manera de sacrificio al ídolo.

— ¿Era ese mismo ídolo?

—Sí, el mismo.

—Pues bien —dije yo—, voy a relataros una historia.

Le conté lo ocurrido a nuestros hombres de Madagascar, y cómo incendiaron y saquearon una aldea indígena, asesinando a hombres, mujeres y niños por la muerte de uno de ellos. Cuando hube terminado la narración, opiné que la misma cosa debía hacerse con ese villorrio.

Escuchó mi relato atentamente, pero al oírme decir que lo mismo merecían los de ese poblado, respondió:

—Os equivocáis grandemente, porque lo que os he dicho no sucedió aquí sino a casi cien millas de este lugar. Sin embargo, se trataba del mismo ídolo, ya que lo llevan en procesión de pueblo en pueblo.

—Perfectamente —dije—. Entonces hay que castigar al ídolo y creedme que lo haré si alcanzo a vivir esta noche.

Al verme tan resuelto, terminó por aprobar mi plan y me rogó que no fuese solo, ofreciéndose a acompañarme con otro de sus compatriotas, individuo enérgico y valeroso.

—Es un hombre —agregó— tan notable por su celo religioso como el mejor que podríais imaginar para que os secunde en contra de esas demoníacas adoraciones paganas.

Me presentó a su camarada, un escocés llamado capitán Richardson, a quien hice el fiel relato de todo cuanto había presenciado y también de lo que intentaba poner en práctica. El capitán me dijo que iría conmigo, aunque le costara la vida, y por fin decidimos hacer la expedición los tres solos. Yo lo había propuesto antes a mi socio, pero se rehusó diciéndome que estaba dispuesto a acompañarme hasta el fin cuando se tratara de defender mi vida, pero que esa aventura estaba fuera de su línea de conducta. Por lo tanto, nos resolvimos a ir solos, llevando también a mi criado, y poner mi designio en práctica esa noche a las doce, con todo el secreto necesario.

Más tarde, sin embargo, después de reflexionarlo mejor, decidimos aplazar la empresa hasta la noche siguiente, ya que la caravana volvería a ponerse en marcha por la mañana y suponíamos que el gobernador, sabiéndonos lejos y fuera del alcance de su poder, no se animaría a entregarnos para satisfacción de las gentes. El comerciante escocés, que se mostraba ahora tan resuelto en el proyecto como en su ejecución, me trajo ropas a la usanza tártara, hechas de piel de oveja, con un gorro, arco y flechas, mientras obtenía iguales atavíos para él y su compañero, a fin de que nadie pudiera deducir por nuestro aspecto a qué nacionalidad pertenecíamos.

Pasamos la primera noche haciendo una mezcla con algunas sustancias combustibles, aguardiente, pólvora y otros ingredientes. Habiéndonos provisto de cierta cantidad de brea en un recipiente, una hora después del anochecer salimos rumbo al lugar convenido.

Llegamos al sitio a eso de las once de la noche, notando que las gentes no parecían en lo más mínimo inquietas por la seguridad de su ídolo. Era una noche nublada, aunque la luna alcanzaba a verter suficiente luz para mostrarnos el emplazamiento del ídolo, en el mismo sitio y forma en que lo viéramos la primera vez. Todos parecían haberse ido a dormir, pero en la gran choza o tienda donde viéramos a los tres sacerdotes que confundimos con carniceros observamos que había luz y al acercarnos más escuchamos voces como de unas cinco o seis personas que dialogaban.

Si procedíamos a aplicar nuestra pez griega al ídolo para incendiarlo, los moradores de la choza saldrían inmediatamente a fin de salvar la imagen de su destrucción. ¿Cuál sería entonces nuestra actitud? Pensamos al principio transportar al ídolo más lejos para incendiarlo con seguridad: pero al tratar de levantarlo encontramos que pesaba demasiado y nos quedamos llenos de perplejidad. El segundo escocés era de opinión que incendiáramos la choza y cuando sus moradores se lanzaran fuera los golpeáramos hasta privarlos del conocimiento. Yo me manifesté contrario a dicho plan, pues me repugnaba la idea de matar alguno pudiendo evitarlo.

—Pues bien —dijo entonces el comerciante escocés—, ésta es mi idea: trataremos de tomarlos prisioneros, atarles fuertemente las manos a la espalda y obligarlos a que presencien la destrucción de su ídolo.

Por fortuna, teníamos suficiente bramante o cuerda fina con la cual habíamos atado nuestras materias incendiarias, de manera que nos dispusimos a atacar a aquellos hombres con el menor ruido posible. Golpeamos la puerta y las cosas ocurrieron a gusto nuestro, pues uno de los sacerdotes acudió a abrir. Nos apoderamos de él al punto tapándole la boca y le*atamos las manos a la espalda arrastrándolo hasta donde se hallaba el ídolo y allí procedimos a amordazarlo para que no pudiese exhalar el menor quejido, atándole los pies y abandonándolo en el suelo.

Dos de nosotros permanecimos en la puerta esperando que otro saliera a averiguar qué había pasado, pero como transcurría el tiempo y nuestro tercer compañero había vuelto a reunirse con nosotros, otra vez llamamos suavemente a la puerta. Dos de ellos salieron juntos e hicimos la misma cosa a sus expensas, viéndonos sin embargo obligados a llevarlos entre los tres para dejarlos amordazados junto al ídolo; cuando volvimos encontramos a dos hombres a la puerta y un tercero entre ellos, pero más adentro. Sujetamos a los dos primeros,

atándoles rápidamente, mas el tercero alcanzó a echarse atrás y exhalar un grito, al tiempo que el comerciante escocés entraba tras él y encendiendo una composición que habíamos hecho y que servía para producir un espeso humo maloliente, la arrojó dentro de la choza. Entretanto, el otro escocés y mi criado, encargándose de los dos prisioneros ya bien atados, los llevaban en dirección al ídolo y los dejaban allí para que se maravillaran de que su dios no acudiera a salvarlos; de inmediato los nuestros se nos reunieron en la choza.

La mixtura que arrojáramos había llenado la choza con tanto humo que sus ocupantes estaban ya medio sofocados; tiramos entonces al interior un saquito de cuero cuyo contenido se inflamó como una vela haciéndonos ver a cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, que por lo visto habían estado celebrando alguno de sus diabólicos sacrificios. Tan aterrados quedaron que parecían muertos, quietos en el suelo y temblando como azogados, incapaces de hablar a causa del humo que los ahogaba.

Los apresamos sin dificultad, atándolos igual que a los restantes y sin el menor ruido. Debo agregar que antes de eso los habíamos sacado de la choza, pues apenas podíamos resistir la sofocación del humo. Hecho esto los llevamos al sitio donde estaba el ídolo y nos pusimos a trabajar en la imagen. Ante todo la untamos, ropas incluidas, con pez y otra sustancia que habíamos traído y que era una mezcla de sebo y azufre. Luego de rellenar los ojos, oídos y boca del ídolo con buena cantidad de pólvora, envolvimos finalmente el gorro o bonete con una gran porción de pez griega. Reuniendo en seguida todas las sustancias combustibles que nos quedaban, miramos en derredor en busca de otros elementos para formar una hoguera, hasta que mi criado recordó haber visto en la choza un haz de forraje seco, no recuerdo si paja o juncos. En compañía de uno de los escoceses fueron a buscarlo, volviendo con grandes brazadas que dispusimos a cierta distancia. Entonces, después de desatar los pies a los prisioneros y quitarles las mordazas, los trajimos cerca de su ídolo y le pegamos fuego.

Transcurrió un cuarto de hora hasta que la pólvora de los ojos, boca y orejas hizo explosión, deformando todo rasgo de la imagen y dejando al ídolo convertido en un humeante tronco de madera. Acercamos entonces el forraje seco para que terminara de consumirlo, y pensamos emprender la retirada, pero el comerciante escocés nos detuvo diciéndonos:

—No, debemos quedarnos; de lo contrario esos pobres infelices, en su desesperación, se arrojarán a la hoguera para quemarse junto con su ídolo.

Permanecemos, pues, montando guardia hasta que sólo hubo cenizas, recién nos marchamos dejando en libertad a aquellas gentes.

Por la mañana nos incorporamos a nuestros compañeros, que estaban muy ocupados ultimando los preparativos para la jornada, y nadie hubiese podido sospechar que habíamos pasado la noche en otro lugar que nuestros lechos, donde es de imaginarse que se quedan los viajeros cuyas fuerzas serán empleadas en la jornada diurna.

29. INVERNADA EN SIBERIA

Aquel curioso episodio no terminó allí. Al siguiente día una gran multitud compuesta no solamente de campesinos sino por los habitantes de numerosísimos poblados cercanos, se presentó a las puertas del pueblo y del modo más insultante exigió al gobernador ruso plena satisfacción por la afrenta hecha a sus sacerdotes y la destrucción de su gran Cham-Chi-Thaungu, nombre que daban a la monstruosa imagen objeto de su culto. Los habitantes de Nertchinsk se mostraron consternados al ver esto, pues aseguraban que los tártaros no bajaban de treinta mil y que en pocos días alcanzarían a reunir cien mil hombres armados.

El gobernador ruso envió representantes para que aplacaran los ánimos y se apresuró a decir a los peticionarios las palabras más amables que puedan imaginarse. Les aseguró que ignoraba lo ocurrido, que ni un alma en su guarnición había estado ausente de ella y por lo tanto nadie podía allí ser considerado culpable, pero que si ellos descubrían al causante de la injuria estaba dispuesto a castigarlo severamente.

A esto le contestaron con altanería que el país entero reverenciaba al gran Cham-Chi-Thaungu, morador del sol, y que ningún mortal se hubiese atrevido a cometer semejante ofensa salvo algunos cristianos descreídos —como les llamaban habitualmente según supe luego—. Por lo tanto, agregaron, se consideraban a partir de ese momento en guerra contra todos los rusos, que eran cristianos y en consecuencia descreídos.

Empleando toda su paciencia, y sin querer un rompimiento que fuera causa de guerra con aquellos tártaros (ya que el zar le había encargado que gobernara aquel país conquistado con toda la bondad posible), el gobernador insistió en sus amables palabras y por fin terminó diciéndoles que una caravana había salido aquella mañana rumbo a Rusia, y tal vez entre sus componentes se encontrara el culpable del ultraje, por lo cual ordenaría una investigación si eso los satisfacía. Sus manifestaciones aplacaron algo a aquellas gentes, y el gobernador envió mensajeros para que nos enteraran de lo acontecido haciéndonos saber que si alguien en la caravana era el culpable debía apresurarse a emprender la fuga, pero aun cuando nadie tuviese relación con aquel episodio nos aconsejaba apresurarnos lo más posible mientras él se las arreglaba para entretener a los enfurecidos habitantes.

La conducta del gobernador fue generosa en extremo, mas cuando los mensajeros arribaron con sus noticias nadie entre nosotros sabía nada de lo sucedido, y en lo que respecta a los verdaderos culpables no eran objeto de la menor sospecha y no se les preguntó nada. El jefe de la caravana recogió, sin embargo, la advertencia del gobernador y nos ordenó apresurar la marcha de modo que anduvimos dos días con sus noches sin hacer ninguna parada de importancia, hasta que por fin arribamos a un pueblo llamado Plotbus. Al otro día de dejarlo a nuestra espalda, algunas nubes de polvo que se advertían a la distancia señalaron claramente la presencia de perseguidores.

Habíamos entrado en el desierto, pasando por un gran lago llamado Schaks-Oser, cuando divisamos un gran cuerpo de caballería en la orilla del lago que mira hacia el norte, mientras nosotros seguíamos con rumbo al oeste. Notamos que también ellos tomaban dicho rumbo, aunque habían supuesto que seguiríamos por la orilla norte mientras afortunadamente para nosotros, preferimos la otra. Por espacio de dos días no los volvimos a ver.

Al tercer día se dieron cuenta de su error o bien alguien los enteró de nuestra posición, pues al atardecer los vimos avanzar al galope contra nosotros.

Nos tranquilizó sin embargo haber encontrado un excelente lugar para construir un campamento y pasar la noche, pues aunque estábamos en los comienzos del desierto sabíamos que en una extensión de más de quinientas millas careceríamos de toda población donde alojarnos.

Nadie, salvo nosotros tres, conocía el verdadero motivo de que fuésemos así perseguidos, pero como aquel desierto es merodeado frecuentemente por partidas de tártaros mongoles las caravanas no dejan nunca de precaverse contra un posible ataque nocturno de su parte, y por la frecuencia con que nos había ocurrido algo parecido tales precauciones no sorprendían a nadie.

Acampamos, pues, a fin de pernoctar, pero antes de haber completado nuestros preparativos el enemigo se presentó. No se lanzaron sobre nosotros como bandidos —que era lo que esperábamos— sino que enviaron tres mensajeros para exigir la entrega de los hombres que habían ofendido a los sacerdotes y quemado al dios Cham-Chi-Thaungu, a fin de castigarlos a su vez con la muerte de fuego. Afirmaron que a cambio de dicha entrega se alejarían sin dañar a nadie, pero de lo contrario asaltarían la caravana y le pegarían fuego.

Nuestros compañeros se miraron angustiados al escuchar aquellas amenazas y empezaron a observarse unos a otros buscando algún rostro en el cual se delatara la culpabilidad. Pero la repuesta fue «nadie»; nadie había cometido aquella ofensa.

El jefe de la caravana afirmó bajo palabra que estaba seguro de la inocencia de todos los miembros de la expedición ya que se trataba de pacíficos comerciantes que viajaban por negocios; les aseguró que no habíamos hecho daño ni a ellos ni a nadie y que por lo tanto era mejor que buscasen a los culpables en otro lado pues con nosotros se equivocaban. Por fin les hizo saber que no deberían molestarnos más, y que si éramos atacados nos defenderíamos.

Esta respuesta estuvo muy lejos de satisfacerlos y un gran número de ellos se presentó por la mañana en las inmediaciones del campamento. Viendo sin embargo la excelente posición que ocupábamos no se atrevieron a avanzar más allá del arroyuelo que corría cerca, donde se fueron concentrando en tal número que nos espantaron; los que calculaban con más discreción no veían menos de diez mil. Allí se quedaron un rato observándonos y luego exhalado un horrible alarido enviaron una lluvia de flechas que no alcanzaron a dañar a nadie, pues nos habíamos parapetado detrás de nuestros equipajes.

Poco después los vimos hacer un movimiento hacia la derecha, como si se dispusieran a flanquearnos, pero entonces un cosaco de Jerawena, hombre astuto y resuelto, habló con nuestro jefe y le dijo:

—Yo me encargo de desviar a toda esa gente en dirección a Shilka.

Era aquélla una ciudad situada a cuatro o cinco jornadas hacia el sur, y más bien en sentido contrario al punto donde habíamos llegado nosotros. Tomando su

arco y flechas, así como su caballo, el cosaco galopó a nuestra retaguardia como si estuviera por volverse a Nertchinsk, tras de lo cual hizo un gran rodeo y se presentó en el ejército tártaro como si lo hiciera ex profeso para comunicarle noticias; contó que los culpables de la destrucción de Cham-Chi-Thaungu viajaban en dirección a Shilka con una caravana de descreídos (como llamó a los cristianos según la denominación común en esas tierras), agregando que esos mismos individuos tenían la intención de quemar el dios Schal-Isar, reverenciado por los tungusos.

Como este individuo era de raza tártara y hablaba perfectamente su idioma, los engañó tan bien que le creyeron a pies juntillas y de inmediato se lanzaron como un huracán en dirección a Shilka que según dije se encontraba a unas cinco jornadas de donde estábamos; tres horas más tarde ya los habíamos perdido de vista y jamás volvimos a oír hablar de ellos, por lo cual no sabemos si alcanzaron a llegar al pueblo denominado Shilka.

Con toda felicidad arribamos a la ciudad de Jerawena, donde había una guarnición de moscovitas y allí permanecimos descansando cinco días ya que la caravana entera estaba fatigada por aquellas duras jornadas y la falta de tranquilidad y reposo durante las noches.

Partiendo de esa ciudad entramos en un espantoso desierto que nos llevó veintitrés días de marcha para atravesarlo.

Nos habíamos provisto de algunas tiendas a fin de pasar las noches en ellas, y el jefe de la caravana hizo comprar dieciséis carros o furgones del país para transportar el agua y las provisiones. Por las noches, el círculo formado por los carros constituía nuestra defensa, y aunque se hubiesen presentado los tártaros en gran número no habrían logrado buen éxito en sus ataques.

Es de imaginarse el ansia que tendría yo de descansar después de semejante travesía. Mientras la efectuábamos vimos abundancia de cazadores de martas cebellinas, partidas de habitantes de la Tartaria Mongólica a la cual pertenece este desierto y que con frecuencia atacan a las caravanas más pequeñas. Nunca vimos gran cantidad de ellos, y aunque nos llenaban de curiosidad las pieles de marta que habían obtenido fue imposible hablar con ellos porque no se animaban a acercarse y nosotros no nos atrevimos a abandonar el grueso de la caravana para salirles al encuentro.

Cruzado el desierto, entramos en país muy habitado; hallamos pueblos y castillos donde por orden del zar de Moscovia había guarniciones estables que protegían a las caravanas y defendían el país contra los tártaros que de lo contrario hubiesen tornado peligrosas las travesías.

El gobierno del zar había dado órdenes tan estrictas para la salvaguardia de las caravanas que apenas se recibían noticias de que partidas de tártaros merodeaban por la región las guarniciones enviaban destacamentos para escoltar a los viajeros de etapa en etapa.

Así fue como el gobernador de Udinsk, a quien tuve oportunidad de visitar por mediación del comerciante escocés que lo conocía, nos ofreció una guardia de cincuenta hombres para que nos escoltaran hasta la próxima ciudad.

Yo había pensado al principio que a medida que nos fuéramos acercando a Europa hallaríamos regiones más habitadas y gentes de mayor civilización, en lo cual me engañé completamente.

Cuando cruzamos el país de los tungusos vimos las mismas señales de paganismo y barbarie, si no peor, que observáramos anteriormente. Como eran pueblos conquistados y reducidos por los moscovitas no se mostraban tan peligrosos, pero en cuanto a grosería de modales, idolatría y politeísmo, no creo que ningún otro pueblo en el mundo entero haya conseguido jamás superarlos.

Todos ellos se visten con pieles de animales y sus casas están construidas del mismo material. No se puede distinguir a una mujer de un hombre, pues se asemejan en los modales y en las ropas. Al llegar el invierno, cuando la tierra se cubre de nieve, se meten en chozas subterráneas, especie de bóvedas comunicadas entre sí por galerías.

Si los tártaros tenían a su Cham-Chi-Thaungu para toda una región, aquí se encontraban ídolos en cada choza y en cada cueva. Aparte de eso adoran a las estrellas, al sol y las aguas, así como a la nieve. En una palabra, rinden culto a todo lo que no aciertan a entender (y entienden muy pocas cosas) de manera que cualquier objeto, por poco que tenga de sorprendente, les parece propicio a la adoración.

Pero no es mi deseo hablar de pueblos y países salvo que mi propia historia tenga directa relación con ellos. Nada de particular me ocurrió en esas regiones cuya extensión, a partir del desierto ya citado, calculo en unas cuatrocientas millas de las cuales la mitad están ocupadas por otro desierto cuya travesía nos llevó doce días de penurias, sin casas ni árboles para protegernos y viéndonos obligados a llevar con nosotros el agua y las provisiones indispensables. Pasado el desierto y luego de otras dos jornadas, llegamos a Ienisseisk, una ciudad rusa situada sobre el gran río Ienissei. Allí nos dijeron que ese río señala la división de Europa y Asia, aunque nuestros cartógrafos no concuerdan con esa idea. De lo que no cabe duda es que se trata del límite de la antigua Siberia, que constituye una simple provincia del vasto imperio moscovita y sin embargo es tan glande como todo el imperio germánico.

Aun en estas regiones, y exceptuando las guarniciones rusas, observé que el paganismo y la ignorancia dominaban. El territorio entre los ríos Obi y Ienissei es pagano y sus habitantes tan bárbaros como los más remotos tártaros; no creo que en esto sean sobrepujados por ningún pueblo de Asia o de América.

Me pareció —y así lo dije a los gobernadores moscovitas con quienes tuve oportunidad de departir— que aquellos paganos no están, por el solo hecho de hallarse bajo la dominación rusa, más próximos al cristianismo ni más capacitados para entenderlo. Todos me dieron la razón, asegurándome sin embargo que aquel problema no les concernía y que si el zar esperaba convertir a sus súbditos siberianos, tungusos o tártaros debía enviar misioneros entre ellos y no soldados; algunos agregaron, con una sinceridad que yo no había esperado, que el zar parecía interesarse más en que aquellos hombres fuesen vasallos que cristianos.

Para llegar al Obi, desde el otro río, atravesamos un país salvaje y desolado del que no puedo decir que sea estéril sino que las gentes no lo aprovechan; con buena administración se convertiría en la más agradable y fértil de las comarcas.

Todos los habitantes que vimos eran paganos, excepto aquellos provenientes de la Rusia; conviene aquí decir que éste es el país —a ambas márgenes del Obi— donde son desterrados los criminales que no han merecido sentencia de muerte, y que resulta casi imposible huir de esa región.

Nada tengo que contar sobre mis asuntos personales hasta llegar a Tobolsk, ciudad capital de Siberia donde hube de vivir algún tiempo a causa de lo que paso a relatar.

Llevábamos casi siete meses de viaje y el invierno principiaba a hacerse sentir, por lo cual mi socio y yo sostuvimos una conferencia sobre nuestros intereses y pensamos en la conveniencia de decidir el itinerario futuro ya que nuestro destino era Inglaterra y no Moscú. Nos habían hablado de trineos y de renos que nos llevarían sobre la nieve mientras durara el invierno, pues allí existen tales medios de transporte y resulta casi increíble el hecho de que aprovechando esos trineos los rusos prefieren viajar en invierno y no en verano. Pueden recorrer en ellos grandes distancias tanto de noche como de día, y como la nieve se hiela y endurece formando una capa uniforme, todo se convierte en una superficie continua, colinas, valles, ríos y lagos, de una solidez de piedra.

Pero yo no tenía por qué lanzarme a semejante travesía invernal. Repito que mi destino era Inglaterra y no Moscú y dos rutas se abrían a mi elección. Podía seguir con la caravana hasta Jaroslaw, de ahí encaminarme hacia el oeste para alcanzar Narva y el Golfo de Finlandia y seguir por mar o tierra hasta Danzig, donde esperaba vender con buena ganancia mi cargamento de productos chinos.

Si elegía el otro camino, después de separarme de la caravana en un pueblecito situado sobre el Duina, tendría seis días de viaje fluvial hasta Arcángel, donde con seguridad conseguiría embarcarme para Inglaterra, Holanda o Hamburgo.

Pronto advertí, sin embargo, que cualquiera de las dos rutas hubiera sido desastrosa en invierno. Yendo a Danzig habría encontrado helado el Báltico, sin posibilidad de navegar por él; viajar por tierra hacia aquellas regiones resultaba aún menos seguro que entre los tártaros de Mongolia. Lo mismo podía decirse sobre el viaje a Arcángel en pleno mes de octubre; sin duda no había allí ningún barco, pues nadie se queda en invierno en esa latitud y hasta los comerciantes que viven durante el verano en la ciudad se retiran a invernar a Moscú. Solamente encontraría frío, escasez de provisiones y todo un invierno a pasar en un pueblo desolado.

Después de pensarlo bien me resolví por fin a abandonar la caravana y quedarme durante el invierno allí donde me encontraba, o sea Tobolsk, en Siberia, ciudad situada a cincuenta y ocho grados de latitud; tenía así la seguridad de disponer de tres cosas imprescindibles para una internada: abundancia de alimentos y de provisiones, casa abrigada con suficiente combustible y excelente compañía. De todo esto daré minucioso detalle en su debido lugar.

Me encontraba ahora en un clima muy distinto del de mi querida isla, donde nunca sentí frío salvo cuando estuve enfermo de fiebres, y por el contrario me costaba soportar el peso de la ropa en los hombros y jamás encendía fuego si no era al aire libre y por la necesidad de cocer mis alimentos. Me mandé hacer tres gruesos trajes, así como unos abrigos que me llegaban hasta los pies y se abotonaban en las muñecas, enteramente forrados en pieles para que conservaran el calor.

En cuanto a una casa conveniente, debo confesar que no me agrada el método inglés de encender fuego en cada habitación y en chimeneas abiertas, las cuales, una vez que el fuego se ha consumido, sólo sirven para que el aire se enfríe tanto como el del exterior.

Por el contrario, luego de alquilar un departamento en una excelente casa de la ciudad, hice que construyeran en el centro de mis seis habitaciones una chimenea a manera de hornilo, como una verdadera estufa. El caño que recibía el humo iba en dirección contraria a la abertura que servía para alimentar el fuego, y en esa forma todas las habitaciones tenían calor equilibrado sin que se viera el fuego tal como se hace para calentar los baños en Inglaterra.

En esta forma gozábamos siempre de idéntica temperatura en todas las habitaciones, y aunque afuera hiciese frío riguroso en la casa había un ambiente agradable, sin verse fuego alguno ni soportar la incomodidad del humo. Lo más extraordinario de todo fue encontrar grata compañía en aquella región tan bárbara, la más septentrional de toda Europa, cerca del Mar Glacial, y a pocos grados de diferencia con Nueva Zembla. Ya he dicho sin embargo que en esta región eran desterrados los reos de estado y la ciudad estaba llena de nobles, príncipes, caballeros, coroneles y la corte de Moscovia. Se encontraba allí el famoso príncipe Galitzin, el anciano general Robostisky y muchas otras personas distinguidas, así como no pocas damas.

Por intermedio del comerciante escocés —quien dicho sea de paso se separó de mí en esta ciudad— trabé relación con varios de aquellos caballeros, algunos pertenecientes a la más alta nobleza, y durante las largas noches de invierno recibí con frecuencia sus muy gratas visitas. Recuerdo que una noche hablaba con el príncipe «X...», uno de los ex ministros de estado del zar, que fuera desterrado a Siberia, cuando la conversación recayó sobre mi persona. Me había estado narrando con abundancia de detalles la grandeza, magnificencia, dominios y absoluto poder del Emperador de las Rusias. Lo interrumpí entonces para manifestarle que yo era un príncipe aún más poderoso que el zar de Moscovia, aunque mis dominios no fuesen tan dilatados ni tan numerosa mi población. El grande de Rusia me contempló con algo de sorpresa, y fijando su mirada en mí empezó a preguntarse qué quería yo decir con aquello.

Le aseguré que su asombro cesaría una vez que le explicara mi posición, y ante todo le hice saber que disponía en absoluto de la vida y fortuna de todos mis súbditos, pero no obstante mi omnipotencia no había en mis tierras una sola persona que se manifestara contraria a mi gobierno.

Al oírme movió la cabeza, murmurando que ciertamente excedía yo en eso al zar de Moscovia. Agregué entonces que todas las tierras de mi dominio eran de mi propiedad privada, por lo cual los súbditos eran solamente arrendatarios y eso mientras a mí me pareciera bien; que estaban dispuestos a luchar por mí hasta la última gota de su sangre y que jamás tirano alguno —porque reconocía yo serlo— fue tan universalmente amado y a la vez tan terriblemente temido por sus vasallos.

Después de continuar un rato con tan divertidos enigmas políticos dije la verdad a mis oyentes contándoles en detalle la historia de mi vida en la isla y cómo después de gobernarme a mí mismo llegué a hacerlo con mis colonos según lo he contado detalladamente.

El relato les interesó vivamente, en especial al príncipe, quien, con un suspiro, me dijo que la verdadera grandeza de una vida consiste en llegar a ser el dueño de uno mismo, y que jamás habría él cambiado una condición como la mía con la del zar de las Rusias. Agregó que personalmente había encontrado más dicha en el retiro de su obligado destierro que antaño en el poder y autoridad que había gozado en la corte de su amo y señor el zar. Pensaba que la mayor sabiduría humana

estaba en amoldarse a las circunstancias y conservar la serenidad interior en medio de las peores tempestades exteriores.

—Y no creáis, señor —agregó—, que trato con estas ideas de adaptarme en modo alguno a mis presentes circunstancias, que acaso algunos consideren miserables; creed que de ninguna manera querría yo volver a la corte aunque el zar, mi señor, me llamara para devolverme mi antigua grandeza. No quisiera hacerlo al igual que mi alma, el día en que sea liberada de su prisión corporal y alcance a gustar su celestial condición, no querrá volver a la cárcel de carne y sangre que la aprisiona ahora, y cambiar el cielo por el polvo y la miseria de las cosas humanas.

Pronunció aquellas palabras con profundo calor, manifestando tanta emoción y vehemencia en su acento y en su rostro que no tuve duda de la sinceridad que las inspiraba y de los sentimientos de su alma.

No quiero extenderme en demasía detallando la muy grata conversación que sostuve con aquel hombre, en el curso de la cual me hizo conocer que su espíritu estaba inspirado por un conocimiento profundo de las cosas y acrecentado tanto por la religión como por la sabiduría, al extremo de que el desprecio que manifestaba por las miserias terrenales era legítimo y sincero, manteniéndose invariable hasta el fin, como se verá en el relato que haré de inmediato.

Llevaba yo en la ciudad ocho meses, y aquel invierno me parecía intenso y mortificante, con un frío tan riguroso que me impedía asomarme fuera sin envolverme antes en pieles, llevando una especie de máscara sobre el rostro, o más bien una caperuza con un orificio para respirar y dos para ver. La poca luz diurna que tuvimos durante tres meses no excedía de cinco horas o seis como máximo.

Como el tiempo estaba sin embargo despejado, y la nieve cubría totalmente el suelo, nunca era completamente oscuro.

Nuestros caballos vivían en muy malas condiciones, medio muertos de hambre y en cuevas subterráneas. En cuanto a nuestros sirvientes —pues habíamos ajustado a tres para que nos atendieran así como a nuestros caballos— constantemente nos veíamos precisados a darles fricciones en las manos y pies para impedir que los atacase la gangrena y los perdiesen.

Cierto que dentro de la casa hacía calor, pues teníamos todo cerrado, las ventanas eran pequeñas y con cristales dobles. Nos alimentábamos principalmente de carne de ciervo, secada y salada en la debida época. Comíamos buen pan, sólo que lo cocían de una manera semejante a la de los bizcochos, pescado seco de muchas clases así como algo de carne de oveja y también de búfalo, que es muy sabrosa. Parece que todas las reservas de provisiones son dispuestas y curadas en el verano; bebíamos aguardiente mezclado con agua en vez de coñac, y en lugar de vino, hidromiel, que allá es de excelente calidad. Los cazadores, que se animan a salir en cualquier época, nos traían con frecuencia carne fresca de venado, muy sabrosa y nutritiva, y otras veces carne de oso que no nos gustaba tanto. Poseíamos abundante reserva de té, con el cual agasajábamos a los amigos que he mencionado, y en esa forma vivíamos muy bien y agradablemente si se tiene en cuenta las circunstancias.

Llegó el mes de marzo y empezaron a alargarse los días, mejorándose el tiempo, por lo cual los demás viajeros empezaron a alistarse para la partida. Mis medidas estaban sin embargo tomadas y como seguía decidido a viajar por la ruta de Arcángel y no vía Moscú no me preocupé en lo más mínimo sabiendo

que los barcos del sur jamás se aproximan a aquellas altas latitudes antes de mayo o junio, de manera que si llegaba a Arcángel a comienzos de agosto, tendría tiempo de sobra para embarcarme. Vi, pues, cómo todos los restantes viajeros se iban marchando, hasta que no quedó ninguno en la ciudad.

30. EL RETORNO A LA PATRIA

Hacia fines de mayo empecé a organizar mi partida y fue entonces cuando, al ocuparme en los preparativos, empecé a reflexionar sobre todos aquellos hombres desterrados por el zar a Siberia, quienes vivían allí en la más completa libertad de movimientos, y a preguntarme por qué no aprovechaban la oportunidad para fugarse a alguna parte del mundo donde pudieran encontrarse mejor. Lleno de perplejidad quise averiguar qué razones podían detenerlos en semejante empresa.

Mi asombro cesó sin embargo cuando lo manifesté a la persona de quien ya he hablado, quien me dio la siguiente respuesta:

—Considerad, caballero —dijo—, el lugar en el cual nos hallamos y, en segundo término, las condiciones en que vivimos; pensad también en la calidad de aquellos que soportan este destierro. Estamos rodeados por cosas mucho más seguras que barrotes y cerrojos; por el norte se extiende un océano innavegable al cual jamás se aventura un navío. Aunque dispusiéramos de un barco o una chalupa, ¿adonde iríamos con él?

»En cuanto a los otros caminos —agregó— obligan a recorrer más de mil millas en los dominios del zar, y las tierras no son transitables más que por los caminos reales, atravesando pueblos donde existen guarniciones; forzosamente seríamos descubiertos o moriríamos de hambre en caso de elegir otras rutas, de manera que ya veis lo vano de semejante tentativa.

Me quedé silencioso, pensando que ciertamente era aquélla una prisión donde los desterrados estaban tan seguros como si los hubieran encarcelado en Moscú. Mientras seguía entregado a tales reflexiones se me ocurrió que acaso pudiera ser yo un instrumento de liberación para aquel excelente amigo, y que aunque su evasión resultara muy arriesgada me animaría a intentarla. Una noche le participé mis pensamientos, diciéndole que me parecía fácil llevarlo en mi viaje ya que nadie lo vigilaba especialmente en la ciudad y yo pensaba marchar por la ruta de Arcángel y no de Moscú. Además, como era considerado miembro de una caravana, no estaba obligado de ningún modo a detenerme o pernoctar en los pueblos de la ruta sino que podía levantar mi campamento en cualquier parte del camino que me placiera; en esa forma, agregué, al llegar sin inconvenientes a Arcángel lo haría subir de inmediato a un barco holandés o inglés en el cual estaría a salvo apenas nos hiciéramos a la vela.

Me escuchó, atentamente, mirándome con verdadero transporte mientras le hablaba, y pude leer en su rostro que cuanto le decía lo emocionaba profundamente. Cambiaba a cada instante de color, sus ojos se enrojecieron y tan precipitadamente debía latir su corazón que se notaba en sus facciones; no le fue posible contestar inmediatamente y se limitó a abrazarme mientras yo esperaba su respuesta.

— ¡Cuan desvalidos somos, pobres seres sin defensa —exclamó—, que hasta nuestros más sinceros actos de amistad pueden resultar trampas tendidas para

perdernos o instrumentos de la tentación! Mi querido amigo —agregó—, vuestra oferta es tan sincera, demuestra tanta bondad y desinterés, así como voluntad de hacerme un bien, que debería ser yo harto ignorante del mundo si no me maravillara al escucharla y no reconociera la profunda deuda que tal proposición me hace contraer hacia vos. Decidme, ¿creéis que era sincero cuando tantas veces os manifestaba mi desprecio por las cosas mundanas? ¿Pensasteis que os hablaba con el corazón en la mano y que verdaderamente había logrado aquí un grado tal de paz y felicidad capaz de hacerme despreciar cuanto pudiera darme el mundo y sus grandezas? ¿De veras me creísteis cuando os dije que jamás volvería a mi tierra aunque el zar me llamara a su corte y me devolviera mi grandeza y mis dominios? ¿Verdaderamente visteis en mí a un hombre que hablaba con sinceridad, o sólo a un hipócrita jactancioso?

Se detuvo, como si quisiera conocer mi opinión, pero advertí que había callado porque la agitación de su espíritu no lo dejaba proseguir con su discurso; aquel gran corazón estaba demasiado conmovido y agitado para conservar el don de expresarse en palabras. Confieso que al escucharlo me sentí profundamente asombrado tanto por las palabras como por lo que demostraban sobre aquel nombre, pero insistí sin embargo con toda clase de argumentos para convencerlo de que debía buscar su libertad. Le dije que mirara mi propuesta como una puerta abierta por el mismo Cielo para su liberación, así como una intimación de la Providencia que rige el destino de todas las cosas en procura de su mayor bien y de que se convirtiera en un hombre útil para el mundo.

Para entonces ya se había recobrado un poco.

—¿Y cómo sabéis, señor —me preguntó—, si vuestra proposición es una llamada del Cielo y no, por el contrario, la tentación de un poder muy distinto, el cual trataría de mostrarme con los más brillantes colores la felicidad de mi liberación para tenderme una trampa y arrastrarme a la ruina? Vedme aquí donde estoy, libre de todo deseo de retornar a mi antigua y deleznable grandeza; allá, en cambio, quién sabe si la semilla del orgullo, de la ambición, la avaricia y la pompa que están siempre latentes en la naturaleza humana, no revivirían para arraigarse en mí y dominarme como antaño. Entonces este feliz prisionero, a quien veis ahora dueño de la libertad de su alma, volvería a ser el miserable esclavo de sus sentidos a causa de su excesiva libertad. ¡Ah, mi querido amigo, dejadme en este bendito destierro, alejado de todos los crímenes de la vida! ¡No me llevéis a adquirir una ilusión de libertad a expensas de la verdadera libertad interior, a expensas de una dicha futura que preveo ahora, pero que allá perdería pronto de vista! Pensad que no soy más que un hombre, un pobre hombre de carne y hueso, con pasiones e impulsos prontos a arrebatarme como le ocurre a todo ser humano. ¡Oh, no seáis a la vez mi amigo y mi tentador!

Si antes me había sorprendido, ahora permanecí como atontado y en silencio, mirándolo y sintiendo crecer en mi interior la admiración que por él experimentaba. Era tan grande la lucha que se libraba en su alma que a pesar del tiempo extremadamente frío su rostro aparecía bañado en sudor, y comprendí entonces que le era necesario desahogar libremente sus pensamientos. Le dije unas pocas palabras, agregando que le daría tiempo para que considerara mi propuesta antes de volver a entrevistarle, y me marché a mi casa.

Unas dos horas más tarde oí que alguien andaba en la puerta y fui a abrirla, pero él ya lo había hecho por la parte de afuera y entrado en mi casa.

—Querido amigo —dijo—, creed que hace un rato llegasteis a trastornarme, pero ya me he recobrado y os pido que no toméis a mal que no acepte vuestra proposición. Os aseguro que no paso por alto la generosidad que contiene y demuestra, y he venido expresamente para manifestaros tal cosa. Pero a la vez quiero deciros que he conseguido triunfar sobre mí mismo.

—Alteza —repuse—, confío en que al proceder así estéis bien seguro de que no lo hacéis en contra de una intimación del Cielo.

—Caballero —dijo entonces—, si hubiese sido un llamado celeste, el mismo poder hubiera influido sobre mí para que lo aceptara. Por el contrario, espero y tengo la seguridad de que es mi negativa la que se apoya en un designio del Cielo, y al separarnos me queda la infinita satisfacción de que os apartáis de un hombre que sigue siendo íntegro, si no libre.

No me quedaba más que rendirme ante tal cosa, aparte de repetir que mi intención no había tenido otro fin que el de serle útil. Me abrazó afectuosamente, asegurándome que en ningún momento había dudado de ello y que lo recordaría mientras viviera. A continuación me hizo un valioso regalo en pieles de marta cebellina, obsequio que me parecía excesivo recibir de un hombre en tales circunstancias, pero que resultó imposible rehusar por su firme insistencia.

A la mañana siguiente envié a mis criados para que llevaran a Su Alteza un regalo de té, dos piezas de damasco chino y cuatro pequeñas cuñas de oro del Japón que no pesaban más de seis onzas, lo cual en conjunto era mucho menos valioso que su regalo de pieles, que al llegar a Inglaterra me fue tasado en doscientas libras esterlinas.

Mi amigo aceptó el té, así como una de las piezas de damasco y un lingote de oro que tenía muy finamente impreso el sello del Japón, recibéndolo a causa de la rareza de este grabado. No quiso aceptar nada más y me mandó decir por mis criados que deseaba hablar conmigo.

Al llegar a su casa me recordó lo acontecido entre nosotros rogándome que no intentara en modo alguno doblegar su voluntad, pero, desde que yo le había hecho tan generosa oferta, deseaba saber si estaría dispuesto a mantenerla para otra persona por cuya suerte se interesaba sobremanera.

Le respondí que no me sentía tan inclinado a mantener mi proposición para otro que no fuera él ya que lo había hecho por el particular aprecio que me merecía y porque me hubiese llenado de contento ser el instrumento de su liberación. Sin embargo, desde que era un pedido suyo, le rogaba que me hiciese saber el nombre de su protegido, agregando que pensaría entonces la conducta a seguir y que confiaba en que no se disgustaría conmigo si mi respuesta no era la que esperaba. Supe entonces que se trataba de su hijo, quien, aunque yo no lo conocía, se encontraba en su misma situación de desterrado a unas doscientas millas sobre la orilla opuesta del Obi. Declaró que si le daba mi consentimiento lo enviaría a buscar al punto.

Naturalmente respondí sin vacilar que estaba dispuesto a ayudarlo, agregando que si procedía en tal forma era solamente por él, ya que advirtiendo la imposibilidad de convencerlo de que me acompañara deseaba demostrarle mi aprecio en la persona de su hijo. Muchas otras cosas le dije, pero sería tedioso repetirlas aquí. Al otro día envió a buscar a su hijo, quien estuvo de vuelta con el mensajero unos veinte días más tarde, trayendo seis o siete caballos cargados de

pieles finas y que sumaban grandísimo valor. Los sirvientes hicieron entrar los caballos en la ciudad, pero el joven caballero quedó fuera hasta la noche, entrando entonces de incógnito en nuestra casa, donde su padre me lo presentó para que nos pusiéramos de acuerdo sobre la manera de viajar y las necesidades de aquella travesía.

Había yo comprado considerable cantidad de martas, zorros negros y armiños, así como otras pieles muy finas, trocándolas por una parte de los productos adquiridos en la China, especialmente clavo y nuez moscada, de los cuales vendí la mayor parte y el resto en Arcángel, a un precio muy superior al que hubiese podido conseguir en Londres. Mi socio, que atendía preferentemente a los beneficios ya que tal era su negocio, estaba sumamente contento de nuestra permanencia en Tobolsk a causa de las buenas ganancias allí logradas.

Fue a comienzos de junio que partí de aquella remota ciudad, la cual es sin duda poco conocida en el mundo, ya que se halla tan alejada de toda ruta comercial que apenas hay ocasión de mencionarla. Formábamos ahora una pequeña caravana con unos veinticinco caballos y camellos en total, y todos figuraban como de mi pertenencia, aunque mi nuevo huésped era dueño de once animales. Resultaba perfectamente natural que llevara conmigo más sirvientes que antes, y el joven señor se pasaba por mi mayordomo; yo debía ser considerado un gran señor, aunque no me preocupé de averiguar lo que pensaban a mi respecto.

Enfrentamos ante todo el peor y más dilatado de los desiertos que halláramos en todo aquel largo viaje, pero nos consolaba la seguridad de que no encontraríamos partidas de tártaros o bandoleros, ya que jamás cruzan a este lado del Obi o lo hacen raramente; sin embargo, pronto advertimos que las cosas no eran así.

Mi joven señor llevaba consigo a un fiel criado moscovita o más bien siberiano, quien conocía al dedillo la ruta y nos condujo por caminos privados que nos evitaron tener que cruzar los principales pueblos y ciudades del camino tales como Tuimen, Solikamsk y algunas otras, ya que las guarniciones moscovitas que allí tienen asiento se muestran muy estrictas en el examen de los pasajeros así como en la revisión de equipajes, para impedir que alguno de los nobles en Siberia pueda fugarse hacia Moscovia. Ahora bien, como avanzábamos evitando las ciudades, nuestras jornadas se efectuaban a través de un verdadero desierto y debíamos pernoctar en tiendas en vez de gozar de cómodos alojamientos en las ciudades. El joven señor se manifestó contrario a tal cosa y no quiso permitir que nos privásemos de tales descansos, por lo cual quedó convenido que permanecería en las afueras refugiado en los bosques en compañía de su criado, y que volveríamos a encontrarnos en sitios convenidos de antemano.

Entrábamos ahora en Europa, después de cruzar el río Kama que en esa latitud es límite entre Europa y Asia: la primera ciudad que hallamos del lado europeo fue Solikamsk, palabra que significa la gran ciudad del Kama. Pensábamos al entrar en esos territorios que encontraríamos grandes diferencias en los habitantes tanto en lo referente a sus maneras y costumbres como en materia religiosa y comercial. Si embargo, nos equivocamos, pues a medida que atravesábamos aquel vasto desierto (que según algunos tiene seiscientas millas de largo en ciertas partes, aunque sólo doscientas media en nuestra ruta) las gentes que vimos no se diferenciaban mucho de los tártaros mongoles; casi todas eran paganas, apenas algo mejor que los salvajes de América. Sus casas y aldeas

aparecían sembradas de ídolos y ellos vivían de la manera más bárbara, salvo en las ciudades antes mencionadas y sus pueblos adyacentes. Allí había cristianos pertenecientes a lo que llaman Iglesia Griega, pero su religión está mezclada con supersticiones que en algunos sitios apenas se diferencia de la hechicería y la magia.

Mientras atravesábamos aquellas florestas, y cuando pensábamos hallarnos a salvo de todo peligro, estuvimos sin embargo a punto de ser asaltados, saqueados y a la vez muertos por una pandilla de bandoleros. Ignoro de qué país procedían, si eran bandas de errantes ostiacos —vecinos de los tártaros— o gentes salvajes de las riberas del Obi, a menos que se tratara de cazadores siberianos de martas cebellinas. El hecho es que montaban a caballo, estaban armados de arco y flechas y no eran menos de cuarenta y cinco hombres. Se nos acercaron repentinamente hasta ponerse a dos tiros de mosquete, y sin decirnos palabra formaron un círculo en torno nuestro observándonos en esa forma por dos veces consecutivas, hasta que por fin se apostaron justamente en nuestro camino. De inmediato nos tendimos en línea delante de nuestros camellos, sin contar con más de dieciséis hombres para nuestra defensa; así aprestados enviamos al criado siberiano del joven señor para que parlamentase con aquellos individuos. Su amo en persona le ordenó que averiguase la procedencia de esas gentes, pues no estaba poco intranquilo temiendo que se tratara de tropas siberianas enviadas en su persecución.

El criado se aproximó llevando bandera de parlamento, y les habló en distintos idiomas (o más bien en distintos dialectos) sin conseguir entender una sola palabra de lo que le contestaron. Por eso, y luego que le hicieran signos de que no se acercara demasiado, mostrándole claramente su intención de disparar sobre él si lo hacía, el hombre regresó sin haber averiguado nada, aunque declaró que por sus vestidos le daban la impresión de ser tártaros calmucos o un grupo disgregado de alguna horda circasiana, imaginando que debía haber más cantidad en aquel vasto desierto cosa extraña porque jamás había oído que alcanzaran a subir tanto hacia el norte.

Todo esto no era ningún consuelo para nosotros, pero nada más podía hacerse sin embargo. A nuestra mano izquierda y a un cuarto de milla se alzaba un bosquecillo con árboles muy juntos y próximos al camino. Resolví de inmediato que debíamos refugiarnos a ese abrigo, fortificándonos lo mejor posible, ya que en primer lugar los árboles serían excelente protección contra las flechas, y luego impedirían a los atacantes cargar contra nosotros a caballo. Fue en realidad mi anciano piloto portugués quien tuvo la idea, como siempre ocurría en casos de grave peligro y en los cuales se mostraba el más apto para encontrar la salida favorable. Avanzamos de inmediato con toda la rapidez posible y ganamos el bosquecillo mientras los tártaros (o ladrones, ya que no sé cómo llamarles) se mantenían inmóviles y sin intentar atacarnos por la retaguardia.

Al llegar a nuestro refugio comprobamos con gran satisfacción que se alzaba en un terreno pantanoso, y que a un lado había un manantial del cual nacía un arroyuelo que, algo más adelante, se unía a otro de aspecto semejante formando — como supimos luego— las cabeceras de un gran río denominado Wirtzka. Los árboles que crecían en torno al manantial no pasaban de doscientos, pero como eran muy corpulentos y próximos unos a otros, tan pronto nos colocamos detrás tuvimos magnífica defensa contra los enemigos, cuya única probabilidad estaba en desmontar y atacarnos cuerpo a cuerpo. Para que esto les fuese difícil, nuestro

infatigable portugués cortó gruesas ramas y las dejó colgando, sin arrancarlas del todo, de un árbol a otro hasta formar una empalizada en torno a nuestras líneas.

Permanecimos allí algunas horas, espiondo los movimientos del enemigo, que sin embargo se mantenía inactivo. Cuando faltaban unas horas para la noche los vimos marchar de improviso al ataque, notando que algunos otros se les habían agregado hasta el punto de constituirse una fuerza de ochenta jinetes, varios de los cuales nos dieron la impresión de ser mujeres. Se acercaron hasta quedar a medio tiro del bosquecillo, y entonces disparamos un mosquete sin balas y les preguntamos en ruso qué querían de nosotros y les mandamos alejarse. Como no parecían entender nada de lo que les dijimos, avanzaron con redoblada furia directamente hacia nuestro refugio, sin imaginarse que nos habíamos protegido con semejante barricada. Nuestro anciano piloto era ahora capitán como antes ingeniero, y nos mandó que no disparásemos hasta que no los tuviésemos a tiro de pistola, a fin de hacer buena puntería. Le pedimos que diera en persona la orden de fuego y no lo hizo hasta que el enemigo estuvo casi junto a nosotros, y entonces disparamos nuestras armas.

Tan bien habíamos podido hacer puntería, o la Providencia dirigió nuestro fuego tan certeramente, que matamos a catorce y herimos a muchos otros, así como a numerosos caballos; cada uno había cargado su arma por lo menos con tres balas.

Terriblemente sorprendidos por nuestro fuego, retrocedieron en confusión unas cien yardas, tiempo que aprovechamos para cargar nuevamente las piezas. Como habíamos calculado la distancia a que se encontraban, les hicimos una salida en el curso de la cual capturamos cuatro o cinco caballos cuyos jinetes habían muerto. Acercándonos a los cadáveres comprobamos que se trataba de tártaros, aunque no pudimos precisar de qué región y cómo habían podido llegar a una distancia tan enorme de sus tierras.

Una hora más tarde parecieron dispuestos a reanudar el ataque y rondaron el bosque buscando algún punto débil. Como advertieron que los estábamos esperando en todas direcciones, se retiraron de nuevo y nos dedicamos a permanecer atentos toda la noche, y sin movernos de allí. Podéis imaginaros lo mal que habremos dormido, ya que empleamos la noche en reforzar nuestras barricadas así como las entradas del bosque, y apostamos centinelas constantemente alertas.

La luz del día nos trajo un triste descubrimiento. El enemigo, a quien suponíamos descorazonado por su anterior fracaso, había crecido en número y estaba ahora compuesto por no menos de trescientos hombres, quienes habían alzado once o doce tiendas como si tuvieran intención de sitiarnos. El campamento se hallaba en campo abierto, a unos tres cuartos de milla de nuestro fuerte. Es de suponer lo que nos sorprendería nuestro descubrimiento y debo confesar que en ese momento me consideré perdido con todo lo que llevaba. Por cierto que la pérdida de mis bienes no me afligía mucho, bien que fuesen considerables, pero sí la idea de caer en manos de aquellos bárbaros justamente hacia el final de mi largo viaje y después de sobrellevar tantos azares y tantas dificultades, casi a la vista del puerto donde esperábamos la salvación y libertad. En cuanto a mi socio, estaba abiertamente furioso y declaraba que la pérdida de sus bienes significaría su ruina, prefiriendo por su parte morir en la batalla antes que de hambre, por lo cual era de parecer que empeñásemos el combate.

El joven señor, gallardo caballero como el que más, era también de la opinión de que se luchara, mientras el anciano piloto sostenía la conveniencia de seguir la resistencia donde nos encontrábamos. En este debate transcurrió el día, pero al anochecer descubrimos que el número de enemigos iba en aumento. Tal vez, como estaban divididos en varias partidas que acechaban su presa, los primeros habían enviado mensajeros para que convocasen a los otros a fin de distribirse el botín. No nos atrevíamos a pensar en cuánto se elevaría el número cuando llegara el día, de manera que empecé a preguntar a las gentes que habíamos traído de Tobolsk si existía algún otro camino privado o atajo por el cual pudiésemos fugarnos durante la noche, encontrando acaso un refugio en cualquier pueblo o refuerzos que nos auxiliaran en el desierto.

El siberiano criado del joven señor, nos dijo que si estábamos dispuestos a evitar el combate y escaparnos, él nos llevaría por un camino que iba hacia el norte, rumbo al río Petrov, garantizándonos que los tártaros no lo advertirían; nos dijo, sin embargo, que su amo le había asegurado que jamás se retiraría, prefiriendo quedarse y combatir.

A esto le respondí que estaba grandemente equivocado acerca de las intenciones de su amo, quien era demasiado sensato para luchar por el solo gusto de hacerlo, agregando que de la manifiesta bravura de su señor tenía yo harta prueba con su comportamiento anterior, y que indudablemente no querría él obligar a diecisiete o dieciocho hombres a pelear con quinientos, salvo que una necesidad inevitable así lo dispusiera, de manera que si existía un camino abierto para nuestra salvación no nos quedaba más que seguirlo durante la noche.

Contestó entonces que si su amo le daba órdenes en ese sentido, se dejaría matar antes de faltar a su cumplimiento. Seguros de esto, pronto convencimos a su señor que se lo mandase, hablándole en privado, y nos dispusimos a llevar a efecto la fuga.

Tan pronto oscureció encendimos una hoguera en nuestro campamento y la mantuvimos constantemente alimentada, dejándola de tal modo dispuesta que continuara encendida la noche entera para hacer creer a los tártaros que seguíamos allí. Cuando oscureció y pudimos ver las estrellas (pues nuestro guía no se atrevía a salir antes) cargamos los camellos y caballos y seguimos a aquel hombre que, según comprendí, se guiaba por la estrella polar, ya que no había otra orientación en aquel terreno tan llano.

Después de andar rápidamente durante dos horas notamos que empezaba a aclarar a causa de la luna naciente, lo cual nos produjo no poca inquietud. A las seis de la mañana estábamos a cuarenta millas de distancia, aunque preciso sea decir que casi reventamos los caballos. Hallamos un pueblo ruso llamado Kermazinskoy (¿Kertchemskoy?) donde pudimos descansar sin tener aquel día más noticias de los tártaros calmucos. Dos horas antes del anochecer partimos nuevamente, viajando hasta las ocho de la mañana siguiente aunque ya no con el sigilo de antes. A eso de las siete cruzamos un riacho llamado Kirtza para arribar luego a un gran pueblo habitado por rusos, sumamente populoso y llamado Ozomoys (?). Oímos allí que muchas partidas u hordas de calmucos habían merodeado por el desierto, pero que ya nos encontrábamos alejados de todo peligro, cosa que nos tranquilizó no poco, como es de imaginar. Adquirimos algunos caballos de fresco, y para tomarnos el descanso que necesitábamos decidimos

permanecer allí cinco días; mi socio y yo acordamos entretanto premiar al fiel siberiano que nos trajera sanos y salvos con un valor de diez pistolas.

Cinco días más tarde llegamos a Veuslima (?) sobre el río Vichegda, que desagua en el Duina, y nos hallamos felizmente al final de nuestro viaje por tierra, pues el río es navegable y en siete días de barca podríamos estar en Arcángel. Ante todo nos dirigimos a Lawrensoy (¿Jarensk?), llegando el 3 de julio, donde compramos dos botes para transportar las mercancías y una barca para nosotros, embarcándonos el día 7 y arribando sanos y salvos el 18 a Arcángel después de un año, cinco meses y tres días de viaje en el que se incluye la permanencia de ocho meses y días en Tobolsk.

Seis semanas nos vimos obligados a permanecer en aquel puerto a la espera de que arribara algún navío, y acaso la permanencia hubiese sido mayor a no presentarse un barco hamburgués antes que los ingleses. Pronto decidimos que Hamburgo podía ser tan buen mercado como Londres para la venta de nuestras mercaderías y sacamos pasaje en aquel navío. Puestos ya mis efectos a bordo, era harto natural que enviase a mi mayordomo para que los vigilara, de manera que el joven señor tuvo oportunidad de quedarse escondido en el barco, sin bajar una sola vez a tierra mientras permanecemos allí; fue una buena precaución, pues él temía que algún comerciante de Moscú alcanzara a reconocerlo y dar la alarma.

Salimos de Arcángel el 20 de agosto del mismo año, y luego de un viaje no del todo malo llegamos a Elba el 13 de setiembre. Aquí mi socio y yo hallamos excelente mercado para nuestras mercaderías, tanto los originarios de la China como las pieles finas siberianas. Al liquidar el producto por las ventas, mi parte ascendió a tres mil cuatrocientas setenta y cinco libras esterlinas, dieciséis chelines y tres peniques, a pesar de los muchos gastos que habíamos tenido durante el largo y accidentado viaje. Conviene decir que en esa suma se incluyen unas seiscientas libras esterlinas que constituían el valor de los diamantes comprados por mí en Bengala.

El joven señor se despidió allí de nosotros, remontando el Elba a fin de llegar a la corte de Viena donde estaba resuelto a buscar amparo y desde la cual podría comunicarse con los amigos de su padre que aún vivían. No se marchó sin manifestarme en todas las formas posibles su gratitud por los servicios que yo le prestara, así como por la conducta observada hacia el príncipe su padre.

En conclusión: después de vivir cuatro meses en Hamburgo y viajar de allí a La Haya, me embarqué en un paquebote y llegué a Londres el 10 de enero de 1705, después de permanecer ausente de Inglaterra durante diez años y nueve meses.

Ahora, resuelto a no reanudar las andanzas, me apresto a emprender un viaje mucho más extenso que todos los otros, habiendo vivido setenta y dos años de una existencia infinitamente accidentada y aprendido a conocer por ella el valor del sosiego y la bendición de concluir en paz mis días.

FIN

DANIEL DEFOE

Robinson

Crusoe

Robinson Crusoe constituye uno de los pocos mitos —junto quizás al de don Juan— creados por el hombre moderno. Modos de comportamiento general —sueños o juegos— que todos hemos deseado alguna vez: la “vuelta a la naturaleza”, la aspiración a la autosuficiencia, el rescate de ese valor que nos permitirá arrostrar solos los peligros del universo. Esto es lo que Robinson encarna y que Daniel Defoe imaginó para nosotros hace doscientos cincuenta años. Si el siglo XVIII merecía ese sueño, es doblemente excusable que en este siglo XX lo merezcamos. El “complejo de Robinson” es algo que late en todo corazón asfixiado por la cultura. Así lo escribió Daniel Defoe en 1719 y así nos lo presenta Julio Cortázar en esta traducción luminosa.



BRUGUERA·LIBRO AMIGO

PRECIO EN ESPAÑA 450 PTAS. (DOS VOLUMENES)

Impreso en España - Printed in Spai